El *chico* de la última fila



El chico de la última fila
2
serie Cabana

Susanna Herrero

El chico de la última fila

Susanna Herrero

© Susanna Herrero

2ª edición, abril de 2024

Ilustración de portada e ilustración interior Hugo y Dylan: Judit Mallol.

Diseño de portada: Marien Fernández Sabariego.

Maquetación: Susanna Herrero.

Corrección: Érika Gael.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

Prólogo

1. Aquel concierto de rock al que yo no quería ir. Aquel concierto de rock
2. Shhh, espera, me está viniendo algo fuerte
3. Veintitrés años antes
4. Una semana en Madrid y unos cuantos wasaps
5. No es nadie. Solo un fan que me he encontrado en la calle. Un pueblerino impresionado
6. Diecisiete años antes
7. Un viaje en tren con sorpresa
8. Lo último que haría en esta vida sería volver a liarme con él, por muy bueno que esté y por muy fácil que me lo ponga
9. Trece años antes
10. Por si no había flipado ya lo suficiente
11. Una puta escala diatónica completa
12. Once años antes
13. Y así es como uno se despierta cuando comparte techo con Dylan. Día tras día
14. Do, Re, Mi… Do, Re, Mi…
15. Diez años antes
16. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco
17. Dancing in the Moonlight. Despacito
18. Ocho años antes
19. Ahora soy un fanático que se ha subido al escenario a bailar con su estrella
20. Es por ti
21. Siete años antes
22. ¿Desde cuándo?
23. Last Zombie Day
24. Seis años antes
25. Surf… surf
26. Joder, con los trescientos metros
27. Tres años antes
28. Mi caja de Pandora
29. Me voy. Para
30. Dos años antes
31. La inundación del baño. Sí, las tuberías
32. El verano llegó... y pasó
33. Un año antes
34. Un regreso inesperado... pero esperado
35. París
36. Unos meses antes
37. El Monopoly
38. No enciendas el televisor
39. Mi pasado y mi presente, juntos. ¿Mi decisión? ¡A la mierda los dos!
40. Por delante y por detrás
41. Mediterráneo

Epílogo

Epílogo 2

Contenido extra: Priscila y Jaime entrevistan a Dylan
Agradecimientos
Acerca del Autor
Otras Obras de Susanna Herrero

Para los que tenemos verborrea.
Para los que no podemos vivir sin la música.
Para los que vemos y oímos el mundo de otra manera.
Para los que confundimos los refranes.
Para los que nos gustan los rubios.
Para los que encontramos familia fuera de la sangre.
Para los que somos un poco Dylan Carbonell.
Para nosotros.

El chico de la última fila

¿Quién es Dylan Carbonell, el chico indescifrable, de sonrisas invisibles y miradas impactantes, que copa las revistas y los medios de comunicación?

¿Un genio de la música?

¿La nueva promesa del *rock and roll* español?

«Subí las escaleras que daban acceso al escenario y me di de bruces con los miles de rostros que me esperaban, impacientes por escuchar el concierto de su vida. Todos ellos me deseaban de alguna manera. Mi cuerpo. Mi mente. Mis manos en los trastes de la guitarra. Todos, menos uno: Hugo Cabana, que me observaba desde abajo con pereza. Cuyas primeras palabras hacia mí no fueron felicitaciones por el espectáculo que acababa de ofrecer ni alabanzas sobre mi físico. Me resultó increíble, porque yo soy Dylan Carbonell, un guaperas.

Impactamos. Hugo y yo impactamos. Y fue el fin del silencio».

Un concierto de *rock and roll.*

Dos chicos.

Uno, el cantante. Otro, el que acude para acompañar a sus amigos.

Y el Mediterráneo esperando. El sol. Una pendiente muy inclinada y dos bicicletas. Una piscina y cabellos mojados sobre la frente. Miradas que se sostienen. Una tabla de surf y…

¿Quién es el chico de la última fila?

Prólogo

Había sido un buen concierto. Hasta él lo sabía. Lo había sabido desde el compás de anacrusa; tenía buen oído. Un oído prodigioso. Un don. Una habilidad. O una maldición. Su padre siempre ejecutaba buenos conciertos. Su padre era uno de los mejores. Su padre era un ejemplo. Sus pasos deberían ser los suyos. Y él tenía que sentirse orgulloso. Pero se ahogaba. Se ahogaba cada día más y no sabía cómo detenerlo. A sus diecisiete años se ahogaba encorsetado en aquel traje de chaqueta y pajarita. Se ahogaba con el cabello repeinado de tal manera que no se le escapara ni un mechón, ni siquiera aquel tan rebelde que siempre le caía sobre la frente y que su padre se empeñaba en que domara. Se ahogaba por el simple hecho de beber un sorbo de aquel botellín de agua que acababa de llevarse a los labios mientras observaba, desde el ático donde se celebraba la fiesta posterior al concierto, las luces de colores que comenzaban a encenderse por cada rincón de la ciudad. Un ático con una terraza enorme abierta al exterior. Una música suave que sonaba de fondo. En su vida no existía el silencio. Y él solo quería desnudarse, dejar caer el mechón rebelde sobre la frente y saltar. Y tal vez, solo tal vez, mientras caía, tararearía aquella melodía que llevaba semanas taladrándole la cabeza.

Oh, la libertad.

A más de trescientos kilómetros de distancia, en un pueblo alicantino, Hugo Cabana, encima de su bicicleta, se colocaba en paralelo en lo alto de aquella pendiente tan pronunciada, preparado para arrancar en cuanto River diera la señal de salida. Su rueda delantera alineada con las del resto. A su izquierda, sus hermanos mayores: River y Marcos. A su derecha, los pequeños: Adrián y Priscila. La excitación y la despreocupación burbujeaban a partes iguales en los estómagos de los hermanos Cabana. Hugo sonrió con bravuconería un segundo antes de lanzarse cuesta abajo. Un segundo antes de comenzar a sentir el azote del aire con sabor a salitre en su rostro. La frente despejada y el cabello hacia atrás por la fuerza del viento. Las manos lejos del manillar y los brazos, desnudos, extendidos todo lo que daban de sí. Hugo Cabana volaba.

Oh, la libertad.

Capítulo 1

Aquel concierto de rock al que yo no quería ir. Aquel concierto de rock

Separo los párpados, abriendo los ojos por completo, e intento estirarme, o revolverme de alguna manera, pero soy incapaz: un cuerpo pesado sobre el mío me lo impide. Me siento desubicado en esos primeros instantes tras despertar, hasta que reconozco el rostro del chico que duerme de manera plácida en mi cama. O sobre mi abdomen desnudo.

Contemplo el cabello castaño, salpicado de pequeños rizos que me hacen cosquillas en el vientre, a la vez que me acuerdo de sus ojos claros pintados de color negro. Y de todo lo demás.

«Joder. El *rockero* de las pelotas. ¿Cómo me he metido en esta situación?».

Dieciséis horas antes

La música, por encima de los cien decibelios, se escuchaba en cada rincón de aquel recinto al aire libre a las afueras de Madrid, y también en mi pecho. Como si el grupo de *rock and roll* se hubiera colado en mi sistema, me retumbaba en la caja torácica y en el estómago la resonancia de las guitarras eléctricas, el bajo, el piano, la batería y la voz barítona tan característica del vocalista, el *rockero* español más famoso del momento, el que colmaba tanto las páginas de las revistas más prestigiosas del universo musical como de las más terrenales de la farándula:

Dylan Carbonell.

No era uno de mis cantantes favoritos; qué digo favoritos, ni siquiera era uno de los que escuchaba de manera habitual, pero había que vivir muy profundo bajo tierra para que a uno no le sonaran sus canciones. Unas canciones que hablaban, cómo no, del amor romántico. Aunque no estaba seguro de a quién iban dirigidas. Sus letras me confundían y me fascinaban al mismo tiempo. Y los cambios bruscos, inesperados, en la melodía dentro de una misma canción…, increíbles. No se podía negar que este grupo tenía un sonido particular.

Diferente.

A pesar de encontrarnos en pista, mis ojos eran incapaces de vislumbrar al *rockero* en vivo y en directo, solo fragmentos de él, recortes; la masa de gente delante de nosotros y sus brincos, al ritmo de armonías tan atronadoras como pegadizas, me lo impedía, por lo que, de vez en cuando, lo observaba a través de las pantallas gigantes. Pantalones de cuero negro pegados a sus piernas delgadas y camiseta del mismo color de manga corta, con una especie de pájaro deforme dibujado en el frontal.

No sé, me resultaba todo tan típico que me daba hasta pereza fijarme más.

Sentí la vibración de mi teléfono móvil en el bolsillo derecho del pantalón y lo cogí; tampoco es que aquel fuera el concierto de mi vida. Había ido porque mis antiguos compañeros de piso, de cuando viví en Madrid para asistir a la universidad, y con los que quedaba de vez en cuando, me habían insistido, hacía como nueve meses.

Vi en la pantalla del teléfono que era Marcos quien me hablaba a través del grupo de WhatsApp que compartimos los cinco hermanos.

Marco Polo:

¿Cómo va ese concierto, Hugo? ¿Ya ha terminado?

Hugo:

Aún no. Apenas acaba de empezar.

Marco Polo:

Macho, no me jodas, que son las doce de la noche. ¿No nos habrás engañado y estás en otra parte?

(Si me dices que sí, me haces un favorazo, Hug. ¡Qué coño!, incluso podemos ir a medias, pero que quede entre nosotros. Shhh…).

Arrugué la frente y tuve que mirar la hora en mi reloj para comprobarlo. Joder. Era cierto.

Eran las doce. Se me había pasado la noche volando entre tanto bote y berridos. Supongo que el hecho de que hubiésemos llegado al concierto por los pelos también ayudaba.

Ignoré la última parte del mensaje de Marc (es algo que hago a menudo por salud mental) y levanté la vista hacia el escenario de nuevo. Vi que el grupo al completo estaba a punto de desaparecer, y que la gente a mi alrededor, incluidos mis amigos, comenzaba a gritar, en demanda del sobradamente conocido bis. Me empujaron por enésima vez y sentí que «algo» (cerveza, casi seguro. Mmm, sí, olía a cerveza) caía de nuevo sobre mis pantalones. Joder. Chasqueé la lengua y escondí detrás de la oreja el mechón de pelo que se me había soltado.

Riv:

Hablando de estar, ¿tú dónde estás, Marcos? ¿Mañana no curras?

Marco Polo:

Coño, que papá se ha infiltrado en el grupo y no me he enterado.

Adri:

Podríamos preguntarte a ti lo mismo, River. Cada día te acuestas más tarde.

Riv:

Adrián, no estoy de humor. Levántate del sofá y tráeme algo de comer. Tengo hambre.

Adri:

Levántate tú, no te jode. Estás más cerca que yo de la cocina.

Y respecto a ti, Marc, más quisieras que Hugo estuviera en otra parte, pero me parece a mí que no y que has perdido cien pavos. Cincuenta para mí y cincuenta para Pris.

Y tú otros cien, River. No finjas que la cosa no va contigo.

Por cierto, no aceptamos cheques. Solo dinerito fresco.

Riv:

Sin comentarios…

Marco Polo:

Ídem…

Adri:

Sabemos dónde vivís.

Riv:

Sin comentarios…

Marco Polo:

Ídem…

¿Mis hermanos habían apostado a ver si aguantaba o no el concierto entero? ¿Cómo podían ser tan capullos?

—¡Hugo! —Una de mis compañeras, Eli, me agarró por el brazo, zarandeándome. Sonreía como loca de emoción, y me obligó a retirar la mirada de mi móvil. No tuve opción de replicar a mi familia—. Que ya salen otra vez. Deja el móvil.

Enfoqué la mirada de nuevo en el frente y distinguí entre las cabezas de la marabunta al cantante; junto con el resto del grupo, ya se encontraba en el escenario. Pues claro. Siempre vuelven.

Regresé a mis hermanos a la vez que la música y la voz grave y brillante de Dylan Carbonell comenzaban a adueñarse del lugar una vez más. Me pregunté cómo sonaría aquella voz en una conversación normal. ¿Sería la misma? Se decía que su falsete era único, y el más fascinante de nuestro siglo. Era cierto que tenía algo.

Marco Polo:

Adri, River, ¿estáis juntos?

Adri:

Sí, tirados en el sofá. Él, en el extremo más próximo a la cocina. Desde que ha vuelto a vivir aquí, me voy a la cama a las tantas. Es incansable con el puto Netflix. ¿Y tú dónde andas, Marcos? Ya deberías estar en casa. Mañana curras.

Marco Polo:

Y ahora el otro padre. Hoy no duermo en casa. No preguntéis.

Adri:

Vale.

Riv:

Vale.

Y no tienes que quedarte conmigo, Adri.

Adri:

¿Quién va a velar por ti, entonces?

Riv:

Soy mayor que tú.

Adri:

Pero estás blandito. Y mi deber es cuidar de ti. Llevas el asunto del divorcio peor de lo que esperábamos.

Riv:

Pues ayúdame y tráeme algo de comer.

Auch, ¿acabas de darme una patada? ¿Y dónde está Pris?

Adri:

En la cama, con su marido. Durmiendo.

Marco Polo:

Durmiendo, dice…

Adri:

La gente normal, un domingo a las doce de la noche, está durmiendo.

Marco Polo:

Ya… Pues he hablado con Alex hace como cinco minutos y no estaban durmiendo. Así que si Pris nos ignora, es por otro motivo.

Adri:

O que justo se acaba de quedar dormida.

Marco Polo:

Ya salió el defensor de la niña.

Riv:

Tíos, Hugo pasa de nosotros.

Sonreí al llegar a esa parte.

Adri:

Está en un concierto, coño. Dejadlo en paz.

Marco Polo:

¿Y a este qué le pasa esta noche que está tan protector con sus hermanos?

Adri:

Tus hermanos.

Riv:

Venga, Adri, tráeme algo de comer. Yo también soy tu hermano. El favorito, ya que estamos.

Marco Polo:

Esa es Pris.

Riv:

Me refiero de los chicos.

Marco Polo:

Ese soy yo.

Ahí desconecté del todo, y no porque mis hermanos estuvieran a punto de entrar en barrena (que lo estaban, eso seguro); tampoco porque Eli volviera a sacudirme con su entusiasmo, sino porque entonces sí parecía que el concierto finalizaba de verdad. No conocía la canción que interpretaban en el escenario, pero sonaba a despedida. Cuando el vocalista dejó de cantar y las luces del recinto se encendieron, obtuve la confirmación: se había acabado.

Apenas me dio tiempo a moverme (y eso que la marea de gente que abandonaba el concierto no hacía otra cosa que empujarme y derramar más cerveza sobre mi ropa) cuando nuestra otra amiga, Marta, con el teléfono en la oreja, comenzó a gritar y a saltar de ¿alegría? Desde luego, eran saltos más potentes incluso que los que había dado en el concierto.

—Y a esta, ¿qué le pasa? —me preguntó Edu, el cuarto y último integrante de nuestro pequeño grupo.

Me encogí de hombros como respuesta en el mismo instante en que Marta colgaba el teléfono y nos reunía a todos en un círculo irregular.

—¡No os lo vais a creer! —gritó para hacerse oír por encima de la muchedumbre.

—¿Qué? —le preguntó Edu.

—Nos vamos directos al *backstage.*

—¿¿Quéé??? —exclamó Eli—. ¡Me tomas el pelo! ¿Cómo lo has conseguido? He oído que entrar cuesta más de mil euros.

—No nos va a costar ni un euro. Una, que tiene contactos.

Marta nos cogió a los tres del brazo y nos guio al escenario. No recuerdo muy bien lo que sucedió a continuación: demasiada gente, demasiada cacofonía a mi alrededor y demasiadas prisas. Lo único que sé es que para cuando quise darme cuenta de lo que me rodeaba, me encontraba entre bambalinas a menos de dos metros de Dylan Carbonell.

Y… guau. El chico era guapo. Eso era innegable. Y puede que la palabra «guapo» para referirse a él fuera el mayor eufemismo del siglo. Puede. Las pocas ocasiones en que lo había visto en televisión, o incluso encima del escenario minutos antes, ya me resultaba atractivo, pero en persona… en persona era pura perfección. Me impactó su belleza. Me impactó porque no me la esperaba. Me impactaron sus ojos claros pintados de negro y la indomabilidad que exudaba por cada poro de su piel. Me recordó a James Dean. Al jodido James Dean.

El «amigo» (o lo que fuera) de Marta que nos había colado en aquel lugar detrás del escenario, lleno de cables, instrumentos musicales, gente y sudor, hizo una breve presentación. Debía de ser alguien cercano al grupo para que permitieran que nos acercáramos tanto. Pronunció los nombres de mis tres compañeros en voz alta y se detuvo al llegar al mío.

—Y tú eras… —Realizó una floritura con la mano, señalándome. No se había quedado con mi nombre cuando Marta se lo había dicho.

—Hugo Cabana.

—Hugo Cabana —exclamó Dylan con un matiz de burla en su voz, que para nada se asemejaba a la que utilizaba para cantar. Duda resuelta—, con apellido y todo. Encantado, Hugo Cabana.

Ni él hizo el intento de acercarse a mí para estrecharme la mano ni yo lo esperé. Tampoco respondí a su comentario. Tenía mi réplica preparada en la punta de la lengua para su «con apellido y todo», pero era mejor que se quedara ahí, dentro de mi boca. Y como estábamos rodeados por un montón de personas, todas y cada una de ellas aguardando su minuto de gloria con el *rockero* de moda, me di media vuelta y fui a servirme una bebida. Mis compañeros y el

«amigo» de Marta vinieron detrás de mí y nos enfrascamos en una conversación, a medias entre qué nos había parecido el concierto y lo bueno que estaba Dylan. Yo no hablé demasiado ni de lo uno ni de lo otro. Sí me enteré de que el conocido de Marta era organizador de eventos y amigo del hermano mayor de esta.

Poco después, me excusé para ir al baño y, de camino, advertí a través de una puerta entornada al susodicho cantante metiéndose una raya de cocaína por la nariz con un billete de quinientos euros. De puta madre. Cómo no, un *rockero* drogadicto. Era todo tan estereotípico que temí encontrarme dentro de una de esas horribles películas de sobremesa que veían mi madre y Marcos los fines de semana.

Las horas saltaron unas detrás de otras y la gente fue desapareciendo de manera paulatina. No fui demasiado consciente de Dylan a nuestro alrededor, lo veía de soslayo pulular por ahí, sin estarse quieto o detenerse a entablar una conversación con nadie en particular durante más de dos minutos, pero tampoco me fijaba mucho.

Apenas quedábamos nosotros y, a pesar de ganarme una mirada asesina por parte de Marta, fui el primero en sugerir que quizá ya era hora de irnos al apartamento.

Ellos no tuvieron tiempo de contestar porque un tío enorme, cuatro por cuatro, apareció de pronto entre nosotros, preguntando por un médico.

—Llama a una jodida ambulancia —le decía otro chico.

—Él es médico. —Marta me señaló—. ¿Qué ha pasado?

—Yo no soy médico —aclaré, echándole una mala mirada a Marta. ¿Cómo se le ocurría decir algo así?—, soy veterinario.

—Servirás.

El tío enorme me agarró del brazo sin contemplaciones y me llevó por el mismo camino que había seguido yo horas antes para ir al servicio. Estuve a punto de soltarme y montarle el pollo del siglo, hasta que lo vi. Y, si he de ser sincero, no me sorprendió demasiado encontrarme a Dylan Carbonell tirado en un sofá de postín, desmayado. Me acerqué a él, me agaché y casi soldé mi rostro al suyo para captar su respiración regular. Pude comprobar que se encontraba bien y que solo llevaba encima una borrachera épica, adulterada con cocaína y, lo más probable, dado el olor del lugar, también con marihuana. Justo abrió los ojos con pereza, desorientado. Mi rostro continuaba a pocos centímetros del suyo.

—Joder, qué ojazos —exclamó adormilado—, son como un océano embravecido. ¿He muerto y estoy en el cielo?

Su comentario me enmudeció durante unos instantes y tuve que echarme hacia atrás para examinarlo mejor. Y no fue a causa de la mierda que soltó sobre mis ojos: fue por la felicidad efímera que advertí en su expresión al pensar que había muerto. Entrecerré los párpados y, al ver la sonrisa de bobalicón que comenzaba a dibujarse en su rostro, lo dejé pasar por razones obvias.

—No estás muerto. Estás colocado.

Mi comentario no le sentó bien. Como un descenso abrupto de la temperatura, la sonrisa de tontaina se convirtió en una expresión desdeñosa.

—No me mires de esa manera, no soy un puto drogata.

—Pues para no serlo vas hasta las cejas.

—He dicho que no soy un puto drogata. —Se incorporó en el sofá hasta sentarse, ayudándose de las manos, y me fulminó con la mirada.

—Bien por ti, porque eso no te llevaría a ninguna parte.

—¿Me estás juzgando?

—Para nada. Solo constato un hecho.

—No me gustan los listillos.

Me levanté y me crucé con la mirada desorbitada de mis tres amigos y del resto de la gente que nos rodeaba. Les susurré un «me piro al apartamento» cuando pasé por su lado y me dispuse a largarme de aquel lugar; no me gustaba ese ambiente, pero su voz me frenó.

—¡Eh! ¡Tú! —me llamó. Me di la vuelta por educación—. ¿Sabes lo que tampoco me gusta? Los prepotentes que te miran por encima del hombro y te susurran: «Yo soy mejor que tú» sin ponerse ni blancos.

«Ni rojo. Se dice ‘sin ponerse ni rojo’. Blanco estás tú, coleguita, por todo lo que te has metido».

—¿Sabes lo que no me gusta a mí? —le respondí de tú a tú. Empezaba a cabrearme. Situaciones así siempre consiguen ponerme de mal humor, y me importaba una mierda que se tratara del niño bonito del *rock* español. Por mí como si era el mismísimo heredero al Trono de Hierro; no me doblegaba ante nadie—. Los putos drogatas.

—Claro que no te gustan —contraatacó al instante, casi sin respirar—. Me apuesto a que tú no te has cogido un pedo en tu puñetera vida, ni te has fumado un porro ni te has metido una puta raya de coca o tragado una pastilla. O diez. Me apuesto a que siempre eres el que conduce cuando sale de fiesta con sus amigos, nunca tan perfectos como tú porque no pruebas ni una gota de alcohol. Me apuesto a que eres el de las mejores notas y el novio perfecto. Me apuesto a que le gustarías a mi padre, y eso que no le gusta casi nadie. Incluido yo.

—Y por una vez, apostarías para ganar.

Sin darle la oportunidad de que me replicara, eché una última mirada a mis amigos y salí escopeteado de allí. Pasaba mucho de todo aquello y ellos lo sabían. No era mi mundo, y muchísimo menos uno en el que tuviera la intención de pasar un segundo más.

Como a esas horas de la noche ya no había metro, cogí un taxi para que me llevara al apartamento que los cuatro habíamos alquilado durante la semana entera. Ninguno éramos de Madrid. Para cuando llegué a mi cama, ya me había desprendido de toda la ropa por el camino. Nos encontrábamos en el mes de marzo y las temperaturas aún eran bajas, pero no me molesté en ponerme nada encima del bóxer; me gusta dormir desnudo y estoy acostumbrado a hacerlo así desde muy pequeño, ya que en mi pueblo hace buen tiempo casi todo el año. Y yo siempre tengo calor.

Caí como un peso muerto, estaba agotado; eran las tres más que pasadas de la madrugada, y me dormí al instante.

Cuando el sonido de los golpes me despertó, tuve la sensación de no haber dormido más que un par de horas, y así lo constaté una vez que encendí la luz de mi reloj y comprobé la hora. Marcaba las seis. ¿Y qué coño era ese ruido? Parecía que el apartamento se estaba cayendo a pedazos. Me levanté y caminé a oscuras hasta la puerta de mi habitación, colisionando con todo lo que encontraba a mi paso.

—¡Joder! —grité, a causa del golpe en el dedo pequeño del pie, un segundo antes de encontrar el pomo de la puerta.

Y cuando la abrí… Mis ojos, hinchados por el sueño, se despertaron al instante. Igual que si me hubieran arrojado a la cara un cubo de agua fría. O caliente.

Mi amiga Marta, en sujetador, acababa de empotrar contra la pared a un tío igualito a James Dean. O lo que es lo mismo, al *rockero*. A Dylan. Guau. Eso sí que no me lo esperaba. Le comía la boca con hambre, y su clara intención era la de devorarlo entero. Y él le devolvía los mordiscos de la misma manera salvaje y primitiva. La sujetó del culo, se alejó de la pared y entonces fue él el que se empotró a sí mismo en la estantería de al lado.

—Shhh, vas a despertarlos a todos —le dijo ella, riéndose, encantada de hallarse donde se encontraba.

Llevó las manos a la entrepierna de él y me perdí en la mata de vello negro que asomaba entre los vaqueros desabrochados. Joder, me pareció la imagen más erótica que había visto en mucho tiempo, y juro que hasta el corazón dio un tumbo dentro de mi pecho. Bum. Dylan tenía los ojos cerrados mientras le devolvía el beso a mi amiga, y justo en ese instante, con un aleteo lento y perfecto, abrió los párpados y se topó con mi mirada. Dejó de besar a Marta.

—Hombre, el de las apuestas seguras —me dijo con sarcasmo. Parecía mucho más despejado que en el *backstage*—. ¿Te hemos despertado?

—Pues sí.

—Lo siento mucho, Hugo —se disculpó Marta, sincera, pero al mismo tiempo borracha de entusiasmo por lo que tenía entre sus manos—. Puedes volver a la cama, te prometo que intentaremos no hacer tanto ruido.

Dylan se desembarazó al momento de los brazos de mi amiga y caminó con pasos firmes hacia mí. Yo me enderecé en mi sitio.

—Sí, Hugo —dijo, recalcando mi nombre con ¿burla?—, puedes seguir en la cama. Hablando de cama…

No me dio tiempo a impedírselo. Dylan, apartándome de la puerta con un leve empujón de su hombro, se metió en mi habitación. Le dio al interruptor de pared y la luz artificial de la lámpara cutre del techo lo iluminó todo.

—Oh, joder —exclamó—, venía dispuesto a burlarme de ti, segurísimo de que tus sábanas estarían pulcramente colocadas a pesar de haber dormido en ellas, pero…, mierda, una cama.

—Tiene gracia que tú uses la palabra colocad…

Yo mismo me interrumpí. Porque Dylan se acercó a la cama y cayó desplomado en el colchón boca abajo. Como yo horas antes. Como un peso muerto. Solo que él se había quedado dormido en el segundo que duró el derrumbe. Increíble. Pero tal cual.

—¿Dylan? ¡Dylan, no tiene gracia! —Marta se aproximó a él y lo zarandeó. Me sorprendió la familiaridad con que lo tocaba y lo trataba; vale que tenían amigos en común, pero, a ver, se trataba del jodido Dylan Carbonell, y Marta no era como yo. Aunque, por mucho que lo agitó, resultó inútil. Estaba dormido—. ¡Dylan!

Eli y Eduardo, supongo que alertados por el alboroto, aparecieron en el umbral de mi habitación en pijama y con pinta de acabar de despertarse.

—Pero ¿qué está pasando aquí?

—¡Joder! —Eli me miró con sorpresa y admiración a la vez al ver al cantante en la cama—. ¿Te has ligado a Dylan Carbonell? ¿En qué momento? No sabía que le iban los tíos.

—No se lo ha ligado él —respondió Marta como si fuera una obviedad—, he sido yo.

—¿Tú? —preguntó Edu—. Pues sí que avanzaste posiciones cuando te dejamos con tu amigo. Hasta ese momento apenas habías cruzado dos frases con él.

—Vino a buscarme poco después de que os fuerais, comenzamos a hablar y una cosa llevó a la otra; flipé cuando se ofreció a acompañarme a casa —explicó, soñadora—, pero acaba de quedarse dormido. No me lo puedo creer.

La expresión soñadora se convirtió en fastidio.

—¿Se ha quedado dormido en la cama de Hugo? Hay algo de esta situación que a mí se me escapa —dijo Eli.

—Hugo ha abierto la puerta para protestar por el ruido que estábamos haciendo y el tío se ha vuelto loco al ver una cama. Ayudadme a moverlo, por favor.

Marta no cejaba en su empeño de despertarlo, y eso que Dylan se encontraba en coma. Las ganas de sexo podían con el raciocinio de mi amiga. Respecto a mí… una cosa es que no me gusten las drogas ni un pelo, y menos aún una vida de descontrol y desenfreno, y otra es no ser humanitario. Tuve que intervenir.

—¿Estás loca? —le dije—. ¿Es que no lo ves? Se ha quedado dormido en menos de un segundo. Está exhausto. Y va muy puesto. Tienes que dejarlo descansar.

—Hugo tiene razón —me apoyó Edu—. Dejémoslo dormir aquí. Imagínate que le pasa algo mientras lo movemos, que se nos cae y se da un golpe mortal en la cabeza. Yo no quiero rollos.

Sí, Eduardo suele ser bastante fatalista.

—Genial —exclamó Marta visiblemente enfadada. Se levantó de la cama y se marchó.

—Voy con ella. —Eli salió detrás—. ¡Buenas noches! —gritó antes de desaparecer del todo.

Marta y Eli compartían una de las tres habitaciones del piso, la que tenía la cama más grande. Eduardo y yo habíamos echado a suertes las otras dos, una con una cama de noventa y otra un poco más amplia, y había ganado yo; me había llevado la segunda más grande. Y, en ese momento, los dos mirábamos en su dirección. No se veía tan espaciosa con el *rockero* tumbado en ella todo lo largo que era, que no era poco.

—Te diría que vinieses a la mía —dijo mi amigo—, pero, tío, en serio, no cabemos.

Suspiré. Era todo tan surrealista. ¡Había un desconocido dormido en mi cama! Solo esperaba que no fuera de los que babeaban. Y Edu tenía razón. Claro que la tenía.

—No cabemos, no —acepté—. Tranquilo, dormiré en el hueco que me ha dejado.

—Tienes a Dylan Carbonell en tu cama —respondió Edu con una leve sonrisa y sin acabar de creerse lo que estábamos viviendo—. Hace unas horas lo veíamos en un escenario, rodeados de miles de personas que querían lanzarle su ropa interior, y ahora está aquí.

—Supongo que cuando nos despertemos mañana, ya se habrá ido. Buenas noches, Edu.

—Buenas noches, Hugo.

Edu salió del dormitorio cerrando la puerta detrás de él.

«Y ahora, ¿qué hago contigo?», pensé mientras contemplaba al cantante en mi cama. Me acerqué a él y le quité las deportivas. No podía dejar que durmiera con ellas. Era educación básica elemental. Me fijé entonces en que se había cambiado de ropa. Ya no iba vestido de negro. Los pantalones de cuero habían sido sustituidos por unos vaqueros azules corrientes y, debajo de una camisa de cuadros, se había puesto una camiseta blanca lisa. Se veía más joven. Más normal. Y menos *rockero*. Parecía un estudiante universitario. Un estudiante universitario después del fiestón del siglo.

Eché un último vistazo a la expresión relajada de su rostro. Dios, parecía que no había roto un plato en su vida, y estaba seguro de que había hecho añicos cristalerías enteras. Sin detenerme un segundo más a analizarlo, me levanté y apagué la luz. Regresé a la cama y me tumbé junto a él —no había más opciones— y, como pude, nos tapé a ambos con el edredón.

Cerré los ojos y me quedé dormido con el sonido de sus respiraciones en mi coronilla. Al menos, no roncaba.

Capítulo 2

Shhh, espera, me está viniendo algo fuerte

Intento moverme una vez más, pero es imposible. El cuerpo de Dylan sobre mí pesa demasiado, y sus brazos me rodean la cintura con una fuerza inusitada, como si estuviera ahogándose en un mar de monstruos y mi cuerpo fuera su único salvavidas. Miro la hora en mi reloj y veo que son las tres de la tarde. Apenas se filtra luz entre las lomas de madera que casi llegan al alféizar, pero más que suficiente para distinguir su silueta y su rostro. Los múltiples *piercings* en la oreja izquierda. El de la ceja. El cabello rebelde, salpicado de pequeños rizos, que se adhiere a la frente perlada de sudor. Algo lógico teniendo en cuenta la vehemencia con que nuestros cuerpos se tocan y el calor que se ha condensado en la habitación.

Suspiro y me llevo la mano a la frente. Me froto los ojos mientras pienso por enésima vez cómo he llegado a esta situación. Ni siquiera sé dónde colocar mis propios brazos, porque, haga lo que haga, terminan rodeándolo. Joder, que parecemos amantes. De verdad: ¿en qué momento? Al menos no ha babeado. Creo.

Estoy a punto de realizar el último intento de levantarme de la cama cuando lo siento. Lo siento en cada una de las células de mi cuerpo, hasta en las de las puntas de los pies. Dylan se ha despertado y, sin retirar el rostro de mi abdomen, con la boca húmeda, comienza a darme besos suaves por el vientre, alrededor del ombligo. Hablando de babear…

—Mmm —ronronea, muy a gusto.

Vale. Debe de pensar que soy Marta. Aún no estará lo suficientemente lúcido como para distinguir el cuerpo de un hombre del de una mujer. Genial. Esto mejora por momentos.

—Creo que te estás equivocando —le digo con la voz ronca. No ronca de placer (no me pone hacerlo con tíos que horas antes han estado colocados hasta las cejas), sino ronca de que acabo de despertarme.

Dylan detiene su avance por mi cuerpo al instante, pero no se tensa. Solo eso, solo se detiene. Tampoco deja de tocarme con los labios. No, al menos, hasta que levanta la mirada. E incluso en ese momento, no los despega por completo de mi piel. Entonces me doy de bruces con sus verdaderos ojos por primera vez. Sin el maquillaje. Sin los efectos de la droga. Son una extraña mezcla entre el verde y el azul. Supongo que se ven más claros al estar enmarcados por esas cejas tan oscuras. Ayer solo eran claros, una pupila negra dilatada al máximo sobre un fondo de venas rojas, pero aun así me impresionaron. Ahora me impactan más, si es posible.

Dylan entrecierra la mirada, contemplándome, escrutándome, y no sé explicar el motivo. Puede ser que acabe de darse cuenta de que soy un tío, pero no puedo asegurarlo. Más bien parece que tantea mi reacción. Que intenta leerme él a mí.

—Tú eres el tocapelotas de ayer —afirma.

—Aquí el único que le está tocando las pelotas a alguien eres tú. Literalmente, además. —No

solo continúa rodeando mi cintura con sus brazos: su rodilla está justo encima de mis huevos.

—Oh, sí, eres tú. Hugo Cabana, ¿verdad? ¿Cómo has acabado en mi cama? —me pregunta con una sonrisa. La situación debe de hacerle gracia. Con dos cojones. Y es una sonrisa deslumbrante, para qué negarlo. Es una pena que también sea un poco idiota. Aún me duran los ecos del encontronazo que tuve ayer con él.

—Y una vez más —le digo—, te equivocas. Esta no es tu cama, es la mía.

—¿Lo es?

—Lo es.

—Joder. Creo que he vuelto a perderme otro capítulo de mi vida. ¿Hemos follado?

—¿Tú qué crees? —le pregunto con severidad. No sé si está bromeando o si me lo pregunta en serio. Desde luego, en ningún momento ha dejado de sonreír. Increíble.

—No lo sé. Te sorprenderías de la cantidad de veces que yo mismo alucino con lo que puedo llegar a hacer. Haber follado contigo solo sería una muesca más en mi currículo de mierda.

Decido no contestarle. Hay cosas que, de verdad, no valen la pena.

—¿Puedes soltarme? —le pregunto con énfasis, dado que no parece tener intención de desenroscarse de mi cuerpo.

Vuelve a escudriñarme durante unos segundos antes de separarse de mí. Suspira y se sienta en la cama, apoyando la espalda en el cabecero y echando la cabeza hacia atrás. Cierra los ojos un instante. Los abre. Me incorporo y me siento junto a él. Los dos mirando al frente. Los dos mirando hacia la puerta cerrada de la habitación. Joder, esto es completamente surrealista. Resulta que ayer fui a un concierto con mis amigos de cuando estaba en la universidad, y ahora el cantante, un tío al que no conozco de nada, está en mi cama. Sí, ahora mismo. Ha dormido conmigo. O encima de mí. De hecho, no hay marcas de las sábanas en su rostro porque ha utilizado mi estómago de almohada. He sentido su pelo suave. Lleva unos calcetines blancos, tiene unos ojos y una sonrisa de infarto y una voz de alucine. Y supongo que está a punto de largarse.

—Mierda, me duele la cabeza. Demasiada claridad —se queja. Ya. Pues entra la luz justa en la habitación, verás cuando suba la persiana del todo—. Y me apetece un piti.

—Ni se te ocurra fumarte un cigarro en mi cama. Ayer llegaste con mi amiga Marta, chocando con las paredes y haciendo ruido. —Sé que no me lo ha preguntado, pero supongo que querrá averiguar cómo ha llegado aquí. Yo, en su lugar, querría saberlo.

Dylan gira el cuello en mi dirección y me mira. Nuestros rostros quedan más cerca. No parece sorprendido.

—Eso suena a mí, sí.

—Me despertasteis y salí a ver qué pasaba.

—Eso suena a ti, sí.

—¿Que suena a mí? No me conoces de nada.

—Lo suficiente como para saber que eso suena a ti.

—Y después caíste redondo en mi cama. Te dormiste antes de tocar el colchón —continúo, ignorándolo.

—Estaba cansado; aún lo estoy —reconoce con otro suspiro. Retira la mirada de mi rostro y mira al frente de nuevo.

—Sí, supongo que también estabas cansado.

—¿Vas a darme un sermón?

—Para nada. No me importas lo suficiente como para hacerlo.

Dylan se sobresalta con mi última frase y vuelve a mirarme con verdadera curiosidad.

—¿Por qué eres tan extremo, Hugo Cabana? No sé si darte mis más sinceras felicitaciones por la sinceridad o una patada en el costado que te tire de la cama. Creo que lo segundo, así que ándate con ojo, tío borde.

—¿Puedes dejar de llamarme así?

—Así, ¿cómo? ¿«Tío borde»?

—Con mi nombre y apellido.

—Pero fue tu presentación. Gran presentación, por cierto. Oye, ¿y mis zapatillas? —me pregunta, reparando por primera vez en sus pies desnudos—. ¿Me dio tiempo a quitármelas?

—Claro, te las quitaste en ese segundo en que caíste desmayado en mi cama.

—Ah.

—Te las quité yo —le aclaro al ver que de verdad, DE VERDAD, estaba considerando la otra opción.

—Gracias, supongo. Todo un detalle. ¿También me arropaste y me diste un beso de buenas noches? —pregunta con otra sonrisa genuina al ver la cara que pongo. No es que yo me vea reflejado en ninguna parte, pero me conozco.

—¿No puedes simplemente agradecérmelo?

—Mmm, supongo que podría, pero ¿qué gracia tendría eso? Ah, vale, no te gustan los graciosos.

—Me gusta todo en su justa medida.

—Y yo soy de los que desbordan el vaso, por muy alto que sea. ¿Te gustó el concierto? —Su manera de cambiar de tema me marea. Como cuando las olas me revuelcan por la arena. Así de loco e imprevisible es este chico.

—Me gustó más de lo que esperaba.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Entonces recuerdo qué fue lo que me encandiló del concierto. Lo que hizo que se me pasaran las horas sin darme cuenta. Lo que no me esperaba de su música: las letras. Ese amor-odio que parecía prodigar hacia algo o alguien y la manera en que las interpretaba con ese falsete suyo tan especial.

—¿Escribes tus propias canciones?

—Sí.

Interesante.

—Vaya. Eso sí es impresionante —reconozco—. Y tu voz.

—Guau, ¿es admiración eso que veo en tus ojos? Creo que voy a correrme del gusto. Y tú te correrías también solo por el sonido de mi voz mientras lo hago.

—Lo dudo. No es tu voz normal la que me gusta, es la otra.

—¿Qué otra? —me pregunta con ignorancia fingida. Sabe perfectamente a lo que me refiero, pero, al parecer, le gusta que le regalen los oídos.

—Ya sabes qué otra.

—La impostada.

—¿Impostada?

—El falsete.

—El falsete. Es… único y bastante impresionante.

—Y tú, más predecible de lo que parecías en un primer momento, Hugo Cabana.

—¿Te molesta que aprecie tu falsete?

¿Es posible que no esté descifrando bien a este chico? ¿No quería que le regalara los oídos?

—No es algo que me haya ganado. Nací con él.

—Creo que es un don.

—Bien, entonces cuando me corra, lo haré en falsete, así te correrás conmigo.

—Tú no tienes filtro —le digo sin evitar sonreír. El chico tiene tanto descaro que hasta me divierte.

—Y que me lo digas tú…

—Tengo muchísimo filtro, créeme.

—Prefiero no creerlo, me das miedo. Ayer entraste a matar.

—Es cierto, perdona por eso —me disculpo. Reconozco que quizá me pasé—, pero es que no me gustan las drogas. No me gusta el ambiente que las rodea ni lo que pueden hacerle a una persona. La convierten en alguien inestable, sin control. Le pueden destrozar la vida. Lo veo a diario en las noticias. No me gusta la noche ni ese tipo de fiesta. No me gusta el descontrol. Ni el caos. ¿De qué te ríes?

—Creo que acabas de describirme. Soy puro caos. Descontrol. Y me gusta serlo. No quiero pensar en el futuro. No quiero desperdiciar el presente pensando en lo que puede venir o no. Solo me importa el ahora. Y si en este momento me apetece fumarme un porro, me lo fumo. Si me apetece cantar, canto. Si me apetece acostarme con tu amiga la de ayer, y a ella acostarse conmigo, lo hacemos. Donde sea. Donde caiga. Podríamos hacerlo aquí, delante de tus narices. ¿Qué más da? Pillas el concepto, ¿verdad? Seguro que sí. Pareces un chico avispado. Y que la vida salga como tenga que salir. ¿Sabes la cantidad de cosas que te pierdes por pensar en el mañana? No me contestes, yo te lo digo: te pierdes la vida. La vida entera, Hugo Cabana. Dime, ¿cuántas veces al día piensas tú en el futuro?

Guau. No estoy de acuerdo con su mentalidad, ni con nada de lo que ha dicho, en realidad, pero la pasión con que defiende su manera de ver las cosas es admirable. Hasta se le ha iluminado la mirada.

—Planificar no es malo.

—Ya lo creo que lo es. No deja espacio al libre albedrío.

—No estoy de acuerdo. Solo son diferentes formas de ver la vida.

—Pero es que la vida no hay que verla, hay que vivirla. ¿Cuántos años tienes tú?

Y ahí va otro cambio de tema. Sonrío de nuevo.

—Cumplo treinta el mes que viene.

—Yo, veintisiete en agosto.

Tiene veintiséis años. Solo veintiséis. Y me atrevería a decir que aparenta alguno menos. Quizá no en el escenario, con el pelo de punta, la ropa negra y esa actitud de rey del mundo, pero sí ahora con la camiseta blanca, la camisa de cuadros arrugada y los vaqueros desabrochados; su mirada auténtica y el pelo desordenado; las piernas cruzadas sobre mi cama y el brazo apoyado en el cabezal, detrás de la nuca.

—¿Qué me miras? Menudo escáner me has hecho. Oye, ni en los aeropuertos.

—No pareces un cantante de *rock*. Ayer sí lo parecías.

—¿Qué parezco hoy?

—Un chico normal. Un chaval.

—¿Sí? A ver, háblame de ti.

Esta vez me río a carcajadas. Sus cambios de tema han comenzado mareándome, pero ahora me hacen gracia. Supongo que es parte de su caos. Dylan es tan… eléctrico. Cuando no está colocado, claro; cuando está colocado, es idiota.

—¿Por qué? —le pregunto sin que se apague mi risa. La siento todavía ahí.

—Pues porque sí. Por curiosidad. ¿Eres de aquí? ¿De Madrid?

—No. De un pueblo de Alicante.

—No me vas a creer, pero desde el momento en que te vi pensé que tenías una pinta de mediterráneo que te cagas. Esa melena rubia es muy de playa. También muy de guaperas perdonavidas. —Me sorprendo por el comentario y él lo nota—. ¿Qué? ¿Nunca te han dicho que eres guapo?

—Sí me lo han dicho.

—Y ¿por qué te sorprende que lo haga yo?

—No lo sé.

—Eres un guaperas, Hugo Cabana. Solo hay que tener dos ojos en la cara para verlo. Eso no significa que seas del tipo de todo el que lo ve. Y mucho menos que seas mi tipo.

—¿No soy tu tipo?

—No.

—¿Porque solo te van las tías?

Dylan se ríe a carcajadas, echa la cabeza hacia atrás y choca con el cabecero.

—¿Yo soy el tuyo? ¿Tu tipo? —me pregunta cuando deja de carcajearse, pero sin borrar esa sonrisa suya tan deslumbrante.

—No.

—¿No? ¿Por qué? ¿Porque solo te gustan las tías?

Bien jugado.

—No. Veo que eres guapo. Tienes unos ojos clarísimos que brillan cuando no estás colocado, y una sonrisa auténtica. Una voz de infarto y un cuerpazo.

—Pero no soy tu tipo.

—Pero no eres mi tipo. Una cara y un cuerpo bonitos, para mí no son suficiente.

—¿Ni siquiera para un polvo?

—Ni siquiera para un polvo. Tíos como tú los hay a patadas.

—Ya veo. Oye, ¿vives en tu pueblo con tus padres?

—No. Vivo solo. Me vine a Madrid a estudiar la carrera y cuando regresé, yo… necesitaba estar por mi cuenta. No es que no quiera a mi familia, joder, los adoro, pero me costó hacerme de nuevo a la rutina de casa de mis padres, a vivir con unas normas que ya no eran las mías, y eso que mis padres siempre han sido muy permisivos, pero no sé. Creo que no puedo explicarlo mejor.

¿Y por qué cojones se lo estoy contando? Joder, este tío es una máquina sonsacando información. Me río yo de mi hermano River y su curro en el CNI.

—Lo has explicado bien. ¿Tienes hermanos?

—Sí, unos cuantos.

Dylan frunce el ceño.

—¿Unos cuantos?

—Cuatro.

—Joder. ¿Cuatro? ¿Eres el pequeño o el mayor?

—Ni lo uno ni lo otro. Estoy en el medio.

—¿Cómo se llaman tus hermanos?

—River —estoy a punto de continuar con el nombre de mi siguiente hermano, pero decido hacerme el gracioso, como él. Donde las dan, las toman— Cabana, Marcos Cabana, Adrián Cabana y Priscila Cabana. Yo estoy entre Marc y Adri. ¿Tú tienes hermanos?

Dylan se ríe por la repetida mención de mi apellido a la vez que niega con la cabeza antes de contestar.

—No, que yo sepa. Pero con mi padre todo podría ser.

—¿No te llevas bien con él? —me atrevo a preguntar. La manera en que lo ha dicho da qué pensar. Dylan se ha apagado de pronto. Hasta su sonrisa se ha apagado.

—¿Crees que es fácil ser hijo de alguien como él?

—¿Como él?

—Sí, ya sabes —me dice, restándole importancia al asunto con un movimiento de la mano—, como él.

—No, no sé. No conozco a tu padre.

—¿Me estás vacilando? ¿No sabes quién es mi padre? —Dylan se aleja de la pared y se sienta con las piernas a lo indio enfrente de mí.

—No.

No tengo ni idea de quién es su padre. No es que haya entrado en Wikipedia para investigar quién es Dylan Carbonell solo por haber comprado una entrada para un concierto suyo. Lo poco que sé de él se debe a que es imposible no conocer su nombre y sus canciones más sonadas a nada que te guste escuchar la radio. Y yo la escucho a diario en el trabajo.

O a que vivas en este mundo. Y yo vivo en él.

—Joder —exclama, sorprendido de verdad.

—¿Quién es tu padre?

Ahora siento curiosidad.

—Es, en este momento, uno de los mejores compositores del mundo.

—¿Compositor?

—Sí, compositor. ¿Sabes lo que es un piano?

—Sé lo que es un piano, idiota —le digo de manera cariñosa, aunque no sé muy bien de dónde ha salido.

—Pues él lo toca. A lo grande. Por todo el mundo.

—¿Y eso es algo malo?

—A veces.

Me sacude un estremecimiento y se me eriza el vello de los brazos. Creo que es porque tengo frío. Tan solo llevo puestos los bóxer y Dylan ha dejado de darme calor con su cuerpo una vez que se ha separado de mí. Sí, es por eso. No es por lo que me ha transmitido con ese «a veces» ni con la manera en que lo ha dicho. No, no. Soy empático, pero no tanto. Miro alrededor, pero no localizo mi camiseta por ninguna parte.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

—Pues ponte una camiseta.

—Estoy en ello.

—Te dejaría la mía, pero ya sabes lo que dicen.

—¿Qué dicen? —le pregunto mientras me llevo a los labios la botella de agua que hay sobre la mesita junto a la cama. La he visto y me ha entrado sed.

—Hasta el treinta de junio no te quites el sayo, o algo así, y tú has dormido en pelotas.

No escupo el agua porque ya me la he tragado, pero la risa que me provoca Dylan hace que me entre por otra vía y comience a toser como un poseso. Él me da palmaditas en la espalda a la vez que me mira con sospecha. «¿Te estás riendo de mí?», me preguntan sus ojos. «¡Sí, joder!», le contestan los míos.

—¿O algo así? ¿Qué ha sido eso? —le digo cuando recupero la respiración y soy capaz de hablar.

—Un puto refrán. ¿Sabes lo que es un refrán?

—Yo sí. ¿Lo sabes tú?

Joder, no puedo dejar de reírme.

—Te estás ganando esa patada en el costado, Huguito. Deja de reírte.

—La clave de los refranes es que suelen rimar, entre otras cosas. Joder, que tú compones canciones. Y no me llames Huguito.

—No compongo refranes, capullo.

—Se dice: «Hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo».

—Eso he dicho yo.

—¡Y una mierda! Has dicho hasta el treinta de junio.

—¡Cállate ya! —me ordena a la vez que su pie golpea mi pierna—. Ha sido un lapsus.

—¿Un lapsus?

—Vale, no. ¿La verdad? No se me dan bien los refranes, los digo todos mal, y las frases hechas, también, pero guárdame el secreto. —Yo continúo riéndome—. Serás capullo —dice con otra de sus sonrisas.

Entonces me acuerdo de la noche anterior. De aquello que dijo.

—Vale.

—Vale, ¿qué?

—Ayer te equivocaste en un dicho y pensé que era porque estabas colocado.

—Tú siempre piensas que todo lo que hago es porque estoy colocado. —Río de nuevo. Me hace gracia lo de «siempre», teniendo en cuenta que nos vimos ayer por primera vez—. ¿Qué dije?

—Voy a hacer un juego de palabras, a ver si lo pillas.

—Dale.

—Dijiste que no te gustan los prepotentes que te miran por encima del hombro y te susurran «yo soy mejor que tú» sin ponerse ni blancos, y no te pusiste ni rojo. —Ahora es Dylan el que comienza a reírse a carcajadas y, la verdad, yo lo acompaño—. ¿Lo has pillado?

—Sí, joder. Pero reconoce que tiene su punto.

—Un poco.

—Empiezo a caerte mejor, ¿eh?

—Tampoco te vengas arriba. ¿Quieres un consejo?

—No.

Se lo doy de todas maneras.

—Deberías dejar de usarlos si los dices todos mal, es lo más sensato. O comprarte un libro de refranes y leerlo por las noches. A ver si de esa manera los interiorizas.

—Sí, no tengo otra cosa que hacer, no te jode.

—O también podrías escribirlos en una libreta y de vez en cuando comprobar si los has dicho bien o no, y corregir con tinta roja los errores. O escribir un libro de refranes. Creo que yo lo compraría. Lo leería del tirón un domingo por la tarde y después se lo pasaría a mis hermanos. Y a mis padres. Si lo de la música comienza a decaer en algún momento, ahí tendrías un filón. Pero, por Dios, no uses refranes en las entrevistas que te hagan, evítalos, te lo digo porque creo que…

—Pam, pa, pam, parara. Pam, pa, pam, pararara —me interrumpe, y comienza a dar suaves toques sobre mi rodilla. Para una vez que me embalo…

—¿Qué haces?

—Shhh. Calla, Hugo Cabana. Espera.

—Que no me llames…

—Shhh, espera, me está viniendo algo fuerte.

—¿Qué?

—Una melodía.

Dylan continúa dándome golpes y ahora también mueve la cabeza. Tiene los ojos cerrados.

—¿Acaso no me estabas escuchando?

—No mucho. Necesito un bolígrafo. —Deja de golpearme y se palpa los bolsillos.

—¿Qué haces?

—Buscar un boli. Suelo llevar uno encima para estos casos. Oh, aquí está. —Uno típico de la marca Bic, de color negro, sale de sus pantalones. Está bastante deteriorado. Le quita el capuchón con la boca y lo escupe sobre las sábanas con despreocupación—. Y papel…

Mira alrededor, pero no ve nada que pueda utilizar. Entonces se agacha y comienza a garabatear en mi abdomen.

—¡Ey! —me quejo, sobresaltándome.

—Calla, joder, que se me va. Como pareja de un músico no tendrías rival —me dice, sin dejar de escribir.

—Me haces cosquillas.

—No te muevas.

Él no lo hace. Ni un solo músculo, si no contamos los de la mano con la que escribe. Es como si el mundo se hubiera evaporado para él, o dejado de girar; resulta increíble que alguien tan inquieto, que apenas se detiene a respirar, alcance ese nivel de concentración de pronto, de la nada. Yo no puedo evitarlo. Moverme, digo. Tengo muchas cosquillas y él está pintando círculos negros en mi costado y en mi vientre con un bolígrafo de punta fina.

—¡Que me haces cosquillas!

—¡Que no te muevas, coño! —Retira la mirada de su obra un instante y clava sus ojos azules en los míos. Guau. ¿Es posible que a cada segundo me impresionen más?—. Ya casi está.

Me fijo en lo que escribe para distraerme. Son un montón de garabatos mal puestos. Es peor que un jeroglífico.

—¿Qué es eso? No entiendo nada.

—Tranquilo, yo sí entiendo. ¡Listo!

Levanta la cabeza, y la mirada, y sonríe con suficiencia. Está a punto de decir algo, algo acorde a esa expresión, algo como «soy el puto amo», lo presiento, pero un golpe en la puerta lo intercepta.

—Hugo, perdona que te molestemos —se escucha al otro lado—, pero ¿estás vivo? Nosotros acabamos de despertarnos.

Es Eli. Y, en esta ocasión, Dylan sí se tensa. Nos miramos a los ojos. Lo tranquilizo con los míos. La puerta no va a abrirse.

—¡Todo en orden! —grito sin dar más explicaciones. En mi línea.

—¿Y el *rockero*?

Dylan coloca su dedo índice en los labios en señal de que guarde silencio.

—¿Qué *rockero*?

—El que cayó desmayado en tu cama ayer.

—Ni idea.

—Se habrá marchado temprano. Verás cuando se lo cuente a Marta. Vamos a prepararnos y salir a comer algo. ¿Te vienes?

—Id vosotros primero, yo tengo que hablar con mi familia. Os llamo cuando esté listo.

—Muy bien. Nos vemos en un rato, entonces.

—¿Cómo sabías que no iba a entrar? —me pregunta Dylan en susurros en cuanto intuye que mi amiga se ha alejado de la puerta. Se oyen murmullos en la lejanía—. Yo habría entrado.

—Conviví con ellos durante la mayor parte de mi estancia aquí, mientras me sacaba la carrera. Me conocen bien. Saben lo importante que es la intimidad de mi dormitorio.

—Supongo que después de criarte con tantos hermanos valoras la intimidad más que cualquier otra cosa.

—Qué va. No creo que sea por eso. Mi hermano Marcos se ha criado en el mismo ambiente y se pasa la intimidad por el forro de los cojones. A River se la suda un poco, y a Adrián bastante, como todo. Priscila es la más parecida a mí en ese aspecto. Supongo que es cuestión de personalidades.

—Te ha cambiado el tono de voz al hablar de tus hermanos —apunta con una nueva sonrisa.

—¿En serio?

No he sido consciente de ello.

—Y tanto que en serio. Por cierto, ¿qué hora es? —me pregunta cuando sentimos que la puerta de la calle se abre y se cierra, un segundo después.

Miro el reloj. Son casi las cuatro de la tarde. Me doy cuenta de que llevamos una hora despiertos y de que ninguno de los dos ha hecho el más mínimo intento de levantarse. Solo nos hemos quedado aquí, en mi cama, despertándonos. Hemos comenzado a hablar como si fuéramos… no sé. No puedo explicarlo. Nunca me había pasado nada igual. La tensión de los primeros instantes ha ido diluyéndose con cada frase. Me he relajado. O Dylan me ha relajado. La naturalidad con que nos hemos tratado, a pesar de no conocernos de nada, me ha pillado por sorpresa. Creo que no hemos sido Dylan Carbonell (quienquiera que sea) y Hugo Cabana. Hemos sido otra cosa. Una nueva especie. Es raro.

—Son las cuatro —le digo.

—Mierda, me tengo que ir.

Dylan se levanta a toda velocidad y baja de la cama de un salto; se calza las zapatillas que descansan en el suelo una vez que las ve. No se sienta, lo hace de pie. Parece todo un profesional de las escapadas rápidas. No se molesta en hacer más. No sé, peinarse, ajustarse bien la camisa, adecentarse un poco, ¿subirse la cremallera del pantalón? Pues no. Solo se marcha. Pero antes de salir, gira la cabeza y me habla por última vez.

—Por cierto, sácate una foto de eso —señala mi abdomen con ojos traviesos— y me la mandas.

—¿Qué?

—Un placer, Hugo Cabana.

Me guiña un ojo y sale disparado, sin molestarse en cerrar la puerta. Caigo en el colchón de espaldas y me quedo en silencio mirando el techo.

Joder.

Ha sido… No sé lo que ha sido.

Capítulo 3

Veintitrés años antes

Dylan se encontraba tumbado debajo de la cama de su dormitorio en posición fetal. Escuchaba el movimiento que se sucedía por cada rincón de la casa. Había mucha gente. Muchas voces. Muchas lágrimas. Miradas y abrazos extraños dirigidos a su padre y a él. A la mayoría de las personas no las conocía, no las había visto antes, o no las recordaba. Se concentró en los sonidos que salían de sus bocas. No, no las conocía; de hacerlo, recordaría sus voces.

Por eso estaba debajo de la cama. Le gustaba aquel lugar más que ningún otro del resto de la casa. Normalmente, debajo de las camas no había gran cosa (alguna mota de polvo, a lo sumo), pero la de él estaba llena de objetos: una linterna con una luz realmente cegadora. Una sábana amarilla con dibujos de palmeras y dinosaurios. Un par de almohadas rellenas de plumas. Sus muñecos favoritos. Una pistola de juguete de color naranja. Un sombrero de vaquero. Cuadernos para pintar y lápices de colores… Podía decirse que lo más esencial de su dormitorio estaba concentrado en aquel espacio minúsculo.

Había habido un momento, meses atrás, en que aquel lugar comenzó a aterrorizarlo. Era tan desconocido. Y oscuro. ¿Quién sabía lo que podía albergar? Pero, entonces, su madre había creado aquel universo para él y ahora era su territorio favorito. Solía tumbarse allí y se le pasaban las horas inventando historias de vaqueros y superhéroes, o pintando. A veces también se quedaba dormido, pero por la mañana siempre se despertaba en su cama. Sabía que era su madre quien lo acostaba. A veces incluso sentía el suave beso en su mejilla y el roce en su cabello.

Y, de pronto, su madre ya no estaba. Una mañana lo había llevado al colegio y, horas después, no había acudido a recogerlo. Su padre le había dicho que se había muerto. Su profesora, que se había ido al cielo. Para siempre. No lo entendía. ¿Por qué se iría tan lejos? ¿Por qué lo abandonaba? Pensó que no podría vivir sin ella.

Se acurrucó aún más en su espacio y cerró los ojos. Tenía cuatro años.

En el pueblo alicantino, Hugo, de siete años, se escondía debajo de la cama del dormitorio de sus padres con Adrián y Priscila. Jugaban al escondite, y Hugo estaba seguro de que Marcos y River los encontrarían en cuestión de segundos. Siempre era igual con los dos pequeños. Las risitas de Priscila, que no eran nada disimuladas, los delataban. Priscila no sabía reírse en silencio. Y, lo peor, sus carcajadas eran contagiosas. Las risitas de Adrián también los traicionarían. Los mandó callar con cierto aire autoritario, pero solo consiguió que se rieran más alto y fuerte. Hugo contó en silencio: tres, dos, uno y… El edredón de la cama de sus padres se levantó y la cabeza de Marcos apareció por el hueco con una sonrisa: «¡Os he pillado, enanos!».

Capítulo 4

Una semana en Madrid y unos cuantos wasaps

Dylan Carbonell:

¿Te apetece un café antes de irte, babe? Te invito. Tengo un rato.
Conozco un sitio que te va a gustar.

Hoy, viernes, dentro de siete horas, cojo el tren hacia Alicante en la estación de Atocha, y aquí estoy ahora, sentado en el sofá del apartamento que he alquilado junto con mis excompañeros de piso, escuchando su conversación de fondo sin prestarle la atención que debería. No puedo dejar de mirar de soslayo la pantalla de mi teléfono. Es tan raro ver ese nombre ahí. Tan chocante. Y a la vez tan natural. Con qué rapidez lo desconocido se hace familiar. Da miedo.

Todavía hoy me pregunto qué pasó el lunes en el dormitorio que se encuentra en este mismo apartamento, el primero del pasillo, entre Dylan y yo. Creo que la conclusión es que me sorprendió. Simple y llanamente. Dylan Carbonell me sorprendió. Y me ganó con cada frase. Como una película que vas a ver por obligación. Una que no es de tu estilo. Que jamás habrías elegido. Una de humor, por ejemplo. El humor no es lo mío. Los primeros minutos te sientes un tanto hastiado, no quieres estar ahí. Después te sorprendes dejándote llevar algunos segundos. Segundos que se van alargando en el tiempo. Para cuando quieres darte cuenta, te estás riendo a carcajadas.

Pero me estoy adelantando, porque eso fue el lunes y hoy estamos a viernes. Son cuatro días. Días en los que no solo he estado con mis amigos por Madrid. También he estado en contacto con Dylan. A todas horas. Empezó el martes antes de comer. Empezó él el martes antes de comer, un día después de que se fuera de mi cama y me dejara la tripa pintarrajeada de figuras musicales que no tenían ningún sentido para mí.

Fue más o menos así:

Número desconocido:

Hola, nene.

Me quedé unos segundos observando el mensaje hasta que di por hecho que se habían confundido. Y qué poco me gusta esa expresión tan cutre: «nene». Con un bufido, lo eliminé al momento. En ese instante, Edu me llamó desde la cocina, así que dejé el teléfono sobre la mesa para ver qué quería. No llegaba al armario de encima de la nevera, es un chico muy bajito y

necesitaba coger un ladrón que había visto ahí; no había muchos enchufes en la casa y nos peleábamos por ellos. Regresábamos los dos al salón cuando Eli gritó que me llamaban por teléfono.

—Ya voy —le dije, a punto de entrar en el salón—. ¿Quién es?

—Ni idea. Número desconocido —respondió con mi móvil en la mano. Y, entonces, cuando yo estaba a punto de cogerlo, aceptó la llamada.

—Pero ¿qué haces? —le susurré molesto.

—Iban a colgar —se excusó.

—Nunca respondas a números desconocidos, y menos desde un móvil que no es el tuyo. Seguro que quieren venderme algo.

Ella solo se encogió de hombros y me pasó el aparato. No me quedó más remedio que decir algo.

—¿Sí?

—¿¿Me has mandado a spam??

Reconocí aquel timbre de voz al instante. Desafiante, potente, pero con un matiz cómico. Incluso dulce. Como para no reconocerlo. Lo había escuchado un día antes, durante mucho rato, muy cerca de mí. Y era la clase de voz que no se olvida en veinticuatro horas. Que se lo digan a sus más de cuatro millones de fans.

—¿Dylan?

—¿Carbonell? —exclamó Marta. Medio segundo después, mis tres amigos se arremolinaron a mi alrededor con expresiones curiosas. Me alejé sin dar explicaciones y salí a la terraza. Me apoyé en la barandilla, contemplando el bullicio de la calle, y me froté los ojos. Es un gesto que suelo hacer cuando me siento descolocado o nervioso.

—¿Acabas de enviarme a spam? —repitió el otro.

«¿Spam?». Entonces me di cuenta. Retiré los dedos de mis ojos.

—¿Eras tú el del mensaje? —le pregunté—. ¿El del «hola, nene»?

—Claro que era yo. ¿Quién iba a ser?

—No soy tu nene.

—Claro que no lo eres. ¿Quién ha dicho que lo seas?

—Pues no me llames «nene».

—No quieres que te llame «Hugo Cabana», no quieres que te llame «Huguito», no quieres que te llame «nene»… ¡Ya no sé cómo llamarte!

—Puedes probar con Hugo.

—Una vez conocí a un Hugo. Era un auténtico gilipollas. Creo que lo sigue siendo.

—¿Por eso no me llamas por mi nombre? ¿Porque no te cae bien un Hugo de tu pasado?

—No he dicho que no me caiga bien. No es eso. No me cae ni bien ni mal. Le odio. Escúchame —Ni siquiera me dio margen a que pudiera registrar en mi cabeza, mucho menos desmenuzar y digerir, lo que acababa de soltarme por la boca—, voy a escribirte otro mensaje, ni se te ocurra volver a mandarme a spam.

—¿Para qué? Ya estamos hablando por teléfono.

—No puedo hablar por teléfono porque estoy en una puta reunión de trabajo. Te mando otro mensaje.

—Pero si ya estás hablando por teléf…

Pi, pi, pi. Pi, pi, pi.

Aparté el teléfono de mi oreja y me quedé observándolo estupefacto. Me había colgado. Dylan continuaba sorprendiéndome. Y no siempre para bien.

Un par de segundos después:

Número desconocido:

Repetimos. Hola, nene.

Hugo:

Hola, Hugo. ¿Tampoco puedes escribirlo?

Número desconocido:

Hola, Dylan. No, tampoco.

Hugo:

A propósito de Dylan, ¿es tu verdadero nombre?

Número desconocido:

Sí. Mi madre era una fanática de Bob Dylan, una fanática a lo grande; joder, estaba loca por ese hombre. Por suerte para mí, eligió el apellido. ¿Te imaginas lo contrario? ¿Bob Carbonell? Dios, me estremezco solo de pensarlo. Si me tuvieras delante, verías la piel de gallina que se me ha puesto.

Rompí a reír a carcajadas sin poder evitarlo. Tanto que incluso la señora que colgaba la ropa en el balcón de enfrente levantó la cabeza para mirarme. Me di la vuelta y me quedé con la espalda apoyada en la barandilla. No dejé de sonreír.

Hugo:

Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja. ¿No te gusta Bob?

Número desconocido:

Dios, no. Es horrible. ¿A ti te gusta Bob?

Hugo:

Bien.

Número desconocido:

¿Bien? ¿Qué significa eso? Creo que la respuesta pertinente era sí o no. Sí me gusta. No me gusta. ¿Lo ves? Aunque en realidad la única respuesta posible era: «No, no me gusta. Tienes toda la razón, Dylan. Bob es horrible. A mí también se me ha puesto la piel de gallina. Se me han erizado los pelitos rubios de los brazos». ¿Tú no empatizas o qué te pasa, hombre?

Hugo:

Yo empatizo de maravilla, pero tú no sabes leer entre líneas.

Mira, te lo explico: como sigas llamándome «nene» o «Hugo Cabana» o «Huguito», yo te llamaré «Bob».

¿Qué tal los pelitos de tus brazos ahora?

Número desconocido:

Joder, eres bueno. Y encima te lo he servido en bandeja. Prometo no volver a llamarte por esos tres nombres, si tú me prometes no volver a pronunciar en tu vida «Bob» delante de mí. Y mis pelitos, bien, gracias.

Aquello de «en tu vida» me pareció exagerado, pero todo en Dylan parecía de extremos. Le seguí la corriente.

Hugo:

Hecho.

Número desconocido:

Genial. Tenemos un trato.

Oye, no me mandaste la foto.

Hugo:

¿A dónde querías que te la mandara?

Número desconocido:

No te habrás duchado, ¿no? Por si no lo sabes, la tinta se va con el agua.

Hugo:

¿Me preguntas de verdad si no me he duchado en un día?

Estuve en un concierto, ¿sabes?

Uno multitudinario.

Gente. Sudor. Cerveza derramada.

Más gente. Más sudor. Más cerveza derramada.

Número desconocido:

Oh, joder, dime que no te has frotado a conciencia. O que te sacaste una foto antes.

Hugo:

Me froté a conciencia. La tinta no salía.

Y me saqué una foto antes.

Fue raro.

Número desconocido:

Por Dios, casi me matas de un puto infarto. Caería sobre tu conciencia la muerte de un joven músico con un futuro prometedor por delante. ¿Raro? ¿Raro frotarte o raro sacarte una foto de los abdominales?

Hugo:

¿Tú no estabas trabajando? Te veo muy suelto.

Número desconocido:

De hecho, esta es una conversación de trabajo. Mándame la foto. La necesito.

Hugo:

Voy.

Busqué la foto en los archivos de mi teléfono y amplié la zona de los garabatos de Dylan. Él podía llamarlo como le diera la gana, pero eran garabatos. Hice una captura solo de esa parte y se la envié.

Hugo:

IMAGEN

Ahí la tienes.

Número desconocido:

De puta madre, me salvas la vida. ¿Te puedes creer que cinco minutos después de salir de tu casa ya se me había olvidado?

Hugo:

Me cuesta creerlo, la verdad.

Número desconocido:

No tienes ni idea de lo hijas de puta que pueden llegar a ser las musas. Vienen y van a su antojo. Tenemos una relación amor-odio muy heavy.

Hugo:

Qué dura debe de ser la vida del artista.

Número desconocido:

Noto tu sarcasmo incluso por escrito. En fin, te dejo. Tengo curro. Disfruta de tu día. Bye, baby.

Me cago en…

Hugo:

¿Baby? ¿En serio?

Ni lo pienses. Retíralo.

Dylan.

¡Dylan!

Que Dylan Carbonell me seguía pareciendo un poco idiota era una realidad. Que estaba seguro de que no iba a contestarme era otra. Quizá no me escribiría más. De todas formas, ¿qué hacía yo hablando con ese tipo? No solo era un poco idiota. También era un crío. Un niño rico sin filtros, demasiado echado para adelante e impulsivo. Lo más probable, acostumbrado a hacer siempre lo que le daba la gana. Sin pensar en las consecuencias. O, peor, sin que hubiera consecuencias. Solo tenía veintiséis años y se notaba a la legua. En su manera de hablar, de comportarse, de tomarse la vida. Supuse que una vez resuelto lo del envío de la melodía aquella, o lo que fuera, no sabría más de él. Aun así, me guardé su número en el teléfono. Por si acaso.

Entré de nuevo en el apartamento y cerré la puerta del balcón detrás de mí. Y, por supuesto, ahí estaban mis amigos esperándome. No me permitieron llegar al sofá y sentarme. Me acorralaron en una esquina. Sin escapatoria.

—¿Por qué te ha llamado Dylan Carbonell? —Marta fue la primera en atacar. Y no pude evitar mirarla con unos ojos diferentes, consecuencia de haberla visto en acción con Dylan la noche anterior, supongo.

—Tenía algo suyo —expliqué, escueto. Muy en mi línea también.

—¿Algo? ¿El qué?

—Unas notas que escribió y se dejó aquí.

—¿Notas de qué? —preguntó Eli con la frente arrugada.

—Notas suyas —atajé.

—¿Y cuándo las escribió? Estaba inconsciente.

Me encogí de hombros. Nadie tenía por qué saber lo que había sucedido en mi dormitorio la tarde del lunes. Sería algo que se quedaría para siempre entre el *rockero* español más famoso del momento y yo. Ahí es nada.

—¿Vas a volver a hablar con él? —me preguntó entonces Marta con esperanza asomando en la mirada.

—No creo.

En eso no mentía.

—A mí no me ha llamado. A veces incluso creo que soñé que nos besamos del taxi a casa y que estuvimos a punto de acostarnos. Pero no fue un sueño, vosotros lo visteis, ¿verdad?

—Yo solo lo vi dormido en la cama de Hugo —afirmó Edu.

—Y yo —confirmó Eli.

—No me puedo creer que estuviera a punto de acostarme con Dylan Carbonell —continuó Marta, ignorándolos—. ¿¿Por qué tuvo que quedarse dormido?? ¿Y por qué no se despidió y por qué no he tenido noticias de él?

—Cosas de famosos, supongo —le dijo Eli.

—Tampoco tiene tu número de teléfono, ¿no? —aporté yo. No era por defenderlo. Era solo por constatar la realidad. No lo tenía.

—No. ¿Y cómo tiene el tuyo?

—Ni idea.

—¿No se lo diste tú?

—No.

—A ver —indicó Edu—, es una estrella internacional, tendrá sus recursos.



Ese mismo día por la noche, cuando estaba a punto de meterme en la cama (o desplomarme en ella, a lo Dylan) después de una caminata de las buenas, contra todo pronóstico, volví a saber de él:

Dylan Carbonell:

Hi, baby. Te debo la vida. Ni te imaginas lo que he sido capaz de hacer hoy con lo que me has mandado. Oye, ¿cuánto tiempo vas a estar en Madrid?

Hugo:

No pienso contestar a baby.

Dylan Carbonell:

Me estás contestando.

Hugo:

Y es la última vez.

Dylan Carbonell:

En nuestro trato entraban «Hugo Cabana», «Huguito» y «nene». Nadie dijo nada de «baby», baby.

Hasta podía sentir su risa a través de la pantalla. Bufé.

Hugo:

Baby significa ‘nene’ en inglés.

Dylan Carbonell:

¿En serio? ¿En inglés? No lo sabía. A mí me sacas del castellano y me pierdo.

Hugo:

Seguro que sí.

Dylan Carbonell:

¿Entonces?

Hugo:

Entonces, ¿qué?

Dylan Carbonell:

¿Cuándo te marchas a tu pueblo alicantino?

Hugo:

El viernes a las ocho de la tarde.

Dylan Carbonell:

Ja, ja, ja, ja, ja.

Hugo:

¿¿¿???

Dylan Carbonell:

¿¿¿??? ¿Qué?

¿Cómo que «¿¿¿??? ¿Qué?»? Eso con mis hermanos no me pasaba.

Hugo:

¿De qué te ríes?

Dylan Carbonell:

De ti. Me hace gracia la cantidad de información que siempre das, a pesar de que no te la pidamos.

Hugo:

Solo he dicho que el viernes a las ocho de la tarde.

Dylan Carbonell:

Pues eso. Con decir «el viernes» habría sido más que suficiente. ¿Cómo vuelves?

Hugo:

ET.

Dylan Carbonell:

¿ET? ¿Qué significa eso exactamente? ¿Te lleva ET en bicicleta? ¿Sois colegas? ¿Eres de otro mundo? No te creas, ¿eh, babe?, no me sorprendería del todo.

Ni siquiera me molesté por lo de *babe*. Era una batalla perdida. Que me llamara como le diera la gana. Apagué la luz de la habitación y me metí debajo de las sábanas. Apoyé la cabeza en la almohada, de costado, y sostuve el móvil en las manos. La única iluminación que quedó fue la de la pantalla del teléfono.

Hugo:

En tren, idiota. ¿No has dicho que abrevie?

Dylan Carbonell:

Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Eres único, Hugo Caba

¡No! Retiro lo último.

¿Cómo se eliminan estas cosas?

Hugo:

Lo has dicho.

Dylan Carbonell:

No he llegado a completarlo, así que no cuenta. Oye, me voy a la cama; mañana tengo mil reuniones desde primera hora.

Hugo:

Bien. Hasta mañana.

Dylan Carbonell:

Hasta mañana, babe.

No sé por qué dije «hasta mañana», dando por hecho que hablaríamos al día siguiente; supongo que fue cuestión de inercia. Lo cierto es que lo hicimos. Hablar al día siguiente, me refiero. Por la mañana, por la tarde y por la noche. Una noche en que no recuerdo cuál de los dos se quedó dormido antes con el teléfono en la mano. Creo que fui yo. Me desperté con él a mi lado en la cama. En el teléfono.

Y el siguiente día, también hablamos. No es que nos dijéramos nada especial, pero Dylan tenía la capacidad de que quisieras contestarle. O replicarle. Te envolvía en su tela de araña, o en sus locuras, y se hacía imposible de ignorar. Era muy insistente.

Y el siguiente. Es decir, hoy. Y aquí estoy ahora, sentado en el sofá del apartamento alquilado, escuchando su conversación de fondo sin prestarle la atención que debería. Sin dejar de mirar de soslayo la pantalla de mi teléfono.

Dylan Carbonell:

¿Te apetece un café antes de irte, babe? Te invito. Tengo un rato. Conozco un sitio que te va a gustar.

Quedar. Quedar. ¿Quedar? ¿Vernos? ¿Para qué?

Hugo:

¿Por qué?

Dylan Carbonell:

¿Por qué?

¿Cómo que por qué?

¡Pues para vernos antes de que te vayas a tu pueblo, hombre! Vas a ser el responsable de mi próximo éxito.

¿Aquello que escribí en tu abdomen? Es bueno, tío. Te espero en un par de horas en la estación de Atocha; deja la maleta en consigna y así te despreocupas. Sabes lo que es la consigna, ¿no? Bueno, eso si llevas maleta. Qué raro que aún no me hayas dado esa información, ahora que lo pienso.

Hugo:

Llevo maleta, pero ando un poco justo de tiempo.

Dylan Carbonell:

OK. Mejor te espero en una hora, entonces. Hasta ahora, babe.

Joder, cualquiera le replica al niño.

Capítulo 5

No es nadie. Solo un fan que me he encontrado en la calle. Un pueblerino impresionado

Zapatillas deportivas blancas. Pantalones vaqueros oscuros. Sudadera de color azul cielo. Chaqueta de cuero. Capucha de la sudadera por encima de la cabeza, a pesar de que no llueve (el cielo está cubierto de nubes, pero no cae ni una gota), y gafas de sol. Aun así, aunque con semejante atuendo no pueda verle apenas la cara, lo reconozco entre la multitud. Ese chico con el pie apoyado en la pared y la mirada circunspecta, seria, fija en la pantalla de su móvil, es Dylan Carbonell. Y, una vez más, de lo último de lo que tiene pinta es de ser un *rockero*.

Entonces cambia de pie, descansa el que tenía en la pared en el suelo y apoya el otro, pero no levanta la vista del aparato. Me acerco con decisión a él, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros, aunque sin saber qué esperar de este encuentro (aún me cuesta creer que me haya citado con este chico al que no conozco de nada, sigue siendo todo muy surrealista) y me quedo inmóvil a su lado; la sombra de mi cuerpo se cierne sobre él, pero está tan concentrado en lo suyo que no advierte mi presencia. Carraspeo. Entonces él alza la mirada. Y sonríe al instante. Sonríe de esa manera tan auténtica y visceral que le llena toda la cara. Me quedo unos segundos contemplándolo. Analizándolo con los ojos entrecerrados. Creo que me había olvidado de su rostro. No por completo, pero mis recuerdos de estos días, cuando nos comunicábamos por teléfono y mi cabeza lo evocaba, no le hacían justicia. Curiosamente, lo que mejor recordaba, con absoluta nitidez, es el *piercing* de la ceja: dos bolas plateadas, una en cada extremo del tronco. Ese *piercing* tiene algo. Algo que provoca que no puedas dejar de mirarlo. Como un imán.

—Guau, pero mírate con toda esa ropa encima —se cachondea él, rompiendo el silencio—. Estás guapete, y eso que habías dejado el listón bien alto mostrándote ante mí solo con aquel bóxer negro tan pegadito.

De verdad. No sé de qué palo va este tío. Me confunde con cada frase. No sé si habla en serio o si, por el contrario, su vida consiste en hilar una payasada tras otra para que los demás nos riamos. No va conmigo.

—¿Qué? —pregunta con sorna al ver que no le contesto, que solo lo miro, que estoy a punto de dar media vuelta y olvidarme de esta locura—. ¿Tú puedes mirarme a mí de arriba abajo y yo a ti no? *Quid pro quo*, ¿no? ¿Hablas latín?

Lo del latín lo paso por alto, una vez más, por mi salud mental. Lo otro… No he sido consciente de que me observara tras esas gafas de sol de aviador. De hecho, es imposible que le haya dado tiempo a hacerlo; acaba de reparar en mí. Y, por otra parte, yo no lo he mirado de arriba abajo. No de la manera que él insinúa.

—No te he mirado de arriba abajo.

—Sí lo has hecho. Mientras te acercabas a mí. Seguro que sabes hasta el color de mis calcetines. No te preocupes, estoy acostumbrado; me pasa constantemente.

Bufo ante el comentario. ¿En serio? Y no me sé el color de sus calcetines. No se ven. Los tapa el pantalón.

—Eres un sobrado. Solo estaba asegurándome de que eras tú. Y no me has visto llegar.

—Claro que te he visto llegar. Llevo diez minutos esperándote. ¿Vamos? Tengo hambre.

Echa a andar en dirección al paso de cebra que tenemos a pocos metros después de dirigirme otra de sus sonrisas despreocupadas. Dudo unos instantes. Me quedo parado en medio de la calle sin saber qué rumbo tomar. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué hago aquí con este pavo? Él gira la cabeza, me hace un gesto con ella, indicándome que lo siga, y arquea las cejas. Suspiro. Y lo sigo.

Mientras recorremos un par de manzanas por el centro de la ciudad, no deja de parlotear y hacer aspavientos. Es incansable. No puede estarse quieto ni un momento. Y su voz es muy seductora. Esa también la había olvidado. O no olvidado, pero había perdido matices en mis recuerdos.

Llegamos al lugar en poco más de diez minutos (hemos recorrido como cinco manzanas, pero es que este chico no es de los que pasean, es de los que corren) y Dylan se dirige, por delante de mí, a la mesa más alejada de la entrada, al rincón más aislado. O abandonado. Se sienta en una silla de espaldas al local y me deja a mí la otra. Supongo que no quiere que lo reconozcan. Yo no podría ser él. Estar en su piel o alrededor de ella, como alguien de su entorno. No sabría gestionarlo.

Observo el lugar. Es una cafetería minimalista, con mucho espacio libre entre las mesas y paredes de diferentes colores, a juego con el mobiliario. Está guay, pero no le veo nada especial, aparte de una barra larguísima llena de sándwiches y bollería industrial. Suena música cerca. Levanto la vista y ubico el altavoz gigante sobre nuestras cabezas. Conozco la canción. Es Aerosmith. *Cryin'*.

—¿Qué tiene de especial este sitio? —le pregunto mientras me siento y me quito la chaqueta. Aquí hace calor.

—¿Eh? —responde, despegando la mirada de la carta. Se ha sentado sin tan siquiera quitarse la capucha. Muchísimo menos la cazadora de cuero o las gafas.

—Este sitio —repito—; has dicho que me iba a gustar.

—¿Eso he dicho? —Intenta poner cara de bueno con un mohín de sus labios. No lo consigue. Bueno, un poco sí—. Quería decir que a mí me gusta; tiene unos cruasanes rellenos de chocolate que están de escándalo. ¿Te gusta el chocolate?

—¿Me has hecho la trece catorce?

Dylan ríe a carcajadas y se quita las gafas de sol, que deja encima de la mesa. Cambia de postura. Cruza las piernas y se apoya en el respaldo de la silla.

—Sí, más o menos. Pero solo porque estaba segurísimo de que te gusta el chocolate.

—Hola. ¿Qué os pongo, chicos? —Mi respuesta se ve interrumpida por la aparición de la camarera, de pie a nuestro lado con libreta y bolígrafo en mano, a la espera de nuestro pedido.

—Un cortado, por favor —le dice Dylan sin mirarla—. Y dos cruasanes de chocolate. ¿Tú quieres uno, *babe*? —me pregunta, mirándome a los ojos.

Ah, que los dos son para él. Niego con la cabeza.

—Creo que de momento con dos cruasanes nos apañamos —le indico a la chica—. Y otro cortado.

Ella asiente con la cabeza, nos sonríe y se da media vuelta.

—¿No tienes calor con el gorro puesto? —le pregunto a Dylan. A mí me sobra hasta la camisa fina que llevo encima de la camiseta. De hecho, me la remango hasta los codos.

—Estoy bien. Te acabas acostumbrando. ¿Te molesta que lo lleve? Me he quitado las gafas para que no tengas que hablarles a unos cristales, pero, si lo necesitas, me deshago del gorro también. Soy consciente de que es un coñazo quedar conmigo en lugares públicos.

Me quedo un poco tocado por su confesión. Impresionado. ¿Se ha desprendido de las gafas de sol por mí? Vaya. En su mirada hay verdadera preocupación. Quiere que me encuentre a gusto.

—A mí no me molesta —respondo segundos después con sinceridad y una pizca de dulzura. Acabo de ser testigo de una brecha en su pasotismo habitual y no me resulta indiferente—. Lo digo por ti. Y puedes ponerte las gafas de nuevo si así te sientes más seguro.

—Estoy bien —repite con otra sonrisa. Y descruza las piernas. Busca una nueva postura. Coloca la derecha en el reposapiés de la silla, dejando la rodilla por encima de la mesa. Es como si no acabara de encontrarse cómodo—. Oye, ¿te acuerdas de lo que escribí en tu cuerpo?

Escuchamos un carraspeo a nuestro lado. La camarera de nuevo. Joder, qué rápida. Yo levanto la vista. Ella me arquea una ceja. Dylan no retira su mirada de mi rostro. Se hace el silencio durante unos segundos. ¿Qué es lo último que ha dicho Dylan? Hacemos hueco en la mesa y nos sirve los cafés y los cruasanes.

—Joder, esto está de muerte.

Apenas se ha marchado y Dylan ya le ha hincado el diente a uno de los dulces. A mí no me ha dado tiempo ni a echarle azúcar a mi café. Dylan le pega otro mordisco y gime de puro placer después de pasarse la lengua por el labio inferior, cubierto de chocolate. Hasta su nuez se mueve a cámara lenta cuando la comida desciende por su garganta. Como anuncio para la televisión no tendría rival. A la altura del betún dejaría a sus contrincantes, y la mitad de los espectadores irían corriendo a comprar el jodido cruasán.

—Déjame probar. —Le quito la cola del cruasán, que se estaba a punto de meter en la boca. Saboreo el trozo de hojaldre en la mía, despacio, y lo trago. No es para tanto—. Es muy normalito.

—¿Normalito? Pero ¿qué dices? —exclama con voz aguda, casi alcanzando su falsete espectacular. Me hace gracia—. No has probado nada mejor en tu vida. —Me arrebata el trozo y lo devora.

—Ya te digo yo que sí.

—¿Dónde? —pregunta con la boca llena.

—En mi pueblo.

—Me rompes el corazón. Seguro que no es el primero. ¿Cuántos corazones has roto, *babe*? —Vierte en el cortado el sobre entero de azúcar y los restos que he dejado yo al lado de mi café. Lo revuelve con la cucharilla.

—¿Y tú? —le devuelvo.

—Ninguno. A mí me lo rompen. Todo comenzó con Sara Barillas. Dios, estaba locamente enamorado de ella. Me dejó el día de Nochebuena y me partió el corazón en mil pedazos. Imagínate. ¡Nochebuena! Teníamos siete años. Aún no me he recuperado.

Subo los ojos al cielo y sacudo la cabeza.

—¿Tú te tomas algo en serio?

—Esto es muy serio. ¿No me crees?

—No. ¿Y mi amiga?

—¿Qué amiga? —me pregunta a la vez que se lleva la taza de café a la boca. Cambia de

postura de nuevo. Cruza las piernas, una vez más. No creo que aguante demasiado de esa manera.

—Mi amiga, con la que estabas a punto de acostarte después del concierto.

—¿Qué pasa con ella?

—No ha sabido nada de ti. Y repito: estuvisteis a punto de acostaros después del concierto.

—¿Tú sabes con cuántas tías estoy a punto de acostarme después de cada concierto? Si tuviera que mantener una relación con todas ellas, en mi vida no habría espacio para nada más. Además, tu amiga y yo no teníamos futuro.

—¿Cómo lo sabes?

—Para empezar, porque ni siquiera me acuerdo de su nombre. A mi favor diré que, al no decirme el apellido, no se me quedó grabado a fuego, como el tuyo.

Me guiña un ojo y yo niego con la cabeza una vez más. Coge la cucharilla y revuelve de nuevo el café. La deja. Tamborilea con los dedos en la mesa. Se mueve.

—¡Tío, estate quieto! —le digo riendo. Joder, es que no para—. ¿Eres hiperactivo?

—No. Activo a secas.

—Ya veo. Y, por cierto, lo mismo te ha dado saber mi nombre y apellido.

—No me da lo mismo. Solo me jode que tengas que llamarte Hugo. Me jode mucho.

¿Le jode que me llame Hugo? Me quedo pensando en el Hugo de su pasado. Porque queda claro que hay un Hugo en su pasado. Uno con el que la cosa no fue bien. Uno que lo dejó marcado. Tan marcado que es incapaz de llamarme por mi nombre. ¿Un examigo? ¿Un excompañero de trabajo? ¿Un… examante? Me mata la curiosidad. Dylan no parece ser de la clase de persona que odia, se lo toma todo a broma. O todo le da igual. ¿Por qué ese tal Hugo le afecta tanto?

—En fin —continúa—, ¿de qué estábamos hablando? Ah, sí. De lo que escribí en tu cuerpo. Va a ser la hostia. Creo que voy a ir en contra de la armonía. Me apetece un montón. Innovar. Saltarme las normas más elementales. Darle una vuelta de tuerca.

Salgo de mis pensamientos. Me olvido de Hugo. De su Hugo.

—Yo no entiendo mucho de música, pero si no sigues las normas de la armonía, ¿no dejará de ser armónico?

—Exacto —admite con una sonrisa, señalándome con la cucharilla. Ya va por el segundo cruasán. Está a punto de terminárselo—. Pero no por eso tiene que dejar de sonar.

—Chicos —la camarera aparece de nuevo, interrumpiéndonos—, ¿os pongo algo más?

Advierto que Dylan está a punto de pedir otro cruasán y lo detengo a tiempo.

—No, gracias —respondo por los dos—, no me atrevo a darle más azúcar.

La chica sonríe, sonríe mucho, y se va. Entonces Dylan comienza a hablarme, sin respirar, de octavas y quintas. De cuartas y quintas. De saltos. De acordes subdominantes. De aumentadas. Disminuidas. Tritonos. De duplicaciones de la sensible. Acordes. Quintas otra vez. Y octavas y cuartas de nuevo. Y lo hace como si fuera lo más sencillo del mundo. Como si lo entendiera de verdad. Porque, joder, lo entiende de verdad. Este chico compone sus propias canciones, y no me refiero solo a la letra: compone las melodías. Melodías que le vienen a la cabeza de pronto, cuando menos se lo espera, y que es capaz de plasmar, de transcribir en un papel al instante. O en el cuerpo de un desconocido. En lo que tenga más a mano. Hasta ahora, nunca me había planteado que la música fuera un lenguaje. Un lenguaje como el castellano, el inglés o el francés. Un lenguaje que Dylan domina como si fuera su lengua materna. Como la mejor manera que tiene de expresarse. O la única.

Reconozco a alguien especial cuando lo tengo delante. Reconozco cuándo una persona se

sale de la línea de lo que se considera «normal». Cuando sobresale entre la multitud. Y Dylan me lo ha estado gritando casi desde que nos conocimos: él es diferente. No se rige por las normas del resto de la humanidad. También comienzan a fliparme sus monólogos. Su manera de mezclar temas y… Joder. Caigo en la cuenta de algo. Sus melodías también son así, con cambios bruscos e inesperados. Recuerdo que lo pensé en el concierto. Su música… es él en estado puro.

—Eres un genio de la música —le digo. Sin preguntas. Sin suposiciones.

Dylan deja caer la cucharilla en el plato. Me mira. Mastica con lentitud lo que tiene en la boca y traga. Y no abandona mis ojos en ningún momento.

—No me digas eso —me pide, en un tono con cierto matiz de súplica.

—¿Por qué? —susurro—. ¿No es cierto?

—Lo es. Pero intento olvidarlo cada día de mi vida.

¿Qué? ¿Por qué? Si… ¡es músico! Quiero preguntárselo, pero el dolor que se refleja en su mirada me lo impide. Me lo impide a la vez que me alienta a indagar más; sin embargo, gana lo primero. Entonces me percato de la nueva canción que vibra por los altavoces desde hace unos instantes. Me sonaba la voz, pero no la identificaba. Hostia, y eso que tengo a su propietario justo enfrente de mí, cambiando de postura de nuevo.

—¿Eres tú? —le pregunto, señalando el altavoz.

La mirada de Dylan cambia de manera radical. De dolor a diversión. Diversión y sospecha.

—¿Cómo que si soy yo?

—He reconocido tu voz —le explico.

—¿Mi voz? ¿Que has reconocido mi voz? ¿Y la canción? —Estoy a punto de responder, pero…—. Espera un momento, dime cuál de mis canciones es tu favorita. Ya. Sin pensarlo. Un, dos, tres.

—Ehhh… —dudo. Durante demasiados segundos. Joder, ¡es que no me sé los títulos!

—No me lo puedo creer —exclama con un bufido. Creo que me ha pillado—. No te sabes mis canciones.

—Este eres tú. —Señalo los altavoces una vez más—. Estoy seguro.

—¡Pues claro que soy yo! Oye —Dylan coloca los brazos en la mesa y se acerca a mí—, ¿tú sabes algo de mí o caíste en un concierto mío de pura casualidad?

—¿La verdad? —Asiente con la cabeza. Entrecierra los ojos—. Caí de pura casualidad. Mis amigos son muy fanáticos.

—No me lo puedo creer.

—Pero conozco tus canciones. —Levanta una ceja—. Al menos, las más famosas.

—¿Las más famosas? Acabas de romperme el corazón, *babe*. Yo de esta sí que no me recupero en la vida. ¡Y ahora me dirás que conoces toda la discografía de La Voz de Dorothy!

¿De quién?

—¿Quiénes son esos?

—¡Gracias! —exclama, apuntando con las manos hacia el cielo. Joder, qué intensos son los artistas.

Voy a preguntarle por el grupo ese, pero le suena el teléfono. Lo saca del bolsillo del pantalón y lo mira con desidia.

—Lo siento, tengo que contestar. Es mi mánager.

—Claro.

Se levanta y se acerca a la puerta. La cruza y lo veo caminar de un lado para otro mientras atiende la llamada. Aprovecho para revisar mi propio teléfono. Tengo varios mensajes en el grupo de mis excompañeros de piso, ensalzando lo bien que lo hemos pasado estos días (a pesar

de que ya nos lo hemos dicho antes de despedirnos), y otros cuantos en el de mis hermanos. Echo un vistazo rápido a este último mientras Dylan está fuera.

Marco Polo:

Hugo, tú volvías hoy, ¿no? ¿A qué hora?

Adri:

Coge el tren de las ocho. Lo voy a buscar yo a Alicante.

Riv:

Apenas hemos sabido nada de ti estos días. Nos tienes abandonados.

Adri:

No todo en este mundo es abandono, River. Supéralo ya.

Sonrío sin poder evitarlo. Joder, cómo le dan al pobre Riv últimamente.

Riv:

Esto no tiene nada que ver con Cata, capullo, es solo que me da la sensación de que hemos hablado poco por aquí. O de que Hugo ha hablado poco.

Nos estamos distanciando.

Marc:

Hemos hablado lo mismo de siempre (mucho), y Hugo ha hablado lo mismo de siempre (casi mucho).

El asunto es que tú ahora tienes más tiempo libre y no nos ignoras tanto porque no te pasas el día discutiendo con tu mujer.

Adri:

No, ahora se pasa el día pensando en ella.

Pris:

Dejad a River tranquilo. Ya os vale. Está blandito.

¡Te queremos, River!

Y, por cierto, Alex siempre me dice que nos pasamos el día hablando. Que somos muy intensos.

Adri:

Ya salió el otro. Él sí que es intenso. Intenso y medio.

Marco Polo:

No tanto, ¿eh?

Adri:

¡Y tú qué vas a decir! Si eres su novio.

Decido intervenir. Explicarles en un mensaje rápido que estoy ocupado y que luego nos vemos.

Hugo:

Ahora no puedo hablar. Os escribo desde el tren.

Estoy tomando un café con Dylan Carbonell.

Marco Polo:

¡Coño! Yo acabo de encontrarme con Lady Gaga en el bar de Narciso.

Adri:

¿Lady Gaga? ¿En el pueblo? Pues allá que voy.

Marco Polo:

Te esperamos tomando unos margaritas.

Riv:

Estáis fatal todos. Hugo, ¿y a ti qué te han dado para comer hoy?
¿Tripis?

Pris:

Primero de todo, la palabra tripis ya no se usa.

Adri:

Ja, ja, ja, ja. Y tanto que no. ¡Estos Z!

Marco Polo:

Eh, no plurarices.

Riv:

¿Amfetas os parece mejor? Qué tiquismiquis estáis, joder.

Pris:

Y lo segundo, ay, Dios mío, ¿en serio estás con Dylan Carbonell?
¡Pídele un autógrafo!

Marco Polo:

La niña siempre pica. No tiene remedio.

Es ahora cuando me doy cuenta de que Dylan es famoso. Lo había olvidado. No he sido consciente en ningún momento de que estaba charlando con alguien famoso. Con un personaje. O, mejor, creo que no lo he considerado así. Dylan es una persona normal. Una persona normal

que habla de temas normales. Él solo es… Dylan. Un chico al que acabo de conocer. Y yo no soy un fanático suyo o de su música. Quizá eso ha influido en la manera de tratarnos. Quizá no. No lo sé. Lo que está claro es que no he flipado con toda esta situación porque sea famoso. He flipado porque es un tanto surrealista. Eliminemos de la ecuación que Dylan canta delante de miles de personas. Dylan continúa siendo un tanto surrealista. O Dylan y yo lo somos.

Decido pasar de mis hermanos y me guardo el teléfono en el bolsillo justo en el momento en que él regresa a la mesa.

—Mierda, tengo que irme —me dice sin llegar a sentarse—. Mi mánager va a venir a buscarme en cualquier momento. Es un neuras. No sé qué coño le pasa ahora. Dice que anda por la zona y que tiene que tratar un asunto urgente conmigo. A veces pienso que me ha colocado un puto dispositivo de seguimiento en el culo.

—No te preocupes, yo voy tirando para la estación de tren.

—Te acompaño —se ofrece.

—¿Seguro?

—Claro.

—Bien.

—Voy a pagar. Invito yo.

Dylan se encamina a la barra mientras yo me ajusto bien la camisa y me pongo la chaqueta. Veo sus gafas de sol encima de la mesa y me las guardo en el bolsillo de la cazadora para dárselas. Me aproximo a él; está pidiéndole a la camarera un cruasán para llevar. No sé si reírme o sacudir la cabeza. Tiene un serio problema con el azúcar. Le devuelvo a la camarera la sonrisa que me dedica después de prepararle el cruasán y salimos juntos de la cafetería; Dylan más que feliz con la bolsa que lleva en su mano. Apenas hemos dado cinco pasos en dirección a la estación cuando escucho su quejido a mi lado.

—Joder.

—¿Qué pasa?

—Mi mánager. Es aquel que viene por allí. —Señala un hombre trajeado y repeinado que camina a paso apresurado hacia nosotros—. En fin, ha sido un placer conocerte. Cuídate.

Estrechamos nuestras manos y las dejamos ahí, suspendidas unos segundos más de lo políticamente correcto. La suya la siento cálida y enérgica. Nos miramos a los ojos. Entonces nos interrumpen.

—Dylan.

El mánager ha llegado. Me suena su cara. Creo que la noche del concierto andaba revoloteando alrededor de Dylan.

—Chao —me dice este sin más preámbulos. Sin presentaciones entre el tipo trajeado y yo. Sin despedida adicional.

—Chao, Dylan —le respondo con una sonrisa sincera. Al final ha acabado cayéndome bien el chaval.

Se dan la vuelta y echan a andar en dirección contraria a la mía. Meto las manos en los bolsillos de la chaqueta y me dispongo a dirigirme a la estación. Entonces las encuentro en mi bolsillo: las gafas de Dylan. Se me ha olvidado dárselas con la distracción del tercer cruasán. Me giro a todo correr y los busco a ambos entre la multitud. No los veo, hay mucha gente. Camino en su dirección y enseguida los detecto a lo lejos. No me extraña que ya hayan recorrido media manzana, teniendo en cuenta la velocidad a la que camina Dylan. Estoy a punto de gritar su nombre, pero me acuerdo de la capucha que no se ha quitado en todo el rato que hemos estado en la cafetería. No quiere que lo reconozcan. Y yo casi grito su nombre.

—Ey. ¡Ey! —exclamo en su lugar.

Pero no me oyen. Aprieto el paso, corro y me acerco lo suficiente a ellos. Lo suficiente como para tocarle el brazo a Dylan y que me vea, aunque no llego a hacerlo, porque también me acerco lo suficiente como para oír su conversación.

—Por cierto, ¿quién era ese chico con el que estabas? —le pregunta el mánager—. Me suena de algo.

—Nadie. Un fan que me he encontrado en la calle. Un pueblerino impresionado —responde Dylan con desdén.

Me detengo. En medio de la calle. Y varias personas chocan conmigo. Se quejan. Las ignoro. Reproduzco las palabras varias veces en mi cabeza. Entonces grito sin ningún tipo de consideración:

—¡Eh! ¡Dylan!

Ahora sí se da la vuelta. Ambos lo hacen. Ahora sí que me han oído. Dylan me ve y agranda los ojos. No dejo que haga nada más. Acorto la distancia que nos separa con grandes zancadas.

—Te has dejado esto —le digo, estampando las gafas en su pecho—. *Babe*.

Me doy media vuelta.

Idiota.

Capítulo 6

Diecisiete años antes

Dylan sentía verdaderos escalofríos cada vez que alguien lo comparaba con Mozart. En realidad, a esas alturas de su vida, ya ni siquiera era necesaria la comparación. El simple hecho de que pronunciaran el nombre del niño prodigio de la música clásica en su presencia ya le erizaba el vello del cuerpo y lo hacía cerrar los ojos. Cerrar los ojos solía funcionar. Se imaginaba que estaba en otro lugar, haciendo cualquier otra cosa que no fuera tocar el piano ocho horas al día. Como salir y jugar bajo la luz del sol con aquellos niños que siempre rondaban su calle; escuchaba las voces desde casa. O ir al cine a ver una película; se concentraba tanto en las pocas que había visto a lo largo de su vida (premios que recibía cuando realmente destacaba en una interpretación) que casi era capaz de reproducirlas enteras en su cabeza.

Todo esto se lo imaginaba sin dejar de tocar el piano. Eso nunca. Aunque fuera la pieza más complicada de su repertorio. Dejar de hacerlo desataría la ira de su padre. Y Dylan no quería eso. A veces también se preguntaba si Mozart, en su siglo, se habría sentido como él. Si habría odiado ser quien era. O lo que tenía. Aquel don con el que todos a su alrededor se llenaban la boca a diario, y no siempre para bien. Casi nunca para bien. Porque nunca estaban satisfechos. Dylan siempre podía dar más. Esforzarse más.

Enseguida descubrió lo que un ser humano era capaz de hacer a otro ser humano. Y todo era malo. El primer golpe lo recibió en la cabeza, en el cogote. Falló una nota, por distraerse pensando en la espada de juguete que había visto en el escaparate de una tienda y que su padre no le quería comprar. Aquel profesor del conservatorio de música era el peor de todos. El peor, que no el único malo. No le daba tregua, y tenía un anillo enorme en uno de sus dedos que hacía daño de verdad. Dylan no lloraba. Eso, lo último. Aunque sí se le empapaban los ojos.

A Dylan le gustaba la música. Le gustaba el piano. Aunque no tanto como al principio. Y, además, comenzaba a olvidar aquellos momentos que había pasado frente a él con su madre, sentados codo con codo, riendo y experimentando con aquel oído prodigioso que le había regalado la naturaleza. Solo tenía diez años.

En la costa del Mediterráneo, en el pueblo alicantino, Hugo, con trece años, pasaba más tiempo en la calle que en casa. Y sus hermanos, con él: ventajas del maravilloso clima del Mediterráneo y de vivir en un pueblo. En ese momento, acababan de llegar al centro de la localidad después de una carrera en monopatín que, por supuesto, había ganado. Hugo era el mejor. El más rápido y el que más equilibrio tenía. El de los reflejos mejor desarrollados. El rey de los deportes, porque a Hugo se le daban bien todos. Sin excepción. Hugo era la estrella, y así comenzó a llamarlo su hermano River, haciendo referencia a un programa de televisión de los noventa: *Hugolandia*. Ahora todos sus hermanos usaban ese apodo. En ocasiones, incluso entonaban la famosa canción de acompañamiento: «Hugo es la estrella». Cuando eso ocurría,

Hugo solía temer que empezara a llover. Desde luego, ni uno solo de los Cabana había sido dotado con el don de la afinación. Escuchaba los berridos de sus cuatro hermanos y quedaba claro que lo de tener buen oído no era lo suyo.

Capítulo 7

Un viaje en tren con sorpresa

En cuanto el tren arranca, acomodo las piernas encima del asiento vacío frente a mí, las cruzo a la altura de los tobillos y apoyo la cabeza en el cristal de la ventanilla.

Por fin de regreso a casa.

Tengo ganas. Me he quedado con un sabor agridulce en la garganta y con una bola incómoda en la boca del estómago que no permite que pase nada. Ni siquiera el sabor agridulce. No quiero darle nombre. Me niego a darle tanta importancia.

Reviso mi teléfono. Cinco llamadas perdidas y varios mensajes de la misma persona. Lo ignoro todo. Te puedes ir a la mierda, Dylan Carbonell.

Guardo el móvil en el bolsillo y cierro los ojos. Con un poco de suerte, si me relajo del todo, conseguiré echarme una cabezada; en esta semana en Madrid he acumulado sueño de sobra. Tengo para cuatro días, por lo menos.

Cuando el aparato vuelve a vibrar en mis pantalones, chasqueo la lengua, suspiro mosqueado y lo saco de malas maneras, dispuesto a bloquear de una vez por todas al cantante de los huevos, pero no es él. Es Jaime.

Joder, el que faltaba.

> Jaime:
>
> Hola, rubio. Adivina quién está a punto de llegar a tu pueblo. Y esta vez para siempre. Luego te cuento las novedades. Os he echado de menos, Cabanas. Nos vemos en unas horas. ;)

Jaime es el mejor amigo de mi hermana. También fue mi rollo del verano pasado. O lo que demonios fuera. La cosa no acabó bien, sentimentalmente hablando, pero quedamos como amigos. Qué remedio, siendo, como es, una prolongación de Priscila. No es que hablemos demasiado por teléfono, al contrario, el contacto es mínimo: cuatro frases de cortesía muy esporádicas. Él me ha insistido alguna vez más, lo ha intentado, ha tonteado, ha jugado, pero yo no valgo para ese tipo de juegos. No es lo mío.

A mí Jaime me gustaba, me gustaba mucho. No puedo decir que llegué a enamorarme de él porque no tuvimos apenas tiempo, pero estoy seguro de que, si la cosa hubiera continuado, yo habría caído como un gilipollas. Hasta el fondo. Y de por vida. No porque yo sea de amor fácil y eterno, nada más lejos de la realidad, sino porque Jaime sí es mi tipo. Es totalmente mi tipo. Es la clase de chico que hace que mi estómago se revuelva, en el buen sentido, no como la mierda de bola que se agita ahora mismo en mis entrañas. Las putas mariposas, vamos. Los *bums* de mi hermana Priscila. A mí me los producía todos él.

Recuerdo el verano pasado con tanta nitidez… Me metía en la cama con ganas de levantarme y me despertaba por las mañanas con una energía descomunal, y todo por verlo a él. Pasé más tiempo en casa de mis padres en un par de meses que en los cinco años anteriores.

La verdad, Jaime me gustó desde el primer momento. Tuve un flechazo. Mi hermana se había ido a vivir a Boston y él trabajaba en el periódico donde la contrataron como becaria. Se convirtió en su compañero de piso en menos de veinticuatro horas. Recuerdo el primer día que lo vi, cuando fuimos la familia al completo, excepto Adrián (él ya había estado allí poco antes), a visitar a Priscila meses después de que se marchara; yo me moría de ganas de verla y abrazarla, así que me adelanté por las escaleras mientras mis padres y mis hermanos esperaban el ascensor, y Jaime fue quien me abrió la puerta. Me enamoré. Me enamoré platónicamente de lo que decían sus ojos. De la expresión de su rostro. Nunca alguien ha sido más el tipo de otro alguien.

Luego lo conocí y cada vez me gustó más. Con sus palabrotas y su humor inteligente. Con sus miradas pícaras. Era totalmente opuesto a mí, pero tenía un «algo» que… me dejó tocado. Tan tocado que cuando regresamos a casa permanecí en ese estado durante un par de semanas. No podía dejar de pensar en él, y las mariposas parecían haberse quedado atrapadas en mi estómago. Más tarde, el tiempo sin verlo y sin hablar con él apremiaban a que desaparecieran. Me olvidaba y continuaba con mi vida. Hasta que volvía a verlo. Nunca coincidíamos en Navidades cuando íbamos a pasarlas con mi hermana (una pena), pero sí en algún que otro viaje esporádico. Ya sentía la anticipación desde el aeropuerto. Se incrementaba en el avión. Y era una gozada. Me gustaba sentirme así. Yo siempre era el primero en llamar a la puerta de su casa. Y él siempre era el que la abría. Así fue durante los años que Priscila estuvo allí. Mis mariposas y yo cruzando el Atlántico una y otra vez. No sé por qué no les hablé de ello a mis hermanos. Suelo contárselo todo, me guardo pocas cosas, aunque supongo que no lo hago a la primera de cambio. Primero necesito masticarlo en mi cabeza. A Jaime lo mastiqué. Pero no lo probé. Ni se me pasó por la cabeza probarlo. Quizá por eso callé.

Entonces mi hermano Marcos decidió casarse, y Priscila regresó al pueblo para la boda. Y, con ella, vino Jaime. Estuve todo el verano con las putas mariposas en el estómago. Bueno, casi todo. Y nos liamos. Ya lo creo que nos liamos. Y debo decir que empezó él. A saco. Recuerdo el primer indicio que tuve de que yo podía gustarle. Mi hermana y él llegaron a casa con una borrachera de las épicas, y Priscila, en cuanto nos vio a todos en la mesa, comiendo, fue como una loca a la casa del vecino de enfrente. O lo que es lo mismo, a la casa de su marido. Algo había sucedido entre ellos. Larga historia aquí, sí. Mejor que la cuente ella. El caso es que salimos todos detrás y nos quedamos alucinados viendo cómo mi hermana lanzaba piedras, o lo intentaba, a la ventana de Alex. Jaime se acercó a mi oído y me susurró una palabra: «Rubio». Esa sola palabra envió un escalofrío a través de mi espina dorsal a cada parte de mi cuerpo. Después continuó: «Tienes que contarme lo que sucedió en las Navidades de 2011. Me mata la curiosidad. Y te he elegido a ti para que lo hagas». También me guiñó un ojo. O lo intentó; llevaba un pedo de los buenos. Y no sé explicar el motivo, pero me dio la impresión de que me estaba metiendo fichas. No fue por lo que dijo, fue por cómo lo dijo. Por lo mucho que se acercó a mí, apropiándose de mi espacio vital sin pedir permiso. Y yo, encantado, claro. A ver, llevaba años loco por él. Levanté una ceja. Él me sonrió y entonces fui yo el que se aproximó a su oído, hasta rozarlo con mis labios, y le susurré: «Algún día te contaré que aquellas fueron las Navidades en que dejé de esconderme dentro de un armario».

Lo pilló a la primera. Vaya si lo pilló. Y ahí empezó nuestra historia.

Joder, Jaime. Yo ya te había olvidado. Pero aquí estás de nuevo. ¿Y me dices que para siempre? Menos mal que ya no me encuentro en la casilla de salida en lo que a ti respecta.

Menos mal que he espabilado y he acabado con aquellas mariposas que revoloteaban siempre que te veía tras meses de separación. Menos mal que te he superado. Porque no quiero otra decepción.

Hugo:

¿Qué significa eso de «para siempre»?

Jaime:

Mejor te lo cuento en persona. Llego enseguida.

Hugo:

Tendrás que esperar para verme. No estoy en el pueblo.

Jaime:

¡Qué me dices! ¿Dónde andas, rubio?

Rubio. Aquella vez que me lo llamó al oído me gustó. Pero ya no. No me gusta nada que Jaime me llame así, pero es lo que hay con él. Quizá me habría seguido gustando en el pasado si no fuera porque llamaba así a todos mis hermanos, constantemente. Sería posible que me gustara ahora si no fuera porque estoy seguro de que nos iba a llamar a todos así. Sobre todo, a Adrián. Que vale que es tan rubio como yo o más, pero ese no es el caso.

Hugo:

En el tren, regresando a casa. He pasado unos días en Madrid.

Jaime:

No me jodas. ¿Ahora mismo estás en el tren?

Hugo:

Sí.

Jaime:

¿En el jodido tren que sale de la estación de Atocha? ¿El Madrid-Alicante de las ocho de la tarde?

Hugo:

Sí.

Jaime:

¿En qué vagón?

Hugo:

En el 3.

Jaime:

Yo, en el 5.

Hugo:

¿Cómo que en el 5?

Jaime:

En el vagón 5 del puto tren que ha salido de Atocha hace diez minutos en dirección a Alicante. Esto es el destino.

¿Qué? ¿Está en este tren? Retiro los pies del asiento y me levanto al instante, mirando hacia todos los lados. Joder. Salgo al pasillo y me encamino al siguiente vagón a paso acelerado, con cuidado de no pisar a nadie. Apenas siento el bamboleo bajo mis pies. Se abren las puertas que separan los compartimentos y me interno en el número cuatro. Entonces lo veo. Acaba de cruzar del cinco. Los dos nos detenemos y nos quedamos mirándonos como tontos, separados por más de diez filas de asientos y un montón de cabezas. No puedo reprimir una sonrisa. Maldita casualidad. Como si alguien o algo nos hubiera sacudido desde atrás, dándonos el empujón que necesitábamos, ambos arrancamos a andar rápido en busca del otro. Volvemos a detenernos a menos de veinte centímetros.

—Hola —me dice, con ese tono suyo tan característico. Ese en el que conviven la travesura y la sensualidad. Ese que no he olvidado. Ostras, qué guapo es el muy cabrón. ¿Es posible que esté más guapo que la última vez que lo vi? Retiro lo que he dicho antes. Me encuentro en la puta casilla de salida de siempre. En las emociones que me embargan cada vez que lo veo después de estar un tiempo separados. ¿Qué tiene este chico que me hace sentir así? A eso sumémosle que me lo he follado. Y lo estoy recordando.

—¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte.

—Sí, pero ¿qué haces aquí?

Jaime sonríe y se lanza a mis brazos.

—Ven aquí, rubiales.

Nos fundimos en un abrazo que no hace más que impregnarme el olor de Jaime de nuevo y evocarme los abrazos que nos dimos el verano pasado. Me separo de él enseguida. Hay gente mirándonos; estamos en medio del pasillo, entorpeciendo el paso.

—Vamos a mi vagón —le ofrezco—, hay un sitio libre.

—Tú primero.

Me doy media vuelta y me encamino a mi asiento, sintiendo los pasos de Jaime detrás de mí. Traspasamos las puertas correderas y nos detenemos en el estrecho espacio que une ambos vagones para dejar pasar a una niña que se cruza con nosotros.

—Priscila no me ha avisado de que venías —le digo cuando proseguimos.

—Priscila no sabe que estoy aquí.

Giro la cabeza hacia atrás sin dejar de caminar.

—¿Y eso?

—No podía más, Hugo.

Hugo. Lo saboreo. Es agradable que me llamen por mi nombre de vez en cuando. La imagen de Dylan viene de pronto a mi cabeza, sin que yo le haya dado permiso para entrar. La sacudo.

Llegamos a mi sitio.

—¿Qué quieres decir? ¿Ha pasado algo? —le pregunto, preocupado, mientras nos sentamos.

Es raro ver serio a Jaime. Y ahora lo está.

—Ha pasado Boston sin Priscila. Ha pasado el *Global* sin Priscila. Ya ni siquiera el trabajo es lo mismo, Cabana. Yo estaba allí de puta madre, disfrutando de mi sueño de ser totalmente independiente y de vivir lejos de casa, y entonces llega Priscila, con sus pompones y sus payasadas, y el concepto de independencia se va a la puta mierda porque ahora me he vuelto dependiente de ella. Me sentía más solo que nunca. ¿Te lo puedes creer? Ahora siento como si Boston ya no fuera mi lugar. Siento que ha llegado el momento de regresar a casa. Aquello era una aventura. Y creo que se ha acabado.

—¿Vuelves a Valladolid?

La familia de Jaime vive en Valladolid. Si ha decidido regresar para quedarse, entiendo que se irá a su ciudad de origen.

—Sí y no. Supongo que andaré a caballo entre Valladolid y Alicante. ¿Qué parte de «me he vuelto dependiente de los pompones y las payasadas de tu hermana» es la que no has entendido? —Sonrío. Dudo mucho que haya sido eso lo que ha echado en falta. Es mucho más. Jaime y Priscila se han convertido en un todo indivisible. Y me consta que Pris se muere por verlo—. He hablado con mis jefes y los he convencido para que me dejen trabajar desde aquí. Priscila y la columna de su ardilla Pristy están aquí, y yo soy el jodido dibujante, así que no han podido decirme que no. Al menos, de momento. Ya veré lo que hago si me obligan a volver. Pris no lo sabe, es una sorpresa, por eso he querido venir primero a Alicante. Después veré cómo me las apaño. Dios, no tengo ni puta idea de qué voy a hacer con mi vida.

Jaime echa la cabeza hacia atrás y la apoya en el respaldo de su asiento. Se le ve agobiado. Por primera vez desde que lo conozco, se le ve agobiado. Ni siquiera cuando nos peleamos se encontraba en este estado. Vagaba por el pueblo como alma en pena, pero es que Jaime es muy peliculero. Ahora no actúa, ahora sufre. Entiendo que dejar tu vida, la que has luchado por tener durante toda una década, para volver al origen tiene que descolocar.

—Pris va a volverse loca cuando te vea. Te echa en falta cada segundo de su vida.

—Lo sé. Se supone que yo ya tendría que estar allí con ella, bebiéndonos un Martini con aceitunas detrás de otro, pero el puto vuelo salió con retraso de Boston y he perdido el enlace a Alicante. He discutido con la azafata, que pretendía que pasara una noche en Madrid, y me he largado por mi cuenta. He comprado un billete de tren y aquí estoy.

—Y aquí estás —repito.

—Y tú, ¿qué haces aquí? Se me hace raro de cojones verte fuera de tu hábitat.

—He pasado una semana con mis compañeros de piso de Madrid. Solemos quedar una vez al año. Nos damos una escapada juntos y nos ponemos al día.

—¿Y qué tal lo habéis pasado?

—Bien.

Respuesta escueta. Lo sé. Pero entra dentro de lo que soy yo. Escueto. Así que Jaime la acepta. Claro que la acepta. ¿Por qué no iba a aceptarla?

—Estás guapo —me dice entonces—. La primavera te sienta bien.

—¿Dónde vas a dormir? —le pregunto para cambiar de tema. Una cosa es que él también esté guapo y otra que quiera seguirle el rollo.

—Tenía pensado aparecer por sorpresa en casa de Pris y pedir asilo diplomático.

Me río al oírlo. Alex, el marido de mi hermana, y Jaime nunca se han llevado bien del todo.

—A mi cuñado no le caes muy bien. Suerte con las negociaciones.

—Él a mí tampoco —me dice, con una arruga en la frente—, es un puto borde. Pero que se joda. Además, solo serán un par de noches, hasta que encuentre algo por mi cuenta.

—Mi madre estará más que encantada de acogerte. Aunque ya no tienes libre la habitación de River.

El verano pasado Jaime se instaló en casa de mis padres. Mi madre le cedió la habitación de River porque era la más grande y la que mejores vistas tenía (privilegios de ser el primogénito), pero ahora River se ha divorciado, o está en proceso, y ha vuelto a casa. Y eso que la suya está libre, porque Cata se ha mudado a Estados Unidos con su familia. Su padre era el alcalde, pero renunció a su puesto de un día para otro y todos se marcharon juntos al otro lado del charco. Se supone que para desconectar, pero ya llevan allí casi seis meses. Los mismos que River en casa, con mis padres y mis hermanos. No hemos querido hablar del asunto con él; no hemos querido tocar el tema de que trabaja en el CNI y de que se casó con Cata para vigilar a su padre y sus negocios turbios, algo de lo que nos enteramos recientemente. Es… delicado. Delicado en el sentido de peligroso para su trabajo y su carrera; ni siquiera nos tenía que haber contado todo eso. Cuanto menos sepamos, mejor. Lo último que mis hermanos y yo haríamos sería perjudicar a Riv. Así que no lo atosigamos con preguntas. Solo nos mantenemos cerca de él, porque lo queremos. Creo que yo incluso lo… admiro. Sí, lo admiro. Y no es porque sea el mayor: es porque River siempre ha tenido un «algo» para mí. Siempre fue mi héroe. Y lo sigue siendo ahora que tengo casi treinta años. Por eso me gustaría estar más cerca de él en el asunto de su mujer, pero se cierra. Y no lo juzgo.

—Tengo la tuya —me dice Jaime, guiñándome el ojo. ¿Mi qué? Retrocedo en la conversación, que me he distraído. Ah, vale, se refiere a que está disponible mi dormitorio en casa de mis padres.

—También podrías quedarte en mi casa —le ofrezco.

—¿En tu casa?

Jaime agranda los ojos (y mira que ya los tiene grandes, enormes, de por sí) y me mira alucinado. Quizá ha sonado a lo que no era.

—No es una proposición sexual —le aclaro—. Vamos a llegar muy tarde y no es plan de ir de puerta en puerta. Te quedas a dormir conmigo y mañana ya te buscas la vida, a la luz del día.

—Solo tú podías arruinar el buen rollo que teníamos diciendo que no es una proposición sexual. Ya sabes que yo me hago a todo, rubio.

Me río y niego con la cabeza. Me pongo en una postura cómoda y nos pasamos el resto del trayecto hasta casa sin dejar de parlotear. O Jaime lo pasa sin dejar de parlotear. Y, joder, creo que es justo lo que necesitaba. Hasta la bola que tenía en el estómago cuando me he subido al tren se ha hecho más pequeña. Aunque sigue estando ahí.



A las once de la noche llegamos a Alicante. Bajamos del tren, Jaime con sus tres maletas (el resto de sus pertenencias llegarán a casa de sus padres a través de una empresa de transporte), y salimos de la estación. Noto al instante el olor a mediterráneo y la diferencia de temperatura respecto a Madrid; esta es más cálida. Adrián nos espera apoyado en una barandilla con aire despreocupado, mirando el móvil. Me niego a revivir el recuerdo que me trae a la cabeza. Levanta la mirada al escuchar nuestros pasos y arruga la frente.

—¿Jaime? ¿Qué haces tú aquí? —pregunta, acercándose a nosotros.

—Pero, bueno —contesta Jaime, soltando las maletas en el suelo—, mira a quién tenemos aquí. Mi segundo rubio favorito.

—¿Segundo? ¿Desde cuándo?

Eso digo yo. ¿Segundo? ¿Desde cuándo? Uno de los dos grandes inconvenientes que tuvimos Jaime y yo fue el hecho de que él estuviera totalmente pillado por mi hermano pequeño. Y heterosexual. Adrián siempre ha sido el que le gustaba de verdad. Y eso que fue el único al que no conoció durante la estancia de mi hermana en Boston, ya que nunca coincidían, pero le pegó fuerte con él la primera vez que se vieron, y lo demostraba siempre con sus tonteos. Con cada burla que le dedicaba. Con cada saludo. Con cada mirada. Con cada «hoy estás más guapo que nunca, rubio». Él me lo negó una y otra vez, pero, claro, ¿qué iba a decir?: «Mira, es verdad, a mí en realidad me pone tu hermano, pero con él no tengo nada que hacer y, en cambio, contigo sí».

Y ya que estamos, el segundo inconveniente fue que se acostó con Priscila. Para «experimentar». En fin, aquello fue… demasiado para mí.

—Desde hace un tiempo —contesta Jaime a la pregunta de mi hermano.

—¿Y quién es el primero?

—A ti te lo voy a decir —replica. Coge de nuevo las maletas y se dirige al aparcamiento. No sin guiñarme un ojo y brindarme antes una sonrisa.

Pues… vale.

Adrián me da unas palmaditas en el hombro.

—Cuidado con este —me susurra al oído—. Algo me dice que el primero eres tú y que esta vez no va a rendirse tan fácilmente, rubio.

Me río por el comentario a la par que niego con la cabeza. Lo último que haría en esta vida sería volver a liarme con él, por muy bueno que esté y por muy fácil que me lo ponga.

Nos encaminamos hacia el aparcamiento, alcanzamos a Jaime, metemos las maletas en el descapotable de Adrián y nos sentamos, yo delante y Jaime detrás.

—Estoy sufriendo una especie de *déjà vu*. Solo que, en lugar de estar Pris delante de mí, estás tú, Hugo —nos dice Jaime—. ¿Qué tal todo por aquí? ¿Habéis sobrevivido sin mí?

Adrián le contesta mientras arranca el coche y nos incorporamos al poco tráfico que hay en la carretera a estas horas.

—¿Sobrevivir, dices? Nada más lejos de la realidad. River ha vuelto al hogar familiar y no levanta cabeza. Llora por cada rincón, y mi madre va detrás de él ofreciéndole comida. Marcos apenas sale a la calle por miedo a conocer a una mujer, enamorarse, pedirle matrimonio y volver a abandonarla en el altar. Hugo solo trabaja y trabaja; no te olvida. Priscila no acaba de ser feliz con su marido. Le falta algo. Le faltas tú. Igual que a mí. Como ves, no acabamos de recomponernos desde que te largaste y nos dejaste aquí, con nuestras miserables vidas.

Adrián y yo intercambiamos una mirada de complicidad antes de echarnos a reír a carcajadas.

—Ja, ja. Qué gracioso estás esta noche, ¿no?

—Ya ves.

—Ahora en serio —le dice Jaime—, Priscila me pone al día de las novedades, más o menos, pero ¿está todo bien?

—Claro que va todo bien. River ha vuelto a casa, pero es cuestión de tiempo que mejore. Joder, se está divorciando, y no precisamente en buenos términos. Marcos va tirando; se ha cruzado en un par de ocasiones con Alicia y no se han matado, aunque no será por falta de ganas de ella… Pero lo superarán. Hugo está de puta madre, creo que salta a la vista, y Priscila te echa de menos, pero es muy feliz con Alex.

—¿Y tú?

—Yo, de puta madre también. Sin novedades. Y, ahora, ¿vas a contarme tú a mí por qué has aparecido en la estación de tren junto a mi hermano?

—Yo a ti te cuento lo que quieras, rubio.

Pongo los ojos en blanco. Si es que no puede evitarlo. El coqueteo le sale solo. Escucho la historia de Jaime de nuevo, en esta ocasión, con más detalles. Con tantos que, para cuando termina, estamos entrando en el pueblo. Cuarenta minutos sin dejar de hablar. Casi nada.

—Joder, nunca pensé que sentiría esta anticipación por estar aquí de nuevo —nos dice—. Huele a Cabanas.

Me sorprendo por su comentario. Me sorprendo porque es cierto. Huele a Cabanas. No sé explicar qué aroma es, pero es tangible. Supongo que es nuestro olor. El de nosotros, juntos, con nuestro hábitat.

—¿A dónde te llevo? —le pregunta mi hermano.

—A mi casa —respondo yo por él.

Adrián me mira con el ceño fruncido.

—¿A tu casa? ¿A los dos?

—Solo para que pase la noche, mira qué hora es.

—Muy bien.

Mi hermano enfila en dirección a mi casa y llegamos en menos de cinco minutos. Le doy las llaves a Jaime y va abriendo la puerta y metiendo sus maletas mientras yo me despido de Adrián. Ha apagado el motor y salido del coche, y eso solo significa que quiere decirme algo. Lo conozco bien. Mi relación con Adrián es muy estrecha. Nos leemos la mente con solo mirarnos. Adrián pasa de todo, es muy independiente, el más autónomo de los hermanos, pero vive pendiente de nosotros. Sobre todo, de Priscila y de mí. Recuerdo el comentario de Marcos en el que le decía a River que él era el hermano favorito de Adrián. Me temo que no. Si hubiera favoritos…, si Adrián tuviera un favorito, ese sería yo. Aunque nos quiera a los tres chicos por igual.

Medio me siento, medio me apoyo en la parte delantera del coche con las piernas cruzadas, y él me imita. De fondo, solo se escuchan los sonidos que emiten los grillos que nos rodean. Nos quedamos unos instantes en silencio. Yo, dándome la bienvenida a casa, y Adrián, contemplándome.

—¿Todo bien? —me pregunta por fin.

Ahí está.

—Sí, todo bien.

—¿No ha pasado nada en Madrid?

Giro la cabeza y lo miro.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Porque no le he mentido a Jaime. Estás de puta madre. De hecho, te fuiste de puta madre a Madrid, pero no vuelves de la misma manera. Y no tiene nada que ver con el moreno. ¿Qué ha pasado allí? Por teléfono parecía que todo iba sobre ruedas.

Yo no entiendo cómo Adrián, el rey del «me la suda todo», puede ser tan intuitivo.

—Y va todo bien.

—Prueba otra vez, a ver si me lo creo.

—Y va todo bien.

—Hugo…

Joder. Se lo cuento. Se lo cuento porque creo que necesito decirlo en voz alta.

—Un tío me ha llamado «pueblerino» justo antes de coger el tren.

—¿Y?

Obviamente, el rey del «me la suda todo» no podía tener otra respuesta.

—Y… me ha jodido —reconozco.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Hugo, no me jodas. Esa respuesta me acojona más que ninguna otra. ¿Quién es ese tío?

—No es nadie. En serio, solo es… reciente.

Asiente con la cabeza, aunque no acaba de estar convencido.

—¿Y este? —Señala hacia Jaime, que sigue en el interior de la casa.

—Y este, ¿qué?

—Eso te pregunto, ¿y este, qué?

—Este, nada.

—¿Ves? Esa respuesta me gusta más. Bueno, me piro —dice entonces, incorporándose y volviendo al interior del coche—, que tengo que meter a tu hermano River en la cama.

—¿Has dado de comer a mis gatos? —le pregunto antes de que se marche. En mi jardín viven como veinte gatos. Vienen y van.

—¿Tú qué crees?

Sonrío y me alejo del coche unos pasos. Espero a que Adrián arranque y desaparezca al final de mi calle. Una vez que lo hace, cruzo el diminuto jardín, arrastrando mi pequeña maleta por el empedrado, y entro en la vivienda. Cierro la puerta y me recuesto en ella. Por fin en casa. Jaime se sitúa enfrente de mí y me mira con intriga.

—¿Y ahora?

Y ahora… un impulso. Unas ganas locas de hacer algo. Una necesidad.

Me despego de la puerta y me lanzo a su boca.

A tomar por culo todo.

Capítulo 8

Lo último que haría en esta vida sería volver a liarme con él, por muy bueno que esté y por muy fácil que me lo ponga

Podría decir que la luminosidad del amanecer me despierta, que ayer debí cerrar bien las persianas para que esto no pasara, pero no sería verdad y no habría servido de nada. Llevo un rato largo con los ojos abiertos de par en par, mirando hacia el techo de mi dormitorio, escuchando la respiración regular de Jaime a mi lado. Es la primera vez que dormimos juntos. El verano pasado no llegamos a hacerlo; la cosa se fastidió antes de que tuviéramos ocasión.

Con un suspiro, me doy por vencido y me incorporo. Está claro que ya no voy a conciliar el sueño. Me siento en el borde de la cama y apoyo los codos en las rodillas. Escondo el rostro entre mis manos. Esto es liarla a lo grande, sí, señor. Y lo peor es que yo no suelo actuar de esta manera, por impulsos, sin pensarlo primero unas mil veces; eso se lo dejo a mis hermanos. No sé qué extraña personalidad se apropió ayer de mi raciocinio.

Me levanto de la cama y dejo a Jaime muy cómodo abrazado a la almohada. Voy a la cocina y me preparo un café. Vuelvo con la taza en la mano y me dejo caer de costado contra el quicio de la puerta de mi habitación, contemplando al mejor amigo de mi hermana mientras me tomo el desayuno. Ha cambiado de postura. Ahora la almohada le tapa toda la cara.

—Te oigo pensar desde aquí.

Jaime aparta la almohada de su rostro y abre un ojo. Sonrío y doy otro sorbo al café.

—¿Te he despertado?

—No. Me he despertado solo al sentir que dejabas la cama. Y, si vas a mirarme así, al menos podrías vestirte —me dice a continuación.

Bajo la mirada a mi cuerpo. Estoy completamente desnudo, igual que él.

—¿Mirarte cómo?

—Como si no fueras a dejar que te vuelva a tocar. Te conozco.

—No estés tan seguro. ¿Quieres café?

—Después.

—¿Después de qué?

—De ti. Ven aquí.

¿Ven aquí? Me río ante su provocación, pero… ¡a la mierda! Voy.

𝄞

—Ese trasto no deja de vibrar. Como siempre —me dice una hora más tarde con la voz amortiguada por el colchón. Nos hemos quedado exhaustos, sin movernos, después de la sesión de sexo, y Jaime está a punto de dormirse de nuevo. Debe de tener un desfase horario de los buenos. Acaba de llegar desde Boston y no ha parado, literalmente.

—Son mis hermanos —le aclaro, sin necesidad de mirar el móvil. Tengo los ojos medio cerrados y los párpados me pesan una barbaridad.

—¡Hermanos! —Jaime se incorpora como un resorte, tanto que consigue sobresaltarme a mí, que dormitaba por fin, y brinca de la cama como si tuviera pinchos en lugar de un cómodo colchón—. ¡Mierda! ¡Priscila! Joder, soy lo puto peor. ¡Es tu culpa, por andar desnudo por todas partes! ¡Me piro!

Comienza a vestirse a toda pastilla; su ropa anda desperdigada por el suelo de la habitación, pero no deja de hablar en el proceso. Nada nuevo. Este no calla ni cuando duerme. Comprobado. Habla en sueños. Tonterías. Nada lúcido. Creo que en parte eso es lo que me ha impedido dormir bien; yo necesito silencio absoluto.

—Eres el mejor casero que me he encontrado en la vida. Y no lo pienses tanto, rubio. ¿Amigos con derecho a roce? Lo hacemos cuando surja. Sin compromisos. Sin comidas de tarro. Yo acepto. Ahora tampoco estoy para nada más. Me apetece disfrutar de la vida y punto. Y tú tienes un cuerpo y una boca perfectos para ello. Vaya si los tienes. Me voy. Hablamos. ¡Luego vengo a por las maletas!

No me deja hablar. Ni una palabra. Casi mejor. Como no me apetece reflexionar sobre lo que Jaime y yo estamos haciendo (o vamos a hacer) y ya se me ha quitado el sueño, cojo el móvil para distraerme y reviso los mensajes: no son solo de mis hermanos. También hay unos cuantos de Dylan. El corazón me da un vuelco. La bola del estómago, que había desaparecido, vuelve con fuerza. ¿Qué quiere ahora? ¿Por qué no me deja en paz? ¿No soy solo un pueblerino impresionado? ¡Que me olvide, joder!

Los leo, ni siquiera entiendo el motivo, pero los leo:

Dylan Carbonell:

¿Has llegado ya a casa? ¿Todo bien? ¿El viaje, bien?

Dylan Carbonell:

¿Por qué no me coges el teléfono? Te he llamado cuarenta veces. Y no es una forma de hablar.

Dylan Carbonell:

Empiezo a preocuparme.

Dylan Carbonell:

Ey.

Dylan Carbonell:

Babe.

Dylan Carbonell:

¿Estás enfadado?

Dylan Carbonell:

Vale, sí, estás enfadado. Acabo de ver que estás leyendo mis mensajes.

Dylan Carbonell:

¿Podemos hablar?

Dylan Carbonell:

Babe.

Dylan Carbonell:

No seas niño, que me llevas tres años.

Paso. Ya se cansará. Cambio a la conversación de mis hermanos.

Marco Polo:

¡A los buenos días!

Venga, todo el mundo arriba, que a quien madruga, Dios lo ayuda.

¿Un puto refrán? ¿En serio? Tiene que ser el primero que Marcos dice en… ¡en toda su vida!

Riv:

No me jodas, Marcos. Son las nueve de la mañana y es sábado.

Marco Polo:

Pues no mires el móvil. Y, además, si yo tengo que madrugar y levantarme para ir a currar un sábado, os jodéis todos.

Adri:

Llevo dos horas levantado. Y trabajando. A ver si un día puedes decir lo mismo.

Pris:

Buenos días, chicos.

Alex y yo vamos a ir a desayunar al pub. ¿Os venís?

Marco Polo:

Mierda, yo no puedo. Estoy currando.

Adri:

Será la primera vez.

Marco Polo:

Capullo.

Riv:

Contad conmigo.

Hugo:

Pris, no salgáis todavía. Te va una sorpresa de camino a casa.

Pris:

¿Una sorpresa?

¿Para mí?

Hugo:

Sí.

Pris:

¿Qué es?

Adri:

Yo lo sé.

Marco Polo:

Tú siempre lo sabes todo.

Adri:

Pues sí. A ver si un día puedes decir lo mismo.

Pris:

¿Qué es?

Marco Polo:

Joder, ¿quién aguanta a este hoy?

Madrugar no te ha sentado nada bien. Al menos yo estoy igual de jovial que siempre.

Riv:

Bueno, yo voy al pub.

Os espero allí.

Hugo:

Voy.

Adri:

Y yo.

Voy a tomarme un descanso.

Marco Polo:

Qué cabrones sois todos.

Eso, restregádmelo bien por la cara.

Pris:

¿Qué es?

Riv:

¿Te recuerdo cómo empezó todo esto?

Adri:

Ya lo hago yo, River, que me siento jovial.

REENVIADO

¡A los buenos días! Venga, todo el mundo arriba, que a quien madruga,
Dios lo ayuda.

Hugo:

¿Podéis dejar los putos refranes ya?

Marco Polo:

Hostias, con palabrota de las fuertes.

Riv:

Y a este, ¿qué le pasa?

Marco Polo:

Serán los aires madrileños, que le han sentado mal.

Riv:

Ya os dije que estaba muy callado.

Adri:

No estaba callado.

Marco Polo:

Mirad, ha vuelto el defensor.

Pris:

¿Qué es?

Oh, y, por cierto, no te olvides de traerme los cincuenta euros, River. :)

Marco Polo:

Joder, ni el apuntador.

Pris:

Tú ya me darás los tuyos cuando nos veamos, Marco Polo.

Marco Polo:

Me habéis chafado la mañana. ¿Contentos?

Adri:

Y hambrientos.

Por suerte, nos vamos a dar un buen homenaje gracias a tu dinero.

Marco Polo:

Capullo.

Adri:

Yo también te quiero.



Una hora después, entro en el *pub* de Pedro, el único *pub* del pueblo, situado en lo alto de la cuesta más infame de nuestra pequeña localidad. Sirven cervezas, helados, desayunos, comidas y cenas. También es el sitio favorito de mi cuñado, Alex, y de mi hermano Marcos. En serio, echan más horas aquí que el propio Pedro. Alguna vez creo que han llegado a cerrarlo ellos. Y a abrirlo…

River y Adrián ya me esperan sentados a una de las mesas del fondo; Adrián leyendo el periódico local (propiedad de la familia de Alex); River poniéndose ciego de café y pan tostado con aceite, sal y tomate (no lo ha perdido el apetito con el divorcio) mientras echa un vistazo al periódico de Adrián y le comenta al oído algún titular sin dejar de masticar.

—Hola —los saludo, y ocupo una de las tres sillas libres delante de ellos.

—Hombre. —River levanta la cabeza y me sonríe con afecto. Adrián continúa leyendo—. El hermano pródigo ha regresado.

—Solo he estado fuera una semana.

—Se nos ha hecho larga. ¿Novedades?

—Nada que no hayamos hablado en nuestras conversaciones diarias y abundantes del WhatsApp.

—Tío —le dice a Adrián, girando la cabeza hacia él—, yo lo veo igual.

Claro, era de esperar que Adrián les hablara a mis hermanos sobre la conversación que mantuvimos ayer por la noche. No suele haber secretos entre nosotros, a no ser que especifiquemos: «Esto es secreto». Seguro que han creado un grupo paralelo para parlotear sobre eso. Tengo más grupos paralelos que contactos en el móvil. Cada vez que sucede algo fuera de lo habitual con alguno de los cinco, creamos uno. Y si vuelve a suceder algo con un mismo hermano, no importa que ya tengamos creado un grupo sin él, creamos otro, ¡a lo loco!, porque es otro tema.

Voy a replicar, pero Pedro acerca a nuestra mesa y me interrumpe.

—Hugo, ¿qué te pongo?

—Lo mismo que a ellos.

—Marchando.

—¿Ya has tenido que contárselo? —le pregunto a Adrián con un suspiro exasperado y prolongado en cuanto se va Pedro.

Adrián solo despega los ojos del periódico y levanta una ceja.

—¿Contarme qué? —dice River.

—Lo de pueblerino —aclaro.

—¿«Pueblerino»? No sé nada de ningún pueblerino, solo sé que hace un momento te has vuelto un poco loco por un, palabras textuales, *puto refrán*. ¿Qué es eso de pueblerino?

Adrián suspira y me mira negando con la cabeza. «Si es que eres un bocazas», me dice.

—A Hugo lo han llamado «pueblerino» en Madrid —confiesa entonces, desviando su mirada de nuevo al periódico.

—¿Quién ha osado llamarte «pueblerino» a ti, pequeño habitante de esta gran ciudad de los rascacielos?

Casi le río el chiste a River. Casi. No, qué va. No me hace ni puta gracia.

—No es gracioso.

—Un poco sí —indica Adrián.

—No es el hecho de que me llamara «pueblerino».

—Que lo eres —interviene River. Lo ignoro.

—Es la manera despectiva en que lo hizo.

—¿Y quién ha sido? ¿Alguno de tus amigos de la universidad?

—No.

—¿Y entonces por qué te importa?

—He ahí el quid de la cuestión —apunta Adrián.

—Porque me importa. O no. Bah, yo qué sé.

Nuestra conversación se ve interrumpida de nuevo, en esta ocasión, por la llegada de Priscila, Alex y Jaime. Apenas se han acercado a la mesa y ya suena por todo el local la canción de *Chas y aparezco a tu lado*. Me río. Pedro es rápido de pelotas. Parece que los huele. Alex le muestra el dedo corazón, Jaime sonríe contento, se percibe a leguas que está feliz de encontrarse aquí de nuevo, y más con la bienvenida que yo le he dado, y Priscila llega dando saltitos.

—¡Mirad quién ha venido! —anuncia, señalando a Jaime.

—Yo lo sabía —dice Adrián.

—Y yo —añado de manera natural. De la misma manera en que lo habría dicho si no me hubiera acostado con él hace como una hora. Y ayer por la noche. Nadie parece notar nada. Hasta que percibo la mirada penetrante de Adrián sobre mí. Lo miro. Me mira. Levanta la comisura del labio en un intento de ocultar su sonrisa. Mierda. Lo sabe. Es cierto lo que dice Marcos de que Adrián siempre lo sabe todo. O casi todo. No sé cómo lo hace, tiene un sexto sentido infalible. Menos cuando se trata de sí mismo, claro, que, entonces, aunque lo tenga delante de sus narices, no lo ve.

—Buenos días, Cabanas —nos saluda Jaime—, a ti y a ti ya os he visto —nos dice a Adrián y a mí, muy natural también. Aunque no se me escapa el susurro de mi hermano de «a unos más que a otros». A continuación, se gira hacia River—. A ti no, primogénito. ¿Cómo van las cosas por estos lares? ¿Qué me he perdido en mis largos meses de ausencia?

—¿Qué haces tú por estos lares? —le pregunta River de buen humor, parafraseándolo de paso.

—He dejado Boston. Para siempre. Mi lugar ahora está aquí. Con mi Pris.

—¿No es genial? —nos dice Priscila, loca de contento.

—Formidable —contesta su marido por nosotros—. ¿No es formidable, Cabanas?

Alex se sienta a mi lado y yo le doy unas palmaditas de ánimo en la espalda. Conozco a Alex: finge que Jaime le cae peor de lo que en realidad le cae, pero eso no significa que lo trague del todo. Yo me llevo bien con mi cuñado. Es uno más de la familia desde hace mucho tiempo.

Creo que comenzó a serlo desde que se mudó a la casa de enfrente a los ocho años.

—Va a quedarse en casa con nosotros unos días, hasta que encuentre algo decente —nos explica Priscila mientras ayuda a Jaime a traer una silla adicional a la mesa.

—¿No es formidable, Cabanas? —repite mi cuñado. A River y a mí se nos escapa una carcajada; incluso Adrián sonríe, aunque intente esconderlo detrás del periódico. La relación entre Adrián y Alex tampoco ha sido de las mejores, pero va progresando. Yo creo que en el fondo se adoran, aunque no quieran reconocerlo. Adrián y Priscila están muy unidos, y lo que es importante para alguno de los dos, lo es también para el otro. Y Alex sabe que Adrián es una prolongación de Priscila. Cuando se casó con ella, lo hizo con los dos. Bueno, en realidad, lo hizo con todos nosotros. Para bien y para mal.

—Hablando de formidables, oye, St. Claire —Jaime tiene mucha manía de llamarnos a todos por el apellido, está muy americanizado en ese sentido—, yo no sé hasta cuándo me va a durar lo de trabajar desde aquí, los jefes no están muy convencidos con el asunto. ¿Tú no podrías abrirme un hueco en el periódico de tu familia? Hago de todo y no me importa empezar desde abajo.

—Joder, cómo ha sonado eso —apunta Adrián sin dejar de leer el mentado periódico.

—Tú sigue leyendo, rubio —le contesta el otro—. Y echa un polvo, que se te ve necesitado.

—No como tú, ¿verdad?

Le lanzo una mirada fulminante a mi hermano. ¿Está loco? ¡Que River las pilla todas al vuelo! Que trabaja en el CNI, joder. Adrián me ignora. Con disimulo, le escribo un mensaje rápido en el móvil por debajo de la mesa: «¿De qué vas?». «Es demasiado evidente. Sobre todo en él», me responde al momento. Bufo por lo bajo y alzo la vista, de regreso a la mesa. River me mira. Después, a Jaime y de nuevo a mí. Levanta la ceja. Lo sabe. Pues de maravilla.

—¿St. Claire? —insiste Jaime, desviando el tema. Creo que Alex no le ha contestado. No. De hecho, finge que no va con él—. Te estoy hablando.

—No entiendo en qué momento ha pasado esto —nos dice Alex a nosotros, señalando a Jaime.

—Pues hazte a la idea, socorrista. He venido para quedarme.

—Deja de repetirlo, por Dios; que me entran escalofríos.

—Tranquilo, enseguida llega el buen tiempo. Entonces, ¿te entrego a ti mi currículum? Aunque primero tengo que cambiar la dirección de Boston por la de tu casa. ¿Crees que eso me dará puntos con tu familia? Vivir en tu casa, digo.

El lamento estrangulado de Alex no pasa desapercibido. Vuelvo a darle unas palmaditas en la espalda y cruzo las piernas. Qué diferencia. A él Jaime le provoca lamentos y yo me lo tiro, aunque no puedo estar más de acuerdo con que se vaya a su casa a dormir; que se quede en la mía, definitivamente, no es buena idea. Demasiado cerca. Demasiada intimidad. No me apetece.

Pedro nos trae los desayunos, a Alex y a Pris ni siquiera les ha preguntado qué querían, y nos pasamos aquí un par de horas más. En nuestra línea. River incluso re-desayuna. Y yo escucho la historia del viaje de Jaime desde Boston por tercera vez en veinticuatro horas. Por suerte, omite el final.

𝄞

A la hora de comer, Alex y mis hermanos van a casa de mis padres. Mi madre ha cocinado uno de sus platos estrella, arroz al horno, y nadie quiere perdérselo. Cuando mi madre cocina arroz suele hacerlo para todo el vecindario, así que no hay problema en que vayamos todos en tropel. Sin embargo, Jaime y yo pasamos primero por mi casa a recoger sus maletas, que luego en la de

mis padres nos liamos y los dos lo sabemos. Hemos quedado directamente allí con todos.

Jaime no tarda nada en guardar sus cosas: ayer no sacó demasiado de la maleta, el neceser y poco más; pijama no le hizo falta, y esta mañana ha salido escopeteado hacia la casa de mi hermana con la misma ropa de ayer.

—¡Listo! —me grita poco después mientras yo estoy en el cuarto de baño—. Cojo un taxi a casa de tu hermana y luego voy a la de tus padres.

—¡Te acompaño! —le grito a mi vez.

—¡Genial! ¿Crees que antes nos da tiempo a magrearnos un poco?

A eso no contesto. Me lavo las manos y, al cerrar el grifo, me parece escuchar el timbre de la calle.

—¡Jaime! ¿Han llamado a la puerta?

—¡Sí!

—¿Puedes abrir tú?

—¡Claro!

Me seco las manos y salgo del cuarto de baño. Me quedo en medio del pasillo, petrificado al escuchar la conversación que se desarrolla en la entrada de mi casa. Son dos voces; una es la de Jaime.

—Joder, tío, eres igualito a Dylan Carbonell. Una puta fotocopia.

La otra es la de él.

—¿En serio? No me lo habían dicho nunca.

Joder. La bola de mi estómago crece, crece y crece hasta que explota. Doy cinco pasos vacilantes y me asomo al salón. Y ahí está, en el umbral de mi puerta, en mi pueblo, en mi jodido pueblo, Dylan Carbonell.

Capítulo 9

Trece años antes

Los dedos de Dylan, largos y perfectos para aquel cometido, amaestrados, volaban sobre el Steinway. Él conocía de sobra el tacto de las teclas del piano de cola. La presión que debía aplicar en cada movimiento. Se había pasado las noches de las últimas semanas tocándolo. Probándolo. Era su primer concierto. Desconocía el número de personas que se encontraban allí con él, cómodamente sentadas en sus asientos; desconocía cuántas, en ese preciso instante, lo contemplaban embelesadas por su música. No había querido saberlo. Pero calculaba que más de quinientas. La sala de conciertos de su conservatorio era bastante amplia.

Más de quinientas personas observándolo, confundiéndolo con sus sonidos, apabullándolo (eran demasiados, y Dylan los captaba todos); un exquisito piano de cola, más que conocido, bajo sus manos; una partitura de más de veinte páginas; su padre analizando cada movimiento detrás del telón, y sus dedos volando sobre las teclas blancas y negras sin ningún control. Lo había perdido. Lo había perdido pocos segundos después de arrancar. Porque sus manos iban más rápidas que su cabeza. Si fallaban una nota, no habría vuelta atrás. Caería con todo el equipo. Porque no se veía capaz de continuar desde el punto donde se encontraba, fuera cual fuera.

Comenzó a ahogarse. Comenzó a sentir que le faltaba aire. Había empezado como una leve incomodidad, una que podía dominar (él siempre lo dominaba todo), pero habían transcurrido los segundos y la incomodidad se había convertido en dificultad. Dylan ya no era capaz de obtener la cantidad suficiente de oxígeno para respirar. Quizá por eso había perdido el control de sus dedos y, con ello, el control de su primer concierto. Estaba convencido de que la noticia volaría cual relámpago que precede a la tormenta por el mundo entero: Dylan de la Vega, el hijo del gran compositor, fracasa en su primer concierto multitudinario a los catorce años.

Asfixia. Opresión. Ahogo. Sofocación.

Estaba a punto de desplomarse cuando sus dedos se detuvieron. Estuvo a punto de gritar: «¿Por qué me hacéis esto?». Pero, entonces, las más de quinientas personas se levantaron de sus asientos y comenzaron a aplaudir con entusiasmo. Dylan, confundido, levantó la vista hacia su padre; también sonreía. Sus dedos se habían detenido porque la pieza había llegado a su fin.

Se puso en pie y no fue capaz de saludar al público. Que lo consideraran maleducado, niño rico malcriado, le daba igual. Que lo llamaran como les diera la gana. Cruzó el telón e ignoró las palabras de su padre y de su profesor de piano. Ni siquiera se paró a comprobar si lo alababan o lo reñían. Necesitaba salir de aquel lugar y desprenderse de aquella estúpida corbata. Se quitaría también la camisa. Y los pantalones y los zapatos. Casi habían acabado con su vida. No quería volver a sentir nada parecido nunca más. Y solo acababa de empezar.

A orillas del Mediterráneo, en el pueblo alicantino, Hugo, a sus diecisiete años y con labios

perfectos para aquel cometido, amaestrados por los miles de “consejos” de sus dos hermanos mayores y por las decenas de veces que ya había hecho eso con anterioridad, perdió el control del beso. Sus labios iban por libre y su cabeza estaba en otra parte, en un pensamiento recurrente: no le gustaba. A él los besos no le gustaban, no le decían nada. No lo estremecían. Empezó a sentir que se ahogaba, y no en el buen sentido. No podía respirar con el rostro de aquella chica tan pegado al suyo. No podía respirar y… no pudo más. Se retiró con brusquedad, inhaló el aire que necesitaban sus pulmones y miró a la chica con la frente arrugada. No. No le gustaba.

Capítulo 10

Por si no había flipado ya lo suficiente

El primer lugar en que se detienen mis ojos es en el *piercing* de su ceja. Después, en esas gafas de aviador que tanto le gusta llevar. Por último, en la funda de guitarra que lleva colgada del hombro. Aun con ella, sigue sin tener pinta de *rockero*; una vez más, parece un universitario. Una mezcla entre universitario presumido, pijo y bohemio.

—Hola —me dice con una sonrisa eterna en cuanto me ve asomar por el salón, quitándose las gafas al instante.

Yo no contesto. Me he quedado petrificado. Tan petrificado, tan flipado que ni las palabras me salen. Creo que estoy aún más flipado que cuando mi hermano Marcos dejó a su novia plantada en el altar, ahí, delante de medio pueblo. Y mi hermana Priscila gritando: «Protesto». O más que cuando me enteré de que River trabaja en el CNI y se había casado con su mujer por trabajo.

Pero… ¿este tío qué hace aquí?

Es Jaime quien rompe el silencio, ajeno a las miradas que nos lanzamos el de la guitarra y yo. Las suyas dicen: «Hola, *babe*», como si nada hubiera pasado entre nosotros; las mías: «¿Te has vuelto loco? ¿Qué demonios haces aquí?».

—¿Buscas a Hugo? —le pregunta Jaime con naturalidad.

—Ajá, Hugo Cabana —contesta Dylan sin mirarlo, sin apartar los ojos de mi persona—. Veterinario. Alicante.

—Ahí lo tienes. —Me señala a la vez que se retira de la puerta, dejando en ella a Dylan, que no ha cambiado de postura, cosa rara en él. Creo que nunca lo he visto tan quieto—. Oye, rubio, me da que aquí tienes lío. No te preocupes por mí: cojo un taxi, voy a donde Priscila y nos vemos directamente en tu *urba*.

Asiento con la cabeza. Continúo sin emitir palabra, aunque podría pronunciar miles. Jaime coge sus tres maletas y se dirige a la puerta de nuevo.

—Un placer —le dice a Dylan—. Yo me llamo Jaime. Te dejo en buenas manos.

Dylan y su guitarra entran en mi casa (sin esperar a que yo les dé permiso) en el mismo momento en que Jaime sale. Cuando este consigue sacar las tres maletas, Dylan agarra el marco de la puerta, como si fuera suya, y empuja la hoja hacia la calle mientras se presenta.

—Yo soy Dylan. Que tengas un buen día.

Pero ¿cómo se puede ser tan sobrado? Antes de que la puerta se cierre prácticamente en sus narices, me da tiempo a ver la expresión de alucine total de Jaime ante el reconocimiento del cantante: los ojos desorbitados, la boca abierta.

—¿Un compañero de piso que se muda? —me pregunta Dylan a continuación, internándose en la estancia.

—No. No es mi compañero de piso. Y tú eres un sobrado.

—Solo le he dicho mi nombre —se defiende, adoptando una expresión de absoluta inocencia. Solo le falta el halo de angelito encima de la cabeza. No cuela.

—¿Qué haces aquí?

—No me cogías el teléfono.

—¿En serio esa es toda tu explicación?

—Pues sí.

Con aire despreocupado, Dylan deja caer la guitarra encima del sofá y una pequeña mochila que también llevaba en la espalda, y comienza a pasearse por mi casa y a inspeccionarlo todo. A detenerse en cada objeto o mueble que se cruza en su camino. En las fotos de las paredes. En los libros de las estanterías. En las revistas encima de la mesita de café.

—¿Cómo me has encontrado?

Coge una de las fotos con descaro (una vez más, sin pedir permiso), una en la que estoy haciendo el gilipollas con mi hermano Marcos encima de un monopatín, y comienza a hablar mientras la mira.

—De la misma manera que averigüé tu número de teléfono. Busqué en Google: «Hugo Cabana. Veterinario. Alicante». Salió un Hugo Cabana, veterinario en un pueblo de Alicante. Venían una dirección y un número fijo; llamé y saltó la voz de un contestador automático. Tu voz. La reconocí. Jamás olvido un sonido, y tú tienes una voz un tanto característica. Decías que ibas a permanecer unos días de vacaciones y que para emergencias te llamáramos a un número de móvil. Supuse que era tu móvil. Y te mandé un mensaje. «Hola, nene». Era una emergencia. ¿Lo recuerdas? Antes de venir aquí he pasado por tu clínica veterinaria; en el escaparate, en una letra depurada que tiene toda la pinta de ser tuya (solo tú podías llevar la contraria a la caligrafía de los médicos y veterinarios), aparecía una dirección para emergencias. Esta. He supuesto que era tu casa. Bienvenido al siglo XXI. —Deja la foto de nuevo en su sitio, o no en su sitio, en realidad la deja más hacia la derecha, y me sonríe con satisfacción.

Si no estuviera enfadado con él, hasta me reiría. Me acerco y pongo la foto en su lugar exacto.

—Mi amigo Edu se va a llevar un chasco cuando le diga que no has usado tus superpoderes de músico famoso para localizarme.

—¿Tu amigo Edu? ¿Ya les hablas de mí a tus amigos?

—No. ¿Cómo sabías que era veterinario?

—Por mi gente. Después de salir de tu casa me reuní con ellos y salió el tema de un tío muy gilipollas con pinta de *surfero* que había estado en el *backstage*. Era veterinario.

—¿La pista de gilipollas fue lo que te llevó a mí?

—Claro que no, *babe* —me dice con socarronería—, fue lo de pinta de *surfero*.

—Jamás me he sentido impresionado por ti, para que lo sepas. Más bien, todo lo contrario.

No soy yo de dar muchos rodeos. Y mucho menos de comportarme como si no hubiera pasado nada entre nosotros la última vez que nos vimos. Me llamó «pueblerino impresionado». Pueblerino. Impresionado. Y este es un buen momento para que me lo aclare, si es que le apetece y tiene una explicación. Desde luego, yo lo prefiero a que ande paseándose por mi casa como si fuera la suya.

—Ahí tengo que darte la razón, *babe*. Con lo de «impresionado» se me fue la mano.

—No me llames «*babe*». No soy tu *babe*. Y no soy un pueblerino.

—Sí lo eres. ¿Sabes? —me pregunta sin detenerse a respirar. Debe de tomar unas inhalaciones de la hostia o tener una capacidad pulmonar inhumana—. Sabía que te habías

enfadado por lo de pueblerino. Te lo vi en la cara. Que no me contestaras a las llamadas ni a los mensajes lo confirmó. Pero pensé que se te pasaría. Eres duro de pelar, ¿eh?

—¿Así que lo adivinaste? ¿Me insultaste y sospechaste que podía haberme molestado? Qué intuitivo. ¿Te apellidas Sherlock después de Carbonell?

Dylan comienza a reírse a carcajadas, esas carcajadas suyas que le nacen de la garganta. Esas a las que no pone límites. Solo las deja salir, todo lo estruendosas que son. Y el sonido que emiten… No es justo que me guste cómo suena Dylan. Cómo suena en todas sus facetas. Es esa voz tan profunda y sugestiva… Algo tiene que las demás no, por algo es cantante. Mi enfado va diluyéndose como un terrón de azúcar en una taza de té caliente. Lo noto en las entrañas. Tampoco es que yo sea muy rencoroso.

—Oye… —Coloca los brazos en las caderas y dobla un poco la rodilla izquierda. ¿Es nerviosismo lo que detecto? ¿Dylan Carbonell está nervioso? Me resulta incluso bonito. Y casi sonrío.

—¿Qué? —pregunto con animosidad en su lugar.

—¿Qué quieres que te diga? Cuando voy de *rockero,* soy un poco gilipollas.

—¿Esa es tu defensa? ¿Que eres un gilipollas?

—Pues sí, si quieres me explayo más, pero viene a ser lo mismo. Mi mánager me preguntó por ti y no me lo esperaba, no tenía nada preparado. No sabía qué decirle, ¿vale? No somos amigos, ni conocidos, ni parientes, ni nada. No sabía lo que éramos. No sé lo que somos. Entonces pensé en lo que sabía de ti y lo de pueblerino me salió solo. No podía quitarme de la cabeza aquello que me dijiste de que en tu pueblo había cruasanes más deliciosos que los de aquella cafetería. Pueblo, pueblo, pueblo. ¿Puedes culparme? Lo de impresionado es porque soy un gilipollas. Ya te he dicho que podía extenderlo, pero que el resultado iba a ser el mismo. Entiendo que te chocara. Tú has conocido a la persona detrás del *rockero*, no al *rockero*. O, bueno, un poco sí. ¿Recuerdas la noche en que nos conocimos, cuando yo estaba colocado? Ese es el *rockero*. Ese es el gilipollas. Ese es el que te llamó «pueblerino impresionado». Y este soy yo —me dice entonces, señalándose de pies a cabeza—. Dylan. Y a este solo le pareces un pueblerino, nada de impresionado, y sin acritud. En realidad, le pareces un pueblerino muy simpático. Tanto que creo que voy a quedarme aquí unos días. Estoy de vacaciones. ¿Ese concierto mío en el que caíste de casualidad? Era el último de la gira.

Tengo que reproducir varias veces su soliloquio en mi cabeza. Ha tocado como cinco temas diferentes. Con Dylan siempre es así, comienzo a acostumbrarme. Puede empezar una frase hablando de que es alérgico a la picadura de las abejas y en la siguiente nombrarte los fiordos noruegos como destino de vacaciones, y, por increíble que parezca, ambas cosas estarían relacionadas. No sé por dónde comenzar a responderle. Lo hago por el final.

—No puedes plantarte así en la casa de alguien.

—Pero no me cogías el teléfono.

—Dylan.

—¿Qué?

Ahora coloco yo los brazos en jarras. A veces tengo la sensación de que estoy tratando con alguien mucho más joven. Otras, sin embargo, creo que la naturalidad de Dylan y su forma de afrontar las situaciones es lo más maduro que he visto en mi vida. No sé dónde me encuentro ahora mismo.

Mi teléfono suena. Está encima de la mesa. Lo miro de soslayo. Es un mensaje de mi madre.

Mamá:

Hugo, mi vida, tus hermanos y tu cuñado van a comerse entre ellos como no vengas ya.

—Es mi familia. Se suponía que tenía un compromiso —le digo a Dylan.
—Ve. Yo me quedo aquí, instalándome.
—¿Instalándote? No vas a quedarte en mi casa.
—¿Por qué?
Y ahí estamos de nuevo. Suspiro y cojo el teléfono. Tecleo con rapidez.

Hugo:

Empezad sin mí.

Mamá:

Vale, no tardes. Nos trasladamos a donde los St. Claire. Somos demasiados y su mesa es más grande.

Hugo:

OK. Cuando termine voy a donde Alex.

—Te puedo ayudar a buscar un hotel —me ofrezco—. Aquí hay muchos y conozco al gerente de un par de ellos. Es muy amigo mío.

—No puedo quedarme en un hotel. Enloquecería. No me gustan los edificios grandes. Y no quieres saber el motivo. Me temo que correrías en la dirección contraria, y ahora mismo no puedo permitírmelo. No tengo dónde dormir. Y paso de conducir de vuelta a Madrid. Estoy cansado.

—¿Has venido conduciendo?

No sé por qué he dado por supuesto que había cogido un avión a Alicante. Supongo que porque es lo más natural.

—Sí.

Claro que, si lo pienso, ha sido una decisión impulsiva. Como todo él. Habrá cogido lo primero que tenía a mano.

—¿Como no te respondía al teléfono has cogido el coche y tu guitarra y te has hecho casi quinientos kilómetros del tirón?

—Claro que no, no seas absurdo. Yo no tengo coche. He venido en moto. ¿Es que no sabes nada de mí? —Por segunda vez en la última hora, me quedo sin palabras. Él no—. Pero lo de que odio los edificios altos es totalmente en serio. No puedes hacerme eso, *babe*. Esta casa es perfecta para mí. Me gusta. Parece el puto destino, ¿eh? Una casita de una sola planta. La moto la he dejado fuera, aparcada. ¿Se puede quedar ahí por un tiempo indefinido? Yo soy más de andar que otra cosa.

—Solo hay una habitación. Y la moto puede quedarse, sí.

Me he rendido, lo sé. Pero es que discutir con Dylan es ridículo. Lo conozco poco, pero lo suficiente como para saber que discutir con Dylan es ridículo. E inútil. Se sacará otro monólogo de los suyos de la manga, me llevará de un lado para otro, me mareará, me confundirá y volverá loco a partes iguales. Solo he anticipado la rendición. Además, no merece la pena: se aburrirá pronto y él y su moto se marcharán de nuevo a Madrid.

—Puedo dormir en el sofá.

—Ese sofá no es para dormir.

—Soy joven y fuerte. No me matará.

—Creo que mis padres tienen un colchón de esos que sirven de cama. Vamos a por él.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Y ya de paso comemos algo. ¿Tienes hambre?

—Muchísima. Y los gatos que tienes ahí fuera, también, ya que estamos. Me han olisqueado nada más pisar el jardín, y alguno tenía pinta de querer darme un mordisco. Son como veinte. ¿Deformación profesional?

—Iremos en mi coche.

𝄞

Tal y como me ha avisado mi madre, no hay nadie en casa. Dejo a Dylan esperando en el salón (no me he molestado en decirle que no toque nada porque sé que va a tocarlo y desordenarlo todo) y subo al desván que tenemos en la tercera planta. Me suena que la cama anda por aquí, pero hay tanto trasto que dudo que pueda encontrarla en los próximos cinco siglos.

Revuelvo tablas de surf, colchonetas desinfladas con forma de todo tipo de animales, infladores, un robot de cocina que jamás hemos utilizado, mierdas varias de River, mierdas varias de Adrián y Priscila, el doble de mierdas varias de Marcos… Me detengo unos segundos a pensar en el tamaño de la cama; recuerdo que menguaba mucho, como una colchoneta, así que tiene que estar en una caja pequeña. Apoyo el pie en una de las estanterías y me impulso para ver si llego a las baldas superiores. Muevo trastos con la mano que tengo libre, con la otra me sujeto, pero es imposible encontrar nada, hay demasiadas cosas. Estoy a punto de darme por vencido e ir a buscar a mi padre para que me ayude cuando escucho que alguien se acerca.

—¡*Babe*!

—¡Aquí! —grito desde las alturas. Remuevo un par de cosas más, pero nada. Y es que, para colmo, no recuerdo el aspecto de la caja. Estoy buscando a ciegas.

—¡Joder! —exclama al verme—. Baja de ahí. ¿Quieres que me dé un infarto?

—Estoy a medio metro del suelo.

—Baja.

Desciendo de un salto y me sacudo el polvo de las manos. Dylan tiene pinta de querer contarme algo.

—¿Qué pasa?

—Vas a alucinar. Esta urbanización es la hostia. En serio. Acabo de llegar y ya me gusta. No te imaginas la que se ha armado ahí fuera. He salido a la calle a cotillear un poco, guiado por un olor a comida que alucinas, y en esto que veo una escala de cuerda que baja de una de las ventanas de la casa de enfrente. Y no te lo vas a creer: una chica ha salido por la ventana y ha comenzado a bajar por ella —me explica. Sí me lo creo, sí. La ventana y la cuerda son de mi cuñado. Y la chica es mi hermana Priscila. Nada nuevo. Sigo echando un vistazo por el trastero mientras Dylan continúa hablando—: Entonces un chico se ha asomado por la ventana y ha empezado a echarle la bronca a la chica por bajar por ahí. —Ese es Alex, fijo—. Y, espérate, que ahora viene lo mejor. La chica le ha dicho que es totalmente seguro, que ha bajado cientos de veces por ahí. —Cierto. Retiro los remos de una barca y me encuentro con mil trastos más en el rincón. Joder, ¿cómo se puede acumular tanta mierda?—. Y el chico le ha contestado, a voz en grito, que le daba igual, que todas las otras veces también era peligroso, pero es que encima

ahora está embarazada. Entonces ha empezado a salir mogollón de gente de esa casa, más que en un desembarco, *babe*, y…

Espera. Levanto la cabeza del montón de basura que tengo entre las manos. Mi cerebro capta las últimas palabras de Dylan. Lo del mogollón de gente y el desembarco, no, lo otro. Me giro hacia él.

—¿Has dicho «embarazada»?

—Sí, embarazadísima, o eso parece. El caso es que creo que nadie lo sabía, porque…

Joderrr. Dejo caer las cajas de mis manos y echo a correr ante la mirada atónita de Dylan.

—¡Ey! ¿Qué pasa? —me pregunta, corriendo detrás de mí.

Bajo los escalones de dos en dos, sin sujetarme siquiera a la barandilla, y salgo a la calle por la puerta que Dylan ha dejado abierta. Toda mi familia está en el jardín delantero de los padres de Alex, y Jaime, y los padres de Alex, incluso Marcos, que ha debido de llegar de trabajar hace poco, están abrazando a mi cuñado y a Priscila. Felicitándolos. ¡Entonces es verdad! No me lo puedo creer. Me embarga la emoción. Me sube por el estómago y me dibuja una sonrisa en el rostro. ¡Voy a ser tío! Cruzo la carretera a toda velocidad y me planto en la casa de nuestros vecinos en un santiamén.

—¡Priscila! —grito emocionado.

—¡Hugo!

Mi familia y la de Alex me abren paso; sonríen como bobalicones, como estoy seguro de que hago yo en este momento; mis padres y la madre de Alex, con los ojos húmedos. Creo que yo también. Llego hasta mi hermana y me fundo con ella en un gran abrazo. La alzo en volandas y escucho su risa en mi oído. Es una de las cosas más bonitas de mi vida. La risa de mis hermanos. Y después de lo que han pasado Alex y Priscila, me alegro por ellos como nunca.

—Felicidades, Pris —le susurro.

Bajo a mi hermana al suelo y Alex viene hacia mí; entonces es él el que me alza en volandas y me da vueltas. Jamás he visto una expresión igual en su rostro. Ni cuando se casó con Priscila. Ni cuando nadaba. Es de absoluta felicidad. No creo que existan muchos instantes así en la vida. Y yo soy testigo de uno de ellos en la de dos de las personas que más quiero.

—¡Vamos a ser padres, Hugo! ¡Vas a ser tío!

Alex tiene la voz sobrecogida a causa de la emoción. Me suelta y, entre todos, comienzan a contarme que aún no lo sabía nadie, que Alex y Pris querían esperar a las doce semanas de rigor para anunciarlo, por si acaso. Dios, no entiendo cómo han podido contenerse: no hay más que verlos, han tenido que hacer el papel de su vida. Están en la semana once, pero que Priscila bajara por la escala de la ventana de Alex lo ha acelerado todo.

—Ni se te ocurra volver a descolgarte por ahí —le advierto, señalando la mentada escala con la mano.

—Esa cuerda es lo más seguro que hay en este vecindario —se justifica ella—, Alex la ajusta a diario.

Lo sé. Lo sabemos todos. Mi cuñado se asegura día tras día de que esa cuerda tenga una sujeción perfecta, dada la preferencia de su mujer a usarla antes que las escaleras, pero aun así…

Un carraspeo interrumpe el momento. Dylan. Con la emoción, me había olvidado de él. Tiene los brazos en jarras de nuevo y nos mira a todos con una sonrisa radiante.

—Vaya, vaya —nos dice—. Mira qué casualidad, resulta que era tu familia. Felicidades, por cierto. Yo soy Dylan. Un amigo.

Si tuviera que describir las expresiones de mi familia al detalle, me quedaría sin páginas. Resumámoslo en que lo flipan mucho. Hasta mi padre, que es bastante contenido, como yo. Lo

han reconocido, a pesar de que no ha dicho su apellido. A pesar de las gafas de sol.

—Gente —les digo yo—, él es Dylan.

—Iba a contároslo, que Dylan Carbonell ha llamado a la puerta de Hugo en busca de un veterinario, pero con tanto alboroto no me habéis dejado —apunta Jaime. No parece muy sorprendido con la noticia de mi hermana. Este ya lo sabía, estoy seguro.

—Sí, es un placer. —Dylan se acerca a mis hermanos y comienza a nombrarlos uno a uno—. River, Marcos, Adrián y Priscila, supongo.

—¿Cómo lo has sabido? —le pregunta River, divertido, mientras le tiende la mano.

—Os habéis colocado en fila india por estatura, de mayor a menor. El nene —explica, y me señala— me dijo vuestros nombres, y nunca olvido nada de lo que me dicen. Supongo que él encajaría aquí, entre vosotros dos. —Indica el hueco entre Marcos y Adrián.

Mis hermanos se miran y se dan cuenta de que, efectivamente, se han colocado de mayor a menor. Creo que nos sale sin darnos cuenta. Se revuelven entre ellos mientras yo no puedo apartar la mirada de Dylan. Se me hace raro verlo aquí, entre los míos. Es como juntar dos mundos diferentes, como sujetar en una sola mano la luna y el sol, pero, por otra parte, él hace que todo parezca tan natural que no desentona. Como un eclipse solar.

—¿Fuiste a un concierto de *rock* y te hiciste amigo del cantante? —me pregunta Marcos—. Eso es muy impropio de ti.

—Oh, no —responde Dylan por mí—. No fue así para nada.

—¿Por qué no nos lo contáis mientras comemos? —sugiere mi madre—. Yo soy la madre de las criaturas.

—Me parece una idea perfecta —acepta Dylan, y se acerca a darle dos besos—. Y ya lo imaginaba. Hay una expresión en los ojos de la tercera de las criaturas que es toda tuya.

Mi madre sonríe con ternura. Y encantada de la vida. Le fascina hablar de sus criaturas. Incluso le brillan los ojos. Pues nada, ya se la ha metido en el bolsillo. En tres segundos.

Los St. Claire se presentan y pasamos todos al interior de la casa. Y, en este momento, mientras accedemos al comedor, creo que el que más flipado está por toda esta situación sigo siendo yo.

Increíble.

Capítulo 11

Una puta escala diatónica completa

DYLAN

La vida no es más que una sucesión de sonidos. Mi vida no es más que una sucesión de sonidos. Así ha sido desde el principio. Desde que tengo uso de razón. Una vibración de cuerpos. Uno detrás de otro. Uno detrás de otro. Y otro. Hasta que al cabo de veinticuatro horas se acaba el día. ¿Después? Vuelta a empezar. Sonidos. Los hay de millones de clases. Tantos como animales. Plantas. Objetos. O personas.

River Cabana tiene un timbre de voz profundo, gutural. Es un Fa. Un Fa grave. Pasional pero melancólico a la vez.

Marcos Cabana es un Do, cuatro notas por debajo de su hermano. Más grave aún, pero menos pasional, aunque igualmente impulsivo.

Adrián Cabana, sin ninguna duda, es un Sol. Y se aleja de los sonidos graves de sus hermanos mayores. Es más agudo.

Aunque no tanto como Priscila Cabana, que es un Si desatado y amoroso. Y está loca por su marido.

Alexander St. Claire es una tonalidad entre el Re y el Mi. Un Re sostenido cuando habla con el mundo. Un Mi cuando habla con su mujer. Y también está loco por ella.

Hugo Cabana… Hugo Cabana es una escala diatónica. Una puta escala diatónica completa. Todos los sonidos a la vez. Alucinante.

Sonrío para mis adentros sin que venga a cuento. Todos callan y me miran de pronto. Supongo que cuando sonrío para mis adentros también lo hago para el resto del mundo. Nunca se me ha dado bien esconder mis emociones. Y dejé de fingir hace muchos años. Él cruza una mirada conmigo. Se la sostengo. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco segundos. Le guiño un ojo y sigo parloteando y gesticulando. Para que luego digan que los tíos no podemos hacer más de una cosa a la vez. Yo soy capaz de hablar sin parar a la vez que como, bebo, respondo a las preguntas que me formulan, muevo una rodilla de manera intermitente, repiqueteo en la mesa con los dedos y mantengo conmigo mismo la conversación más larga de mi vida. Como ahora. O como cada segundo de mi existencia. Y no lo hago porque sea capaz de hacerlo. Lo hago porque es un desahogo para mí. Una necesidad. Como respirar. Necesito expulsar de alguna manera la cantidad de energía que fluye por mis venas, de lo contrario, explotaría. ¡Buuum!

Vuelvo a él.

A mi escala diatónica.

Así es como suena para mí. Así sonó la primera vez que lo escuché, cuando dijo su nombre y apellido: «Hugo Cabana». No le di muchas vueltas, estaba algo colocado, aunque eso nunca me

ha impedido oír los sonidos con la misma claridad que estando sereno. Debería haberme dado cuenta. Por suerte para mí, más tarde lo escuché de nuevo: «No estás muerto. Estás colocado». Podía haberme llamado de todo menos guapo, que yo solo escuchaba su escala. Ojalá él pudiera oírse como yo lo hago. Alucinaría. Y ese es el motivo por el que estoy aquí. Que los pintores del mundo visualicen un color nuevo formado por todos los tonos del arcoíris a la vez. Que los escritores del mundo descubran una nueva letra del abecedario que las resuma todas en una y sea capaz de expresarse por sí misma. Que las polillas descubran una tintineante pero espectacular luz dentro de una bombilla en medio de la oscuridad más absoluta.

Yo soy la polilla.

Él es la bombilla.

¿Cómo no iba a correr detrás de él? Se trataba de una cuestión científica. Una cuestión científica para el mundo. No puedo morirme sin entender el motivo por el que suena así. Jamás había oído nada parecido en una persona. Jamás nadie había sonado como él. Y jamás pensé que alguien lo haría. Ni siquiera mamá. Mamá era un Do, Mi, Sol. Como el acorde de Do Mayor. Un sonido limpio y puro. Único entre las personas que me rodeaban. Y me resultaba fascinante. No recuerdo nada más de ella. Solo que le gustaba Bob Dylan, y eso es porque cantábamos juntos sus canciones. Yo no sabía que esas melodías que entonábamos eran de él, pero continué cantándolas una vez que ella murió y… *The answer, my friend, is blowin' in the wind. The answer is blowin' in the wind*. A veces me digo que es suficiente. Que tengo suerte de poder recordar su sonido y reproducirlo en mi cabeza siempre que quiero. Otras me grito a la cara que no tengo una puta mierda. A veces me pregunto cómo habrían sido las cosas si ella no nos hubiera dejado. A veces me imagino mi vida junto a ella. Busco las siete diferencias. A veces me entran ganas de decirle a Hugo Cabana que empiece a hablar y que no pare hasta ocho días después. Yo solo lo escucharía. Me empaparía de ese sonido suyo. Lo estudiaría. Lo analizaría. Lo transcribiría en un folio en blanco. Me empacharía de él, y a otra cosa. No emitiría palabra. O lo intentaría. Pero el nene es de pocas palabras, me temo. No me lo va a poner fácil. Y yo necesito capturar y embotellar ese sonido.

Oírlos hablar entre ellos es como vivir dentro de un musical o como escuchar una jodida pieza completa de Mozart. No, de él no. No. Borra eso. De otro músico. Una pieza alegre y vivaz.

Mi, Mi, Fa, Sol, Sol, Fa, Mi, Re. Sí, eso es. Suenan como el jodido *Himno a la Alegría* de Beethoven.

Un buen chorro de café cae en el mantel. Sí, ya vamos por el café. Yo lo pido cortado. Alguien tendrá que poner la lavadora. Creo que el mantel es amarillo, pero no podría asegurarlo. Soy daltónico. No es el gran drama de mi vida. No necesito los colores para moverme por el mundo. Me basta con que el mundo tenga sonidos. Yo me muevo por los sonidos como pez en el agua. Esos no engañan. Los colores sí lo hacen. Alguien con un fondo negro puede vestirse de amarillo o rosa para ocultar su verdadero yo. Y viceversa. Pero el sonido que emiten al hablar no pueden cambiarlo. Y yo me guío por eso. Me gusta la manera en que se viste el nene. Siempre lleva algún animal encima. Me hace gracia. Le gustan los perros. A mí, los dinosaurios.

Tic, tic.

Eso es el reloj de Hugo. No, de Hugo, no. Borra eso. El reloj de *babe* ha sonado. Es una hora en punto. Suena a todas las horas en punto. Lo escuché la noche en que dormí con él, en su cama. Escuché cada hora en punto, a pesar de estar prácticamente desmayado. Supongo que fue cosa de mi subconsciente. Mi subconsciente nunca está callado (tampoco el consciente). Nunca hay silencio. Es peor que un puto dolor de muelas. Una vez me arrancaron una muela del juicio.

Horrible. Para no repetir. A veces hundo la cabeza en la bañera para no escuchar nada. Aguanto la respiración solo unos segundos, con eso basta.

No sé si son las cinco, las seis o las siete de la tarde. He escuchado el tic, tic del reloj a pesar de no habernos sentado juntos. No me sorprende: cuando estoy con él, siempre lo escucho. Lo escucho a él y lo que lo rodea. Ahora está sentado enfrente de mí, al lado del tal Jaime, que suena como un elefante en una cacharrería. No en el mal sentido. Es lo que hay.

Deja de hablar y acábate el café, Dylan. Y coge otro trozo de postre. A estas personas no les importa. Y al nene ya se le ha pasado el mosqueo casi al cien por cien. Mmm, joder, qué bueno está. Me refiero al postre. La madre de Alex me ofrece otro trozo. ¿Otro? Sería el tercero, me he comido ya dos, y alguno aún no lo ha probado. Esta gente no es de números. Son de letras. Se lo digo. Me responden entre carcajadas. Lo sabía. Periodistas. Hablando de letras y números: algún día quiero dar la vuelta al mundo.

Ahora hablan del viaje a Madrid. Se preguntan cómo nos conocimos. Les explico que la última copa me sentó mal y que tuvo que atenderme como buen veterinario. Levanta una ceja. Levanto otra en respuesta. Yo no he dicho que no me hubiera metido un par de rayas antes y fumado un porro de marihuana. Solo he dicho que la última copa me sentó mal. ¡Y es lo que recuerdo, joder! La última copa me mató. La puta mezcla. Todos ríen. ¿Por qué? Ah, vale, por lo de que un veterinario fuera a atenderme. ¿Qué puedo decir yo? A falta de pan, cómprate un pastel.

Eso lo he dicho en voz alta. Y todos ríen. Hasta él. Mierda. Los putos refranes. No hay manera con ellos. Me suenan todos iguales.

Siento la mirada del Cabana que está a mi lado, por el flanco de la derecha. El Sol. O Adrián. Me giro. Los demás no nos oyen. Yo los escucho a todos. Dylan, desconecta la cabeza. Ya.

Vale.

—Tú eres el que ha llamado «pueblerino» a mi hermano —afirma, más que pregunta, con los ojos entrecerrados. Buena deducción.

—«Pueblerino impresionado», en realidad.

Adrián ríe. Ríe de verdad. Me saca otra sonrisa a mí. Me gusta Adrián. Me gusta media tonalidad por encima del resto de los Cabana. Sin contar al tercero de los vástagos, por supuesto. Y es raro en mí, porque soy tremendamente extravertido, hablo con cualquiera, a veces incluso son objetos inanimados (a veces, sobre todo con ellos), pero no suelen caerme bien la mayoría de las personas. Y aún menos si hay tantas juntas y hablan todas a la vez. Suele marearme tanto sonido. Pero Adrián Cabana es interesante. Todos los Cabana lo son en cierta medida. Joder, que suenan como el puto *Himno a la Alegría* de mi amigo Ludwig.

—¿Pueblerino impresionado? No me extraña que estuviera tan mosqueado contigo.

—¿Mucho?

—Bastante.

—Se le está pasando.

—Sí. Se le está pasando.

—¿Qué me ha delatado?

—Cada palabra que ha salido de tu boca. Que han sido como mil novecientos treinta y ocho millones en dos horas. Pero la pista definitiva me la ha dado el refrán. O, bueno, el intento de refrán.

—Mil novecientos treinta y ocho millones. Curiosa cifra.

Adrián deja salir un «mmm» despreocupado y se lleva un trozo de pan a la boca. Yo analizo las palabras que han llegado a mi cerebro en los últimos segundos: tiempo, frío, calor, día,

película, playa, partido, arena, risas, ropa, *pub* de… Espera. Arena. He escuchado «arena». Y «partido de vóley». El trozo de tarta se queda a medio camino mientras hago cábalas.

—¿Partido de vóley en la playa? —pregunto a todos en general.

—Sí —me confirma Marcos—. Acabamos de decidirnos por ese plan entre todos los demás. ¿Te apuntas? Será divertido.

—No me gusta la arena.

—¿Cómo que no te gusta la arena?

—No me gusta la arena. —No entiendo qué es lo que no entienden, pero intentaré explicarlo mejor—: Se me queda pegada al cuerpo y me pica. No me va mucho la playa.

—Este pueblo es mitad arena —me dice Jaime con una sonrisa sincera. Parece encantado con la idea, oye. Toda para él. ¿Y es cosa mía o su silla está más arrimada hacia el lado del nene que hacia el comensal de su derecha? Entrecierro los ojos y calculo la distancia. No, no es cosa mía.

—Andaré por la otra mitad, entonces.

«Andaré por la otra mitad». Cinco palabras. Una idea. Mil melodías. Al instante. Así funciono yo. Necesito concentrarme. No puedo perder esto. Me despisto. Les dejo que hablen. Repito: no puedo perder esto.

—¿No vienes a jugar? —me pregunta el nene de pronto—. Vamos todos.

Eh…

—Claro que viene —añade Adrián—. Te pongo en mi equipo.

Eh…

—Yo voy contra ellos —apunta River.

Eh…

—Alex y yo, con ellos —nos dice Marcos.

Eh…

—Yo voy con el rubio —señala Jaime.

¿Con qué rubio? Estamos en una mesa repleta de ellos.

—Yo os animo —declara Priscila con entusiasmo.

Eh…

—Necesitarás ropa más cómoda, Dylan. Te traigo algo de Hugo.

Eh…

—¿Vamos?

Salgo de mi trance y me veo de pie en el jardín de una casa, rodeado por todos ellos y con la madre ofreciéndome un bulto de ropa.

Y esto es lo que pasa cuando me despisto.

𝄞

Aquí estoy. En la jodida playa, que tiene puta arena por todas partes (también un par de redes fijas), a punto de jugar un partido de vóley. No he jugado al vóley en mi vida. Nunca he sido de deportes. De cuello para abajo, no valgo demasiado. Lo mío se concentra de cuello para arriba.

Miro hacia el cielo. Ni una sola nube. Pero ni una. Y está a punto de atardecer. Mis esperanzas de que se ponga a llover de repente, a la mierda. Que esto es Alicante, joder. Hay más posibilidades de que nos sobrevenga un eclipse solar de la nada que de que aparezcan las nubes y caiga agua de ellas. Nubes. Siempre me ha flipado la manera en que cuelgan del cielo. O la manera en que el cielo las sostiene. Como gotas de aceite en el agua. No es más que una cuestión de densidades, pero me flipa. Densidades. La arena sí que es densa. Densa y abundante. Ya la

tengo pegada hasta los tobillos; me han obligado a descalzarme. Aunque, casi mejor. ¿Pantalones de chándal y chancletas? ¿De verdad? Y digo yo, ¿a esto no se juega en bañador?

—¿Has jugado alguna vez al vóley? —me pregunta Jaime desde la distancia una vez que han dibujado con los pies las cuatro líneas que delimitan el campo.

Me acerco a su posición, a la red gigante que nos separa. Ya nos hemos dividido en dos equipos y cada uno ha escogido su lado. Yo he seguido a Adrián. Parece que sabe lo que hace.

—No creo que sea muy difícil —opino con un matiz de desaire—. Solo hay que pasar la pelota por encima de la red, ¿no?

—Los vamos a machacar, rubio —le dice entonces al nene, rodeándole los hombros con el brazo y llevándoselo lejos de mí después de chocar los cinco con él. El otro le sonríe y le sigue el rollo. Gira la cabeza y me echa un último vistazo con socarronería mientras se dirige a River.

¿Perdona?

—Dylan —me llama Adrián—, reunión.

Adrián, Marcos y Alex (me da la impresión de que estos dos últimos siempre van de la mano, son Marcalex total) me acorralan. Nos juntamos en un corro, rodeándonos por los hombros, las cabezas juntas, y comienzan a parlotear de estrategias. No sabía yo que íbamos a planificar estrategias, pensé que jugábamos por diversión, pero esta gente lleva la competitividad muy a fuego. Lo noto.

—Dejaos de estrategias —afirma Adrián con convicción—, hay que ir a por Hugo. A fuego. —Ahí está.

—¿Y eso? —pregunto yo.

—Hugo es el más peligroso —me explica Marcos—. Por eso ellos son tres y nosotros, cuatro. Para equilibrar fuerzas.

—¿El nene? —respondo sorprendido, tan sorprendido que hasta me sale un poco el falsete. Me sucede a veces—. ¿Peligroso? ¿En serio? —Levanto la cabeza con disimulo y echo un vistazo a ese Cabana en particular. Ahí sigue, todo lo larguirucho y delgaducho que es, agarrado a Jaime y riéndose a carcajadas por algo. No tiene pinta de peligroso. Vuelvo a la reunión.

—En serio. Hugo es el rey de los deportes. No hay uno que se le dé mal. Siempre gana. Es rápido el cabrón. Y ágil. Y tiene una puntería que desconcierta. Cuenta desde hace años con el reconocimiento oficial de mejor patinador de la zona. Nadie ha sido aún capaz de superar su récord. Bajaba las cuestas del pueblo a toda hostia, ya fuera en bicicleta, patinete o cualquier objeto con ruedas.

Recuerdo la foto que hay en su casa, donde se lo ve encima de un monopatín, haciendo unos equilibrios imposibles para mí.

—No me lo imagino con la melena al viento a toda hostia, todo loco, cuesta abajo —admito —. Bueno, ahora que lo has dicho, sí me lo imagino porque lo estoy recreando en mi cabeza.

—Córtale el pelo —me dice Adrián—. Antes no lo llevaba tan largo.

—No me lo imagino con el pelo corto.

—Mi madre tiene un montón de fotos. —Marcos zanja el asunto—. Tíos, lo dicho, ¡a por Hugo!

A por él, entonces. Me alejo de la red, caminando hacia atrás sin apartar la mirada de esos dos, de Jaime y del velociraptor sobre ruedas. Me llevo dos dedos a los ojos y, a continuación, lo apunto con ellos: «Te estoy vigilando». Él tiene el descaro de descojonarse de la risa. ¡De descojonarse de mí! Manda huevos. Niego con la cabeza y me sitúo en la posición que me ha indicado Marcos.

—¡Pris! Tú haces de árbitro —le grita este último a su hermana.

—¡Hecho!

De pronto, comienza a sonar por los altavoces una canción a todo volumen. Joder, es pegadiza, y cómo me suena la melodía. Ta, tata, ta, tara. Ta, tata, ta, tara. Espera. No me jodas.

—¿Es la puta canción de la *Macarena*? —pregunto en alto.

—A tu posición —me indica Adrián sin responderme—. Comienza el partido.

Sí, es la puta *Macarena*. Alex y Marcos hacen estiramientos de brazos y piernas. Los dos al unísono. Yo muevo el cuello a derecha e izquierda. Lo hago crujir.

When I dance they call me Macarena
and the boys they say que estoy buena…

Nuestro equipo comienza el juego (ventajas de no pertenecer al equipo de mi escala diatónica; estoy flipando, pero ¿tan bueno es?) cuando Adrián saca el balón hacia el campo contrario. Y, lo reconozco, me pierdo medio segundo después. Los primeros pases ni los veo venir. Atraviesan mi campo visual de refilón. Los segundos, tampoco. Aunque en parte es culpa de la puta música. A mí la música me incita a bailar y cantar, no a jugar al vóley-playa. Menos aún, la *Macarena*. Y encima la han puesto en bucle.

Me han explicado las reglas por encima; que sí, que resulta que hay reglas para pasar el balón por encima de la red. De repente es todo golpear la pelota (con cualquier parte del cuerpo; en un momento dado se estampa contra mi cadera), devolverla por encima de la red y anotar puntos. Y el equipo contrario, o, para ser más exactos, su capitán (sí, el nene) anota más puntos que todos nosotros juntos en siete vidas. Uno detrás de otro. Y Jaime y él chocan los cinco cada vez que eso sucede. Vamos, que se pasan el rato festejando sus victorias. Espérate, listillo.

Dale a tu cuerpo alegría, Macarena,
que tu cuerpo es pa' darle alegría y cosa buena.

A por él que voy. A por Jaime. A ver si eres tan bueno tú solo. Lo ataco en un par de ocasiones, pero lo único que consigo es perder el control del balón y hacer que ellos marquen más tantos. Y más festejos. Le echo una mirada a Adrián, nuestro capitán: «¿Vas a consentir esto?».

Solicita al árbitro un descanso de quince segundos. Todo muy profesional. Priscila nos lo concede y le lanza un beso a Alex (muy poco profesional). Adrián lo capta, sube la mirada al cielo, menea la cabeza y viene derecho hacia mí. Los Marcalex vienen detrás.

—Hemos dicho que a por Hugo, no a por Jaime —me recuerda un tanto exasperado. La competitividad, y eso. Y que su hermano nos esté dando una paliza.

—Tengo una idea para anularlo.

—¿A Hugo? —pregunta Marc.

—Sí.

—Adelante.

Oye, sin más preguntas. Me gusta esta gente.

—No sé si las reglas lo permiten. —Yo tengo que avisar, por si acaso.

—Las reglas las pone Priscila y estás en el equipo de su marido. Adelante.

Ahora son Marcalex y Adrián los que chocan los cinco. Bien. Allá voy.

Se reanuda el partido. Voy directo a la red, a toda hostia. Sin balón. De hecho, no sé dónde está ni me importa. Paso por debajo de la red, en plan ninja, y me tiro encima de un Hugo Cabana totalmente anonadado. Y desprevenido. Puede que él sea el rey de los deportes, pero yo soy el rey de las malas artes. Lo derribo y cae de espaldas en la arena; yo lo hago encima de él, en blandito. Lo retengo como puedo, sujetando sus brazos con los míos y sus piernas con las mías. Él levanta una de las rodillas y se deshace de una de mis piernas. No creo que aguante mucho más con él debajo. Se revuelve como una sabandija. Es ahora o nunca.

—¡Ahora! ¡Adrián, ahora! —grito.

Mi equipo comienza a marcar tantos. Sin parar. Un balón detrás de otro. Jaime apenas puede devolverlos y River, menos: le ha entrado la risa floja. Me descojono. No, mejor no, que si me descojono, pierdo fuerza y la sabandija se me escapa. Pero no puedo evitarlo. Me lo estoy pasando bomba.

—¡Trampa! ¡Eso es trampa! ¡Priscila, espabila! —le grita Jaime a la pequeña de los Cabana —. Deja de mirar a tu marido, que ya lo tienes muy visto. ¡Di algo!

—¡Válido!

—¿Qué? ¿Cómo que válido? —exclama Hugo, debajo de mí, deteniéndose en seco. Yo aprovecho para afianzarlo más a la arena y quedamos pecho sobre pecho. Nuestras narices no se tocan porque él ha girado la cabeza para mirar a su hermana. Joder, puedo contar hasta las pecas de su mejilla; apenas se ven a no ser que las tengas delante, así de cerca estamos. Y quietos. Me estremezco. Lo ignoro. Será el viento frío que se ha levantado.

—¡Válido! —repite Priscila, sacándome del extraño trance en el que había entrado.

—¡Oleee! —exclama Marcos—. Vamos, Alex, a por ellos.

Un par de tantos más y…

—¡Se acabó el partido! —grita Priscila—. ¡Gana Alex! Digo, ¡gana el equipo de Alex!

Me levanto al momento (oye, casi ni me he manchado de arena), dejando al Cabana ahí tirado, y voy a chocar las manos y los pechos con mi equipo. También soltamos algún grito de ogro de las cavernas que otro. ¿Ogro de las cavernas? ¿Hombre de las cavernas? Bah, da igual. Incluso realizamos un pequeño baile de la victoria; a pesar de no haberlo practicado juntos antes, nos compenetramos de puta madre. Miro de reojo al nene. Ya ves, mucho «soy el rey del patinete», pero ahí está, con el pelo rubio lleno de arena y los brazos en jarras, todo mosqueado.

—No se te ve el plumero ni nada, Cabana —le dice Jaime a su amiga, que ya se está morreando con su marido, de camino al paseo. No parece enfadado, más bien, divertido.

Nos disponemos todos a salir de la playa y me encuentro con los dos Cabana perdedores a medio camino.

—Creo que me voy a quedar con tus chanclas —le digo al nene, recogiéndolas del suelo—. Son cómodas y las voy a necesitar para andar por este pueblo.

—¿No tienes unas?

—No.

—¿Has venido a la playa sin chanclas? —pregunta, acercándose a mí.

—Yo no entiendo qué parte de «no me gusta la arena» es la que no os entra a ninguno en la cabe…

¡Mierda! Con un movimiento rapidísimo, casi irreal, me hace la zancadilla, o una especie de juego asombroso con los pies, y me tira a la arena. Y no es tan blanda como parece, joder. Ahora soy yo el que se encuentra debajo y él, encima, a horcajadas, con sus rodillas en mis caderas, reteniéndome con fuerza para que no me mueva.

—¿Que no te gusta, decías? Pues toma.

Comienza a llenarme de arena por todas partes. Por. Todas. Partes. La cara, el pelo. Joder, el pelo. Con lo que me cuesta domar los putos rizos. Me lo restriega bien por el suelo. Me gira la cabeza. Las orejas llenas de arena. La nariz. Las mejillas. Hasta me levanta el elástico del pantalón de chándal que su madre me ha dejado, SU pantalón de chándal, y me mete arena por dentro. De pronto, se me corta la respiración. Se me corta cuando su mano me roza la entrepierna sin querer. Y siento una especie de latigazo, un tirón bajo mi pantalón. Los dos detenemos el forcejeo y nos quedamos contemplando la zona en cuestión, MI zona, durante unos segundos impresionantemente lentos. Está a punto de pedirme disculpas, lo veo, pero no se lo permito. Oye, ha sido un accidente, es lo que tiene revolcarse en el barro. Y que yo la tenga tan grande. No. Borra eso. O no. ¡Qué coño! Continuamos con la pelea, y ahora sí que no se detiene hasta que me deja aquí tirado, lleno de arena hasta el culo. Literal. Mierda. Odio la arena.

—¿Ya te has quedado a gusto? —le digo cuando me levanto, mosqueado. Me limpio los pantalones y la camiseta. La arena se desliza por mis piernas. Sacudo la cabeza—. Joder, incluso me la he tragado. ¿Y ahora de qué te ríes?

Esto es la hostia. Se está partiendo de la risa.

—De ti. De la pinta que tienes. Vamos a casa, anda. Ya es de noche y estarás agotado.

Lo cierto es que no. A mí es difícil agotarme. Paso por delante de él y lo miro de malas maneras. Nos despedimos de todos; yo les cuento un par de batallitas a algunos mientras el nene habla con otros, y poco después vamos andando hacia su casa. Vive cerca de la playa, a menos de medio kilómetro en línea recta, cerca de la estación de policía. Yo voy dejando un rastro de arena durante el trayecto. Cojo ropa interior limpia de mi mochila y me meto en la ducha en cuanto entro en la casa, sin preguntar. Me cuesta la vida quitarme la puta arena. Tras la ducha, cojo ropa interior limpia de mi mochila y me tumbo en el sofá. Tal cual como caigo. ¿Caer? Caigo como un bendito.

Capítulo 12

Once años antes

Dylan lo intentaba. Lo intentaba cada día de su vida desde hacía dos años. Lo intentaba desde aquel concierto en que casi se ahoga. Intentaba dejarlo. Dejar el piano. O no. Intentaba decírselo a su padre. Decirle que quería dejar de tocar. Porque lo odiaba.

Lo había odiado desde el primer ciclo de la carrera de piano, mientras estudiaba todas aquellas asignaturas rodeado de profesores ineptos que cada vez le exigían más, pero que no le aportaban nada.

Lo había odiado en el segundo ciclo, que duraba seis años, pero que él había completado en menos de la mitad de tiempo. Y la lista de profesores inútiles crecía a pasos agigantados. A la misma velocidad con que él aprendía a dominar el instrumento como si se tratara de una extremidad más de su cuerpo.

Lo había odiado durante los cuatro años del tercer y último ciclo, junto con el conservatorio, el profesorado al completo y más de la mitad del alumnado.

Dylan de la Vega, con dieciséis años, había finalizado la carrera de piano y lo único que quería era cerrar la tapa y no volver a abrirla en toda su vida.

Caminaba por las calles de Madrid de camino al despacho de su padre, dispuesto a sincerarse. En aquella ocasión, de verdad. No se acobardaría. No permitiría que él lo ignorara. Que no entendiera el mensaje. Lo diría alto y claro. Más alto y más claro que en las ocasiones anteriores. Se habían acabado las indirectas. No perdería ni un día más. No. No lo haría.

Chocó con un chico por la calle. Un chico que iba distraído con el puto móvil y que se cruzó en su camino. Levantó la mirada y le puso mala cara. Incluso gruñó. No le ladró de puro milagro. Sí dejó escapar de su boca un par de palabrotas antes de continuar el trayecto sin reparar más en él.

Lo que no sabía era que no iba a poder hablar con su padre. Al final, él no se lo permitiría. Ni ese día ni ningún otro en los siguientes años. Continuaría tocando el piano. Y sufriendo en silencio.

Lo que tampoco sabía era que algún día, en el futuro, volvería a encontrarse con aquel chico. Algún día.

Hugo no acababa de creerse que hubiera encontrado sitio para aparcar tan cerca de su destino. Salió del coche y cerró la puerta del conductor con ímpetu; una mueca de lamento se le dibujó en el rostro al escuchar el ruido que emitió: le había dado con demasiada fuerza y aquella vieja gloria no estaba para fiestas. El coche lo había heredado de su hermano Marcos (quien lo había machacado bien), que lo había heredado de River (fue el primero en comenzar a machacarlo), que lo había heredado de su padre (lo había tenido entre algodones, como a un hijo más, pero luego habían llegado esos mismos hijos y lo habían machacado).

Hugo había quedado con un chico para una entrevista e iba justo de tiempo. Meses atrás, en septiembre, al inicio de su primer año de universidad, se había instalado en una residencia de estudiantes, pero poco había tardado en darse cuenta de que no era lo suyo. Prefería un piso. Y a eso iba. A una entrevista con un tal Eduardo López. Y entendía que la entrevista era una mera formalidad, a juzgar por lo que habían hablado por teléfono, por eso se había llevado consigo, en la vieja gloria, todas sus cosas.

Caminó a pasos acelerados y recibió un mensaje en su móvil. Lo revisó para comprobar que no se trataba de nada importante (no lo era, solo su hermano Adrián) y chocó con alguien. Levantó la mirada. Era un chaval. Un chaval con muy malas pulgas que parecía querer matarlo con los ojos. Hugo resopló. Lo exasperaba lo intransigentes y maleducados que eran algunos urbanitas. El chico disparó un par de rayos láser fulminantes más en su dirección antes de alejarse entre gruñidos y algún que otro insulto. Menudo idiota. También era guapo. Mucho.

Lo que Hugo no sabía era que algún día, en el futuro, volvería a encontrarse con aquel chico. Algún día.

Capítulo 13

Y así es como uno se despierta cuando comparte techo con Dylan. Día tras día

Ohhh, ohhh, ohhh, ohhh.
Ohhh, ohhh, ohhh, ohhh.

Pego un brinco en la cama y me despierto sobresaltado. Desorientado. Me incorporo. Me retiro el pelo de la cara. Me llevo la mano al corazón. Late con fuerza. Vale, estoy vivo. Joder, ¿qué está pasando? ¿Qué es ese ruido? Me retumba hasta en el pecho.

Uptown girl.
She's been living in her uptown world.

No veo nada; apenas hay luz, está amaneciendo. Me levanto y me dirijo a la puerta de mi habitación. Una vez más, desde que Dylan entró en mi vida, tropiezo y piso algo tirado en el suelo; creo que es una deportiva. No es mía, eso seguro. Doblo la rodilla y ando a la pata coja mientras dejo escapar un par de juramentos muy malsonantes por el camino. Llego a mi objetivo dándome dos golpes más en el otro pie (otra deportiva y creo que una mochila con ¿piedras? dentro) y abro la puerta, descubriendo al instante el aspecto de mi salón. El sonido es aún más atronador. Pero ¿de dónde…?

Dylan continúa en mi sofá, pero ya no está plácidamente (y lo digo por mí, no por él) dormido como el angelito que parecía ser ayer cuando, por segunda vez, cayó desmayado delante de mis narices al llegar a una superficie blanda. Ahora está bien despierto, sentado en ropa interior (la misma con la que perdió ayer el conocimiento) y con la guitarra en el regazo (esto es nuevo), moviendo la cabeza (llena de rizos que salen disparados en todas direcciones) de un lado para otro y con la mirada concentrada en la mano con que sujeta un bolígrafo. Escribe sin descanso en un papel que, estoy seguro, es la parte de atrás de algún documento mío. Prefiero no saber más.

—¿Qué coño es este ruido? —pregunto de inmediato. No me contesta. No levanta la cabeza del papel. Vamos, es que ni me ha escuchado. Lo que no me extraña, con la música a este volumen—. ¡Eh! —Me planto frente a él y chasqueo los dedos delante de sus narices.

Dylan levanta la cabeza y repara en mí. ¡Aleluya!

—¿Qué coño es este ruido? —pregunto de nuevo, gritando, sin darle tiempo ni a que me salude.

—Ruido, dice. Tócate los pies. Ruido haces tú.

Niega con la cabeza y regresa a su papel. Con dos cojones. Pongo los brazos en jarras y resoplo. La música sigue retumbándome en los oídos. Y en cada una de las paredes de la casa. ¿No podía haber aguantado más tiempo dormido? Me gusta el Dylan dormido. Me gusta mucho. Una imagen me viene a la cabeza. Una imagen de anoche. Dylan y yo cruzándonos en la puerta del baño. Yo entraba para darme una ducha. Él salía de ella en calzoncillos y con el pelo todavía húmedo. No pude evitar fijarme en la cadena plateada que le rodeaba el cuello. La había intuido con anterioridad, bajo la ropa, y al verla por completo me llamó la atención que no llevara nada colgado. Es solo una cadena. Antes de cerrar la puerta, pude ver que ya había caído boca arriba en mi sofá (ahí es cuando se desmayó, sí). Para cuando terminé de quitarme la arena que tenía encima gracias a él y salí del baño, obviamente, estaba más que dormido. Estaba en coma. Una pierna y un brazo pendían hacia el suelo. La otra pierna sobresalía del sofá (el chico es alto) y el otro brazo lo tenía doblado a la altura del pecho. Al final no cogimos la cama-colchoneta de casa de mis padres, y este sofá es demasiado pequeño como para dormir en él.

Busqué una manta y lo cubrí con ella, para que no cogiera frío. Soy así de moñas. Le rocé el hombro desnudo sin querer. Y otra vez aquella sensación. Un respingo en mi entrepierna muy desconcertante. El mismo que cuando, sin querer, rocé la suya con la mano. Podría echarle la culpa al hecho de no haber practicado sexo en unos meses, pero no sería verdad. Jaime podía corroborarlo.

La vista se me va un segundo (no, menos, una fracción de segundo) a su entrepierna, justo debajo de la guitarra. ¡Joder! Es por lo que sucedió ayer. Porque se la toqué y porque justo ahora estaba pensando en ello. Sí, vale, pero, Hugo, no se te puede ir ahí la mirada porque ayer le tocaras la polla sin querer y porque justo en este momento te hayas acordado. Levanto la mirada y veo que Dylan me observa. Dirige sus ojos al lugar donde segundos antes se encontraban los míos. Me mira de nuevo. Arruga la frente. Arquea una ceja. Menuda pillada. Se me suben los colores. Si es que lo noto. Genial. Me piro a la cama.

—¡Baja el volumen! —grito, regresando a mi habitación.

Cierro con un portazo y me tiro en plancha en el colchón, boca abajo.

A ver, Hugo, no hagas un drama de esto, que nos conocemos. Has tocado bastantes pollas en tu vida, empezando por la tuya. Te gustan, y Dylan tiene una. Blanco y en botella. Es una reacción normal. También te gusta el helado de pistacho. Da igual de qué heladería o incluso de qué país. Te gustan todos los helados de pistacho del mundo. Pues esto tiene que ser lo mismo.

No me puedo creer que todavía esté pensando en la polla de Dylan. Necesito dormirme otra vez. ¡No son ni las siete de la mañana y es domingo, joder! Dylan no ha bajado el volumen. Me pongo la almohada en la cabeza para que amortigüe el sonido, cierro los ojos y me concentro en dormir, pero más recuerdos del día de ayer acuden a mi cabeza.

Antes de que Dylan y yo nos viniéramos a casa, me despedí de mis hermanos. Marcos y River comenzaron a vacilarme por la forma que tiene Dylan de referirse a mí. Marcos y River aprovechan la más mínima oportunidad que se les presenta para vacilarme. Se valen de cualquier chorrada. Son así de simples. Una vez salí de casa para una emergencia veterinaria solo con los pantalones del pijama y unas chancletas. Fue lo primero que pillé; repito: era una emergencia y yo me encontraba desnudo. La emergencia era en casa del alcalde. Alguien había atropellado a la gata de su hija. Me vio medio pueblo pasearme en pantalón de pijama. Marcos y River tuvieron cachondeo para una semana. Son unos cabrones. River anunció que se casaba con la hija del alcalde dos meses después. Con la dueña de la gata.

—Menuda paliza os hemos dado, nene —me dijo Marcos ayer.

—Marcos… —lo advertí.

—¿Qué? —me preguntó, haciéndose el inocente—. Me gusta. Me gusta «nene». Me gusta Dylan.

—Marcos…

—A mí también me gusta Dylan —lo apoyó River.

Les puse mala cara. A los dos. Adrián se nos unió. Creo que lo hizo en cuanto escuchó el nombre del cantante. Tiene un radar. Dylan estaba contándoles algo a Alex, Jaime y Pris (no quise saber qué) y gesticulaba a tope. Teníamos para rato. Podíamos hablar de nuestras cosas sin problema.

—¿¿Qué?? —repitió Marcos, de nuevo haciéndose el inocente. No le pegaba nada, la verdad.

—Que dejes de decir eso. Y no me llames «nene». No tiene ni que gustaros Dylan ni que no gustaros. Solo está aquí… de paso, supongo. Ni siquiera sé por qué está aquí. —Se me revolvió el estómago después de decirlo. Se me quedó la molestia en el cuerpo. Me retorcí, pero no se iba. Me sentí mal. Sentí que aquello le habría hecho daño a Dylan de haberlo escuchado. Y no quería hacerle daño.

—Él sí parece saberlo. Creo que te considera su amigo.

Ignoré a Adrián.

—No le gusta mi nombre. Lo odia. Jamás me llama Hugo. No puede ni escribirlo. Utiliza cualquier otra variante. Creo que es por alguien de su pasado. Algún tío con el que acabaría mal, supongo. Yo qué sé.

Adrián entrecerró los ojos en mi dirección. Podía verlo pensar. Podía oírlo pensar.

—¿Qué? —le pregunté exasperado—. Vamos, suéltalo.

—No le gusta el nombre de Hugo. Un tío con el que acabaría mal, supones. ¿Tú sabes algo de este chico? —me preguntó acusador—. ¿Te has molestado en saber algo de él antes de traerlo al pueblo?

—Yo no lo he traído al pueblo.

—Ha venido por ti, Hugo, me parece lo mismo.

Genial. Mi hermano pequeño echándome la bronca por vete a saber qué. Por suerte para mí, ahí acabó la conversación. Jaime nos interrumpió y tuvimos que dejarlo. No había vuelto a pensar en ello. Después, Dylan y yo nos fuimos a mi casa, paseando. Él no dejó de hablar en ningún momento. Siempre tenía algo que decir.



—¡*Babe*! Son más de las nueve.

Percibo el movimiento en mi cama. El colchón que se mueve, como si me encontrara en una barca en medio del mar. O como si alguien hubiera pegado un par de saltos en él. Abro un ojo y veo a Dylan tumbado a mi lado, sujetándose la cabeza con el brazo. Continúa semidesnudo, pero ahora se ha puesto unos vaqueros. Sonríe. ¿Al final me he quedado dormido? Imposible. ¿Con semejante ruido?

—¿Estás despierto? Yo ya he acabado con lo mío. ¿Qué se puede hacer por aquí? Oye, ¿tienes otra de esas?

Paso directamente a la última de sus preguntas. Es más fácil así. Sigo la dirección de su mirada: a través de la ventana de mi dormitorio se puede ver mi bicicleta apoyada en el pequeño jardín de la entrada.

—¿Otra bici? —le pregunto. No estoy seguro de que se refiera a eso. Con Dylan puede ser cualquier otra cosa. Una planta. Una regadera. Una mesa de jardín. Una manguera. Hasta una

mariposa que justo pasa volando por la ventana.

—Sí. Me apetece ir en bici. Hace años que no lo hago. ¿Tienes otra?

—Aquí no, pero en casa de mis padres hay un montón.

—Genial. Vamos.

Dylan se levanta de la cama en menos de medio segundo y se encamina a la puerta. Continúa sin camiseta y… jooodeeer.

—¿Qué coño es eso? —le pregunto, levantándome detrás de él y admirando el dibujo que decora una parte de su espalda. Es caótico, como él. Hay un pentagrama, un par de cosas más que no distingo bien y dos ojos. Dos ojos como los suyos. Ojos de tigre. Son de color verde azulado y parecen mirarme a mí.

—¿El qué? —responde, girando la cabeza.

—Tu espalda. —Me acerco para contemplarla más de cerca. Estoy tentado de tocar la tinta sobre su piel, pero me detengo en el último segundo. No tenemos tanta confianza. Él, sí. Pero yo, no.

—Son tatuajes.

—No te los había visto. —Supongo que todas las veces en que lo he visto sin camiseta ha sido de frente, nunca de espaldas. Los dibujos van en varias direcciones, sobre todo en la parte baja, pero no asoman por los costados.

—¿Te gustan?

—Sí —admito.

—Un día me levanté con ganas de hacerme un tatuaje; creo que el hecho de que me quedara dormido en la cama viendo una película de un tío que estaba totalmente tatuado tuvo algo que ver. Aunque tampoco puedo asegurarlo. No es que siempre que sueñe con algo al día siguiente lo lleve a cabo. ¿Te imaginas? Aunque a veces sí. El caso es que salí de casa y busqué en internet un tatuador. Apareció uno superfamoso que tiene el estudio en Ibiza. ¿Lo conoces? —¿Que si conozco a un tatuador superfamoso que tiene un estudio en Ibiza, así sin nombre y sin apellido y apenas contexto? Pues no, no lo conozco, así que niego con la cabeza—. Joder, lo tuyo es increíble. —¿Lo mío es increíble? Sin comentarios—. Crucé un par de frases con él por teléfono y me fui directo al aeropuerto, tal como iba vestido, y me cogí un vuelo a Ibiza. —Y lo cuenta como si fuera lo más normal del mundo—. Llegué a su estudio; hacía un calor en la isla que te cagas, y los ojos de tigre fueron lo primero que vi en uno de sus álbumes. Le dije que los quería. Luego me dijo que pidiera cita, que estaba a tope, tal y como me había dicho por teléfono, pero yo me aproveché un poco de nuestra amistad. —¿De su amistad? Pero ¡si acaba de decir que habían cruzado cuatro frases por teléfono!—. El hombre es un bendito y aceptó. —¿Aceptó? Estoy seguro de que Dylan lo mareó y cameló con uno de sus monólogos. Como hace conmigo —. Me hizo el tatuaje. No me dolió mucho y volví al cabo de un par de horas con otra idea, la del pentagrama. Y al día siguiente con otra, porque, claro, ¿unos ojos y un pentagrama? No pegaban nada, la verdad. Y al día siguiente del siguiente regresé porque le había cogido el gustillo y ya que estaba, quería aprovechar. Acabamos haciendo varias sesiones. Ahora somos supercolegas y me sigue en redes sociales y todo y escucha mi música. Luego me quedé unos días más en Ibiza; ya que había ido hasta allí, pensé: «Voy a quedarme». ¿Has estado en Ibiza? Es la hostia. Tiene unas calas que flipas. Oye, ¿desde aquí no hay un barco que te lleva a la isla? Estamos bastante cerca, ¿no?

Un día voy a cronometrarlo. Voy a ver cuántas palabras es capaz de pronunciar sin respirar. Lo prometo.

—¿Cómo conseguiste estar quieto y callado durante tanto tiempo en cada sesión?

Dylan resopla.

—Fue una puta tortura.

Me lo creo. Una tortura para el pobre tatuador. Como si lo viera.

𝄞

—*I've got sunshine, on a cloudy day*.

Sí. Dylan está cantando la canción de *My Girl* mientras montamos en bicicleta. Muy a lo *Verano Azul*. Y tiene una voz acojonante. Cada vez me gusta más. Al final, hemos tomado prestada una bici de River, que es el más alto, tanto como Dylan. Nos acercamos a la cuesta que nos lleva al centro del pueblo. Él canta y habla a la vez. También lleva un cigarro en la oreja. Es para luego, dice. Lo hace mucho. Lleva uno en cada oreja y, cuando se los fuma, ya no fuma más. Se lo ve feliz. Despreocupado. Parece un crío de diez años con un juguete nuevo. Sonrío.

—*I guess, you say. What could make me feel this way. My girl, my girl, my girl. Talking about my girl, my girl!*. —Ese último «*girl*» lo ha cantado en falsete. Joder, me flipa mucho. Debería cantar siempre en falsete. O hablar en falsete. Sé que lo observo con cara de asombro; menos mal que mira al frente y no me ve. Estoy por decirle que lo repita, pero justo llegamos a la cuesta.

—¿En serio bajabas a toda hostia por aquí melena al viento? —me pregunta, deteniendo su bicicleta en el borde—. Es muy empinada. Joder, acojona un poco. Y yo no me acojono con facilidad.

—Observa y aprende.

Sin darle tiempo a que me replique, me lanzo por la cuesta a toda hostia, como él ha dicho. Sin frenar. Al contrario, pedaleando hacia delante lo más rápido que me dan las piernas, que no es poco. Lo hago por el centro de la carretera; no viene nadie y es en línea recta. Hacía tiempo que no bajaba tan rápido, pero estas cosas no se olvidan. Cierro los ojos. Dejo escapar un grito de júbilo. Y otro. Cuando llego abajo y giro la bici en una frenada, con un derrape perfecto incluido, veo que Dylan baja con precaución. No despacio, pero con precaución. Me descojono de la risa cuando llega a mí. Principiante.

—Dame un par de días, *babe*. Hasta te voy a adelantar.

𝄞

Ohhh, ohhh, ohhh, ohhh.
Ohhh, ohhh, ohhh, ohhh.

Pego un brinco en la cama y me despierto sobresaltado. Desorientado. Me incorporo. Me retiro el pelo de la cara. Me llevo la mano al corazón. Late con fuerza. Vale, estoy vivo. Es solo esa música, otra vez. Me cago en todo. Me levanto y abro la puerta de la habitación con mala leche.

—¡Baja el volumen! —grito. Pero le grito a la nada. Dylan no está en el sofá. Me acerco al baño, porque me estoy meando, y oigo el ruido de la ducha justo antes de entrar.

Toco la puerta.

—¡Dylan! Necesito mear.

—Pasa, hombre —me grita.

Entro. Distingo su silueta a través de la mampara de cristal. También está cantando. Voy directo al inodoro.

—¿Hoy curras? —me pregunta con la voz amortiguada por el sonido del agua.

—Hoy es lunes.

—¿Eso es un sí o un no?

No contesto.

𝄞

—Estoy a punto de conseguirlo, *babe*.

Dylan me lleva a la cuesta de la casa de mis padres de nuevo. Lleva desde el domingo practicando a piñón. Hoy es martes. Y llueve. No llueve con intensidad, pero llueve. Tengo la camiseta pegada a la piel. No es cabezota el chico ni nada. Es cierto que ya baja bastante rápido, pero aún le faltan días para alcanzarme. O años.

𝄞

He presentado a Dylan a mis amigos del pueblo. Han flipado.

𝄞

Me despierto a medianoche al sentir que me estoy cociendo de calor. Al sentir un peso junto a mí. Abro un ojo y lo primero que veo son unos rizos en un tono castaño a menos de un palmo de mi cara.

—¿Dylan?

—¿Qué? —me pregunta con voz adormilada. Adormilada y un tanto molesta, como si estuviera interrumpiendo su descanso. De hecho, creo que está dormido y que me ha contestado en sueños.

—¿Qué haces aquí?

—Duermo aquí.

—¿Desde cuándo?

—Desde la primera noche. Tu sofá es lo puto peor.

—No es mi sofá. Es de mi casero.

—Pues el sofá de tu casero es lo puto peor.

—Tengo que pedirles la cama a mis padres.

—No te lo recomiendo. Aquí se duerme de puta madre, pero tú mismo.

—No es para mí, es para t…

Dejo de hablar. Está roncando. Dylan está roncando. Cierro los ojos; quizá yo esté soñando, pero no. Increíble.

𝄞

Ohhh, ohhh, ohhh, ohhh.

Ohhh, ohhh, ohhh, ohhh.

𝄞

Dylan lleva viviendo conmigo casi una semana. Y ya se ha apoderado de la casa. Se lo dije el otro día: «¿Cómo es posible que solo te hayas traído una mochila y una guitarra y que haya cosas tuyas tiradas por todas partes?». Tropiezo con ellas a diario. Él sonrió en respuesta. Y me guiñó un ojo. Le dije que no era un cumplido. Me ignoró.

Se ha apropiado de mi sofá. No para dormir. Para componer, o lo que quiera que haga todas las mañanas con esa guitarra suya. Y aunque no esté sentado en él, su rastro está ahí. Su guitarra, su funda (ambas por separado, por supuesto), sus (mis) papeles, sus bolígrafos, sus camisetas.

Se ha apropiado del baño. En mi vida he visto a un tío que pase tantas horas metido en el baño. Y he vivido mil años con mi hermano River, que se iba al baño a leer.

Se ha apropiado de los gatos de mi jardín. Ya lo quieren más a él que a mí.

Hasta se ha apropiado de los altavoces que mi hermana ganó una vez en un concurso de disfraces (no sé qué pintan en mi casa, pero aquí están), y que no sé cómo diablos ha logrado conectar a su teléfono móvil. Yo jamás lo conseguí. Creo que por eso se encuentran aquí. Ninguno de mis hermanos lo consiguió (River ni lo intentó porque pasa mucho de todo) y todos ellos tienden a dejar sus mierdas en mi casa (en el trastero de mis padres no entra ni un rastrillo más). Pero Dylan lo ha conseguido. Lo hizo el primer día. Por eso la música suena tan alta. Por eso yo no entendía de dónde venía.

Ha invadido todo mi espacio. ¿Aquello que le conté sobre que mis compañeros de piso nunca entraban sin permiso en mi habitación por eso de la intimidad? Él se lo ha pasado por el forro de los cojones desde el primer día. Siempre entra sin llamar. Al dormitorio, por el día y por la noche. Al baño…

Yo me he apropiado de su moto. La conduzco mejor que él. Por mucho que le joda. Cuando voy justo de tiempo, la cojo para ir a la clínica.

Una semana con Dylan Carbonell da para mucho. He aprendido a conocerlo. A identificar sus rutinas. Su hiperactividad. Por las mañanas empieza tranquilo, es cuando más relajado está. No se mueve tanto y pasa bastantes horas concentrado en su música. Pero, a medida que transcurren las horas, se va activando. Un poco antes de la hora de comer, ya es un conejito Duracell en toda regla, solo que a este no se le acaban las pilas. Nunca. Y lo sé bien. Lo he tenido detrás de mí, o merodeándome, en la clínica día tras día. Entonces es cuando empieza a cantar. Te suelta versos de canciones, de pronto, sin que vengan a cuento. Creo que lo hace según le vienen a la cabeza. Vamos, como todo lo demás. Su punto álgido es por la tarde-noche. Ahí no hay quien lo pare. En ningún sentido. Y si lo dejas, podría llevar ese punto álgido hasta el amanecer del día siguiente, pero si lo fuerzas a tumbarse, si lo dejas sin nada que hacer, si le das al interruptor de «apagado», cae. Cae a la primera de cambio. En segundos. Y no se mueve en toda la noche. Eso también lo sé bien. Se mete en mi cama después de que yo me duerma. Sospecho que es sonámbulo. También se levanta antes de que yo despierte. Aquella primera noche que pasamos juntos en Madrid, el día de su concierto, pensé que se había desmayado porque estaba colocado. Que en cierta medida es verdad, pero no del todo. Es parte de él. Aunque no hubiera estado colocado, habría caído igual. También pensé que esa noche no había movido un músculo por el mismo motivo, por el exceso de drogas y alcohol, pero no era así. Era porque su cuerpo y su mente funcionan de esta manera. Cuando caen, lo hacen con todo el equipo. Creo que es porque necesitan recuperase. Llenarse a tope de energía para afrontar otro

día. Así de equivocado estaba yo con respecto a él. Supongo que me dejé llevar por los estereotipos. Tampoco considero que esté enganchado a las drogas. Si lo estuviera, lo habría visto con el mono alguno de estos días. Solo fuma un par de pitillos de vez en cuando. Y no es por mono. Dice que le gustan. Que hay momentos de cigarro total. A mí me lo va a decir. Por lo demás…, esta semana no ha consumido nada. Y no es algo que sepa porque apenas se ha separado de mí; podría haberlo hecho en una de sus largas sesiones en el baño, o cuando está en la calle sin mí. Pero no. No lo ha hecho. Yo lo sabría. Se lo notaría en los ojos. También he tenido muchas horas para admirar sus ojos. Sé cómo funcionan.

Este es Dylan Carbonell y… creo que ha comenzado a fascinarme.

𝄞

Ohhh, ohhh, ohhh, ohhh.
Ohhh, ohhh, ohhh, ohhh.

Pego un brinco en la cama y me despierto sobresaltado. Mierda. Este chico va a acabar matándome de un infarto.

Capítulo 14

Do, Re, Mi... Do, Re, Mi...

Dylan ha comenzado a cantar. No a cantar como las otras veces. No a soltar frases de canciones de fama mundial, himnos atemporales, sin ton ni son. Ha comenzado a cantar de verdad. A poner letra a su música. O a intentarlo. Está probando. Tanteando el terreno.

Dejo la cafetera a medio poner; no quiero hacer ruido. No quiero dejar de escucharlo. Salgo de la cocina y su voz se interrumpe. Me quedo apoyado en el marco de la puerta, contemplándolo sin pestañear. Sus dedos se mueven frenéticos por los trastes de la guitarra acústica, suben y bajan por el mástil a una velocidad de vértigo. Eso no es humanamente posible. Solo el superhéroe ficticio Flash puede moverse tan rápido.

De pronto, se detiene de golpe. Coge el bolígrafo que siempre tiene a mano y comienza a escribir algo sobre un papel.

—Hazlo otra vez —le digo—. Quiero volver a verlo.

Dylan gira la cabeza y me mira con sorpresa. Ni se había dado cuenta de que lo observaba.

—¿Hacer el qué?

—Lo que acabas de hacer con esa guitarra.

—¿Te ha gustado?

—Ha sonado acojonantemente bien.

—¿Y la voz? —pregunta con inseguridad. No me puedo creer que pueda albergar algún tipo de duda sobre su voz. Es asombrosa. Yo no entiendo de música, pero sé cuándo algo suena bien o mal, cuándo suena desafinado o no. Y Dylan nunca desafina. Nunca. Ni siquiera cuando canta en la ducha con el chorro de agua cayéndole en la boca.

—¿La voz? Increíble.

—Guau —exclama con complacencia—, y eso que no he utilizado el falsete.

—Me gusta tu voz normal. Es tan impresionante como el falsete.

Dylan deja escapar una de sus sonrisas y baja la mirada al mástil de la guitarra. Comienza a mover los dedos de nuevo, pero sin llegar a tocar.

—Te has acostumbrado a ella —me dice entonces con despreocupación, sin dejar de sonreír ni de juguetear con las cuerdas. Yo no puedo dejar de observarlos, y eso que su sonrisa cada día me gusta más, pero esos dedos… lo superan todo—. Por eso ahora te suena mejor. Como cuando ponen una canción en la radio tantísimas veces que acaba gustándote.

—No creo que sea eso —afirmo, sin apartar la vista de sus dedos. A la chorrada que acaba de decir no voy a darle más protagonismo.

—¿Qué miras? —me pregunta.

—Tus manos. ¿Cómo eres capaz de hacer eso? Es alucinante. Tienen vida propia.

—Ven.

Levanto la mirada.

—¿Qué?

—Ven aquí. Te voy a enseñar a tocar la guitarra. Para que veas que es pan comido. No tiene nada de impresionante.

—Lo dudo.

—Siéntate aquí conmigo.

Dylan da varios golpecitos en el sofá, a su izquierda. Me acerco con reticencia. Él me insiste con los ojos. Cedo. Me siento y entonces él se aproxima a mi cuerpo hasta tocarnos. Los dos en el pequeño espacio que abarca el mástil del instrumento. ¿Cuánto es eso? ¿Sesenta centímetros? ¿Setenta, como mucho? Todo su costado izquierdo toca el mío derecho. Las piernas, los muslos, las caderas, los brazos. Percibo el calor que emite su cuerpo, y que traspasa la barrera de la ropa. MI ropa. Un pantalón de chándal de color gris y una camiseta blanca con el dibujo de un dinosaurio. Dylan acaba de ducharse. Huele a jabón. A mi jabón.

Los cuatro dedos que se movían por los trastes de arriba pasan a estar más abajo, junto al cuerpo de la guitarra. Creo que quiere dejar espacio para mis dedos. Me veo en la tesitura de aclararle las cosas antes de que se venga arriba.

—No sé ni tocar Do, Re, Mi.

Dylan ríe.

—Empecemos por ahí. Pon tu dedo índice aquí.

—¿Dónde?

—Aquí. —Su mano coge la mía y me ayuda a situarme—. Cuarta cuerda. Tercer traste. Esto es un traste —me dice, a la vez que señala los hierros que se reparten por todo el mástil.

—Sé lo que es un traste.

A ver, algo de cultura general tengo.

—¿Y sabes para qué sirven?

—Tampoco te pases. Ya te he dicho que no te vinieras arriba.

—Los trastes dividen las notas.

—Vale. Lo pillo. ¿Y ahora?

Dylan hace un movimiento con la otra mano, la que tiene sobre las cuerdas del cuerpo de la guitarra.

—Ahora, esto. No muevas el dedo. —Rasga las cuerdas y suena. Joder, suena. No sé qué ha sido, pero ha sido algo.

—¿Qué ha sido eso?

—Un Do.

—Me gusta. Más.

Dylan ríe de nuevo. Esta vez a carcajadas.

—Vamos a tocar la escala mayor completa.

—¿La qué?

—La escala mayor del Do. Una escala es…

Dylan deja de hablar. Lleva la mirada al techo con aire pensativo.

—¿Qué? —le pregunto.

—Estoy buscando la manera más sencilla de explicártelo, no quiero aburrirte. Vamos a probar algo. Lo voy a hacer en inglés; la traducción oficial al castellano es un puto crimen. Me niego a reproducirlo.

—¿Qué traducción oficial?

—Shhh, escucha.

Dylan comienza a rasgar las cuerdas de la guitarra y una melodía conocida, sospechosamente conocida para mí, se adueña de la casa. Yo no sé si todas las guitarras suenan igual, pero desde luego que esta suena de puta madre. Segundos después, Dylan empieza a cantar. Me estremezco al escuchar su voz tan cerca de mi oído.

—*Let's start at the very beginning. A very good place to start*. —Entiendo el significado sin problema. «Empecemos por el principio, un buen lugar para comenzar». Dylan pronuncia un inglés casi perfecto, ya lo sabía. Yo también. He estudiado toda mi vida en el Colegio Inglés—. *When you read you begin with A-B-C. When you sing you begin with Do-Re-Mi. Do-Re-Mi. Do-Re-Mi. The first three notes just happen to be. Do-Re-Mi. Do-Re-Mi*.

—¿De qué me suena esto? —Me resulta muy familiar. Demasiado.

—Espera y verás. *Do-Re-Mi-Fa-So-La-Ti*. —Dylan se detiene. Y arranca de nuevo—: *Let's see if I can make it easier*.

¿Hacerlo más fácil? Por un momento pienso que me está vacilando, pero lo veo tan serio que lo descarto. Tiene cara de concentración. La cara de concentración de Dylan Carbonell es una gran cara de concentración. La pone siempre que trabaja en su música. Es el único momento del día en que lo veo centrado de verdad en una sola cosa. Pero, entonces…

—*Doe, a deer, a female deer. Ray, a drop of golden sun*.

Espera. Joder. Ya sé de qué me sonaba. ¡Será idiota!

—¿Me estás cantando *Sonrisas y lágrimas?* —le pregunto indignado.

Dylan se muerde los labios para no reírse (no lo consigue) y continúa:

—*Me, a name I call myself. Far, a long, long way to run*.

—Eres un idiota —le digo, empujándolo con mi cuerpo. Él no abandona su interpretación. Aunque ya no está tan concentrado. Se ríe en mi oído a la vez que canta y su aliento me hace cosquillas. Su aliento siempre me hace cosquillas.

—*Sew, a needle pulling thread*.

—Vale ya.

—*La, a note to follow Sew*.

—¡Dylan!

—*Tea, a drink with jam and bread. That will bring us back to Do. Oh, oh, oh*.

—Para ya. —Vuelvo a empujarlo y, en esta ocasión, deja de tocar y de cantar y cae contra el respaldo del sofá, riéndose a carcajadas. Se le dobla el estómago de lo que se ríe. Yo me quedo sujetando la guitarra por el mástil—. Eres idiota.

—Se supone que tenías que ayudarme con los Do-Re-Mi —me dice entre carcajadas—. No puedo tirar yo solo de la canción. Así no mola nada.

Lo ignoro. Dejo que se ría solo y me pongo a tontear con las cuerdas. Agarro bien la guitarra e intento hacer algo parecido a lo que ha hecho él con *Sonrisas y lágrimas*; no parecía complicado, pero me resulta imposible. No entiendo cómo puede mover los dedos de esa manera y apretar más de una cuerda a la vez. Parece físicamente imposible. A mí, si aprieto un dedo, se me levanta el otro, sobre todo el meñique, que no hay quien lo controle.

—Debería mandarte a la mierda… De hecho, puedes irte a la mierda, Dy, pero tengo que reconocer que esto no se ve desde la parte de abajo de un escenario, rodeado por cientos de personas y mirándote a través de dos pantallas gigantes.

—¿Qué es lo que no se ve? —me pregunta con diversión.

—Tú. Tus manos. Tu voz. Eres increíble. Un poco idiota, pero increíble. —Sí. Increíble. Si hay una palabra que define a Dylan es esa. Lo supe enseguida, supe que era especial,

intelectualmente especial. Y esa personalidad suya tan diferente a cualquiera que haya visto antes, esa hiperactividad que no lo es, pero que forma parte de su día a día, ese desorden extraordinario en su cabeza, el caos que lo rodea… solo me lo ha confirmado—. Cuando te dije aquello de que eras un genio de la música no era una forma de hablar. Era literal. Hoy en día se utiliza la palabra «genio» con demasiada naturalidad, a cualquiera se lo llama así a nada que se le dé bien algo, pero tú eres un genio de verdad. El genio cuyo significado recoge el diccionario. Alguien con una capacidad extraordinaria. Con un cociente intelectual extraordinario. Con un don. Como lo fue Einstein para la física. O Shakespeare en la Literatura. O Mozart en la Música. Y sé que me dijiste que no te llamara de esa manera, pero ser un genio no tiene por qué ser malo, no tiene por qué…

—Me anularon, *babe* —me susurra al oído de pronto, interrumpiéndome. Se incorpora en el sofá y se coloca de nuevo a mi lado. Muy cerca. Su pecho en mi espalda. Su corazón palpitando a toda hostia. Se me tensa el cuerpo. No por la proximidad. Por las palabras. Por el tono. Jamás lo había oído hablar con esa voz tan suplicante, atormentada. Necesitada. Estaba demasiado callado. Mientras yo hablaba de genios, él estaba demasiado callado. Eso tenía que haberme dado la pista de que algo iba mal—. Me anularon a causa de esa genialidad de la que hablas. Anularon mi derecho a elegir. Desde los cuatro años. Me robaron mi vida. Mi infancia. Mi adolescencia. Y es algo que jamás podré recuperar. A los dieciséis terminé la carrera de música. A los diecinueve me rebelé contra el mundo. La lie. A lo grande. No creo que mi padre me lo perdone jamás. Me da igual. Me importa una mierda. Yo tampoco voy a perdonarlo a él. Nunca. Él es el peor de todos. Porque se supone que tenía que cuidar de mí. No destruirme.

Dylan ha rodeado mi cuerpo y ha dispuesto los dedos de su mano izquierda en las cuerdas de la guitarra. Creo que le ha salido de manera involuntaria. Instintiva. Necesitaba sujetarse a algo y la guitarra es parte de él. Aproximo, despacio, muy despacio, mis dedos a los suyos. Llego hasta ellos. Mis ojos no los dejan en ningún momento. No pueden mirar hacia otra parte. Acaricio con mi dedo índice los cuatro suyos. De uno en uno. Es algo que me nace de lo más profundo de mí. Los acaricio con una ternura que consigue estremecernos a ambos. Con una caricia que tantea. Que explora. Que transmite lo que me veo incapaz de expresar con palabras.

—¿Y tu madre? —le pregunto en un susurro más bajo que el suyo. Continúo sin apartar la mirada de nuestras manos, que se estudian la una a la otra.

Dylan apoya su barbilla en mi hombro. Yo no me muevo. No puedo. No quiero asustarlo.

—Murió cuando yo tenía cuatro años.

—Lo siento.

Mierda, no me había dado cuenta. Y, ahora que lo pienso, lo poco que Dylan habla de ella lo hace en pasado. Joder, ¿cómo no me he dado cuenta?

—No la echo en falta. No a ella como persona, me refiero. Porque no llegué a conocerla. Ni ella a mí. No tuvimos tiempo. Apenas la recuerdo. Echo de menos su figura. A veces pienso que si ella hubiera estado con mi padre y conmigo, habría mediado entre nosotros. Habría sido como un lenguaje nuevo, y vital, para entendernos. Porque mi padre y yo hablamos el mismo idioma, nunca un padre y un hijo han hablado tanto un mismo idioma, pero no nos entendemos. —No creo que se trate de eso. De falta de entendimiento. Más bien considero que su padre es un hijo de puta. Un hijo de puta al que me encantaría dar una patada en el trasero. Mis padres siempre dicen que soy el más empático de sus cinco hijos. Y en verdad debo de serlo. Conozco a Dylan desde hace dos semanas. Eso explica mis ganas de patear el trasero de su padre, supongo—. Porque él cree que yo no puedo hablar en ningún otro idioma, solo en el de la música. Él cree, aun después de todo lo que ha pasado, que yo debería seguir sus pasos. Que no puedo hacer nada

más en la vida.

Giro la cabeza para mirarlo y casi colisiono con su rostro. Nuestras narices llegan incluso a rozarse.

—Tu padre es gilipollas.

Dylan sonríe sin ganas contra mi oreja.

—Lo es. Un día exploté. Como un volcán. Reprimía las putas placas tectónicas dentro de mi cuerpo desde hacía demasiado tiempo y chocaron. Chocaron de la peor manera posible delante de mi padre y de las doscientas personas más que nos rodeaban. Ese día dejé de tocar el piano.

—¿El piano?

Ni siquiera sabía que Dylan tocaba el piano. Di por hecho que había estudiado la carrera de música con la guitarra.

—Sí. El puto piano. Ahora no puedo ver uno ni en pintura.

—Pero no has dejado la música.

—No, eso no pude. Lo intenté, lo intenté con todas mis fuerzas durante dos años, pero no pude. Y eso es lo peor de mi vida. Porque la odio. Odio la música como nunca he odiado nada, pero a la vez la amo con todo mi corazón. Con cada parte de mí. Es lo que más amo en la vida. Qué putada, ¿verdad?

Dylan sonríe sin ganas y se aleja de mi lado. Se deja caer de nuevo contra el respaldo y se lleva los dedos a los lagrimales.

—¿Cómo has pasado de la música clásica al *rock*?

—Elegí el *rock* porque sabía que a mi padre no le iba a gustar. Odia el *rock*. Y yo soy capaz de transformar cualquier melodía en todos y cada uno de los géneros musicales conocidos. *Blues*, *jazz*, pop, *rock*, clásica… Es muy fácil hacerlo. Muy fácil para alguien como yo.

—Por eso no tienes pinta de *rockero*.

—¿Qué? —Retira los dedos de sus ojos y me mira con curiosidad.

—No pareces un *rockero*, ya te lo dije. No, al menos, el *rockero* estereotipado que se vende en los medios de comunicación y en todas partes. No vistes como un *rockero*, eso fue lo primero en que me fijé. Pantalones vaqueros, camisetas blancas. Deportivas. Pelo corto. No te sientes *rockero*. El *piercing* de la ceja y los tatuajes los achaco más a actos de rebeldía que a una forma de vida.

Dylan sonríe y a mí se me quita de un plumazo la pesadez que se había instalado en la boca de mi estómago. No era consciente de que la tenía, pero ahí estaba. Una vez más, la empatía.

—Y lo achacas bien. Aunque ahora el *piercing* y los *tatus* me flipan. —Y a mí, joder. Y a mí —. Me gusta el *rock*, me lo paso bien, pero es solo trabajo. No es un sentimiento. No tengo alma de *rockero*.

Recuerdo el día del concierto. Recuerdo a Dylan. El pelo de punta, lleno de gomina. Los ojos pintados de negro. La ropa oscura. El cuero que vestían sus piernas. Joder, qué calor, ¿no?

—Solo cuando subes al escenario.

—Solo cuando subo al escenario. Me preparo para trabajar igual que tú te pones la bata verde de veterinario. Pero la música la siento, *babe*, la siento fluir por todas partes. Y me gustaría hacerla desaparecer, pero creo que moriría en el intento. No puedo vivir sin ella. Sería como arrancarme el corazón. Y no puedo vivir sin corazón.

Entonces, de pronto, lo entiendo todo.

—Las letras de tus canciones.

—Las letras de mis canciones, ¿qué?

—No van dirigidas a una persona.

—No.

—Tu amor. Tu odio. Tu desengaño. Tus ganas de venganza. Tu rechazo. La razón de tu existencia. Todas esas letras van dirigidas a la música. Le cantas a ella.

—Acabas de descubrir mi secreto mejor guardado. ¿Ahora qué hago contigo? —me pregunta con picardía, muy cómodamente aposentado en mi sofá.

—¿Qué quieres hacer?

—No lo sé. Ni siquiera sé por qué te estoy contando esto.

—Quizá porque soy un desconocido. Porque es más fácil con un desconocido.

—¿Lo eres?

—No lo sé.

—Escucha esto.

—¿El qué?

Dylan se incorpora y coge la guitarra de nuevo. Hace un movimiento rapidísimo con los dedos, tan rápido que casi ni lo veo venir. Ha sonado bien. Ha sonado la hostia de bien para haber durado dos segundos.

—¿Qué ha sido eso?

—Tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. Una escala diatónica completa. Así suenas para mí. No eres un desconocido. Ya no. Contigo me siento bien. Y no me pasa muy a menudo. Cada vez que me llama mi mánager o que recibo un mensaje de algún compañero del grupo, me ahogo. Siento ansiedad. Me llevo bien con ellos, pero me agobian, y eso que apenas tenemos relación; la justa para actuar juntos encima de un escenario. Ellos me entienden. Entienden que yo voy por libre. Pero para mí es demasiado. No me gusta la gente. No me gusta tratar con las personas por puta imposición social. Me entran ganas de mandarlo todo a la mierda. Pero tampoco puedo dejarlo. No quiero dejarlo. Y buscar gente nueva sería más de lo mismo.

—Quédate aquí.

Yo también me sorprendo al escucharme. Pero me ha salido de dentro.

—¿Contigo?

—Sí. No tienes que estar rodeado por ellos si no quieres. Puedes trabajar desde aquí.

—Puedo. De hecho, estoy componiendo algo grande.

Ahora soy yo el que ríe a carcajadas. Se lo contagio. Y me alegro por ello.

—Lo sé. Te escucho. Todas las mañanas me despierto con la jodida canción de *Uptown Girl* y la voz de Billy Joel resonando en cada célula de mi cuerpo.

—Y vas a seguir haciéndolo.

—¿Podrías al menos bajar el volumen?

—Podemos negociar.

—Negociemos.

—Negociemos, *babe*.

Capítulo 15

Diez años antes

Había sido un buen concierto. Hasta él lo sabía. Lo había sabido desde el compás de anacrusa; tenía buen oído. Un oído prodigioso. Un don. Una habilidad. O una maldición. Su padre siempre ejecutaba buenos conciertos. Su padre era uno de los mejores. Su padre era un ejemplo. Sus pasos deberían ser los suyos. Y él tenía que sentirse orgulloso. Pero se ahogaba. Se ahogaba cada día más y no sabía cómo detenerlo. A sus diecisiete años se ahogaba, encorsetado en aquel traje de chaqueta y pajarita. Se ahogaba con el cabello repeinado de tal manera que no se le escapara ni un mechón, ni siquiera aquel tan rebelde que siempre le caía sobre la frente y que su padre se empeñaba en que domara. Se ahogaba por el simple hecho de beber un sorbo de aquel botellín de agua que acababa de llevarse a los labios mientras observaba desde el ático donde se celebraba la fiesta posterior al concierto las luces de colores que comenzaban a encenderse por cada rincón de la ciudad. Un ático con una terraza enorme abierta al exterior. Una música suave que sonaba de fondo. En su vida no existía el silencio. Y él solo quería desnudarse, dejar caer el mechón rebelde sobre la frente y saltar. Y tal vez, solo tal vez, mientras caía, tararearía aquella melodía que llevaba semanas taladrándole la cabeza.

Oh, la libertad.

A más de trescientos kilómetros de distancia, en un pueblo alicantino, Hugo Cabana, encima de su bicicleta, se colocaba en paralelo en lo alto de aquella pendiente tan pronunciada, preparado para arrancar en cuanto River diera la señal de salida. Su rueda delantera alineada con las del resto. A su izquierda, sus hermanos mayores: River y Marcos. A su derecha, los pequeños: Adrián y Priscila. La excitación y la despreocupación burbujeaban a partes iguales en los estómagos de los hermanos Cabana. Hugo sonrió con bravuconería un segundo antes de lanzarse cuesta abajo. Un segundo antes de comenzar a sentir el azote del aire con sabor a salitre en su rostro. La frente despejada y el cabello hacia atrás por la fuerza del viento. Las manos lejos del manillar y los brazos, desnudos, extendidos todo lo que daban de sí. Hugo Cabana volaba.

Oh, la libertad.

Capítulo 16

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco

Han pasado dos semanas. Dos semanas con sus noches y sus días. Dos semanas viviendo juntos. Dylan y yo. Negociar, no negociamos demasiado. O sí, pero Dylan se lo ha pasado por el forro de los cojones. Como todo. Y, la verdad, me importa una mierda; lo que sea con tal de no volver a ver la vulnerabilidad que me demostró aquel día. Cuando una persona con el espíritu y la vitalidad arrolladora de Dylan cae tan en picado en cuestión de segundos, tú caes con él. Cuando descubres que alguien ha intentado sin descanso cortar las alas a un ser tan libre y especial como él, te entran ganas de rodearlo con tu cuerpo y no permitir que nadie que pueda hacerle daño se le acerque a menos de un kilómetro a la redonda. La naturaleza humana es extraña. Yo la divido en dos grupos: los que destruyen y los que protegen. Los que acaban con otras vidas y los que las salvan. Yo estoy en el segundo grupo.

—¡Hugo!

Mi hermano Marcos me da una patada en la espinilla por debajo de la mesa.

—¿Qué? —respondo, saliendo de mi ensimismamiento, regresando al *pub* de Pedro, a la sobremesa y al café que se nos ha ido de las manos y que comparto con Marcos, Alex y Dylan.

—Vuelve al mundo real.

Miro el reloj. Las cinco y media de la tarde. De ahí lo de que el café se nos haya ido de las manos. Hora de irme.

—Me piro —les anuncio a todos, terminándome el café de un último sorbo y levantándome de la silla a la vez.

—¿A dónde? —me pregunta Alex.

—A trabajar. Hoy es lunes. ¿Vosotros sabéis lo que es eso?

—¿Lo que es trabajar o lo que son los lunes? —pregunta mi hermano con guasa. Obviamente, no contesto.

—Te acompaño —me dice Dylan, levantándose también de la silla.

Le pongo mala cara. En serio, tengo que trabajar, ponerme al día con un montón de papeleo de la clínica y atender una decena de visitas que tengo concertadas a partir de las seis, y con él revoloteando a mi alrededor me cuesta concentrarme. No calla.

—No pongas esa cara y no te embales —me dice—, que nos conocemos, *babe*. Solo voy a acompañarte a la clínica. Así doy un paseo y bajo la comida.

Me despido de Alex y Marcos con un movimiento de cabeza y echo a andar en dirección a la puerta con Dylan detrás de mí. No le digo nada, no es necesario: él solito responde a las preguntas que se formula. Puede mantener una conversación consigo mismo sin problema. Durante horas. O días.

—Las hamburguesas de este sitio están buenísimas, pero son matadoras. Sí, vale, el próximo

día te haré caso y compartimos una en lugar de comérmela yo solo en cuatro bocados, pero es que tenía hambre. De todas formas, lo que me ha rematado han sido las patatas fritas con tres salsas. ¿Te has fijado en que ni he podido comerme un postre? En un rato comenzaré a sentir la falta de azúcar, como si lo viera. Luego me voy a casa. Te espero allí. No llegues muy tarde; cuando llegas tarde del trabajo, me aburro como una ostra. Estoy pensando que quizá hoy te prepare yo la cena, para variar. He encontrado un libro de recetas en uno de los armarios de la cocina y no parece muy complicado. Ay, espera. ¡Adiós, Marcalex!

Gira la cabeza y se despide de ellos con la mano. Abro la puerta del *pub* y oigo a mi cuñado preguntarle a Marcos:

—¿Qué nos ha llamado?

Ignoro lo que le responde mi hermano porque justo la puerta se cierra detrás de nosotros. Salimos a la calle y enfilamos rumbo a la clínica veterinaria; se encuentra a tan solo cinco minutos andando.

—Tú no has cocinado en tu vida —le digo a Dylan—. Eso sí, no te queda ni un solo restaurante o chiringuito del pueblo en el que sirvan comida a domicilio sin probar. Y has agotado hasta a la pobre Manuela. Yo no le quedan fuerzas para hacer más cruasanes.

—Pero he encontrado un libro de recetas en uno de los armarios de la cocina y no parece muy complicado. ¿No has escuchado esa parte?

—¿Qué receta has leído? —le pregunto por mera curiosidad.

—Macarrones con queso.

Estoy a punto de echarme a reír, pero entonces oigo que me llaman a gritos. Son varias voces y parecen alarmadas.

—¡Hugo! ¡Hugo!

Me pongo la mano en la frente a modo de visera, ya que tengo el sol de cara, y veo a lo lejos a tres chavales que se acercan corriendo a mí. Uno de ellos lleva un bulto entre los brazos. Los reconozco enseguida; son mis primos, los tres más pequeños: Carlota, Ariadna y Tomás. Dylan y yo cruzamos una mirada de preocupación antes de echar a correr en su dirección. Nos encontramos a medio camino.

—¿Qué pasa? —les pregunto.

—Nos la hemos encontrado en la calle —me dice Carlota, con los ojos anegados de lágrimas, y señala el bulto que lleva entre los brazos, debajo de una manta sucia y bastante raída. La destapo. Es una perrita. Joder. No se encuentra bien.

—Hemos ido a la clínica, pero no estabas —me explica Ariadna, que no tiene mejor cara que su hermana—. Está sangrando, Hugo.

—Déjamela.

La cojo y enseguida me doy cuenta de uno de los problemas: está de parto. Y no tiene buena pinta. Otro de los problemas: está totalmente desnutrida. Respira con dificultad y está sufriendo. Es muy pequeña y no deja de emitir quejidos lastimeros. Aunque son muy débiles. Se me cae el alma a los pies. Sé lo que tengo que hacer y no va a temblarme la mano por ello, pero se me cae el alma a los pies. Veo sangre. ¿De dónde viene?

—Mierda, vamos a la clínica.

Corremos los doscientos metros que nos separan de mi lugar de trabajo. Yo, con mucho cuidado de no dañar a la perra. Apenas se mueve.

—Dylan, abre tú —le pido al llegar—. Las llaves están en el bolsillo de mi pantalón. En el derecho.

Dylan mete la mano en mi bolsillo y saca las llaves. Encuentra a la primera la que pertenece a

la clínica (ya la ha visto antes) y abre la puerta. Entro el primero a gran velocidad.

—Echad la llave y dejad puesto el cartel de CERRADO —ordeno mientras enciendo las luces. No quiero que me interrumpan ni que se me llene la sala de espera de gente.

—¿Qué le pasa, Hugo? —me pregunta Tomás. Parece asustado. No es más que un chaval, solo tiene catorce años, y la perrita no deja de llorar.

—Está de parto.

—Hay que encontrar y avisar a sus dueños. Estarán preocupados por ella. Se habrá perdido.

Solo necesito mirar cinco segundos a la perra para darme cuenta de que «sus dueños» la han abandonado. Y no hace demasiado tiempo. Probablemente ni siquiera sabían que estaba embarazada; tiene pinta de llevar un par de meses vagando por las calles, pero eso no los hace menos crueles, ni muchísimo menos. Cada vez me gustan menos las personas.

—No se ha perdido. No tiene dueños, Tommy.

—¿Cómo no va a tener dueños?

Bienvenido a la puta realidad del mundo en que vivimos.

—La han abandonado —le aclara su hermana Ariadna, tres años mayor que él, evitándome a mí el mal trago de hacerlo. Tampoco es que tenga la cabeza para eso. Dejo con cuidado a la perra encima de una camilla para hacerle una ecografía; necesito ver lo que tiene dentro y cómo lo tiene. Es cuando me doy cuenta de que sangra por una pata. Acerco mi mano y se queja con más fuerza. Tiene una herida profunda a saber de qué.

—Pero… —a Carlota se le escapan las lágrimas, no puede retenerlas más. Los tres hermanos me siguen por toda la clínica— ¿quién haría algo tan horrible?

—La gente, Carlota.

—Pero está embarazada y… Hugo, ¿se va a morir?

—Dylan —lo llamo.

—¿Qué? —me pregunta. Está justo a mi lado. No se ha separado de mí.

«Sácalos de aquí», le digo con la mirada.

Asiente con la cabeza después de cruzar una breve pero intensa mirada conmigo, a pesar de no tener ni idea de quiénes son estos chavales. Sus ojos, más oscuros de lo habitual. Más verdes que azules. Está afectado.

—Vamos, chicos, dejémoslo trabajar.

—Pero Hugo es nuestro primo y nosotros solo queremos…

Dylan intercepta las quejas que sabe que están a punto de producirse a tres bandas.

—¿Queréis salvarle la vida a la perra y a sus cachorros?

—Sí.

—Entonces tenéis que dejar a vuestro primo hacer su trabajo.

Escucho las pisadas de todos ellos alejándose y alguna que otra queja más mientras le hago un reconocimiento con las manos a la perra. Lleva dos cachorros dentro; no, tres. Su respiración cada vez es más débil. Tiene contracciones abdominales, pero es incapaz de expulsar ni una sola cría.

—¡Dylan! —vuelvo a llamarlo.

—Estoy —responde, situándose a mi lado de nuevo—. Ya se han marchado y he dejado todo cerrado. ¿Qué necesitas?

—Sujétala así.

Le muestro cómo lo hago yo, con el vientre hinchado hacia arriba, y hace lo mismo. Nuestras manos se tocan. Las mías, manchadas de sangre, manchan las suyas. Las suyas tiemblan, pero están firmes. No dudan. Me pongo unos guantes de látex y enciendo el ecógrafo. Se lo coloco en

la barriga y observo la pantalla.

—¿Están bien?

—Sí. De momento. Son tres. ¿Ves esto? —le pregunto, recorriendo con el dedo las líneas blancas de la pantalla.

—Sí.

—Son las columnas vertebrales.

—¿Y ese ruido?

—Los corazones.

—¿Es normal que latan así?

—No —reviso su ritmo cardiaco—, hay estrés fetal. La madre no puede expulsarlos, joder, apenas respira, y la posición de los cachorros en el útero está dificultando su descenso por el canal de parto.

—¿Y ahora?

—Tengo que practicar una cesárea. Tengo que sacarlos de ahí.

Y no cuento con las mejores condiciones para hacerlo; la perra está totalmente deshidratada y fatigada. Y herida. No puede más. Voy a poner en peligro su vida, lo sé, pero si no lo hago, morirán los cuatro. Si no lo hago, ninguno de ellos tendrá ninguna posibilidad.

—Haz lo que tengas que hacer. Estoy seguro de que vas a sacar lo mejor de ti. Yo estoy aquí para lo que necesites.

—Sujétala un momento.

Dejo a Dylan con la perrita y voy a por la anestesia. Vacío mis bolsillos; necesito sentirme libre. Preparo todo lo más rápido que puedo y, de paso, cojo el instrumental que voy a necesitar para la intervención. Vuelvo con ellos y le suministro la anestesia a la perra a través del conducto respiratorio. Espero unos instantes a que surta efecto y, mientras, le aplico alcohol en la piel para evitar infecciones. Cojo el bisturí y allá voy. No es la primera cesárea por urgencia que realizo. Cruzo una mirada con Dylan antes de comenzar a abrir; tengo miedo a que se desmaye en cualquier momento, no es lo que necesito ahora mismo, pero al mirar sus ojos, su determinación, sé que eso no va a pasar. Dylan lo va a hacer bien. Abro.

—Tráeme unas toallas. Están en aquel cajón de allí —le digo al comenzar a sacar a los cachorros, señalando los cajones del armario del fondo.

Cuando Dylan llega con ellas, el primero ya está fuera. Procedo a la reanimación, succiono y extraigo el líquido amniótico que ha quedado en sus vías respiratorias.

—Frótalo bien con la toalla.

Dylan se queda unos segundos paralizado. Sin palabras. Conmovido.

—Joder. —Coge al cachorro—. *Babe*, me cabe en la mano.

—Frótalo.

—Sí, voy.

Dylan fricciona el cuerpo del cachorro con energía mientras yo saco a los otros dos. Se los paso y repetimos el mismo procedimiento que con el primero.

—¿Ves aquel armario de allí? —le pregunto, dirigiendo la mirada a un mueble alto.

—Sí.

—Hay biberones y leche adaptada para cachorros.

Dylan se dirige al armario mientras yo me ocupo de la perra. Ahora tengo que salvarla a ella.

—¡Los veo! —me grita—. Mierda, estoy manchando todo de sangre.

—No te preocupes.

Dylan vuelve y me muestra los biberones y la leche.

—¿Puedes ocuparte tú de ellos, por favor? —le pido.

—Claro. No te preocupes.

—Necesitan contacto y calor. Mucho calor, Dy.

Dylan asiente con la cabeza y se va con los cachorros; ignoro a dónde, solo lo veo salir de la habitación, pero no me preocupa. Confío en él.

Me ocupo de la madre. Mierda, no puedo detener la hemorragia. No puedo. Joder, no puedo… La voy a perder.

𝄞

Me quito los guantes de látex y los tiro a la papelera. Dejo caer la espalda en la pared, necesito apoyarme en algo. Me froto los ojos. Trato de despejarme. No he podido hacer nada. Lo he intentado hasta la desesperación, pero no he podido salvarla. Mierda. ¡Joder!

Siento el fracaso fluir por mis venas y llegar a todos los puntos de mi cuerpo. La frustración. La rabia. La pena. La impotencia. En la facultad nos educan, nos enseñan a sobrellevar el fracaso, la muerte; la propia vida nos educa, nos enseña a sobrellevar el fracaso y la muerte. Aprender a perder. Supongo que todo se reduce a eso. Pero yo jamás aprenderé a perder. Y menos aún tratándose de vidas reales. El fracaso es una de las emociones que sé que jamás podré dominar. Unas de las emociones que más consiguen alterarme. Me saca de mi elemento. Ahora mismo me siento fuera de sitio.

Haciendo de tripas corazón, vuelvo a ella, recojo su cuerpo sin vida y lo dejo todo preparado para cuando salgamos de aquí. Dylan. ¿Dónde está Dylan? Voy a la entrada de la clínica, a la sala de espera, y ahí lo veo, con las persianas casi bajadas del todo, tumbado de costado en el suelo, encima de una manta, con un brazo sobre la cabeza, los tres cachorros en su pecho y biberones vacíos a su alrededor. Si no fuera porque estoy destrozado, incluso sonreiría a causa del orgullo que siento hacia él en este instante. Dylan levanta la mirada en cuanto escucha el ruido que hacen mis zapatos en el suelo y enseguida entiende lo que ha sucedido.

—Lo siento —me susurra en voz baja, no sé si porque no quiere despertar a los perros o porque se ha quedado sin voz, igual que yo.

Me acerco y me tumbo junto a él, imitando su postura. Nuestros rostros quedan uno enfrente del otro, a menos de veinte centímetros de distancia, y uno de mis brazos, por encima de mi cabeza. Acaricio a los cachorros con la otra mano. Están los tres apelotonados, unos encima de los otros, tibios y respirando con normalidad. Esta noche es crucial.

Dylan inspira despacio y enseguida nuestras respiraciones se acompasan y se convierten en una. Tiene una mancha de sangre en la mejilla; intento limpiársela con los dedos. Se diluye enseguida. Retiro la mano.

—Les he puesto nombre. —Recibo el impacto de su aliento en la cara. Cierro los ojos. Estoy a punto de decirle que no se haga ilusiones, que no sé si van a sobrevivir esta noche, pero decido callar en el último momento—. Son Freddie, Frank y Dylan.

Sonrío. Ahora sí sonrío sin poder, ni querer, evitarlo. Aunque es una sonrisa tan fugaz que no sé si Dylan ha podido verla. Ni siquiera sé si mi rostro la ha visto.

—Ey —me dice entonces con ternura—, lo has hecho bien. Lo has hecho muy bien. Eres un héroe.

—No lo soy.

—Sí lo eres. Has salvado a estos tres cachorros.

—Es mi trabajo, Dylan.

Dylan se queda mirándome con esa intensidad que lo caracteriza. Estamos casi a oscuras, pero distingo la claridad de sus ojos. Sin perder el contacto visual conmigo, mueve la mano que reposa por encima de su cabeza y la aproxima a la mía. La roza. La toca. La coge. Y entrelaza sus dedos con los míos. Los aprieta, y nuestras manos también se convierten en una.

—¿Quieres que te confiese una cosa? —me dice.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de cuando te conté el otro día que no echaba de menos a mi madre?

—Sí.

—No era del todo cierto. En ocasiones como esta, la echo de menos. Hubiera sido la hostia poder llamarla por teléfono y decirle: «Mamá, ni te imaginas lo que acaba de hacer el nene hoy. Ha sido increíble. Él es increíble».

—Dy…

—Necesitaba gritarlo. Decirlo en voz alta. Por eso he llamado a tu casa.

—¿Qué? ¿Has llamado a mi casa?

—Sí, a casa de tus padres. He llamado desde tu móvil. Me ha respondido tu madre al primer tono.

—¿Y qué le has dicho? —Me remuevo, un tanto incómodo.

—«Ni te imaginas lo que acaba de hacer el nene hoy. Ha sido increíble. Él es increíble». Está orgullosa de ti. Ha intentado disimularlo, pero sé que se ha emocionado. A pesar de saber lo increíble que es su hijo, no deja de emocionarse por todo lo que haces. Me ha dicho que la llames en cuanto puedas.

—Bien, mañana la llamo.

—También me ha dicho que te dé un beso muy fuerte de su parte.

—¿Y qué vas a hacer? —susurro.

—Dártelo —susurra a su vez.

Dylan mueve nuestras manos, aún entrelazadas, y las acerca a su rostro. Las gira, dejando la parte interior de mi brazo expuesta, y comienza a besarme desde la muñeca hacia arriba.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco besos.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco vuelcos en mi corazón.

Cierro los ojos.

Dylan deja de besarme.

Los abro.

Me doy de bruces con su mirada, con el color de sus ojos casi derretido.

Cierro los ojos.

Estoy exhausto. Necesito descansar.

Los abro.

Es la última vez.

Los cierro.

Capítulo 17

Dancing in the Moonlight. Despacito

Los cachorros han sobrevivido. Han pasado casi cuatro semanas y los cachorros han sobrevivido. Creo que, en gran parte, ha sido gracias a Dylan; pocas veces he visto a alguien prodigar tantísimo amor y calor a un animal. Se le ha ido la vida en ello. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Incluso compró bolsas de agua para colocar a su alrededor y que se sintieran calientes. Me enterneció bastante, la verdad. Ahora mi hogar es un caos. Ahora mi vida es un caos. Y ahora mi cama es un caos. Freddie, Frank y Dylan (cachorro) se han instalado en casa; hasta que les encuentre una familia, o familias, van a vivir con nosotros. Ninguno de los tres se separa de Dylan (humano) para nada, para absolutamente nada, ni cuando va al baño ni cuando duerme ni cuando compone con la guitarra; son una prolongación de sus piernas. Escuchar los pasos de Dylan (humano) desplazándose por la casa o la clínica significa escuchar los ladridos y las pisadas de los tres cachorros también, lo persiguen desde que comenzaron a andar. Ta vez desde antes, porque juro que vi a alguno de ellos moverse a lo croqueta en busca de Dylan. Oírlos a los cuatro se ha convertido en un nuevo sonido para mí. Dios, ya hablo como Dylan. Creo que pasamos demasiado tiempo juntos.

Hoy es mi cumpleaños. Hemos comido todos en casa de mis padres y los cachorros ya se han quedado allí a pasar la noche; han querido darnos el día libre, o han querido darle el día libre a Dylan. Las marcas azules que luce bajo los ojos no son ni medio normales. Hemos establecido turnos para cuidar de los cachorros, pero Dylan ha estado utilizando el mío para observarnos a nosotros cuatro en lugar de para dormir.

Esta noche de viernes, Pedro ha traído al *pub* a un grupo de música para amenizar el ambiente y aquí nos hemos venido todos: mis cuatro hermanos, Alex, Jaime, Dylan y yo. Pedro dice que la fiesta es para despedir la Semana Santa, pero, en realidad, estoy seguro de que es por mi cumpleaños y de que los organizadores han sido mis hermanos. Los músicos son unos chavales del pueblo que apenas están comenzando, y no suenan mal del todo.

Nos hemos sentado alrededor de una mesa con vistas al escenario improvisado que se ha creado en el centro del local. Hemos tenido suerte de pillar una mesa libre para ocho personas, porque está el *pub* a reventar de gente. La misma suerte que ha hecho que mis amigos se encuentren todos en la mesa contigua, muy pegados a nosotros. Ya. Sustituyamos «suerte» por «mis hermanos han reservado los sitios».

—Ya he hablado con tu madre. —Dylan se sienta de nuevo a mi lado y se guarda el móvil en el bolsillo. Se había levantado para llamar a mi madre por teléfono. Es la quinta vez que lo hace. Se le ha calentado hasta la bebida que está tomando, con tanto paseo—. Los cachorros están bien.

—Los cachorros están igual de bien que la última vez que has llamado —le dice Marcos con

guasa.

—Que ha sido hace cinco minutos —continúa Alex en el mismo tono.

—Cuatro minutos y medio, en realidad. —Marcos.

—O tal vez cuatro. —Alex.

Los dos ríen. Se felicitan el uno al otro con una sonrisa. En serio. No me extraña que Dylan los llame Marcalex. Priscila también sonríe. Creo que Alex y ella se están toqueteando por debajo de la mesa. Y no me refiero a cogerse de las manos.

—¿Y mi madre continúa respondiendo al teléfono? —le pregunta Adrián—. De nosotros habría pasado hace tiempo.

—Claro que le coge el teléfono —apunta River—. Se la ha metido en el bolsillo. Lo que no sé es cómo lo ha logrado tan rápido.

—Tengo un encanto natural —responde Dylan—. Es infalible. ¿No has visto que también me he metido a tu hermano más difícil en el bolsillo?

—Yo no te vi venir —me apresuro a responderle. Un día estaba en un concierto suyo y al siguiente compartimos casa y tres cachorros. Si llego a saberlo…

—Me refería a Adrián —responde Dylan, guiñándome un ojo con socarronería.

Chasqueo la lengua. Es un puto provocador. Y a mí me las cuela todas, una detrás de otra. A diario.

—Eres sorprendente —le digo.

—También lo sé —responde con complacencia.

—No me refiero a «sorprendente» de que sorprendes, de «sorprender» —le aclaro—. Me refiero a «sorprendente» de que eres sorprendente.

Vale, yo me he entendido.

—Joder, no me he enterado de nada —dice Marcos.

—Yo tampoco —apoya Alex.

—Se refiere a que es sorprendente de gilipoll…

—Sé a lo que se refiere —le dice Dylan a Jaime, interrumpiéndolo, pero sin mirarlo—. ¿Crees que no puedo sorprender de «sorprender»? —me pregunta entonces a mí.

—Yo no he dicho eso.

—¿Crees que no puedo sorprenderte a ti?

Sonrío. Dylan a mí me las pilla todas.

—No hay nada que puedas hacer ahora mismo que me sorprenda —le digo, muy seguro y muy chulo—. Ya te conozco, Dylan. Tus salidas del tiesto son mi día a día.

—¿Ahora mismo? ¿Quieres apostar?

—¡Uuuhhh! —suelta Marcalex.

Les lanzo una mirada asesina, por idiotas, y para que no enciendan más las llamas, pero me doy cuenta de que no solo ellos han gritado. Lo han hecho todos mis hermanos. Como animadores de cualquier evento, no tienen rival.

—Considéralo un regalo de cumpleaños.

Y, entonces, sin darme tiempo a reaccionar, o a contraatacar, Dylan se levanta de la silla y se acerca al escenario. Los chicos están versionando un tema de Michael Jackson, pero a Dylan se la suda. Se planta ahí y los interrumpe con toda su cara bonita; los asedia para que dejen de tocar y cantar y comienza a hablar con ellos. Me doy cuenta del instante en que lo reconocen. De las sonrisas. De que todos quieren darle la mano. Tocarlo. Algo tiene Dylan que te incita a querer tocarlo. Y me doy cuenta de los murmullos que comienzan a escucharse por todo el *pub*. También del momento en que se los ha ganado. Ha tardado menos de medio minuto. Continúa

hablando con ellos, parece que para darles instrucciones, hasta que se acerca al micrófono.

—Madre mía, ¿va a cantar? —anticipa Priscila.

—Buenas noches a todos. ¿Me permitís solo una canción? —solicita Dylan a través del micrófono, respondiendo a la pregunta de mi hermana—. Prometo que será rápido.

—¡Síií! —gritan Jaime y Priscila.

—¿Vosotros de parte de quién estáis? —les digo yo.

—¡Síií! —grita el resto del *pub*. Mis amigos, los primeros y los que más fuerte lo hacen.

—Bien —responde Dylan complacido—. Allá vamos.

Cruza una mirada conmigo.

—No me vas a sorprender con *Sonrisas y lágrimas* ni con ninguna otra canción, te oigo cantar a diario —articulo. Dylan lo capta, me lee los labios, porque se echa a reír. «Ya veremos», responde. Después me pide silencio. «Necesito concentrarme», parece decir.

—¿Va a cantar una canción suya? —pregunta Jaime.

La música comienza a sonar a través del teclado; no sé qué canción es, pero me suena muchísimo. Y no porque pertenezca al repertorio de Dylan; no es un tema suyo. Estoy seguro. Más que nada porque no es *rock*. No suena a *rock*. Suena diferente. Suena más al Dylan que hay en el escenario. Al Dylan de los pantalones vaqueros y la camiseta azul marino de manga corta. Al Dylan que vive conmigo. Coge el micrófono entre sus manos, lo separa de la base; a mí algo me palpita en el estómago (joder, esa manera de coger el micrófono), y se mueve a la vez que comienza a cantar.

—*We get it almost every night.* —El estómago acaba por darme un vuelco. Era eso lo que palpitaba dentro, con el sonido ronco de su voz. No lo entiendo. Estoy más que acostumbrado a escucharlo cantar. Tal vez sea por el micrófono, que hace que todo sea más sonoro. Y que solo me mira a mí—. *When that moon gets big and bright. It's a supernatural delight. Everybody's dancing in the moonlight*.

Dancing in the Moonlight. Sonrío y niego con la cabeza. De todas las canciones que existen en el mundo, jamás pensé que elegiría esa. Es tan… pop, tan… El movimiento de caderas de Dylan al ritmo de la música interrumpe mis pensamientos. Me enderezo en la silla.

—*Everybody here is out of sight…*

La gente comienza a batir palmas. Dos versos, dos putos versos, y ya se los ha ganado a todos. Yo me niego a rendirme. Se lo hago saber. Cruzo los brazos. El ríe sin dejar de cantar. Y ahí es cuando comienza a versionar la canción. De pronto. De la nada. Ha cambiado el sonido de los instrumentos. O el ritmo. No lo sé. ¿Cómo lo ha hecho? Porque estoy seguro de que lo ha hecho él. Pero ¿cómo se ha coordinado con los otros músicos tan rápido?

—*Dancing in the moonlight. Everybody's feeling' warm and bright. It's such a fine and natural sight…*

Los pasos de baile que realiza Dylan me recuerdan a Michael Jackson. Le sale tan natural… Como si esa fuera su manera instintiva de moverse. Niego con la cabeza de nuevo. Y sonrío una vez más. Joder, es un puto *crack*. Se ha hecho con el lugar. Su voz. Tan perfecta. Sus movimientos. Tan increíbles. Lo inundan todo. Dylan se acerca a nuestra mesa y nos canta solo a nosotros. Priscila sonríe entusiasmada. Jaime la acompaña. Mis hermanos flipan. Mis amigos gritan.

—*We like our fun but we never fight. You can't dance and stay uptight. It's a supernatural delight…*

Ha hecho la canción totalmente suya. La mejor versión que he escuchado en mi vida. Y puedo decirlo así, sin despeinarme. Porque es la verdad. Porque es su manera de hacer las cosas.

Únicas. Inolvidables.

Entonces llega un momento en que solo hay música. Dylan no tiene que cantar. Se acerca a mí y me coge de la mano. Me atrae hacia él. ¿Pretende que salga a bailar? Ni de coña. Vamos. ¡Ni de coña! Me niego en redondo. Todos nos miran. Me da igual. No voy a salir. Entonces Marcos y Alex, con la ayuda de varios de mis amigos, me empujan, agarran mi silla y me obligan a levantarme. ¡Serán hijos de puta! Me quedo de pie en medio de todo el espectáculo.

—*We get it almost every night.* —Dylan, sin dejar de bailar, de cantar y de reírse de mí, me arrastra hasta el escenario. Joder. Me cago en todos—. *When that moon gets big and bright. It's a supernatural* —ese sonido ronco en el *«natural»,* que brota de lo más profundo de su garganta, va directo a mi entrepierna. Pero ¿qué diablos ha sido eso?— *delight. Everybody's dancing in the moonlight.*

Llegamos al escenario. La gente comienza a entonar el estribillo y Dylan suelta un grito que… joder… Eso. Joder. Bailo. Comienzo a bailar con él porque es lo mejor que puedo hacer. Advierto al momento la cara de sorpresa de Dylan al verme y otro grito, un «guau» de alucinado total, que escapa de su boca. ¿Qué te pensabas? ¿Que yo no podía bailar? Su sonrisa se ensancha aún más y bailamos juntos, imitando el uno los pasos del otro.

—*Dancing in the moonlight* —grita en mi oído, y, oh, mierda, el falsete, lo hace en falsete—. *Everybody's feeling warm and bright. It's such a fine and natural sight. Everybody's dancing in the moonlight. Dancing in the moonlight. Everybody's feeling warm and bright. It's such a fine and natural sight. Everybody's dancing in the moonlight.*

No dejamos de bailar juntos hasta que se acaba la canción. Creo que continuamos haciéndolo cuando los aplausos aplacan su voz. Continuamos sosteniéndonos la mirada el uno al otro. Continúa el roce de nuestros cuerpos, a pesar de estar ya quietos. Continúa la complicidad que hemos creado, como si no existiera un pub a rebosar de gente a nuestro alrededor. Hasta que yo retiro mis ojos y rompo el momento, Dylan deja el micrófono, se despide de todos como si nada, como si no acabara de hacer lo más inverosímil del mundo, me rodea por los hombros y me lleva hacia la barra. Me invita a una copa. Pedro me la pone delante antes de que pueda darme cuenta.

—Lo has hecho bien —me susurra al oído—. No sabía que también bailabas de puta madre. ¿Tú no haces nada mal?

—¿Cantar? —respondo.

Y me río. Me río bajo el escrutinio divertido de sus ojos. Me río porque, que sea precisamente él el que me diga a mí que sé bailar de puta madre, después de lo que ha hecho en ese escenario, me toca la moral. Todavía me duran las imágenes de su movimiento de cadera, y de todo su cuerpo, en realidad, en la cabeza. No consigo sacarlas de ahí. A ese nivel baila Dylan.

No he dado ni un sorbo cuando Jaime, mis hermanos y mis amigos se nos unen en la barra. Piden más copas. Los chicos del grupo musical tocan un par de temas más mientras nosotros bebemos. También reímos. Marcos cuenta alguna de sus batallitas. Yo ya me las sé todas. Sé cuándo dice la verdad y cuándo no. Me pido otra copa. Me la bebo con rapidez y me convierto en espectador de primera fila de mi propia vida, o de la de ellos. Porque es como si yo mismo nos estuviera viendo desde fuera.

Las luces se apagan. Nos quedamos a oscuras, si no fuera por la bola de colores que cuelga del techo y que brilla sobre nosotros. Sobre la mano de Dylan, que coge de nuevo su copa y se la lleva a los labios. Ahora las luces parpadean sobre su boca. Comienza a sonar una canción por los altavoces. Y, entonces, pierdo el control. Pierdo el control sobre mí mismo. Porque es como si yo estuviera cantando. Porque esas frases que vibran a través del altavoz vienen de lo más profundo de mis pensamientos. Pero ¿a quién se las estoy cantando?

Sí, sabes que ya llevo un rato mirándote…

Mis ojos, en un primer momento, sobre los de Dylan. Después, se pasean por su cuerpo muy despacio mientras doy otro sorbo a la copa a la misma velocidad. De arriba abajo. Se detienen varias veces a la altura de las caderas. No. No puede ser Dylan. No es a él a quien llevo un rato mirando. No es con él con quien necesito bailar. Porque Dylan ha arrasado mi vida sin verlo venir. No puedo permitir que arrase también mi cuerpo y mi alma. Podría demolerme. Y en mi cabeza mando yo. No es Dylan. Retiro mi mirada sobre él. Porque me confunde. Me pido otra copa y me retiro. Me alejo de la barra y me apoyo en la pared de uno de los extremos del *pub*, uno desde donde tengo visión de todo. Y de todos. El alcohol y el refresco mezclados en mi copa se deslizan fríos por mi garganta. Bien. Porque tengo mucho calor. En este sitio hace puto calor.

Dylan ha comenzado a bailar. A balancear la cadera y a esbozar su sonrisa más canalla. No. Canalla, no. Insinuante. Su sonrisa más insinuante. Continúa cerca de la barra, pero se va moviendo por el local hacia el centro, donde antes se encontraba el escenario, con pasos también insinuantes, a juego con la sonrisa. Jaime y Priscila lo siguen de cerca. Jaime y Priscila también saben bailar. Y no me extraña. Que lo sigan, me refiero. A Dylan. Hasta yo lo seguiría, como los ratones al flautista de Hamelín, de no ser porque estoy fuera de mi cuerpo.

Ya, ya me está gustando más de lo normal.

Dylan en el medio. Jaime y Priscila lo rodean. Priscila por delante. Jaime por detrás. Los pasos acompasados. La oscilación de sus pelvis. Despacio. Cadencioso. Al ritmo de la música. Y yo no puedo dejar de observar esa pelvis. Marcos y Alex beben y ríen a carcajadas sobre algo que Marcos le cuenta a Alex al oído. Pero Alex no pierde de vista a su mujer. Nunca lo hace. River y Adrián se encuentran apoyados en la barra con mis amigos, bebiendo y charlando.

Despacito.
Quiero respirar tu cuello despacito.

No puedo apartar la mirada de Dylan. De la curvatura de su cuello, tan perfecta, que quiero reseguir. De su oído, en el que quiero susurrar. Encender. De su manera de bailar y de moverse. Y ese cosquilleo en mi entrepierna mientras lo miro. Este pequeño tirón, que promete ser algo mucho más grande. Y que dejo salir. Mierda. No puedo pillarme por Dylan.

Sube, sube, sube, sube, sube.

Quiero ver bailar tu pelo.
Quiero ser tu ritmo.
Que le enseñes a mi boca
tus lugares favoritos. (Favoritos, favoritos, baby*).*

Jaime me mira. Y me guiña un ojo. Pero no deja de bailar contra Dylan. ¿Por qué te acercas tanto a él? ¿Por qué quieres ser su ritmo? No puedes hacerlo. No puedes tocarlo. Porque Dylan no es para ti. Dylan jamás será para ti.

Entonces Jaime se acerca. Despacio. Sonriéndome. ¿Eso es lo que han provocado mis gritos? ¿Me ha escuchado? Llega hasta mí. Se apoya en la pared a mi lado. Me mira. Se mueve. Me da

un beso en el cuello. ¿Se lo he pedido? *Sabes que tu corazón conmigo te hace bom, bom.* Reacciona, Hugo. Y aparta la mirada de Dylan. No has dejado de mirarlo. Pero es porque Dylan me mira. Y cuando él me mira, yo lo miro. No importa lo lento o rápido que gire en ese momento el mundo a nuestro alrededor. O que deje de girar. Y Dylan no deja de bailar. Y esta canción se ha escrito para él. Para que él la baile. Jaime me toca. Jaime me ha apartado de la pared y se ha situado detrás de mí. Siento su erección sobre mi cuerpo. Él me la pone dura. Yo se la pongo dura. Me rodea las caderas con sus manos. Me acaricia. Me dejo acariciar. Y a Dylan se le enciende la mirada.

Pasito a pasito, suave suavecito.
Nos vamos pegando, poquito a poquito.
Cuando tú me besas con esa destreza
veo que eres malicia con delicadeza.

Dylan se frena. Se frena en medio de la pista. Se lleva la copa a los labios. Veo cómo el líquido pasa por su garganta. Cómo se le mueve la nuez de Adán. Despacio.

Dylan viene hacia nosotros. *Pasito a pasito, suave suavecito*. Sus ojos no dejan los míos en ningún momento. Jaime esconde la cabeza en la curva de mi cuello y me chupa con su lengua. Cierro los ojos un instante. Cuando los abro, Dylan sigue acercándose a nosotros. *Pasito a pasito, suave suavecito.*

No perdemos el contacto visual en ningún momento. Y Jaime me pregunta si quiero follar con él, donde sea, en mi casa, en el baño del *pub*, en la calle, en este rincón oscuro donde nos encontramos, ahora mismo, porque es mi cumpleaños, él se encuentra al límite y necesita tenerme dentro. Y estoy a punto de decirle que sí, porque la tengo más dura que nunca en mi vida y quiero desnudarlo a besos despacito, pero estoy tan paralizado que me he quedado sin habla. Y si no tengo habla, no puedo decirle que sí. Sube, sube, sube, sube, sube. Dylan llega a nosotros. Jaime se endereza. Adrián y Priscila vienen, sonríen, creo que sonríen; yo no dejo de mirar a Dylan, ni él a mí. Nos dicen algo, nos hablan, interactúan con nosotros y bailan con Jaime. Y se llevan a Jaime pasito a pasito.

Quiero ver bailar tu pelo.
Quiero ser tu ritmo.
Que le enseñes a mi boca
tus lugares favoritos. (Favoritos, favoritos, baby*).*

Y Dylan me habla al oído. Me susurra. Pero no consigo ponerle palabras a su sonido. Baila detrás de mí, en el hueco que ha dejado Jaime. Nos tocamos. Me echo más para atrás. Me apoyo en él. Hasta que me doy cuenta de que él, ÉL, es Dylan. Me aparto de golpe. Dylan me rodea, continúa hablándome al oído. Bebe más de su copa. Los labios mojados por la bebida. Una gota que se ha quedado ahí. Sonríe. Bebe un poco más. Y la gota que sigue ahí. No puedo dejar de mirarla. Él la nota. La gota. Saca la lengua y la pasa por encima de ella. Y yo estoy a punto de explotar. De correrme delante de Dylan. O encima de él.

Despacito…

Nos vamos a casa. Caminamos todos juntos hasta que cada uno tira para la suya. Dylan y yo, para la nuestra. Dylan va por delante de mí, gira la cabeza cada pocos segundos, ríe, habla. Mi erección por fin ha desaparecido. Ahora estoy exhausto. Llegamos a casa y entro directamente en mi habitación; creo que le digo «buenas noches» antes de cerrar la puerta. La cierro del todo. Nunca la cierro del todo. Pero hoy, sí. Me quito la ropa, dejándola tirada por el suelo, donde caiga, y me tumbo en la cama. Y de pronto la erección vuelve. Necesito liberarme. Duele. Por eso me levanto de la cama, dispuesto a ir al cuarto de baño para masturbarme y acabar con todo. Pero no llego. No llego porque estoy demasiado excitado, porque no puedo más. Me apoyo en la pared, siento mi cabeza chocar con fuerza contra ella; gruño, aunque nada podría importarme menos. Llevo la mano a mi entrepierna y la meto por dentro del calzoncillo. Dejo escapar otro grito, esta vez de placer, cuando por fin encuentro lo que necesito. Cierro los ojos. Pero la puerta se abre de repente. Es Dylan. Nunca viene tan pronto, siempre espera a que yo me haya dormido. Me ve. Y sé que debería dejar de masturbarme, pero no puedo. Estoy a punto de correrme. Dylan se acerca a mí y coloca las palmas de las manos en la pared, una a cada lado de mi cabeza; me encierra entre sus brazos. Nos miramos a los ojos. Yo gimo. Y él retira una de las manos de la pared y la baja por mi cuerpo, despacito, acariciándome, provocándome mil sensaciones. Baja por el costado, por la cintura y llega a mi mano, la que está sobre mi polla. Comienza a bombear. Despacito. Pero con fuerza. Aparto mi mano y dejo que sea él quien acabe con la erección que me ha provocado Jaime. Cuatro empujones. Cuatro empujones son los necesarios para casi hacerme perder el equilibrio y que me corra con fuerza sobre su mano y su abdomen desnudo. Abro los ojos, desorientado. Más desorientado que nunca. Porque estoy en mi cama y, en sueños, acabo de correrme en sueños con la mano de Dylan en mi polla. Un lamento exasperado sale de mi boca.

Joder.

Despacito.

Capítulo 18

Ocho años antes

—Papá.

—Papá.

—Papá.

—Papá.

—Papá.

«No quiero hacerlo», era lo que seguía. Pero Dylan no había tenido oportunidad de pronunciar esas tres simples palabras que, en apariencia, podían salir de su boca con facilidad. Y no porque no lo hubiera intentado. No solo aquel día, llamando a su padre con un tono tan suplicante, persiguiéndolo por la casa, a rebosar de invitados, todos muy bien vestidos; llevaba años intentándolo. Aunque sí sería aquel día el que marcaría su vida para siempre.

—Ahora no, Dylan, prepárate para el concierto. Tocas en diez minutos.

Esa había sido la respuesta de su padre tras la quinta súplica.

Los invitados, en el jardín de su casa, se deleitaban los oídos con las conversaciones que su padre les ofrecía y el paladar, con aquel servicio de *catering* tan exclusivo. Dylan los observaba desde la distancia. Ya podía gritar todo lo que quisiera, que nadie iba a escucharlo. Podía ahogarse con un aperitivo, que nadie acudiría en su auxilio. O tal vez entonces sí, porque, si no lo salvaban, no podría tocar.

«No podría tocar», repitió en su cabeza.

Clic.

Subió las escaleras; eran más de treinta y se bifurcaban al llegar al primer piso. Se dirigió a la sala de música con pasos vacilantes. La casa de su padre era grande. Era tan jodidamente grande que tenía una sala de música donde organizaba sus recitales. Era tan jodidamente grande que ambos, padre e hijo, llevaban años sin encontrarse en ella.

Se quitó la corbata, la dejó caer al suelo y transformó sus pasos vacilantes en la mayor determinación que se hubiera visto en él. Llegó a la sala: las puertas dobles estaban cerradas; las abrió de par en par y así las dejó. Se acercó al piano, que reposaba en uno de los extremos, al lado de un gran ventanal. Un gran ventanal que estaba abierto. La brisa de comienzos de verano se coló por él. Y los murmullos de los invitados. Las risas. Las conocía todas.

Se desprendió de aquella chaqueta de color negro, acarició las teclas del piano y cerró la tapa. Sería la última vez que cerrara la tapa de un piano.

Aquel piano de cola tenía ruedas.

Qué suerte para él.

Qué mala suerte para el piano.

Con la ira y el odio dominándolo por completo, agarró el piano por uno de los extremos y lo

arrastró a gran velocidad por la sala; pesaba, pesaba como nada, pero los suelos de mármol y el poder de la rabia estaban de su parte. Dejó atrás la sala de música y avanzó por el ancho pasillo. Miró al suelo y vio cómo las ruedas del piano pasaban por encima de la corbata que se había quitado segundos antes y la pisoteaban sin estremecerse. Llegó a las escaleras. Al fondo, en el piso de abajo, los invitados comenzaban a entrar en la casa. Tenía margen. No se detuvo. Con un último empujón, lanzó el piano por las escaleras.

Su respiración acelerada, acompasada con cada golpe del instrumento. Cada golpe del instrumento, al unísono con los latigazos de su corazón dentro del pecho. Los latigazos de su corazón dentro del pecho, unidos a las exclamaciones de horror de los invitados que entraban en tropel al lugar.

—Se acabó el espectáculo —les dijo antes de darse media vuelta.

No muy lejos de allí, Hugo separó sus labios de los del chico. Su respiración acelerada, acompasada con cada golpe del altavoz que retumbaba en aquella fiesta improvisada de la universidad. Al unísono con los latigazos de su corazón dentro del pecho. Los latigazos de su corazón dentro del pecho, unidos a los gemidos del chico. ¿O eran los suyos? Qué más daba.

Hugo sonrió.

Oh, sí, aquello sí.

«Comienza el espectáculo».

Capítulo 19

Ahora soy un fanático que se ha subido al escenario a bailar con su estrella

Ring, ring. Ring, ring.

Eso es el timbre de la puerta. ¿Qué día es? Lo sopeso un instante. Vale. Sábado. ¿Qué hora es? Miro el reloj-despertador de la mesita al lado de mi cama. No debería decir más «reloj-despertador» porque ahora solo lo uso de reloj; tengo un despertador nuevo la hostia de eficiente. Se llama Dylan Carbonell. Vale. Las siete de la mañana. Mierda. Dylan. ¿Me he corrido esta noche soñando con que Dylan me masturbaba? Mierda, sí. Tuve que levantarme a limpiarme y cambiarme de ropa.

Salgo de la cama. El timbre insiste. Cruzo el salón y escucho el agua correr en el baño. Dylan se está duchando. Mierda, Hugo, no digas «correr» y «Dylan» tan seguido. Dylan se ducha cada mañana en cuanto se despierta, a no ser que tenga la inspiración justo en la punta de sus dedos y no pueda esperar. Dylan no es de esperar. Es fácil saber cuándo ha sucedido y cuándo no, solo hay que fijarse en su cabello. O despeinado a más no poder (jamás se molesta en peinárselo cuando se despierta) o húmedo.

La inspiración, lo llama él.

Dejo de pensar en el pelo de Dylan y abro la puerta de la calle.

—Joder, ya era hora, llevo media hora tocando el timbre y me he calado. ¿Acaso estáis sordos? —me «saluda» mi hermano. Entra directamente en casa. Tiene la sudadera empapada.

—¿Adrián?

Llueve a cántaros. Me asomo para ojear el cielo: está totalmente cubierto. Cierro la puerta y regreso al salón detrás de él.

—Sales en el periódico —me dice, tirándomelo al pecho—, en la sección de «Sociedad». Tirada nacional. No te preocupes, en el periódico local no salís; podrías darles las gracias a los padres de tu cuñado, pero ya lo he hecho yo.

—¿Qué?

—Alguien os sacó fotos ayer a Dylan y a ti.

Se me detiene el corazón. La respiración. Y me viene a la cabeza la imagen de Dylan masturbándome en mi habitación. Comienzo a sudar. Siento la puta gota deslizarse por mi frente. Despacio. Mierda. Me estoy mareando. Abro el periódico y paso las páginas a toda velocidad. ¿Dónde coño está la sección de «Sociedad»? Adrián me quita el ejemplar de las manos y en dos segundos me lo devuelve por la página correcta. Respiro de nuevo al ver la fotografía en blanco y negro y el titular. Mi corazón vuelve a bombear con normalidad. Solo somos Dylan y yo bailando en el escenario mientras él interpreta *Dancing in the Moonlight*. Ni siquiera nos tocamos.

«Dylan Carbonell, el niño bonito del *rock* español, sorprende en un pueblo de Alicante con

un concierto sorpresa y gratuito para sus fans, que subieron al escenario a bailar con él. Fuentes cercanas nos informan de que podría estar pasando allí unos días de descanso después de su última gira —tal y como se puede apreciar en su atuendo informal de pantalones vaqueros, camiseta y deportivas—, pero no ha podido resistirse a cantar delante de su público. El joven lo lleva en la sangre».

Por un momento me he acojonado, me he acojonado mucho. Entonces recuerdo que solo fue un sueño. Que no sucedió en realidad. Que Dylan no me masturbó. Joder. Me siento en el sofá y apoyo la espalda en el respaldo. Hugo, relax. Tú eres el rey del relax, así que relax, joder.

—Eres un fan que no pudo resistirse a subir al escenario a bailar con él —me dice Adrián, descojonándose de la risa el muy cabrón mientras se quita la sudadera mojada—. Si me lo cuentan, no me lo creo. Mi hermano Hugo, admirador de un *rockero* famoso.

—Cállate.

Resoplo. Qué miedito dan los periódicos, ¿no? Después de esto, sin duda los voy a leer con más escepticismo.

—Te lo estás tomando mucho mejor de lo esperado —señala, y se sienta a mi lado—. Aunque por un momento me ha parecido que se te iba el color de la cara.

—Podía haber sido peor, Adri. Mucho peor. Si tú supieras…

—Si yo supiera, ¿qué?

—Nada.

No insiste. Me conoce demasiado y sabe cuándo la conversación se ha acabado para mí. Adrián no es de los que pierden el tiempo porque sí.

—¿Qué es todo esto? —Revuelve la maraña de papeles (papeles míos, personales) que Dylan tiene pintarrajeados por la parte de atrás y que andan esparcidos por toda la casa. En la mesa del salón hay como veinte.

—La música de Dylan.

—¿Esto es música?

—Eso parece.

—Ese aparato no deja de vibrar —me dice entonces, señalando el teléfono que permanece enterrado entre los papeles, y que lleva vibrando sin parar desde que yo me he sentado.

—Es el móvil de Dylan. Es siempre así por las mañanas. Son notificaciones de sus redes sociales. Le llegan miles. El resto del día las tiene silenciadas. Pasa bastante, la verdad.

—¿Miles?

—Miles. Literal.

—Joder. ¿Y qué le dicen?

—Y yo qué sé.

—¿No se lo has preguntado?

—No. No es asunto mío. Pero he visto sus fotos de Instagram y me he reído de él. Son todas puro postureo.

Dylan comenzó a seguirme en las redes hace un par de semanas (él es uno de esos que tienen la insignia azul de verificación al lado de su nombre) y yo le correspondí, aunque no las utilizo salvo para temas puntuales de la clínica. Bueno, ahora sí las utilizo. He cotilleado un poco las suyas. Las fotos, sobre todo. Casi todas son fotos de revista. Posados. Con decir que Dylan sale vestido de *rockero*, lo digo todo. En ninguna sonríe. No de verdad. Aun así, está guapo. Joder, está muy guapo. En muchas de ellas sale con mujeres, con modelos. En otras, posa con sus compañeros del grupo. Me gustan más en las que está solo él. Hay una que no se me quita de la cabeza: tiene el pelo engominado y un mechón rebelde le cae sobre la frente. No entiendo por

qué se me ha quedado grabada, pero la tengo ahí.

—¿Postureo? Ahora necesito verlas.

—¿Ver, qué? —nos pregunta entonces el susodicho, recién salido de la ducha. La estancia se llena del olor a vapor y jabón que emana del baño. Viene secándose el pelo con una toalla.

—Tus fotos de Instagram —confiesa mi hermano.

—Ni una palabra —advierte a Adrián, señalándolo con el dedo—. Bastante tengo con él. —Ahora me señala a mí. Y deja la toalla húmeda tirada sobre el respaldo del sofá. Nada nuevo.

—Te está sonando el móvil a tope. ¿Qué te dicen? —le pregunta mi hermano. Dylan, con un resoplido, se sienta en el sofá con nosotros, coge su teléfono y lo desbloquea. Adrián pega la cabeza a la suya y cotillea sin ninguna vergüenza.

—Joder, tío, nunca había visto a tanta mujer junta. Son guapísimas. ¿Las conoces a todas?

Llevo los ojos al techo y me voy a la habitación para vestirme. Ahí los dejo hablando de tías. Comienzo a recoger las prendas que ayer dejé tiradas por el suelo y siento mi propio móvil vibrar. Lo busco entre la ropa. Tengo varias llamadas perdidas de mi amiga Marta y un par de mensajes:

Marta:

¡Hugooo! ¿Eres tú el del periódico? ¿Estás con Dylan Carbonell?

Edu:

No jodas. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?

Eli:

¡Acabo de verlo! ¡Sí que es Hugo!

Marta:

¡¡¡Hugooo!!!

Paso de contestar. Lo haré más tarde. Me quedo mirando el nombre de mi amiga. Porque cuando leo su nombre, lo único en lo que puedo pensar es en ellos dos, Dylan y Marta, enrollándose y a punto de follar como locos delante de mis narices. Y en que no sé cómo diablos ha sucedido, pero Dylan se ha convertido en mi amigo. Amigo.

Me siento en la cama con un suspiro y escucho la conversación que mantiene con mi hermano.

—¿Y tú qué haces aquí a estas horas? ¿Estás nervioso por la exposición de hoy?

—Qué va. Lo tengo controlado. He venido porque Hugo y tú salís en el periódico.

—No jodas. Déjame ver.

—No te preocupes, salís muy guapos los dos.

—¿Y tu hermano no ha enloquecido?

—Asombrosamente, no.

—¿Ha leído el titular?

—Ha leído la parte que le toca, sí, la del fan que sube al escenario a bailar con su estrella.

—¿Y seguro que no ha perdido la cabeza? Mira que nosotros tenemos un pasado. Oye, pues sí que salimos bien. Por cierto, tengo que comprarme ropa.

𝄞

No deja de llover en casi todo el día. Mi hermano se marcha enseguida a preparar la exposición de esta noche y yo me quedo en casa con Dylan. Con un Dylan que se sube por las paredes. El encierro no es lo suyo. Tampoco deja de llamar a mi madre para preguntar por los cachorros. Esta noche también duermen allí; el padre de Alex va a quedarse con ellos para que no estén solos mientras mis padres acuden a la exposición, y nos pasaremos mañana por la mañana a recogerlos. He hablado con varios vecinos y les he pedido que corran la voz de que buscamos quien los adopte. Me da pena separarlos, pero ahora que están sanos y salvos tengo que encontrarles un hogar, y no creo que se los lleven a los tres juntos.

En cuanto el tiempo nos da tregua y deja de llover, lo saco a la calle. A Dylan. No importa que vayamos justos de tiempo para lo de esta noche: tengo que sacarlo de casa para que queme parte de esa energía desbordante que se agita como un tifón en sus venas.

Caminamos por el paseo de la playa, que está lleno de charcos que nos cuesta esquivar, porque nos cruzamos con cientos de personas; todas han salido en cuanto ha dejado de llover. Hay gente paseando hasta por la arena.

—No entiendo ese afán por la playa —me dice Dylan—. De verdad que no. Y menos, con la arena mojada.

Me detengo y me quedo mirando un punto fijo en el mar de color grisáceo.

—¿Qué miras? —me pregunta, situándose enfrente de mis ojos.

—¿Qué coño es eso que hay allí?

—¿El qué? —Dylan sigue la dirección de mi mirada. Me alejo de él y, de un salto, me encaramo al muro bajo de piedra. Él sube detrás de mí.

—Eso. —Le paso el brazo por los hombros a la vez que con la otra mano le señalo el mar donde… no hay nada. Lo arrastro sin que se dé cuenta al borde del muro y lo empujo con fuerza sin que se lo espere. Cae. Cae de pie, pero cae en toda la arena mojada. Las deportivas blancas, impolutas, se le manchan de arena. Y yo empiezo a descojonarme en su cara. Esto es por la mañana que me ha dado.

—¡Eres imbécil!

Le contestaría, pero es que no puedo. Se me dobla el estómago a causa de la risa. Su expresión es un poema.

—Deberías verte la cara. Debería sacarte una foto y subirla a tus redes sociales.

Dylan se agacha y coge dos puñados de arena; pretende lanzármelos, pero soy más rápido. Salto del muro al paseo y echo a correr. Él corre detrás de mí con las manos llenas de arena. Genial, Dylan, así gastas un poco de esa energía tuya; lo necesitas. Me detengo porque, al mirar hacia atrás y no verlo, creo que se ha rendido, pero nada más lejos de la realidad: estaba escondido detrás de una señora. Me alcanza y estrella una bola de arena en mi cuello.

—¡Au! —me quejo—. Pica.

—Te jodes. Tengo los pies y las manos llenos de arena.

—Y más que vas a tener.

Dylan abre los ojos en cuanto entiende mi amenaza y corre en dirección contraria. No le va a servir de nada; estoy hasta por darle ventaja. Lo sopeso. Bah, no. Se sube al muro para no tener que esquivar a la gente e ir más rápido, pero lo alcanzo enseguida. Soy más ágil y veloz. Lo suyo es la música, no el deporte, y da la casualidad de que yo soy todo deporte. Bajo a la playa de un salto y cojo arena; Dylan se aleja, pero, aun así, hago un lanzamiento perfecto y lo alcanzo en todo el pelo. Me descojono otra vez. El pelo es su punto débil. Cojo más arena y se la voy a

lanzar, pero, entonces, él viene en mi dirección y salta sobre mí, impidiéndomelo; se me cae la arena de las manos y mantengo el equilibrio unos segundos con él sobre mi espalda, despeinándome y jodiéndome vivo, hasta que caemos los dos al suelo, debido a la fuerza de su arremetida y a que Dylan pesa un huevo.

Suelto un par de improperios, porque soy yo el que se da la hostia contra el suelo y él, el que cae sobre mi cuerpo. Me lo saco de encima y nos quedamos tumbados sobre la arena fría con la vista en el cielo lleno de nubes; exhaustos, la humedad traspasando mi ropa, pero sin llegar a molestarme.

—Ay, joder —se queja Dylan, doblándose y tocándose la pierna—, me he hecho daño en el tobillo. He caído mal.

¡Tendrá cara! Que ha caído mal, dice.

—Eres demasiado urbanita.

—¿Urbanita? ¿Eso es un insulto? Esta te la guardo, que lo sepas. Tengo el pelo lleno de arena. Otra vez. A la próxima te lo hago limpiar con la lengua.

Giro la cabeza y lo miro. Me río un poco más de él. Me devuelve la mirada. Finge ir en serio.

—Es que eres muy fácil —le digo.

—Ándate con ojo.

—Qué miedo.

—¿Te estás riendo?

—Para nada. Vas armado de notas musicales hasta los dientes. Das mucho miedo.

—Pero ¿cómo eres tan gilipollas?

Me río a carcajadas y pienso que me encantaría quedarme aquí un rato más, pero en un acto reflejo giro la muñeca y compruebo la hora.

—Deberíamos levantarnos. Tenemos que prepararnos para la exposición de mi hermano.

—Dame cinco minutos. Creo que voy a acabar acostumbrándome a estar aquí tumbado. Huele bien. ¿No te huele bien?

Claro que me huele bien. Huele a… a playa.

—Al final te va a gustar la arena.

—No es la arena. Es el lugar. Me gusta este pueblo. Y me gusta estar en el suelo. Me encanta estar en el suelo, al nivel del mar. ¿Nunca has sentido la necesidad de…?

Dylan calla de pronto. Me mira con indecisión. O con inseguridad. No sé descifrarlo. Y, por un breve instante, vuelvo a intuir en él la vulnerabilidad de aquel día, cuando me mostró retazos tan dolorosos de su pasado.

—¿De qué? —insisto.

—De saltar —pronuncia en un susurro, cerrando los ojos y tapándoselos con uno de sus brazos.

¿Saltar? No lo entiendo.

—¿De saltar a dónde?

—¿Te acuerdas de cuando llegué a tu casa por primera vez? ¿Recuerdas que te dije que me gustaba donde vivías no porque fuera acogedora, sino porque era una casa de una sola planta? ¿Una planta baja? También te dije que, si te contaba el motivo, echarías a correr. No eches a correr ahora, *babe*. Por favor.

—Sí, lo recuerdo. —Pensé que era una de sus gilipolleces, pero ahora me doy cuenta de que quizá fuera algo más profundo. Me incorporo y me aproximo a él, le quito el brazo de los ojos y lo obligo a mirarme—. ¿Tienes miedo a las alturas? No voy a echar a correr por eso. Ni te voy a obligar a superar tus miedos si tú no quieres. Los miedos, miedos son. Yo también tengo miedos,

Dylan. Todos los tenemos.

—No como los míos. No tengo vértigo. Es otra cosa. Es algo peor.

—¿Qué cosa?

Dylan deja escapar de sus labios un suspiro prolongado. Retira la mirada de mis ojos y la alza al cielo. Ha anochecido. No me había dado cuenta.

—Una vez me asomé a la terraza de un ático. Estaba en una fiesta. Las luces de la ciudad comenzaban a encenderse por cada rincón. Me quedé observándolas. Una música suave sonaba de fondo. Era una música agradable para el oído humano, pero yo solo quería desnudarme y… llegar a las luces. Estaba alto. Muy alto. Era un edificio de treinta pisos. Quise saltar. Sin paracaídas. Subirme a la barandilla, extender los brazos y saltar. Y ahora, desde ese día, tengo miedo de volver a asomarme a una terraza o a un balcón. Tengo miedo de sentir el impulso de saltar porque creo que todavía está ahí, dentro de mí.

Nos quedamos en silencio. Ni siquiera entiendo cómo he permitido que dijera todo lo que acaba de soltarme por la boca sin interrumpirlo, así que mucho menos entiendo mi silencio. Tal vez sea porque me he quedado paralizado. Paralizado por completo. Excepto por mi corazón. Ese late a toda velocidad. Creo que se debe a que es lo único que ha reaccionado en mí. El único que entiende lo que sucede. El único que ha unido los puntos. Hasta que mi cerebro también lo hace.

—¿Es una broma? —le pregunto con frialdad, la misma frialdad que he comenzado a sentir de pronto, como si la arena mojada bajo mi cuerpo traspasara de golpe el filtro de mi ropa y mi piel y me penetrara hasta los huesos. «Dime que es una broma, Dylan», le suplico con los ojos. «Te voy a echar una bronca de la hostia por tener un sentido del humor tan pésimo, pero dime que es una puta broma. Por favor».

—No.

Clava su mirada en la mía. Sus ojos claros vuelven a estar negros, dilatadas hasta el límite las pupilas, y no necesito ningún movimiento adicional por su parte para saber que dice la verdad. Vuelvo a quedarme en silencio. Esto, simplemente, no puede estar pasando. No puede ser verdad. La imagen de Dylan saltando al vacío me inunda los pensamientos. Y se me corta la respiración. Tengo que cerrar los ojos para no verlo, pero es inútil. Está ahí. Está ahí y no creo que vaya a irse jamás.

—¿Has intentado tirarte de un balcón y me lo cuentas así? ¿En serio, Dylan?

—No he intent…

—¿No te asomas a un puto balcón por miedo a saltar y me lo cuentas así? ¿Tú de qué vas?

Me levanto del suelo y él lo hace detrás de mí. Joder, joder, joder. JODER, JODER, JODER. No me lo puedo creer. ¡NO!, quiero gritar cada vez que veo a Dylan precipitarse al vacío en mi mente.

—No lo estás entendiendo.

—¡Lo entiendo perfectamente! —grito, fuera de mí. Asustado. Muy asustado. Porque no dejo de ver a Dylan saltar.

—No. ¡No lo estás entendiendo! —grita a su vez, desesperado, acercándose a mí e intentando tocarme—. No has dejado que me explique. No creo que lo haga, llegado el momento. Es solo una sensación, no una certeza.

—Oh —exclamo, subiendo los brazos y alejándome de él—, pues de puta madre, eso me deja mucho más tranquilo.

—*Babe*.

—Ni *babe* ni pollas.

—No soy un suicida.

—Querer tirarse sin paracaídas de una terraza a más de treinta pisos de altura es querer suicidarse —le digo, apuntándolo con el dedo.

—No seas obtuso, joder.

—¿Obtuso?

—Sí, obtuso. Todo lo etiquetas. Me llamaste «drogata» la primera vez que nos vimos.

—¡Estabas drogado!

—Eso no me convierte en drogadicto.

—Eso yo no lo sé.

—¿Que no lo sabes? —me pregunta con dolor. Un dolor que yo le estoy causando. Pero no puedo dejar de hacerlo. Porque por su puta culpa él está cayendo al vacío y yo tengo ganas de vomitar—. ¿En presente? ¿No lo sabes ahora? ¿Acaso me has visto drogarme en todo este tiempo que llevo contigo? ¡Porque no sé si te has dado cuenta, pero vivimos juntos!

—¡Créeme, no se me olvida!

—Me he metido coca, sí, lo admito, y he fumado porros. ¿Y qué? No dependo de ello. Solo lo uso en momentos excepcionales.

—Y eso podría matarte.

—No va a matarme. Lo tengo controlado.

—¿Sabes lo que no puedes controlar, Dylan? Una puta caída desde un piso treinta. Ahí no hay segundas oportunidades. Palmas. Al instante. —«Y yo te estoy viendo. Y tengo miedo. Y quiero esposarte a una pared para que no se te ocurra coger un ascensor en tu vida. Pero no puedo hacerlo».

—No estoy diciendo que fuera a saltar, solo que un día pensé en saltar, pensé en saltar un puto segundo, y ahora tengo miedo de volver a asomarme. Solo es eso. Pero en el fondo estoy casi convencido de que no lo haría. En última instancia, no lo haría.

—Estás muy jodido, Dylan.

—No me entiendes.

—No.

—No todos podemos ser tan perfectos como tú.

—No me consideres perfecto porque yo no quiera tirarme de una puta terraza —le digo, apuntándolo de nuevo con el dedo.

—¡No me estás escuchando!

—¡Sí te escucho!

—A ti no te corre sangre por las venas, por eso eres tan frío. Tan inmutable. Pero yo no soy así. Yo soy de sangre caliente, soy visceral y exploto. Deberías intentarlo alguna vez. ¡Deberías explotar para saber lo que se siente al perder el control! Quizá así me entenderías.

—Yo exploto, Dylan, claro que exploto. —«¿Es que acaso no me ves ahora? Porque estoy al borde del colapso. Tú me has dejado al borde del colapso»—. Pero no todos podemos estar a tu nivel. Tú explotas demasiado.

—Tú no tienes ni idea de lo que es explotar.

—¿Porque no pienso en saltar? ¿Por eso no sé lo que es explotar?

—Porque no te nace de las entrañas. Porque las contienes para que no lo hagan. Explotar no es gritar como tú me estás gritando ahora. Explotar es algo más. Es tirar un puto piano por las escaleras.

—Así que tirar un puto piano por las escaleras —repito—. ¿Eso es metafórico, Dylan? ¿O es literal?

—Qué más da. El concepto lo has pillado, ¿no?

—No soy gilipollas.

—Lo que tú digas. —Se da media vuelta y enfila el camino de vuelta al paseo de la playa, donde la vida continúa, ajena al terremoto que acaba de asolar nuestros cuerpos. Y que va a dejar secuelas. Nuestros escombros por todas partes.

—¿A dónde vas?

—A subir a lo alto de aquel edificio —me contesta con desdén, señalando una de las construcciones más altas del pueblo.

Aprieto el paso y lo alcanzo. Lo agarro por el hombro y lo obligo a darse la vuelta y mirarme.

—No bromees con eso.

—No te preocupes. —Se zafa de mi agarre con brusquedad—. No siento impulsos de acabar con todo. Hoy, no. Voy a tu casa a cambiarme de ropa. Tu hermano tiene una exposición en menos de media hora. ¿Quieres llevarme de la mano?

—Vete a la mierda, Dylan.

—¡Vete a la mierda tú!

Me saca el dedo corazón mientras se aleja. Me quedo de pie en medio de la playa. Y esa imagen, esa puta imagen de Dylan saltando, no se va. Me masajeo los ojos. Vete, por favor, vete. Pero sé que no lo va a hacer. Joder.

DYLAN

Lanzo el cigarro al suelo y suelto el humo por la boca. Nada más entro en la galería donde se exhibe la exposición de Adrián y… piano. Música de piano de fondo. Música de puto piano de fondo. El nene no me habla, el nene toma la dirección contraria a la mía una vez que entramos (él hacia la derecha y yo, hacia la izquierda; él sabe que yo siempre voy hacia la izquierda), y música de puto piano de fondo. De lujo. Hoy voy servido.

Reconozco la melodía al instante: *Experience*, de Ludovico Einaudi. Podría ser mi padre. Casi es mi padre. De lujo. No. Borra eso. Ya lo has dicho. Bueno, ¿y qué? Estoy de lujo, ¿no? Hostias, ¿qué es eso?

Me acerco a la primera pintura que cuelga de la pared blanca. Es enorme, pero no es eso lo que me llama la atención. Es lo que representa. Es el nene. En realidad, hay cuatro personas más en el dibujo, pero yo solo lo distingo a él. Cuando me aproximo para tocarlo, identifico a los cinco hermanos Cabana; es como una fotografía de todos ellos, una fotografía actual, así de perfectos son los trazos. Joder con Adrián. La imagen es de un partido de fútbol. Yo creo que si hubiera jugado más a fútbol, habría sido portento. Soy zurdo, de mano y de pie, y he oído que los zurdos juegan de puta madre al fútbol. Le sugeriré al nene echar un partido algún día, que me explique las reglas y eso y, si me convence, jugamos. Bueno, eso si volvemos a hablarnos, claro. Que no lo tengo claro. Ahora mismo, estoy seguro de que me daría con la pelota en las pelotas. Mi Cabana tiene la pelota en el pie. En el cuadro, digo. Mis pelotas están a salvo, al menos, de momento.

Me he dado cuenta de que yo, con mi Cabana, soy como esas tormentas que en cinco minutos arrasan con todo, y que vienen sucedidas de un cielo despejado y un sol de justicia. Vamos, que no puedo permanecer mucho rato enfadado con él. Para cuando hemos salido de casa, yo ya quería hacer las paces. Pero me parece que él es de esas tormentas que se quedan encalladas en el cielo durante horas. Vamos, que puede seguir mucho rato enfadado conmigo. Tampoco quiero atosigarlo.

Paso al cuadro de al lado. No lo entiendo. Solo son un montón de manguerazos de pintura. En cuanto vea a Adrián, se lo digo. Menuda mierda. Yo quiero más de lo otro. Espera. Creo que ahí hay más. Me desplazo dos cuadros a la derecha y veo otra imagen de ellos cinco. Son más jóvenes. No demasiado. Incluso podría pensarse que no hay salto en el tiempo. Pero lo hay.

No me puedo creer que piense que tengo tendencias suicidas. Sabía que no tenía que contárselo. Que no tenía que contárselo nunca a nadie. Hay secretos que deben quedar siempre ocultos. Pensamientos que nunca deben salir de nuestra cabeza. Porque yo me entiendo a mí mismo, pero él no está dentro de mi cabeza. Y yo me he explicado como el culo.

Voy pasando de cuadro en cuadro (por descontado que me salto los manguerazos de pintura) y al mismo tiempo voy conociendo los cambios físicos de Adrián Cabana y sus cuatro hermanos. Sonrío al llegar al pelo corto del nene. Está guapo. Él siempre está guapo. Me gustaría embeberme más de cada cuadro, fijarme hasta en la ropa que lleva puesta, ver si reconozco alguna de esas prendas porque aún vivan en su armario, pero me pueden las prisas por llegar al final. O al principio. Porque he empezado por el final. Por eso el nene ha tirado hacia la derecha. Podría haberme avisado.

Me cruzo con él, con él de verdad, cuando, según mis cálculos, llego a sus catorce años en los cuadros. Siento su presencia detrás de mí, pero no me giro. Siempre siento su presencia. Su

sonido. Y el elefante en la cacharrería a su lado. En su oído. Jaime. Y la molestia en mis entrañas. Continúo mi camino. Saludo a la gente que conozco y que se cruza conmigo. Saludo a sus padres. Les pregunto por los cachorros. Qué ganas tengo de verlos, joder. Eso lo he dicho en alto. Su madre sonríe. Llego al inicio. Creo que es el primer recuerdo de Adrián. Porque creo que todos los cuadros son recuerdos de cómo Adrián ha visto a sus hermanos a lo largo de los años. Joder. Qué puta pasada.

—Gracias. ¿Sabes que has empezado por el final?

Sol. Sol. Sol. Sol. Sol. Sol. Sol. Sol. Qué Sol más puro, coño.

—¿Qué son todos esos manguerazos de pintura? Es una mierda.

—¿Manguerazos de pintura? Dirás brochazos de pintura.

¿No es lo mismo?

—¿No es lo mismo?

—Claro que no es lo mismo. Es una técnica, y yo la domino a la perfección. Retira lo que has dicho de manguerazos o te saco a patadas de mi exposición.

Qué *especialito* es el chaval. Y un borde, un puto borde. A sus propios hermanos se las suelta a cada minuto, y a Alex St. Claire, a cada segundo. Pero a mí me cae bien. Me gusta Adrián Cabana. Y yo a él. Se palpa en el ambiente. Se escucha.

—Creo que quieren que les ponga música —le digo, ignorando su absurda amenaza, sin apartar la vista de los dibujos. No lo he hecho en ningún momento. Tampoco he dejado de escuchar a los cuadros. O, más bien, de escuchar a uno de los chicos rubios de los cuadros. A uno de los más rubios. Suena sin parar. Y entonces lo sé. Sé lo que hago aquí. Y sé lo que me voy a llevar de este lugar. Sé por qué estoy escribiendo todas esas letras y sé a quién van dirigidas.

—Hazlo.

—Mediterráneo —expreso en voz alta.

—¿Qué?

—Nada.

—Otro con el «nada». ¿Qué os pasa?

—¿A quiénes?

—A mi hermano y a ti.

Observo de soslayo a Adrián. Espera una respuesta. Debería atender a su público en lugar de perder el tiempo conmigo. Detrás de Adrián se encuentra él. Con Jaime y Priscila. Contemplan los cuadros y charlan de manera distendida. Jaime lo toca mucho. En todo momento. No deja de manosearlo. Devuelvo la vista a algo más bonito.

—Estamos atravesando un periodo de silencio. No podemos hablar el uno con el otro, pero sí con el resto del mundo.

—Vamos, que estáis enfadados.

—Si prefieres llamarlo así.

—¿Por qué habéis discutido?

—¿Por qué das por hecho que hemos discutido?

—Porque conozco a mi hermano. Y tiene cara de haber discutido. A lo grande.

—Le he dicho algo que le ha molestado.

Y supongo que lo está digiriendo. O, al menos, lo espero. Porque yo doy pasos de dinosaurio, tal cual me salen, pero el resto del mundo, no. El resto del mundo da pasos de hormiga. Y el nene es «resto del mundo». Tengo que darle tiempo. Lo miro una vez más. Él lo advierte. Porque me devuelve la mirada. Me la sostiene. Pero la retira poco después. Yo podría sostenérsela durante el

resto de mi vida.

—Deja de mirarlos.

—No puedo. Jaime va a saco. Y el otro que se deja.

—Tienen una historia. ¿Tú no arrastras historias?

—¿Amorosas? Ni una. ¿Tu hermano sí?

—No. Solo una. Jaime. Y solo porque es muy reciente. Sucedió el verano pasado.

—¿Qué sucedió?

—Eso tendrás que preguntárselo a él. Échale un par de huevos.

—Tengo un par de huevos. ¿Quieres verlos?

—No te veo utilizarlos mucho para ligarte a mi hermano.

—Porque no me estoy ligando a tu hermano, hombre —digo, dejando escapar una carcajada.

—Y, entonces, ¿qué estás haciendo?

—Me estoy dejando llevar. Oye, ¿puedes quitar esa mierda de música?

—¿Qué mierda de música? —me pregunta, sorprendido.

—La que suena de fondo a través del hilo musical.

—Yo no escucho nada. Joder, apenas se oye.

—Yo sí la oigo. Es un puto piano. No me gusta el piano.

—Ahora me ocupo.

Adrián se marcha y me quedo con mis pensamientos. Iba a decir que me quedo solo con mis pensamientos, pero tampoco voy a mentir. Los miro a ellos de nuevo. Ya no están solos: un montón de gente los rodea. Parece una familia. Reconozco a tres de los integrantes. Son sus primos, los que encontraron a la madre de nuestros cachorros. La música cambia. Por fin. Me concentro un segundo en ella. *Eternal flame*, pero en castellano. La cantan tres chicas; me suenan sus voces. ¿Es esto… es esto un puto CD de Operación Triunfo? Busco a Adrián con la mirada y me devuelve un guiño en cuanto encuentro sus ojos. Joder. Si es que tenía que haber ido yo a cambiar la puta música. El que quiera peces, que se tire al agua, ¿no?

Mi vida se divide en dos partes. La parte en que no me dejé llevar y la parte en que me dejo llevar. Sin control. O, lo que viene a ser lo mismo, la parte antes de arrojar el piano favorito de mi padre por las escaleras y la de después de tirarlo. Aunque creo que ahora hay una tercera parte, y la estoy viviendo en este instante: la parte del nene. Es difícil ver las cosas mientras transcurren; desde la perspectiva del pasado, o del futuro, quedan más claras, o al menos yo tengo esa sensación.

Antes me sentía contenido, anulado. En esa primera parte de mi vida no era yo mismo, no actuaba como yo, no me lo permitían. Tardé demasiado tiempo en rebelarme, pero una vez que lo hice, ya no hubo vuelta atrás y, sobre todo, una vez que lo hice, me prometí a mí mismo que jamás dejaría que nadie volviera a anularme. Que nadie decidiría los pasos que daría en mi vida y que la viviría como me diera la puta gana. También aprendí a valorar los instantes, la libertad, el libre albedrío; por eso hago lo que me sale de los cojones, y al que no le guste que no mire. En mayúsculas. AL QUE NO LE GUSTE QUE NO MIRE.

Yo era una piñata, una de esas piñatas que los padres normales compran para sus hijos en sus cumpleaños; las he visto por la tele, yo jamás tuve una. Yo era una. El problema fue que por dentro estaba a reventar de cosas, y los demás no hacían sino meter más y más. Entonces exploté. Y todo lo que había dentro de la piñata quedó desparramado por los suelos. Y todas las partes de Dylan quedaron desparramadas por el suelo. No hay vuelta atrás para eso. El nene es todo lo contrario a una piñata.

El nene.

¿He dicho antes que al que no le guste que no mire? Sí, creo que lo he dicho, y en mayúsculas, además. Lo que es una putada, porque si al nene no le gusta lo que ve y no me mira… a mí se me encoge el corazón. Me gusta. Me gusta él. Me gusta como amigo, me gusta como compañero de piso, me flipa como veterinario, me vuelve loco como persona y creo que le echaría un polvo. Deberíamos echar un polvo. No. Borra eso. No, no lo borres. Me lo quiero follar, ¿y qué? No le veo el problema. Los dos estamos sanos y somos activos sexualmente.

Creo que me di cuenta de que me gustaba, de que me gustaba como para follármelo a lo loco, ayer, en su cumpleaños, cuando tuve una erección de la hostia mientras revoloteaba a su alrededor con esa canción que jamás volverá a ser la misma para mí. No se la clavé en el culo de puto milagro. Aunque supongo que me gustaba desde antes, porque estuve a punto de besarlo en la boca después de la heroicidad que llevó a cabo con nuestros cachorros. Oh, espera. También quise besarlo en el cuello mientras le susurraba las mierdas de mi pasado y él me tocó los dedos de aquella manera. Se me eriza la piel al recordarlo. Y pienso, que, quizá, quizá, el día del partido de vóley-playa casi me empalmo porque lo tuve primero debajo de mí, sintiendo su cuerpo contra el mío, y después encima de mí, rozándome la polla sin querer. Quizá ahí ya me gustaba, sí. Es posible. Y entonces me acuerdo de lo que sentí cuando lo vi por primera vez. Y de que la mañana después de pasar nuestra primera noche juntos me desperté encima de su cuerpo. Sabía que era él. Me acuerdo de que quise probar si sabía igual de bien que sonaba. Por eso comencé a besarlo. Me lo tomé como un experimento. Un experimento, mis huevos. Mierda, creo que me gusta desde el principio. Me temo que sufrí un flechazo.

Y ahora no me habla porque piensa que soy un puto pirado. Lo que no es cierto. Creo. Tampoco sé si yo le gusto a él. Me envía señales contradictorias. Esto es frustrante. Suerte que yo no me frustro.

—El otro día, cuando nacieron los cachorros, sentí el impulso de buscar a los responsables del abandono y estrangularlos con mis propias manos. Sin embargo, sé que, aunque hubieran llamado a mi puerta en ese momento, aunque se hubieran regodeado en mi cara de lo que habían hecho, jamás los habría atacado. Pero el impulso estaba ahí. Un impulso. No una certeza —dice el nene.

Y aquí está él. Y aquí estoy yo. Me he sentado en el suelo, en una esquina, he apoyado la espalda en la pared y ni me he dado cuenta. Se sienta a mi lado. Lo miro a los ojos. A esos ojos grises que me vuelven loco.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que creo que te entiendo. Me ha costado tres horas y treinta y nueve minutos, pero creo que te entiendo.

—Te ha costado tres horas y treinta y nueve minutos porque no has dejado de intentarlo.

Nos quedamos mirándonos. Sin nada más que decir. O con miedo a decirlo todo. Y creo que yo hoy ya he dicho demasiado. Me pongo en pie de un salto y le ofrezco la mano para que se levante conmigo.

—¿Nos vamos a casa?

Capítulo 20

Es por ti

Ya debería haber salido de la clínica, pero tengo que ponerme al día con el papeleo. No puedo dilatarlo más, al final me quedo sin material, así que aquí estoy, en mi pequeño despacho, ordenando facturas y pedidos y escuchando música de fondo en la radio. Me gusta la canción que suena: *Es por ti*, de Cómplices. Es un clásico, y yo soy muy de clásicos. Me levanto y subo el volumen. Comienzo a tararear en voz baja mientras me siento de nuevo; esta me la sé casi entera. De pronto, me parece escuchar a los cachorros en la calle, a través de la ventana cerrada; desde que empezaron hace poco a salir a la calle siempre entran en la clínica arrasando con todo, ladrando y pisándose entre ellos para ver quién llega el primero hasta mí. Si no fuera porque ellos tres son perros y Dylan es una persona, aseguraría sin temor a equivocarme que son sus vástagos. Sangre de su sangre. Están cortados por el mismo patrón. Hasta se mueven igual. Con ese aire insinuante y elegante pero caótico y desordenado. Increíble pero cierto.

Dejo de tararear y de dar golpecitos con el bolígrafo encima de la mesa y afino el oído; el sonido se ha apagado, aunque me ha parecido escuchar la campanilla de la puerta. Habrán sido alucinaciones mías. Si es que ya los escucho por todas partes y a todas horas. A los cuatro. Esto no es sano.

—*¡Y decirte!*

Me sobresalto al escuchar la voz de Dylan. Levanto la cabeza de los papeles y lo veo en la puerta de mi despacho con cara de querer hacer una gran interpretación, pero también el idiota, y a los perros, que apenas levantan un palmo del suelo, entrando en tropel a husmearlo y destrozarlo todo, las correas en miniatura a rastras por el suelo. Los ladridos adueñándose del ambiente.

—*Tus labios son de seda. Tus dientes, del color de la luna llena*. —Dylan viene bailando hacia mí con gestos exagerados, moviendo la cabeza de un lado para otro y con un micrófono imaginario en la mano izquierda.

Cierra los ojos y canta como si le saliera de lo más profundo del alma. Es un peliculero. Aun así, lo hace de puta madre. Está en su elemento. Los perros lo rodean y parece que le hacen los coros. Se me escapa una sonrisa. Imposible contenerla.

—*Tu risa, la sangre que corre por mis venas*. —Llega hasta mí y me pone el micrófono imaginario en la boca. Niego con la cabeza. Sí, claro, como si fuera a cantar con mi mierda de voz después de que la suya se haya colado en mi sistema y lo haya inundado todo. Ahora que se aguante y que la cante entera.

Entonces se acerca a mi oído y comienza a cantarme en voz baja:

—*Tus besos, la tinta de mis versos, que siempre te cuentan*. —Y yo siento ese cosquilleo habitual. Y me estremezco. Porque Dylan canta de puta madre—. *Oh, oh, oh. Oh, oh, oh. Oh, oh,*

oh. Que siempre te cuentan.

Dylan se separa de mí en el instante en que acaba la canción y un nuevo tema comienza a sonar por la radio.

—¡Sorpresa! —me dice, levantando las cejas.

—Os he oído llegar —le respondo. Me callo lo de que por un momento he pensado que eran alucinaciones mías.

—Mierda, chicos —les dice a los perros. Perros que se suben a su pierna como si quisieran fundirse con él—, os he dicho que guardarais silencio. Sois muy alborotadores. Tenemos que trabajar en ello. Y a ti —me advierte entonces—, la próxima vez te voy a obligar a cantar conmigo.

—Suerte con eso.

—¿Qué haces?

—Trabajar.

—Pero mira qué hora es. Hemos tenido que venir a buscarte porque los cachorros estaban inquietos y se subían por las paredes. Literalmente. —Seguro que eran ellos los inquietos, sí. No lo pongo en duda—. Te han dejado un par de marcas de patas, pero no te preocupes porque lo hemos limpiado y ya no se ven. Casi. ¿Verdad, chicos? He querido echarles la bronca, pero no me ha parecido bien en última instancia. Solo son bebés, y en ningún momento les habíamos avisado de que tenían prohibido subirse por las paredes. Ellos actúan por instinto. He estado leyendo libros sobre el cuidado de cachorros y creo que tengo decidida mi estrategia. Oye, que nos apetece salir por ahí. Ir a cenar. O a pasear. O podríamos hacer surf. Nunca he hecho surf, pero aquí como que apetece, al haber mar y eso. Y hay olas, ¿quién lo diría, eh? En el puto Mediterráneo. Lo malo es que hay que pasar por la playa, pero lo pasaré por alto por esta vez. ¿Te imaginas a los cachorros sobre una tabla, en plan *Surfin' USA*? Llevaríamos la cámara de fotos. ¿Tienes cámara de fotos acuática? Si no, podemos comprar una en alguna parte. Y de paso debería comprarme ropa. No sé. Me apetece algo diferente. De ropa, no. De hacer algo. ¿Ideas?

Una vez más, me voy directo al final de la frase. Yo, con Dylan, ya siempre me voy directo al final de la frase. O, mejor, a la última palabra.

—Cometamos una locura.

Dylan se queda paralizado con uno de mis pisapapeles en la mano; siempre lo toquetea todo. Estoy a punto de echarme a reír, pero no quiero que piense que lo digo en broma. Me apetece hacer algo divertido con él. O para él. Han pasado un par de días desde la exposición de mi hermano, y desde nuestra primera discusión, y volvemos a ser los Hugo y Dylan de siempre, pero siento que necesitamos esto. Que yo necesito darle esto. Aunque solo sea una carcajada. Aunque solo sea un instante que atrapemos para el resto de nuestras vidas. Y supongo que esos instantes especiales suceden así, haciendo algo inesperado. Sin pensarlo. Un. Dos. Tres. Ya. «¿Te acuerdas del día en que se te ocurrió que podíamos…?» Quizá lo recordemos cuando nos enfademos otra vez y podamos tirar de él. Dylan es de mecha corta, y es de mecha corta para todo. Para explotar y para «desexplotar», si acaso eso existe. Para pillarse un mosqueo de puta madre cuando algo no le gusta o se le cruza el cable y para perdonarlo todo al minuto siguiente. Creo que es porque la vida lo ha enseñado a… vivirla.

—¿Qué?

—Cometamos una locura —repito.

—¿En serio? —me pregunta con brillo en los ojos.

—En serio.

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

—¿Qué quieres hacer?

Miro por la ventana. Es de noche. Y hace frío. Acabamos de dejar atrás abril. Y entonces se me ocurre una cosa. Que no es la mejor idea que podría tener, pero creo que a él le va a gustar. Le va a flipar.

—¿Te apetece que nos colemos en una piscina privada a nadar?

Dylan, al instante, se acerca a mí y me toca la frente.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con el nene?

Río y le quito la mano.

—¿Te apetece o no?

—Ya estás tardando en levantarte de esa silla.

Me pongo en pie y recojo mis cosas de encima de la mesa. Me dirijo a la salida, pero, antes, los miro a los cuatro y los señalo con el dedo:

—Y para que no haya confusiones en el futuro, os lo advierto: tenéis terminantemente prohibido subiros por las paredes de casa. Sin excusas. Y va para los cuatro.

𝄞

Estamos plantados frente a la verja de la propiedad privada. Uno al lado del otro. Casi nos rozamos. Casi. La verja es alta. Hemos dejado a los perros en casa; esta locura no nos va a llevar demasiado tiempo y Dylan ha considerado que, ya que vamos a delinquir a lo grande, con premeditación, alevosía y nocturnidad, mejor los dejábamos fuera del asunto. Ha dicho que no le gustaría ver las huellas dactilares de los tres cachorros estampadas de por vida en los registros de la comisaría del pueblo. Yo le he seguido la corriente. Y juro que he intentado no reírme. No sé si lo he conseguido.

Miro hacia ambos lados, por si acaso viene alguien; con la luz blanca que las farolas proyectan sobre nuestros cuerpos se nos distingue a la perfección. Camino despejado. No hay ni una sola alma en la calle. De un salto, alcanzo a agarrar con las manos el alto de la verja y me impulso con el cuerpo para subir y apoyar mi estómago en ella. Una vez arriba, paso una de mis piernas al otro lado y me quedo sentado.

—Joder —exclama Dylan desde abajo—, eres un puto ninja.

—Sube, no es para tanto.

—¿Tú sabes que los saltos más grandes que doy yo son con un bolígrafo sobre un pentagrama? A lo más peligroso que me he atrevido es a hacerlo sin pentagrama. Una puta locura.

Sonrío, inclino el cuerpo y extiendo el brazo.

—Dame la mano. Vete apoyando los pies en la verja.

Dylan aferra mi mano con decisión, con fuerza, y se impulsa hacia arriba con mi ayuda. Y a mí un escalofrío me recorre la espina dorsal. Y un cosquilleo me sube por el brazo. Y un recuerdo: *los dos sentados en el suelo, frente a uno de los cuadros de mi hermano. Él se incorpora. Me da la mano. Esa mano que es puta magia. Yo se la cojo. Me levanto. Y ahí podemos dejar de entrelazar nuestros dedos. Pero no lo hacemos. Dylan me arrastra con suavidad hacia la salida. Y yo me dejo arrastrar. Él va delante. Detengo mi mirada en su figura. En sus pasos. En la forma en que le caen los pantalones vaqueros. Salimos a la calle. Y solo entonces siento que su tirón está a punto de desaparecer. Lo llamo. «Dy». «¿Qué?», me contesta. «Prométeme que si en algún momento necesitas saltar, a donde sea, me lo dirás».*

«Prométeme tú que vas a llamarme así más veces». «¿Dy?». Él niega con la cabeza. «Dy», repite, en un tono infinitamente más suave. Más íntimo. Y yo me pregunto en voz baja si ha sonado de esa manera cuando lo he dicho yo.

—Joder, *babe*.

Vuelvo al presente. Dylan ha subido y ha conseguido sentarse delante de mí, sus piernas a ambos lados de la verja, como las mías. No me ha soltado la mano. Observa la piscina, iluminada y en calma, con ojos curiosos. Divertidos. Y traviesos. Observa la piscina con una promesa.

—*And if you have a minute, why don't we go. Talk about it somewhere only we know?*

«Y si tienes un minuto, ¿por qué no vamos a hablarlo a un lugar que solo conozcamos nosotros?». Reconozco las estrofas de la canción. *Somewhere Only We Know*, de Keane. Me he acostumbrado tanto a que Dylan cante frases de canciones que no son suyas, según le vienen a la boca, en medio de cualquier situación, que creo que ya no podría vivir sin ellas. Al principio me sacaban de la conversación. Ahora son necesarias para que sus oraciones no suenen cojas. Como los signos de interrogación y exclamación o las comas.

—¿Y ahora? —me pregunta.

—Ahora saltamos.

—¿Y si hay alguien en casa?

—¿Te estás echando atrás?

—Jamás. Lo digo para que estés preparado para correr. Y para que no enloquezcas.

No le contesto. Le suelto la mano, paso la pierna que me queda al otro lado y salto. Me adentro en el camino de baldosas que lleva a la piscina y me empapo de la quietud del lugar.

—Guau, vaya piscina, ¡pintaza! —dice Dylan cerca de mí.

—El agua está climatizada de noviembre a mayo —le explico—. El dueño nada todos los días del año.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo conozco. Tiene un perro. Suele venir a la clínica.

—No se oye a ningún perro.

No. Solo los grillos y nuestras voces.

—Estamos solos.

Dylan sonríe y, sin pensarlo ni un instante, se quita delante de mis narices la camiseta de manga larga que lleva puesta. Trago saliva al verlo con el torso al descubierto. No es un cuerpo musculado, pero es un cuerpo perfecto. Tiene muy poco vello y un ombligo sugerente, justo en medio del abdomen, bonito de cojones. A continuación, se desprende de las deportivas con la única ayuda de sus propios pies, y de los calcetines con las manos. Después, los pantalones. Y la temperatura aumenta. Hace mucho calor. Pasa por mi lado como una exhalación y se tira de cabeza al agua. Apenas me da tiempo a contemplar su tatuaje. Y es una pena. No lo disfruto muy a menudo.

Lo veo bucear de lado a lado gracias a las luces interiores que iluminan la piscina. Saca la cabeza y la menea para apartarse el pelo de la cara.

—Joder, está buenísima. ¿Todavía vestido? —me pregunta.

Me quito la ropa. Me la quito rápido, más rápido que nunca en mi vida, y me tiro al agua también de cabeza. Sí que está buena. Aunque demasiado caliente. Dylan viene buceando hacia mí y yo nado en sentido contrario, hacia la parte donde menos cubre. Cuando llego, apoyo los pies en los baldosines azules del suelo. El agua me llega por encima de la cintura. Me dejo caer contra la pared y me quedo recostado. Dylan viene nadando de nuevo y se sitúa en la pared de enfrente. Entonces me mira de una manera… que estoy seguro de que va a hacer algo. Y así es.

Mete las manos en el agua y se quita el bóxer negro. No me lo tira a la cara porque consigo esquivarlo en el último segundo. Y porque su puntería es una mierda. De hecho, creo que no habría hecho falta que me apartara.

—Pero ¿qué haces? —le digo—. ¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué? —me pregunta con una sonrisa—. No voy a mear ni nada de eso. Además, tú me has traído aquí. ¿Esperabas que no me bañara en pelotas? Vamos, deberías probarlo. Es … liberador.

Mierda. Yo sé de uno que, como se entere, me corta los huevos. Los mismos que voy a poner ahora mismo en remojo porque ¡a la mierda todo! ¿Qué puede pasar? Me despojo de mi ropa interior y se la lanzo a Dylan a la cara, como ha hecho él. Con la diferencia de que yo sí le doy. Mi puntería es excelente. Sus reflejos, no. Rompo a reír, pero él no me sigue. Solo coge mi bóxer con una de sus manos y le da vueltas alrededor del dedo antes de dejarlo caer al agua.

—Vaya, vaya, vaya —me dice entonces con aire… depredador. Juro que lo dice con aire depredador. Y a mí el buen humor se me esfuma. Y la sangre del cerebro—. Qué gran movimiento por tu parte. Muy osado, sin embargo.

Dylan camina hacia mí y mete la mano bajo el agua un segundo. Y, joder… No le mires la polla, Hugo. No. Le. Mires. La. Polla.

—¿Sin embargo? —Me alejo de la pared. Echo a andar hacia la derecha. Hacia donde cubre. El agua me llega hasta los hombros. Apoyo la cabeza en la pared.

—¿Por qué huyes? ¿Me tienes miedo?

Dylan se acerca más. Tiene los ojos azulísimos, del mismo tono que la piscina. Y el pelo mojado le cae sobre la frente. Y gotas de agua, de la nariz. Y de la boca. Y quién fuera esa puta gota, joder. No es ningún secreto que Dylan está para comérselo entero. Pues mojado… No. Le. Mires. La. Polla. Y no te empalmes más, por Dios. Piensa en algo malo. Rápido. Acelgas. Piensa en acelgas. Están por todas partes.

—No te tengo miedo —le digo. En realidad, me tengo más miedo a mí—. Pero no me fío de ti.

Dylan me ha alcanzado. Se para a muy poca distancia de mí. Menos mal que no retira sus ojos de los míos. Ahí están bien. Ahí están de puta madre.

—¿Qué crees que puedo hacerte?

—Contigo nunca se sabe. Capaz eres de hacerme una ahogadilla.

—Sí —afirma con voz ronca, apresándome con sus brazos contra la pared—, justo en eso estaba pensando. En hacerte una ahogadilla.

—Ha sonado a sarcasmo —respondo, tragando saliva. Mierda, está demasiado cerca—. Yo lo manejo bien.

—¿En serio?

—Sí. Llevo años practicándolo con mis hermanos.

—Qué perspicaz. ¿Prometes no enloquecer si hago una cosa?

—Yo no enloquezco con tanta facilidad. —Pero ¿qué coño va a hacer?

—Sí lo haces. Flipas mucho.

—¿Qué quieres hacer?

Dylan va a abrir la boca, pero, entonces, de pronto, oímos la verja de la calle. La verja de la calle, que se está abriendo. Oh. Oh. Mierda. Dylan aparta la mirada de mis ojos, sobresaltado, y la dirige hacia allí. Yo me llevo los dedos a los lagrimales. Mierda. Nos han pillado. Esto no debería estar sucediendo.

—Pero ¿qué? —exclama el propietario de la casa al ver nuestra ropa tirada por el suelo.

Sigue la estela y llega a la piscina. Y de ahí llega a nosotros dos, bien juntitos. Su mujer también lo hace—. ¿Hugo? Hugo, ¿eres tú? ¿Qué haces aquí?

Levanto la mano como puedo entre los brazos de Dylan, que aún tiene a ambos lados de mi cabeza, y saludo. Dylan está flipando en colores. Y luego me llama a mí «flipado». Creo que no se esperaba este desenlace.

—Se suponía que vosotros estabais de cena romántica esta noche y que no vendríais hasta las tantas —les echo en cara a Priscila y a mi cuñado. ¿Cómo se les ocurre volver tan pronto? Si hasta han dejado a Dark, su perro, en casa de mis padres porque se suponía que iban a pasar una noche loca.

—Pris ha empezado a encontrarse mal en mitad de la cena y hemos tenido que irnos.

—He vomitado —nos explica ella—. Alex ha tenido que frenar el coche en medio de la cuneta. Ahora ya me encuentro bien.

Dylan sigue flipando mucho. Contempla a Alex y Priscila con los ojos como platos. Y entonces me mira a mí. Levanta una ceja. Pero no retira las manos de la pared. El pobre está paralizado.

—¿Nos hemos colado en la casa de tu hermana y su marido?

—¿Colado? —exclama Alex con sorpresa, impidiéndome contestar—. ¿Y tus llaves, Hugo?

Ay, joder. Aquí hoy sale todo. Para una vez que se me ocurre hacer una locura (dentro de mis posibilidades, por supuesto), me pillan a lo grande. Fijo que Alex se lo cuenta a Marcos. Es que lo veo. Y Marcos, a River. Y River, a Adrián mientras ven el puto Netflix. Creo que voy a tener que cambiar de número de teléfono.

—¡¿Tenías llaves?! —me dice Dylan indignado—. Me has obligado a trepar por la verja.

—¿Qué? ¿Por qué narices habéis saltado la verja? —me pregunta Alex.

—Porque nos estábamos colando en una piscina privada —expone Dylan.

—Pero Hugo tiene llaves. De hecho, es el único que las tiene. Se las di porque era el de fiar. Y además se sabe el código, por si no lleva las llaves encima.

—Y sigo siendo de fiar. Esto no era una emergencia. No he usado las llaves.

—¿Estáis borrachos?

—¡No!

Lo que estamos es desnudos. Mierda. Acabo de recordarlo.

—¿Nos pasas la ropa? —le pregunto a mi cuñado—. Estamos desnudos por aquí.

—Lo sabemos —constata, arqueando las cejas—. No sé si os habéis dado cuenta, pero el agua es transparente. Y hay luces en la piscina.

Dylan y yo, al instante, nos tapamos la polla con las manos. Cada uno la suya. Bueno, al menos él ha dejado de rodearme con los brazos.

—A buenas horas.

—Por favor, Hugo —interviene mi hermana—, te he visto desnudo millones de veces. Y respecto a ti, Dylan… —Priscila levanta el pulgar en señal de «enhorabuena».

Genial. Alex está a punto de decirle algo a su mujer, pero ella le da un beso cariñoso en la boca y no lo deja hablar.

—Te espero en la cama.

Nos dice adiós con la mano y nos quedamos los tres solos. Alex se acerca a las dos tumbonas que descansan junto a uno de los extremos de la piscina y nos lanza un par de toallas secas a Dylan y a mí. Las cogemos al vuelo. Niega con la cabeza y me señala con el dedo.

—De verdad, Hugo, esto, de ti, no me lo esperaba.

Se da media vuelta y se dirige a la casa.

—Buenas noches —le grita Dylan, divertido—. ¡Bonita piscina!

—¡Buenas noches! —le devuelve el otro—. Y salid por la puerta. Usa las llaves para cerrar, Hugo.

Sí, sí, joder. Dylan me mira de nuevo.

—Así que colándote en la piscina de tu cuñado, ¿eh? Eres un rebelde.

No parece enfadado. No está enfadado. Más bien, divertido. No contesto. Estallo en carcajadas. Desde luego que este día será algo que Dylan y yo recordaremos siempre. También Alex y Priscila.

Capítulo 21

Siete años antes

Dylan llevaba un año entero sin música. Doce meses. Trescientos sesenta y cinco días. Quinientos veinticinco mil seiscientos minutos. Los mismos que sin su padre.

Respecto a lo segundo, no albergaba ningún tipo de duda. Sentía que se había desprendido del mayor peso con que cargaba su cuerpo desde hacía años, tal vez desde siempre. El peso que lo hacía encorvarse. El que no permitía que el oxígeno llenara sus pulmones.

Respecto a lo primero… Dylan odiaba ser lo que era. Odiaba ser música. Porque aquello no le había dado opciones y seguía sin dárselas. No dejaba de escuchar acordes en su cabeza. Nunca había dejado de hacerlo. Allá a donde se dirigiera. Con quien fuera que hablara o se relacionara. Dylan pensaba en el lenguaje de la música. Todo lo medía en enteras, blancas, negras, corcheas o semicorcheas. Incluso las escaleras del edificio sin ascensor en el que vivía. Y luego estaban aquellas melodías que llevaban años susurrándole al oído palabras bonitas. De esas no había podido desprenderse, y no porque no lo hubiera intentado. Pero esas no pesaban. Al contrario.

Cruzó la calle y entró en la tienda de instrumentos musicales de la esquina. El dependiente enseguida le preguntó si podía ayudarlo en algo. Dylan lo sopesó en silencio. Necesitaba sacar de su sistema todo aquello que tenía dentro; quizá fuera la única manera de que las voces se apagaran. Y para ello necesitaba un puto instrumento. Pero ¿cuál? En aquella tienda lo que más resplandecía eran los pianos. Y él sintió ganas de vomitar el desayuno sobre cada uno de ellos. Pero, entonces, vio algo colgado en la pared y las voces aplaudieron.

—Quiero comprarme una guitarra.

En el Mediterráneo, Hugo había encontrado trabajo en una clínica veterinaria en un pueblo a cuarenta kilómetros del suyo. Pertenecía a un señor entrado en años que necesitaba ayuda y manos jóvenes. Hugo tenía que ir y volver en coche o en tren todos los días, pero no le importaba. Estaba ilusionado y deseoso de ponerse manos a la obra. De llevar a la práctica todo aquello que le habían enseñado en la universidad. De ayudar a los animales. Amaba a los animales.

Cruzó la calle y entró en la inmobiliaria de la esquina.

El dependiente le preguntó si podía ayudarlo en algo. Hugo lo sopesó en silencio. Se sentía fatal, sentía que estaba traicionando a su familia. Acababa de regresar a casa después de cuatro años alejado de ellos y ya quería largarse. No era por ellos. Los vería cada día. Él se encargaría de que así fuese. Solo… necesitaba su propio espacio. Estuvo a punto de darse la vuelta. Pero, entonces, vio algo colgado en la pared y no tuvo dudas.

—Quiero alquilar una casa.

Capítulo 22

¿Desde cuándo?

Segundos. En segundos, la noticia ya ha corrido como la pólvora entre mis hermanos. Y en el orden que yo predije. Si es que no fallan.

Marco Polo:

¿Qué tal el baño en la piscina, Hugo?

Riv:

Eso digo yo. ¿Qué tal el baño en la piscina, Hugo?

Adri:

Eres grande, hermano. En la piscina de Alex. Ja, ja, ja, ja, ja. Y en pelotas. Con dos cojones.

Riv:

O con cuatro.

Marco Polo:

Debería arrestarte. Por vandalismo. Debería arrestaros a los dos.

Adri:

O ponerles un monumento.

Pris:

Yo me voy a dormir. ¡Mañana os leo!

«Huye con el bocazas de tu marido, lianta». Resoplo, guardo el móvil en el bolsillo del pantalón y los ignoro. Me da mucha pereza. Cuando mis hermanos se ponen en ese plan, dan mucha pereza. Los mensajes continúan llegando, no hace más que vibrarme el móvil, pero paso. Ya se cansarán. Vale, no. Sé que no se van a cansar y que en algún momento (durante meses o… años) tendré que lidiar con ello. Suspiro.

—¿Qué pasa? —me pregunta Dylan mientras entramos en casa. Los cachorros se nos echan encima en cuanto abrimos la puerta y apenas nos dejan pasar. Son pequeños, pero, joder, qué fuerza tienen. Cojo a dos de ellos, uno en cada mano, y Dylan acuna al tercero.

—Mis hermanos tienen ganas de fiesta.

—¿De fiesta?

—Sí. Llevo años preguntándome si duermen en algún momento. —Dylan ríe ante mi comentario, lo que no sabe es que yo lo he dicho completamente en serio—. Me están vacilando —le aclaro.

—¿Por colarte en la piscina de tu cuñado?

No se me escapa el tonito de cachondeo. Dejo a los perros de nuevo en el suelo y cierro la puerta de casa.

—Por colarnos en la piscina de mi cuñado.

—¿Colarnos? Pero qué cara más dura. A mí me llevaste engañado.

—No te pega nada hacerte la víctima. Se te ve de lejos que eres más de los que azuzan.

—Impresiones tuyas. Yo soy un angelito. Joder, estoy empapado. Esto de vestirse mojado a toda leche es una mierda. Ya podían haber tardado más tu hermana y tu cuñado en llegar. No me gusta ir con prisas. Aunque me da pena tu hermana, qué putada ponerse a vomitar en plena cena romántica. ¿Quieres ver una peli antes de dormir? Yo es que ahora mismo eso de conciliar el sueño lo veo como una misión imposible. Tengo aún la adrenalina en el cuerpo. —Se despoja de la camiseta y la deja tirada por ahí. A continuación, se quita las deportivas y los calcetines. Se queda solo con los pantalones vaqueros. Se suelta el botón y la cremallera, y está a punto de quitárselos cuando yo… proceso su última frase.

—Eres idiota.

Vuelco el contenido de mis bolsillos encima de la mesa y entro en el dormitorio, donde me desprendo con rapidez de la ropa húmeda. Me pongo un pantalón de chándal y justo entra Dylan, directo a mi armario. Los tres perros detrás de él. Nada nuevo. En serio, debería comprarse ropa. Sobrevive con las pocas prendas que cupieron en una mochila igual de grande que la que yo llevaba al colegio. Y con mi ropa, claro. Coge otro pantalón de chándal y se quita los vaqueros de espaldas a mí. Regreso al salón. Uno de los perros viene conmigo. Solo le he visto el culo de refilón. Y solo ha sido un segundo. Mientras nos vestíamos en casa de Pris se lo he visto otro segundo. Es un buen culo. No pasa nada por reconocerlo.

Me siento en uno de los extremos del sofá y apoyo la espalda en el respaldo; subo la pierna izquierda y me rodeo la rodilla con la mano. Dylan (perro) me ladra para que lo ayude a auparse. Lo cojo y me lo pongo en el regazo. Comienzo a pasar por todos los canales de la tele, pero no veo nada interesante. Dylan (humano) llega con los otros dos cachorros y se sienta en el otro extremo con ellos, adoptando una postura parecida a la mía.

—¿Vas a dejar alguna? —dice de pronto, refiriéndose a las películas.

—Prueba tú. —Le lanzo el mando de la tele y lo coge al vuelo. En un acto inconsciente, estiro la pierna que tengo sobre el sofá. Mierda. He chocado con algo. Es alguna parte del cuerpo de Dylan. Creo que su pie. Ahora no puedo quitarlo. Va a parecer que me repele como la lepra. Y tampoco es eso.

Tomo mi teléfono de encima de la mesa. Para distraerme.

Marco Polo:

No nos puedes ignorar para siempre, Hugo. Además, esto no es más que una investigación: solo queremos saber qué tal estaba el agua de la piscina de Alex. He oído que está climatizada.

Adri:

Como que no la has probado nunca.

Marco Polo:

En pelotas, no. ¿Qué quieres que te diga? Nunca he reunido el valor.

Riv:

Esa hazaña le corresponderá a Hugo para siempre.

Marco Polo:

Para siempre.

Riv:

Eres nuestro héroe, Hug.

Marco Polo:

Para siempre, Hug.

Resoplo de nuevo. Mis hermanos solo me llaman Hug cuando me vacilan mucho, mucho. La que se me viene encima con estos va a ser épica. Peor que la vez que fui en pantalón de pijama por el pueblo.

—¿Todavía siguen? —me pregunta Dylan.

—Sí —gruño.

Dylan se descojona. Todo esto le hace mucha gracia. A mí, no. Se lo hago saber con una mala mirada. Entonces se incorpora y se acerca a mí. Me quita el teléfono de las manos y vuelve a su sitio. Al sentarse, nuestros pies quedan unidos. Uno encima del otro.

—¿Qué vas a hacer?

—Contestarles para que te dejen en paz —dice mientras comienza a masajearme un pie con el suyo. Creo que no se da cuenta de que lo hace—. Me voy a hacer pasar por ti.

—Sabrán que eres tú.

—Ya verás que no. Voy a hablar como tú. Es fácil: nada de más de cinco palabras por frase. Creo que podré contenerme.

—¿No me digas? Eso tengo que verlo.

No contesta, empieza a teclear en mi móvil. Y no ceja en su empeño de frotar su pie contra el mío. Me hace cosquillas, pero no digo nada. Me aguanto. Tampoco puedo alejarlo. O no quiero. Me concentro en la película que Dylan ha dejado puesta.

Hugo (Dylan):

Capullos.

Riv:

¿Capullos?

Marco Polo:

¿Capullos?

Adri:

¿Dylan?

—¡Joder! —exclama de pronto, sacándome de la película de golpe.
—¿Qué pasa?
—Tus hermanos me han pillado con la primera palabra. Con la primera puta palabra.
—¿Qué has dicho?
—Solo «capullos».
—Yo nunca digo eso.
Bufo y niego con la cabeza.

Hugo (Dylan):

¿Dylan? Dylan no está aquí en este momento, se está dando una ducha rápida para quitarse el cloro de la piscina.

Riv:

Hugo no dice «capullos».

Marco Polo:

Nop. Nunca.

Y, normalmente, tampoco construye frases tan largas.

Riv:

No. Hola, Dylan.

Marco Polo:

Hola, Dylan.

Adri:

Hola, Dylan.

—¡Idiota! —grita entonces Dylan chasqueando los dedos y distrayéndome una vez más de la trama. Vuelve al teléfono.
—¿Qué?

Hugo (Dylan):

¡Idiotas!

Riv:

Eh, ahí sí.

Marco Polo:

Pero tarde. Menudo fallo de principiante, Dylan.

Adri:

Tíos, creo que tenemos un DEFCON 3.

Hugo (Dylan):

¿Un qué?

Adri:

Para tu información, DYLAN, nunca nadie que no fuera un Cabana se había infiltrado en este grupo privado y confidencial. Ni siquiera el intenso de Alexander St. Claire. Es una transgresión total de las normas. No me parece.

Hugo (Dylan):

¡Ey! ¿Tú no estás de mi parte?

Adri:

Lo estoy, pero no puedo pasarme las normas por el forro.

Riv:

Estoy seguro de que Priscila ha dejado a Alex espiar en este grupo millones de veces.

Marco Polo:

Yo ni afirmo ni desmiento tal cosa. Pero eso debería contestarte a la pregunta de por qué Alex te tiene tanta tirria, Adri.

Adri:

Me la suda la tirria de Alex. Me la suda mucho. Y, de todas formas, no tenemos pruebas de que Pris haya hecho eso.

Marco Polo:

Ya está el otro sacando la cara por la niña.

Hugo (Dylan):

Yo no veo esa tirria entre Alex y Adrián. Creo que es todo postureo.

Marco Polo:

Uy, lo que ha dicho.

Riv:

La verdad.

Adri:

Mira quién fue a hablar de postureo. He visto tus fotos de Instagram.

Y deberíamos sancionar a Hugo.

Hugo (Dylan):

Cuando quieras, te firmo alguna.

¿Y sancionar al nene? Qué crueles.

Riv:

Yo quiero ver esas fotos.

¿Y qué hacemos con Hugo? ¿Lo obligamos a abandonar el grupo?

Adri:

River, una vez más, no todo en esta vida es abandono.

Adri:

Auch, joder, me has hecho daño. Aún estás calzado.

Marco Polo:

Eh, dejad de pelear. Me habéis tirado las palomitas, capullos.

Adri:

¿Ves, Dylan? Marcos sí es de «capullos». Te has confundido de hermano. Priscila también es muy de «idiotas», como Hugo, para que lo sepas.

Riv:

Priscila también dice «capullos» a veces.

Marco Polo:

Cierto. Priscila es un mix.

Repito: qué error de principiante, Dy.

Adri:

Un error que puede costarle muy caro a Hugo. También deberíamos quitarle las llaves de casa de Pris. Ya no es de fiar. Deliberemos.

—Tus hermanos quieren echarte del grupo. Y quitarte las llaves de casa de tu hermana. Yo te aviso para que no te pille por sorpresa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por dejarme tu móvil.

—Pero ¿qué me has liado? Trae aquí. —Me muevo y esta vez soy yo quien le quita el móvil de las manos. Nuestros pies pierden el contacto. Siento frío de pronto. No. Frío, no. Vacío. Me concentro en el teléfono, me desplazo por la pantalla y leo todos los mensajes del tirón. Chasqueo la lengua antes de escribir mi respuesta a todo lo que han hablado. Una sola palabra.

Hugo:

Idiotas.

Marco Polo:

Ja, ja, ja, ja, ja. Ahí estás.

No tengo más que decir. Dejo el teléfono en la mesa y me tumbo de nuevo, pero la pantalla se ilumina otra vez. Los dos la vemos. Bah, yo paso. Me recuesto del todo mientras Dylan sonríe y lo coge al momento. Lo lee y se le cambia el semblante. Se le borra la sonrisa. Algo ha pasado.

—¿Desde cuándo? —suelta de pronto.

—¿Desde cuándo, qué?

—¿Desde cuándo te acuestas con Jaime?

¿Qué? Me lanza el teléfono y ojeo la pantalla. No hay nada en la conversación de mis hermanos que haya podido llevar a Dylan a hacer esa conjetura. Solo continúan deliberando, o haciendo el idiota, sobre si echarme del grupo o no por haber permitido que Dylan entrara de incógnito. Arrugo la frente.

—Te ha llegado un mensaje de él —me aclara, al percibir mi confusión—. Justo ha salido en la parte superior de la pantalla y lo he leído sin querer.

Lo veo. Veo el aviso de que tengo un mensaje nuevo. No me había fijado. Salgo del grupo de mis hermanos y entro en el chat que comparto solo con Jaime. Un chat que apenas utilizamos. La última vez fue cuando nos encontramos en el tren.

Jaime:

Hola, rubio. ¿Qué haces? Yo pensaba en ti. En ti, desnudo y a punto. Dijimos que cuando nos apeteciera, ¿recuerdas? Me apetece. Me apeteces. Enterito. ¿Vienes a conocer mi recién estrenada casa? Aún está todo patas arriba, pero nos arreglaremos. Y ya sabes que yo soy más de superficies verticales que horizontales…

Devuelvo la mirada a Dylan. Está concentrado, viendo la televisión con los pies encima de la mesa y la cuadrada mandíbula apretada, pero me siente. Me mira y vuelve a preguntarlo.

—Entonces, ¿desde cuándo?

Por un momento me planteo el motivo por el que Dylan me pregunta algo así, darle un par de vueltas y encontrar la respuesta correcta, pero lo descarto en cuanto soy consciente de que es una reacción totalmente lógica para él y que no debe extrañarme. Dylan no tiene filtro. Para nada. Lo toca todo. Lo mueve todo. Lo comenta todo. Lo pregunta todo. Siempre, tal cual le viene. Si un día llego a casa antes de lo habitual, me pregunta por qué. Si los lunes preparo otra comida que no sea arroz con tomate, me pregunta por qué. Si lee un mensaje de Jaime dirigido a mí proponiendo que follemos, me pregunta desde cuándo me lo tiro. En su línea. Aunque me parece a mí que esto es pasarse de la raya.

—No es asunto tuyo. ¿Te pregunto yo con quién te acuestas?

—Con nadie —me responde al instante, sin pensarlo—. No tengo tiempo. Me paso el día trabajando o contigo. Lo que no sé es en qué momento lo haces tú con él. Tal vez debería empezar a llamar a la puerta de la clínica cuando voy a buscarte. Me puedo encontrar con una escena inesperada.

—No me acuesto con Jaime.

Y sé que no es asunto suyo, no he cambiado de opinión, pero no puedo evitar decírselo. Porque me siento culpable y no sé por qué. Siento que lo estoy traicionando. No tiene ningún

sentido, es una locura; Dylan y yo no somos nada, nada aparte de amigos, no nos debemos explicaciones de ese tipo, pero he sentido el impulso irracional de que supiera que no me acuesto con Jaime.

—Claro que te acuestas con Jaime.

—¿Ahora tú sabes más de mi vida sexual que yo mismo?

—Sé leer desde los cuatro años, y ese mensaje no da lugar a dudas. No me tomes por gilipollas.

—No lo hacemos desde hace semanas. —«Desde que llegaste tú»—. Solo pasó un día.

—Semanas. Un día —repite.

—Sí, semanas. Y un día. —Más bien una noche y la mañana siguiente, pero tampoco voy a entrar en detalles.

—De acuerdo.

¿De acuerdo? ¿Qué significa eso? El móvil vibra de nuevo entre mis manos.

Marco Polo:

Eh, tíos, me acaban de recordar los colegas que este sábado es el Last Zombie Day. ¿Vamos a participar este año?

Adri:

Por supuesto. Me apunto.

Riv:

Y yo. Necesito algo de marcha.

Adri:

¿Hugo?

—Dy, ¿te apetece participar este sábado en el *Last Zombie Day*?

—*¿Lo qué?*

Capítulo 23

Last Zombie Day

Last Zombie Day. Es una yincana por el casco antiguo del pueblo, que organiza la Concejalía de Juventud. A lo grande. Para simplificar: hay que sobrevivir toda la noche a una invasión zombi mientras vamos superando pruebas para ser evacuados. A Dylan le entusiasmó la idea desde el principio. Y aquí estamos.

Son casi las once y acabamos de llegar a la Casa de Cultura, que es donde empieza la movida. Estamos todos menos Alex y Priscila. A Pris no le apetece corretear toda la noche pueblo arriba, pueblo abajo y Alex se ha quedado con ella, por apoyo moral y porque mañana por la mañana curra. Le toca entrenamiento con los chavales del centro de San Vicente. Eso si no está ya esperando en la puerta a que abran… Pocas veces he visto a alguien tan feliz por ir a currar.

Estamos contestando a las ochocientas preguntas de Dylan, que no se acaban nunca, cuando una chica con muy malas pulgas nos detiene:

—Identificaciones y entradas —nos pide con voz seria. Va vestida de militar. Forma parte del espectáculo. Comenzamos a presentarnos, pronunciando nuestros nombres en alto y levantando la mano. Muy de colegio, sí, pero, al menos, esta vez no nos hemos situado por edades.

—River.

—Adrián.

—Marcos.

—Jaime.

—Hugo.

—Yo soy Dylan Cabana. Un placer.

Es que lo sabía. Sabía que en algún momento iba a presentarse con nombre y apellido para cachondearse de mí y del momento en que nos conocimos. Me lo ha recordado demasiadas veces como para no hacerlo. Cómo lo conozco ya. Le doy un toque en el pie sin nada de disimulo.

—¡Au! —se queja entre carcajadas.

—Sabía que ibas a hacerlo en algún momento —le digo.

—Pues claro que iba a hacerlo.

También me he quedado un poco tocado por cómo han sonado su nombre y mi apellido juntos, pero eso no se lo digo. De hecho, tal cual viene a mí el pensamiento, lo dejo marchar.

—¿Dylan Cabana? —nos pregunta Jaime a la vez que le entrega a la chica las entradas de todos. Las ha comprado él a través de la web.

—¿No pretenderás que use mi apellido real? —le contesta el otro en un susurro, colocándose la mano en la boca en plan confidencia—. Voy de incógnito, moreno.

Dylan se señala las gafas de sol y la gorra que lleva puestas a pesar de ser noche cerrada. Desde el día en que salimos en el periódico, no se quita nunca ni lo uno ni lo otro mientras se encuentra en la calle; no quiere que lo reconozcan. Es comprensible querer llevar una vida normal e íntima. Lo de «moreno»… Dylan, desde hace un tiempo, siempre llama a Jaime de esa manera, por todos sus «rubios».

—Voy a separaros —nos dice la militar.

—No es necesario. Somos todos zombis —le explica Marcos con cierta condescendencia.

A ver, no es que seamos unos expertos, pero tampoco es la primera vez que participamos. El evento reúne a unas quinientas personas y, aparte de los actores que contrata la organización para interpretar los papeles de militares y zombis, los que participamos podemos elegir entre ser zombi o superviviente. La entrada de superviviente es más cara porque, si te pillan y te convierten, pasas a jugar como zombi. Nosotros, las veces anteriores, hemos jugado de zombis desde el principio. Mola más.

—Sí, todos zombis, y yo voy con el nene —añade Dylan. Por si a alguien le quedaba alguna duda.

—Me parece que no sois todos zombis —nos dice la chica, mirando las entradas una vez más —. No sé quién es «el nene», pero aquí hay dos supervivientes. Jaime y Hugo, os quedáis aquí; el resto podéis ir ya a la parte de atrás.

¿Cómo que hay dos supervivientes? ¿Cómo que «Jaime y Hugo, os quedáis aquí»? ¿Yo soy superviviente? Miramos todos a Jaime, que sonríe con socarronería.

—Me pareció que así le dábamos un poco más de intriga al juego. Todos en el mismo bando no sonaba tan divertido.

—¿Vais o qué? Estáis obstaculizando el paso —indica la chica, pintándonos a Jaime y a mí una raya de color amarillo fosforito en cada mejilla. Es la marca para distinguir a los supervivientes. Lo sé bien. El año pasado, yo los perseguía.

Nos hemos quedado todos sin palabras, sin capacidad de reacción. River y Marcos van directos hacia la parte de atrás (la chica militar está comenzando a ponerse un tanto pasivo-agresiva), no sin antes arquear una ceja en mi dirección, que viene a decir: «Menuda movida, tío. Y a nosotros no nos mires así, que no tenemos nada que ver. Nos vemos en el campo de juego». Adrián me observa con cara de circunstancias. Con su cara de circunstancias. Y, hablando de caras, la de Dylan es todo un poema. Creo que ya se ha metido en el papel de zombi y quiere comerse a Jaime. La verdad, a mí también me jode no estar en su equipo. Me apetecía disfrutar del juego con él; llevamos días hablando de ello.

Adrián coge a un Dylan reticente y cabreado por los hombros y se lo lleva. Cruzamos una última mirada antes de que la gente se atraviese por el medio y perdamos el contacto visual. Jaime, contento, me arrastra hacia el teatro, donde otros tantos militares (todos actores), cargados con escopetas de juguete, han comenzado a explicar la mecánica. Yo ya me la sé. Un virus se ha extendido por el pueblo, bla, bla, bla; hay que encontrar las vacunas, bla, bla, bla; correremos por las principales calles habilitadas, incluyendo los edificios y espacios públicos que forman parte de la invasión, superando las pruebas por niveles (verdes, naranjas y rojas) para ser evacuados, bla, bla, bla, y tendremos que intentar no morir en el proceso. Quien supere las pruebas y llegue al final del juego será el evacuado y el ganador de *Last Zombie Day*. Que comience el espectáculo.

Mientras nos movemos en masa y los militares nos van separando en grupos, alegando que necesitamos dividirnos (también es parte del juego), me doy cuenta de que me he quedado con la mochila que había preparado para Dylan y para mí con un par de linternas, bolígrafos y botellas

de agua. Aunque a Dylan ya no le van a hacer falta. Estarán ahora mismo pintándole la cara y disfrazándolo de zombi.

Nos quedamos solos Jaime y yo; nos asignan un número de grupo y nos dan un par de pistas para que vayamos a resolver la primera prueba.

De ahí, y durante las siguientes tres horas, mano a mano, vamos superando pruebas mientras nos cruzamos con decenas de zombis: andan por todas partes, en masa, y muchos caminan con pasos irregulares. Hay que felicitar al equipo que se encarga de maquillarlos, es una auténtica pasada. Parecen zombis de verdad, y los actores que participan hasta llevan ropa sucia y estropeada.

En algunas ocasiones echamos a correr para escapar de ellos, otras solo nos escondemos; después de varias horas corriendo arriba y abajo, con sobresaltos arriba y abajo, estamos cansados y sedientos. Ya nos hemos acabado las dos botellas de agua que yo llevaba en la mochila. Conclusión: ser zombi es más fácil.

Hemos superado con éxito cuatro pruebas y no nos hemos encontrado ni con mis hermanos ni con Dylan. Yo espero verlos en cada vuelta de esquina (reconocería a los cuatro por mucho que los hayan pintarrajeado y llenado de sangre), pero nunca son ellos. Y me pueden las ganas, joder. Y el aburrimiento. No me lo estoy pasando mal del todo, pero creo que todos juntos habría sido más divertido. Tampoco puedo culpar a Jaime por su decisión, él solo pretendía hacerlo más interesante. De lo que no se ha dado cuenta es de que este tipo de juegos se disfrutan muchísimo más en grupos grandes que en pareja.

Nos hemos escondido en un callejón; justo venía una horda de zombis y correr no era una opción: esta zona es cuesta arriba y estamos agotados. Cuando vemos que pasa la marea, le digo a Jaime que permanezca oculto mientras yo me asomo con cuidado para comprobar si queda alguno más. No viene nadie. Estamos solos. Sin embargo…, no me fío. Esto está demasiado tranquilo y silencioso, con toda la gente que hay correteando y gritando por ahí. Y es una calle llena de portales y escaleras, donde resulta fácil esconderse (aunque se supone que los zombis no pueden esconderse, ellos solo caminan hacia delante). Me parece oír algo.

Me sobresalto al sentir que alguien se me acerca por detrás y coloca las manos en mi cintura, pero al girar la cabeza veo que solo es Jaime.

—Cuidado —le digo—. No me fío un pelo. He escuchado un ruido.

—Tú vigila —me responde en un susurro.

Entonces me aparta la camiseta a la altura del cuello y comienza a darme besos muy suaves por el hombro y a acariciarme el costado por debajo de la ropa. Me revuelvo inquieto y me giro de nuevo. Así no hay quien se concentre.

—Estate quieto, me haces cosquillas.

Voy a volverme hacia la calle, pero Jaime me lo impide, sujetándome del brazo y empujando mi cuerpo hacia atrás.

—¿Cosquillas? ¿Me estás vacilando? No son cosquillas lo que pretendo provocarte, rubio. Seguro que por aquí abajo no opinas lo mismo.

Jaime sonríe a la vez que me pone la mano en la polla. Arruga la frente al comprobar que, en efecto, solo me hacía cosquillas. Estoy lejos de sentirme excitado. Insiste y comienza a frotarme arriba y abajo, como él sabe que me gusta.

—Jaime —le digo, a punto de apartarle la mano. Pero no me deja continuar.

—¿Qué te pasa? Normalmente te pones durísimo al instante solo con que mi boca te roce en cualquier parte del cuerpo. No me digas que estoy perdiendo facultades. Habrá que hacer algo al respecto.

Jaime se lanza a mis labios y me mete la lengua hasta dentro. Me besa con ganas y yo, en un primer momento, se lo devuelvo por inercia, hasta que me retiro con brusquedad.

—Necesito hablar contigo.

—¿Qué pasa, Hugo?

Lo cojo del brazo y lo interno en el callejón, en la oscuridad; no estoy por la labor de que una panda de zombis hambrientos nos interrumpa. Nos alejamos lo suficiente y nos quedamos uno enfrente del otro. Jaime se apoya en la pared, abre las piernas y cruza los brazos, a la espera. Yo dejo los míos caídos a los lados. Y ahora no tengo ni idea de por dónde comenzar.

—El otro día me mandaste un mensaje.

—Sí. Y no me contestaste.

—Me recordabas que quedamos en que lo haríamos cuando nos apeteciera.

—¿Y no te apetece ahora? ¿Es eso? Estás en modo zombi, ¿o qué? —duda.

—Sí y no.

—¿Puedes dejar de marear la perdiz y explicarte de una vez? —Vale, ahora lo estoy cabreando.

—No me apetece, no. Pero el asunto es que tampoco me va a apetecer en un futuro. Tú y yo acabamos aquí. Ahora de verdad.

Siento en mi propia piel el dolor que le infligen mis palabras. Y tengo que cerrar los ojos para hacerlo más llevadero. Porque esta situación es una mierda. Aquí estoy yo, diciéndole al chico del que llevo años enamorado de manera platónica que lo nuestro se ha terminado para siempre. Al chico con el que me enrollé el verano pasado y con el que acabé mal por no hablar las cosas y jugar al gato y al ratón. Y yo pensando que, de seguir juntos, me habría enamorado de Jaime. Iluso de mí. Joder, no tenía ni puta idea de lo que decía. Bien parece que el amor platónico no siempre se convierte en amor sentimental. A veces las cosas, o las personas, simplemente no funcionan. Y Jaime y yo no podemos continuar así. No podemos seguir haciendo las cosas mal. Porque Jaime y yo siempre hacemos las cosas mal y no es justo para ninguno de los dos.

Nuestro momento pasó. Como una estrella fugaz en el firmamento. Si no la ves…, la has perdido para siempre. No hay vuelta atrás. Y no es fácil agarrarse a una estrella fugaz. Lo nuestro podía haber ido a más, pero si las circunstancias no lo permitieron supongo que fue porque no tenía que ser. Porque Jaime y yo no teníamos que ser. No es que yo me crea un firme defensor del puto destino, pero sé que él y yo… ya no. Y debo decírselo.

—Es por lo que pasó el año pasado, ¿verdad?

—Sí y no.

—No seas ambivalente, por favor. Nunca lo has sido y no vas a comenzar a serlo ahora. ¿Qué fue lo que jodió lo nuestro? O con qué lo jodí yo más, mejor dicho. ¿Con que me acostara con Priscila o con que pareciera que iba detrás de Adrián?

—¿Pareciera? —Levanto la ceja. Se pasó medio verano ligando con mi hermano.

—Contéstame primero y luego te aclaro yo un par de cosas.

—Lo de Priscila me jodió mucho, no te lo voy a negar. Que te acostaras con ella y no me lo dijeras.

—Solo fueron dos polvos de amigos.

—Sí, pero es mi hermana. No puedes culparme por sentirme raro al acostarme con alguien que previamente lo ha hecho con mi hermana.

—Hugo, ya te expliqué mil veces que…

—Lo sé —lo interrumpo—, el año pasado mantuvimos esta conversación…

—Discusión.

—… miles de veces. Y no se trata de volver a ello.

—Pero estamos volviendo. Porque tú me estás volviendo a dejar por ello.

—No, Jaime. No te estoy dejando, porque no estábamos juntos.

El rostro de Jaime se llena de dolor.

—Eso duele, rubio.

—Y no te voy a negar que lo que sucedió el verano pasado nos distanció —continúo sin dejarme vencer por su rictus—, pero yo ya lo he olvidado. No te guardo ningún rencor. De verdad. Si no fuera así, no me habría acostado contigo otra vez.

—¿Y entonces?

—Entonces… —Me llevo los dedos a los lagrimales—. Entonces, sucede que ya pasó nuestro momento. Que me sigues gustando y siempre lo harás, pero no de esa manera.

—¿De qué manera?

—De la que logra removerme por dentro con solo rozarme.

—Vaya, no te estás cortando un pelo, ¿eh?

—Lo siento. Podríamos seguir acostándonos, pero no sería justo. Ni para ti, porque no significaría nada especial para mí, ni para mí, porque no soy de esos. Nunca lo he sido. Yo jamás podré acostarme con un amigo para demostrarle que el sexo es solo sexo. No funciono así. Y no te lo estoy echando en cara, joder, ni de coña se trata de eso; es solo que yo no soy así. Para mí el sexo por el sexo no cuenta. No me interesa.

—Vale. Solo necesito saber una cosa. Si no la hubiera jodido el año pasado, ¿qué habría ocurrido con nosotros?

—¿Para qué quieres saber eso? No nos hagamos más daño, Jaime.

—Tú contéstame. ¿Qué habría pasado con nosotros de haber hecho yo las cosas bien?

Lo pienso un instante y le contesto con sinceridad.

—No lo sé.

—¿Me… querías?

Sonrío. Si él supiera. Voy a pasar a la siguiente pregunta, pero entonces pienso: ¿por qué no?

—Me enamoré de ti desde el primer día. Desde que me abriste la puerta en tu casa de Boston y me miraste con esos ojos y esa sonrisa de sabelotodo. Me tenías loco. Estaba deseando ir a visitar a mi hermana para verte a ti. Y siempre regresaba a España muy tocado. Y me jodía la vida no coincidir contigo en Navidades. Boston no era lo mismo sin ti.

—¿Qué? —Jaime se separa de la pared y se acerca a mí. Se lo ve afectado. Mierda. Tal vez no tenía que habérselo dicho. O tal vez tenía que habérselo dicho el año pasado—. ¿Estás de coña?

—No.

—¿Por qué coño no me dijiste nada? —pregunta, enfadado.

—Porque… porque no sé si te has dado cuenta, pero yo soy contención pura en lo que a emociones y sentimientos se refiere. He aprendido a vivir con ello y no puedo negar lo que soy. Y, además, tú solo mirabas a Adrián.

—¿Qué? ¡No! Hugo, eso no es así —me dice, sujetándome por los hombros.

—Oh, ya lo creo que lo es.

—No, joder, claro que no. Mierda. Soy gilipollas.

Jaime se lleva las manos a la cabeza y da media vuelta. Se queda de cara a la pared, dándome la espalda.

—No eres gilipollas.

—No te voy a negar que Adrián, desde el primer momento, me pareció un guaperas de los buenos. —Se gira para mirarme de nuevo—. Pero para mí solo era eso, un guaperas más de los cientos de millones que habitan en este puto mundo. El que me llamaba la atención de verdad eras tú.

Me gustaría creer lo que me dice. Tal vez, si yo no hubiera sido espectador de primera fila de su tonteo con mi hermano pequeño, lo haría.

—Vamos, Jaime.

—Es la verdad —insiste con otra mueca de dolor y cierta súplica en la voz—. Pero soy un puto gilipollas. Me intimidabas, Hugo. Me intimidabas muchísimo, y fingir que me gustaba Adrián era mi mecanismo de defensa, mi manera de demostrarle al mundo que no me moría por ti. Escúchame —vuelve a asirme por los hombros—, cuando llegué el año pasado al pueblo, cada vez que hacía un comentario sexual o provocador con la palabra «rubio» detrás me refería a ti, aunque mirara a Adrián para que no se me notara. Pero siempre era a ti. Os mentí a todos. Incluso a Priscila.

—¿Por qué?

—Porque soy un gilipollas, ya te lo he dicho.

—No tiene ningún sentido, Jaime.

—El día que me pillé aquel pedo con tu hermana, cuando Alex nos engañó con lo de que estabais todos ocupados, le eché un par de huevos, o cuatro Martinis, y me acerqué a ti. Fue nuestro primer acercamiento, y no fue casualidad. El alcohol me dio el valor. Ese día pasé de Adrián como de la mierda, ¿no lo viste?

—¿Y por qué continuabas insinuándote a mi hermano?

—¡Porque soy un gilipollas! Porque me sentía muy inseguro con respecto a ti. Porque me gustabas de verdad. El propio Adrián se dio cuenta. Me encerró en el baño del barco para echarme la bronca.

Sí, lo recuerdo. Adrián me explicó que lo hizo para avisar a Jaime de que dejara de hacer el tonto con él y espabilara conmigo. Lo que no me imaginaba era que Jaime estuviera haciendo el tonto hasta ese extremo. Hasta fingir todo aquello con Adrián y exagerarlo. Me lie con él acosado por las dudas respecto a mi hermano.

Me llevo los dedos a los lagrimales una vez más. Esto es una puta locura.

—Joder.

—La jodí bien. Y cuando te enteraste de lo de Priscila, me sentí perdido. Tú te cogiste un mosqueo de puta madre y yo me acojoné por lo que comenzaba a sentir. Me convencí de que tus motivos para dejarme eran razonables. No me molesté demasiado en llevarte la contraria. Te dejé marchar porque tenía miedo de estar enganchado a ti del todo. Yo siempre he sido un alma libre, y no estaba dispuesto a renunciar a mi independencia por nadie. Regresé a Boston sin Priscila y la realidad me dio en la puta cara. Ya era un jodido dependiente emocional, y no solo de una persona. La distancia no hizo más que evidenciar que quería intentarlo contigo de verdad. Me gustabas más de lo que nadie me había gustado nunca.

—¿Has vuelto por mí?

—Sí y no.

Ahora soy yo el que sonríe a causa de su ambigüedad. Y Jaime me acompaña. Aunque su sonrisa es muy débil.

—He vuelto por ti —me explica—, pero también por Priscila. No puedo vivir sin ella.

—Eso es muy bonito.

—¿Que haya vuelto por Priscila? ¿O por ti?

—Por mi hermana.

—No me vas a perdonar.

Chasqueo la lengua. O me estoy explicando de puta pena o es demasiado pronto para entender lo que nos ha sucedido.

—Te lo he perdonado todo. Te lo prometo.

— Si yo te creyese, todo esto sería mucho más jodido de lo que parece, porque tu perdón también significa olvido. Joder, si yo tan solo…

—No —lo interrumpo—. No pienses en los «si hubiera hecho» o «si no hubiera hecho». Tú y yo… no somos, Jaime. Creo que nunca lo fuimos. Y nunca lo seremos. Lo siento.

Jaime se da otro golpe con la realidad. Se lo veo.

—No lo sientas, rubio —susurra—. No es culpa tuya.

—Tampoco tuya.

—¿Puedo darte un beso de despedida?

Sonrío de nuevo y acerco mis labios a los suyos. Le doy un beso muy breve y nos quedamos un rato con las frentes unidas, respirándonos por última vez.

—Me voy a casa —me dice, alejándose de mí.

—Vamos juntos.

—No, prefiero irme solo. Así pienso, y eso. Llama a tus hermanos y reúnete con ellos.

Asiento con la cabeza.

—Hasta mañana —le digo.

—Hasta mañana —responde, y se marcha por el callejón.

Una vez que desaparece por completo, apoyo la frente en la pared y suspiro. Acabo de dejar ir al chico que más me ha gustado en la vida. Acabo de decirle adiós para siempre al chico que más me ha gustado en la vida. Y, por un instante, pienso si no habré cometido el error más grande de mi existencia y si pagaré las consecuencias durante años. Pero parecía tan… correcto lo que he hecho. Fácil, no. Eso nunca. Fácil es la vida que a mí me ha tocado vivir, joder, no me puedo quejar: tengo la mejor familia del mundo. Esto no ha sido fácil, ha sido duro. Tanto que tiemblo al pensar en lo que he hecho. No me lo esperaba. No me lo había planteado. No había pensado en qué iba a pasar con Jaime. Pero él ha empezado a tocarme y yo… no podía. Priscila. Me acuerdo de mi hermana. Mierda. Ella también va a sufrir con todo esto. Va a sufrir por su amigo. Y por mí. ¿Por qué las interacciones humanas tienen que ser tan complicadas?

De pronto, un cuerpo se cierne sobre el mío y me aprisiona contra la pared.

—Te pillé.

Se me detiene el corazón. Dylan. Está totalmente sobre mí. Con su pecho pegado a mi espalda, sus piernas entrelazadas con las mías, sus brazos a cada lado de mi cabeza y las manos apoyadas en la pared. Me viene a la memoria un fogonazo de nosotros dos en la piscina de Alex. Como si nos hubiéramos quedado suspendidos en ese instante, como si debiéramos resarcirnos, continuar donde lo dejamos, solo que ahora no nos miramos de frente. Yo continúo de cara a la pared.

—¿Te has cruzado con Jaime? —le pregunto. Porque, joder, yo sigo pensando en Jaime. En si se le ocurre volver y…

—Tranquilo, no me ha visto —me susurra Dylan al oído—. Estaba escondido.

—¿Desde hace cuánto?

—Media hora.

Media hora es más o menos el tiempo que he estado hablando con Jaime. Es más o menos el tiempo que ha pasado desde que oí los ruidos en la calle y me acerqué a mirar por el callejón. El

ruido era Dylan.

—¿Por qué no nos has dicho nada?

—Porque no quería interrumpir. Parecía una conversación importante para los dos.

—¿Cuánto has escuchado?

—Todo.

—¿Todo?

—Sí. Absolutamente todo. —Dylan estrecha aún más su cuerpo contra el mío, si es que acaso eso es posible—. ¿Tú estás bien?

Como puedo, me doy la vuelta entre sus brazos y quedamos de frente. Nos miramos a los ojos. Se me paraliza el corazón por segunda vez en los últimos minutos. Ya no lleva ni las gafas de sol ni la gorra. ¿Cómo puede alguien ser tan guapo? ¿Tan perfecto? Incluso el maquillaje, con las salpicaduras de sangre pintadas alrededor del ojo, convierte el color verde azulado de sus iris en algo mucho más impresionante.

—Sí —le digo sin dejar de observarlo a placer. Estamos tan cerca. Podría contarle las pestañas—, estoy bien, más o menos.

—Eso suena como bien; me alegro. Y ahora… —Dylan baja la cabeza (es más alto que yo) y se acerca a mi boca.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto con el corazón en la garganta.

—Mi trabajo. Soy un zombi, ¿recuerdas?

Sonríe con malicia. No ha desviado en ningún momento los ojos. Hasta que lo hace. Mira un punto en la curva de mi cuello y se acerca despacio, muy despacio. En el momento en que su boca encuentra mi piel, en el momento en que abre los labios y clava sus dientes en mí, en el momento en que siento su lengua recorrerme el cuello, se me corta la respiración. Creo que llego a soltar un gemido, ronco, gutural, pero no podría asegurarlo. He perdido la noción de mis propias emociones.

Dylan afianza su boca sobre mi piel y comienza a succionarme con fuerza. Y yo… yo cierro los ojos, apoyo la cabeza en la pared y llevo mis manos a su pelo para acercarlo todavía más. Dios, creo que he soñado con el pelo de Dylan, he soñado con tocarlo, pero hacerlo de verdad es infinitamente mejor, a pesar de lo que me tiemblan los dedos.

Siento, a través de mis manos, su cabeza deslizarse por mi cuello. Siento, a través de cada célula de mi cuerpo, su boca lamiéndome la piel. Siento que podría correrme en este instante. Y ni siquiera me ha tocado. Solo con su boca. Con sus labios rojos y perfectos.

Mis pulmones cogen aire y lo sueltan de manera precipitada; creo que estoy jadeando. No soy capaz de abrir los ojos, solo de apretar las manos sobre su pelo. De entrelazar mis dedos con sus mechones suaves, desordenados de tanto toqueteo. Un escalofrío me sube por la espina dorsal. Y estoy seguro de que hasta Dylan lo ha sentido, pero no se retira. Su boca asciende y llega hasta mi oreja. Continúa en su empeño de llevarme al séptimo cielo.

—¡Dy!

Espera, ¿qué? Yo no he sido. Yo no lo he llamado. Yo sigo respirando con dificultad sobre su cabeza. Yo no puedo hablar. Dylan se detiene. Abro los ojos. Gira la cabeza hacia la calle, sin separarse un milímetro de mi cuello. Sigo su movimiento. Es Adrián quien lo llama. Está lejos, pero reconozco su figura gracias a la luz de las farolas.

—Joder —masculla Dylan—. ¡¿Qué?!

Adrián se acerca a nosotros. Yo retiro las manos del pelo de Dylan. Él me mira. Abre la boca para decir algo, pero se lo piensa mejor en el último momento. Despega las manos de la pared y se incorpora. Nos separamos.

—Nos vamos —nos dice mi hermano al llegar a nosotros—, por ahí detrás viene un grupo de supervivientes grabándolo todo con una cámara.

Dylan se envara al instante. Admiro su capacidad de reacción. Yo no puedo moverme. Y también se me cruza un pensamiento fugaz por la cabeza: mi hermano nos estaba protegiendo. Protegiendo nuestra intimidad. O la de Dylan, que es un personaje público y no quiere que lo reconozcan y que la prensa acabe instalada en el pueblo.

—Vale —admite Dylan con fastidio—, nos vamos.

—¿Ahora eres zombi? —me pregunta entonces Adrián con guasa.

Y otro pensamiento fugaz se cuela en mi mente. El de que para Dylan todo esto no es más que un juego. La idea me pellizca el corazón. Me separo del todo de la pared.

—Eso parece —les digo, dirigiéndome a la salida del callejón sin mirar atrás.

—Has aguantado hasta las cuatro de la mañana —grita mi hermano a mi espalda—. Muy bien.

Salimos a la calle y casi chocamos con River.

—Eh, tíos, Marcos se ha encontrado con Alicia y la cosa no ha ido bien.

—No jodas —exclama Adrián, adelantándoseme. Me ha quitado las palabras de la boca. Marcos y Alicia habían comenzado a entenderse. O eso parecía.

—¿Qué ha pasado? —pregunto yo.

—Que si hubiera sido una zombi de verdad, se lo habría comido ahí mismo. Zombi se come a zombi. Literal. Y no en el buen sentido.

El estómago me da un vuelco. Lo de que Dylan se comiera mi cuello, ¿ha sido en el buen sentido?

—Joder —bufa Adrián—, ¿y Marcos?

—Se ha ido a casa. Yo me voy con él.

—Y yo —indica Adrián.

—¿Y vosotros? —nos pregunta River a Dylan y a mí. Siento a Dylan tras mi espalda, pero no quiero mirarlo—. ¿Tú ya eres zombi? Eso de ahí va a dejarte marca. —Señala algún punto de mi cuello. Me llevo la mano al lugar y siento la humedad que ha dejado la boca de Dylan. Me limpio.

—Yo estoy agotado —les digo a todos—; llevo media noche corriendo de arriba abajo. No puedo más.

Y ahora mismo casi no puedo ni moverme.

—Pues todos a casa —concluye River—. Ha sido un *Last Zombie Day* un poco raro el de este año, ¿no?

Joder. Y que lo digas.

Capítulo 24

Seis años antes

Un fin de semana largo. Ese fue el tiempo que tardó Dylan en replicar a viva voz a todos aquellos susurros que atronaban en su cabeza una vez que se decidió, un año después de comprarla, a usar la guitarra. Compuso canciones para formar un disco completo. Pero no estaba satisfecho del todo: había algo que no encajaba. En los días siguientes, hizo una prueba: lo pasó todo a *rock* alternativo. Le gustó. Esa música conseguía de alguna manera sanar las heridas que el piano y su padre habían dejado en su cuerpo y en su alma. Entones, le apeteció gritárselo a ellos. Al piano y a su padre. O ¿qué coño? Gritárselo a todo el mundo. Pero, primero, acudió al registro y modificó el orden de sus apellidos.

Contactó con una persona a la que conocía del entorno de su padre (del entorno muy íntimo de su padre). Un mánager. Por supuesto, lo recibió con los brazos abiertos. Cuando se trata de dinero, poco importa lo demás. Escuchó sus ideas. Sus letras. Su *rock*. Su voz. Ese falsete tan especial. No albergó ninguna duda de que aquel disco sería un éxito. En Dylan convergían dos hechos imprescindibles para ello: ser hijo de quien era y lo que había escrito.

Buscaron un teclado que acompañara a su guitarra y a su voz. Buscaron un bajo. Buscaron otra guitarra y una batería. Organizaron decenas de audiciones hasta que encontraron lo que buscaban. Tocaron juntos. Se probaron. Encajaban.

Dylan Carbonell, como marca, estaba a punto de adquirir la condición de estrella.

Hugo Cabana estaba viviendo aquello que más adelante todos en su familia recordarían como las Navidades del 2011:

Su hermano River, que recientemente había dejado la academia de policía sin motivo aparente, anunció que se casaba con la chica con la que apenas llevaba saliendo unos meses.

Su hermana Priscila, que era mayor de edad de puro milagro, también anunció que se casaba. En su caso, con el vecino de la casa de enfrente.

Hugo les habló de su condición sexual. Había esperado a tenerlo claro del todo para hacerlo, muy propio de él.

La peor parada de aquellas Navidades fue Priscila Cabana. Nadie entendía que se casara tan joven.

Capítulo 25

Surf... surf

DYLAN

Me estoy subiendo por las paredes. Me subo. Joder, que si me subo. Me estoy subiendo por las paredes y no quiero subirme por las paredes. También lo tengo prohibido. Como si fuera a subirme. No me gustan los espacios pequeños, camino y solo me encuentro con putas paredes. Cada no sé cuántos pasos hay una. Me hace retroceder. ¿Cómo esperan que no suba por ellas? Quizá de esa manera encontraría otro camino. Deja de moverte, Dylan. Escribe un poco de música. No, ahora no puedo. Y no dejo de escucharla, pero no puedo concentrarme en nada. Estoy poniendo nerviosos hasta a los perros. Que no son lo que se dice tranquilos *per se*. Estoy provocando que ellos se suban a las paredes. También me duelen los huevos. Me duelen la hostia. Me acerco a la pared donde uno de los perros acaba de posar sus patas. Pues ya tenemos otra huella plasmada ahí para la posteridad. Lo miro con censura, apuntándolo con el dedo. Mierda, ¿cuál de los tres ha sido? Los miro a los tres con censura, apuntándolos con el dedo. Mis perros han empezado a sonar. Son una puta maravilla. El nene se va a mosquear. No le gusta que le manchen las paredes y se pone un tanto energúmeno con el tema. Se le va a marcar una vena del cuello. Oye, todos tenemos nuestras cosillas.

Miro de reojo hacia el dormitorio, por millonésima vez en las últimas horas: sigue durmiendo. Pero ¿cuánto tiempo es capaz de dormir este hombre? No es normal. No es humano. Los humanos se despiertan para mear, beber agua o alimentarse y esas cosas. Yo llevo horas despierto. No he podido ni meterme en su cama, me he quedado toda la noche en el sofá. Si me meto en su cama, me lo como. Me lo como. En plan sexual, no en plan caníbal.

Estoy por acercarme y comprobar si respira. ¿Y si le ha pasado algo? Me aproximo a la cama y lo observo. Vale, sí respira. Se le mueve el pecho arriba y abajo de manera regular. Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si, Do. Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si, Do. Se encuentra perfectamente. Miro la hora en el reloj. Las diez de la mañana. ¿Las diez de la mañana? Tiene que ser una puta broma. Deja de moverte tanto. Miro de nuevo y estrecho los ojos. ¿No es una broma? Vaya. Pues tampoco lleva tanto tiempo durmiendo, entonces. No sé a qué hora llegamos anoche a casa, pero calculo que sobre las cinco de la mañana. Mierda, ¿qué es eso que tiene en el cuello? Como si no lo supieras. Es tu chupetón. Pues sí que me ensañé. En mi defensa diré que no pensé que se le oscurecería tanto. Y el fiscal alegará que en realidad me importaba una mierda. Solo quería chuparlo hasta el desfallecimiento. El mío. Que casi me caigo redondo de lo que me temblaban las piernas. Y cuando me agarró del pelo… Joder, deja eso.

La marca lo recorre desde la parte baja de la oreja hasta el hombro y cubre una paleta completa de colores entre el rojo y el morado. La peor zona es la central, la que rodea la vena

que seguro que se le marca cuando se mosquea, tiene toda la pinta, y que seguro que a mí me va a poner a mil por hora, es que lo veo. Lo del mosqueo no. La vena. La vena en su estado normal. No en estado mosqueo. Aunque, ahora que lo pienso, nunca me he fijado en ella en modo mosqueo. Joder, mosqueo el que se va a pillar cuando se mire en el espejo y lo vea. Va a ser épico. Y se le va a hinchar la vena, sí. Se le va a hinchar que te cagas. Me fijaré a ver si me pone a cien. Pero sin que se note. No creo que le haga gracia que mientras él grita yo experimente con su vena. Se mosqueará más. Yo miraré más. Y entraremos en un círculo vicioso. Yo soy muy de entrar en círculos viciosos. Se me fue un poco la mano. O la lengua. Casi es mejor que no despierte en dos días. Quizá se le haya bajado.

No me esperaba yo este desenlace. Cuando la pava esa dijo que había dos supervivientes, casi me da algo. Casi me como a Jaime, y no en buenos términos. Oye, pero al final voy a tener que agradecerle que nos pusiera en equipos contrarios. Me lo sirvió en bandeja.

El nene se mueve. Mueve el brazo. Lo tenía debajo de la almohada. Que tampoco es que lo esté observando en plan enfermizo. He venido a ver la hora y él está ahí, dormido. ¿Cuántas horas seguidas es capaz de dormir? Porque ya lleva cinco. Yo no digo nada. Le veo la mano. Esa mano. Esa mano que me agarró el pelo y me empujó hacia su cuello. Comienzo a sentir un cosquilleo. Miro mi entrepierna. ¿Otra vez?

Vale, me piro. Necesito salir de aquí. Quemar energías. Y necesito dejar de mirarlo o no respondo. ¿Y qué hago? ¿Qué se puede hacer en este pueblo? Coño, surf. Que todavía no he hecho surf, así que voy a hacer surf. Joder, qué buena idea.

Camino hasta el armario y abro el cajón de los bañadores. Porque hay un cajón lleno de bañadores. Y son todos de animales. Me descojono. Cojo uno de dinosaurios y una camiseta blanca; de esas también hay a montones. Menos mal que usamos la misma talla, más o menos. Yo soy más alto, así que me queda un pelín justa su ropa, pero nada insalvable. Se llevan los vaqueros tobilleros, ¿no? Pues eso. Y se llevan las camisetas que marcan músculo, ¿no? Pues eso. Tú no tienes músculos. Bah. Tengo que comprarme ropa en algún momento. Iría hoy, pero es domingo y están las tiendas cerradas.

Me quito el calzoncillo y me pongo el bañador y la camiseta. Ya estoy listo. Espera. ¡Necesito una tabla de surf! Bueno, ya me las arreglaré. Estoy a punto de irme, pero entonces descubro el calzoncillo tirado en el suelo de cualquier manera y me agacho a recogerlo. No queremos que la vena del cuello explote, ¿verdad? Entro en el baño y lo tiro en el cesto de la ropa sucia. Uy, alguien tiene que poner una lavadora. Le toca a él. Además, prácticamente toda la ropa que hay es suya. Es lo justo. Cuando salgo, el nene me está mirando. ¡Se ha despertado! Ya era hora.

—¿A dónde vas? —me pregunta, más dormido que despierto.

—A hacer surf.

—¿Perdona?

—A hacer surf —repito. Pero ¿no me ves la pinta? Solo me falta tu melena rubia.

—¿Sabes hacer surf?

—No.

—¿Y se te ha ocurrido de repente que quieres hacer surf?

—No, en realidad llevo un tiempo pensándolo. ¿Es que no me escuchas?

—Depende. ¿Me lo has dicho al inicio o al final de algún soliloquio?

¿Qué? Pobre, aún está dormido.

—No creo que sea tan difícil eso del surf. Y, por cierto, tú te llevas el curro a todas partes, ¿eh? A muerte. —Se lo explico al ver la cara de flipado que pone—: Todos tus bañadores son de

animales.

—Todos no.

—El noventa por ciento.

—Y tú siempre te pones los de dinosaurios.

Ahí me ha pillado. Las cosas, como son. Estoy a punto de irme, pero se levanta de la cama y me detiene.

—Espera. Te acompaño. No quiero que te me mates.

«No quiero que te me mates». Me niego a reproducir esas seis palabras en mi cabeza. Me niego a reproducirlas más veces de las cinco que llevo ya. Porque, si lo hago, me lanzo de lleno a por él, lo tiro a la cama y me lo follo. O contra la pared. Cuatro veces. Que nadie dijo nada de no follar en la pared. Y se acabó toda esta puta tensión sexual, cojones. Mierda. Me largo.

—Me voy ya. —Salgo de la habitación, cojo a los perritos y abro la puerta de la calle.

—Espera, joder. —Lo escucho farfullar detrás de mí, vistiéndose a trompicones—. Ya voy. ¿Qué prisa tienes?

Te estoy salvando el culo. Literalmente.

𝄞

Por fin llegamos a la playa. Y mira que la casa del nene está cerca, pero antes hemos tenido que pasar por donde sus padres a coger dos tablas de surf. La suya y la de River. O tablones, porque me ha explicado que no son tablas, son tablones; debe de ser un asunto de tamaños y no sé qué más, yo solo me he quedado con lo del tamaño, porque grandes son un rato… También hemos cogido un par de trajes de neopreno. Creo que esto se me va a dar bien. Estos tablones están machacados, les han dado bien de cera, así que supongo que irán solos. Hemos subido en el coche y los hemos enganchado en los soportes del techo que el nene tiene para ello. Pesan un huevo. Casi muero en el intento, menos mal que él controla. No nos hemos cruzado con nadie en la casa; los padres estaban de paseo y los hermanos, en la cama. Lo de dormir mil horas seguidas debe de ser cosa de familia. Y eso que los perros no han estado en silencio precisamente. La genética. La genética a veces es una putada. Que me lo digan a mí. O a mi padre. Seguro que él también reniega de ella. Seguro que lo hace con más fuerza que yo. Cada día de su puta vida. Antes me preguntaba por qué me odiaba. O por qué no me quería, que no es lo mismo. No sabía cuál de las dos opciones era peor. Sigo sin saberlo.

La playa está vacía. Es lo que tiene que sea abril y que el cielo esté cubierto de nubes negras. Y yo ardo a causa de la expectación. Es que me puede. Ni pisar la arena me ha hecho enloquecer. Así estoy. Quiero meterme en el agua. Quiero practicar un poco de surf. Pero, sobre todo, quiero hacerlo con él. Quiero hacerlo todo con él. Comenzaremos por el surf. ¿Y el traje de neopreno azul oscuro sobre su cuerpo? Joder, se te va toda la puta olla. Esa frase es del nene. Sin la palabrota. Esa es cosecha propia. Ya hablo como él. Supongo que todo se pega. Pero ¿hasta los dejes al hablar? Eso parece.

—Esto no tiene buena pinta —dice él, señalando las nubes del cielo.

Mierda. Ha estirado el cuello y, joder…, está muy morado. Y mira que el neopreno le cubre gran parte, pero se ve la hostia. Él no se lo ha visto. No le he dado tiempo ni a mirarse en el espejo. Debería chuparle a fondo el otro lado para que vaya a juego. Me río. Él me pregunta por qué me río. Yo le digo que es mejor que no lo sepa. Me mira con la frente arrugada. Yo sonrío más y le guiño un ojo. A lo loco.

—¿Surfeamos ya o qué? —pregunto con guasa. Entonces él me empuja. ¡Me empuja! Y casi

me caigo al suelo de morros, con tablón y todo—. ¿A qué ha venido eso?

—Necesitaba comprobar cuál de tus dos pies es el que tiene que ir delante.

—¿Qué?

—Nada; anda, tira. Vamos a intentar coger la espuma.

—¿Qué?

Bah, qué más da, suena tan profesional. Sonrío y me meto en el agua. Joder, está fría. ¡Congelada! Me cago yo en el puto Mediterráneo y en el neopreno. Menos mal que me llega hasta los tobillos, pero de esta salgo con los pies morados, del mismo tono que su cuello. Él viene detrás de mí. Se pone a mi altura y yo imito sus movimientos. Nos subimos en las tablas y comenzamos a remar juntos mar adentro. Esto es pan para comer. ¿Pan chupado? Bah. Que es fácil, cojones. No vamos demasiado lejos. Hay olas y son fuertes.

𝄞

Voy a morir. Voy a morir y adiós a mis posibilidades de follar con él contra la pared. Con él y con nadie, vaya. Y lo peor: ni siquiera nos hemos besado aún. Y yo me muero por hacerlo. Por besarlo en la boca y comprobar si sus labios, los labios más increíbles que he visto en la vida, saben igual de bien que su cuello. Con que sepan la mitad de bien, sería orgásmico. Como que ayer casi me corro a lo grande en los pantalones. No me pasaba desde… Creo que no me ha pasado nunca. Nunca he llegado a correrme en los pantalones. Pero es mejor no pensar en eso. Mejor me preocupo por respirar y sobrevivir. Putas olas, puto tablón y putos todos. He tragado más agua en estas últimas horas que en toda mi vida junta. ¿Y coger una ola? Ni de lejos. El nene las acapara todas. Lo odio un poco por ello. Mamón. Luego pienso que si juntamos de su cuello para abajo y de mi cuello para arriba nos haríamos los reyes del mundo. Nada podría con nosotros. ¿Y mantenerse erguido de pie sobre la tabla durante más de dos segundos? Misión imposible. Ni coger espumas ni mierdas.

Salgo a la superficie como puedo, bueno, como puedo no: su brazo me saca, y cojo aire. Cuando veo la postura cómoda que ha adoptado, con los brazos doblados a la altura de los codos y perpendiculares al tablón, me acerco a él y me coloco enfrente en la misma posición, sobre su tablón. El mío anda por ahí, no muy lejos; lo tengo atado al tobillo. Nuestros brazos no se tocan por escasos centímetros, y nuestras caras quedan lo suficientemente cerca como para que yo pueda contar sus pecas de nuevo. Lo haría si no me las supiera todas ya de memoria.

—¿Me vas a hacer caso y a dejar que te enseñe o vas a continuar así hasta que te ahogues y tenga que practicarte la respiración asistida?

¡Ahogarme! ¡Elijo ahogarme! Joder, es que si me lo pones así…

—No te rías —me dice con acritud. Ah, pero ¿me estoy riendo?—. No tiene gracia.

Uy, que se enfada. Vale, me rindo.

—Vale, me rindo. Me pongo a tus órdenes.

—Buena decisión —me dice con su cara de sabelotodo. Oye, que amo su cara de sabelotodo, pero también es verdad que va mucho de listillo—. Teniendo en cuenta que no has practicado surf en tu vida, ni ningún deporte acuático, ni ningún deporte, en realidad —se corrige a sí mismo—, y que yo soy un experto en todos, deberías haberme escuchado desde el primer momento.

Buah, qué cerca lo tengo y qué ganas me entran de hacerle una ahogadilla. O dos. ¡Coño, tres! En esta ocasión, ahogadillas de verdad, no como en la piscina de su cuñado, que iba a comérselo todo. No. Borra eso. Que me empalmo. Y no es lo más aconsejable con este traje tan

ajustado a la piel.

—¿A que no eres capaz de mantenerte de pie en el tablón más de diez segundos seguidos?

Ya me aseguro yo de que caiga. Que me la suda que sea yo el que vaya a empujarlo. El asunto es verlo caer al agua. Y así le cierro la bocaza.

—No.

—Te reto. Yo digo que vas a caerte antes de diez segundos y me apuesto… Espera, ¿qué? ¿Has dicho que no?

—Es imposible mantener el equilibrio tantos segundos si no coges la espuma.

¡Y dale con la espuma de los cojones!

—¿Ni siquiera tú?

—Ni siquiera nadie. Y te aseguro que si existiera alguien capaz de semejante hazaña en este pueblo, ese sería yo. De hecho, soy capaz de estar de pie durante unos cinco segundos, y eso no se ve todos los días.

—Demuéstralo.

Debo de estar enfermo o algo, porque me pone la hostia que vaya de sobrado por la vida. Y como el sobrado que es, acepta el reto, por supuesto que lo acepta: lo veo al instante en su mirada. Le pierde la boca. Y el ego. En eso también tiene es un peso pesado.

Me alejo de su tablón para darle espacio, él cambia de postura y se sube en ella; queda sentado en una posición muy cómoda también. Qué cabrón. A ver, que el tío va de sobrado porque puede. Yo me quedo en el agua, observando cómo lo hace. Las olas lo balancean como si estuviéramos en el jodido canal de la Mancha. Flipo con que mantenga el equilibro sentado así sobre la tabla. Debe de tener una fuerza de escándalo en las piernas. O en el cuerpo. O yo qué sé dónde. Me mira con chulería.

—No vayas tan de listillo, no te vayas a caer antes de los cinco segundos —le digo. Él se ríe con fuerza. El muy mamón se ríe con fuerza—. ¿A que te soplo? ¿A que te soplo y te tiro al agua?

—Me gustaría verte intentarlo antes de que te ahogues otra vez. Y, ahora, voy a ponerme de pie.

Lo miro desde el agua y leo la diversión en sus ojos. Este no me conoce. Antes de que se incorpore, trasteo por debajo del agua y desato mi tablón del tobillo. Entonces, cojo impulso y me subo al suyo, primero de barriga. No sé de dónde saco las fuerzas ni la habilidad, pero consigo quedarme sentado con las piernas a cada lado del tablón, y me sujeto porque… joder, porque él nos mantiene a ambos en equilibrio.

—Ponte de pie ya —le digo—. Y cuenta uno. Es el segundo que vas a aguantar antes de caerte. Y apenas voy a tocarte.

—¿Y cómo vas a tirarme?

¿Cómo? Eso mismo me pregunto yo. Me lo pregunto durante unos instantes y la respuesta me llega en letras mayúsculas y luces de neón. Y no sé lo que va a pasar después de hacerlo, pero tengo que intentarlo. Y me formulo mil preguntas. Y me vienen mil imágenes a la cabeza. Y dos mil preguntas más. Todas ellas sobre lo que pasó ayer entre nosotros. Sobre el chupetón que luce en su cuello, mi chupetón. Sobre su manera de agarrarme el pelo, que fue de lo más sensual. Sobre Jaime. Sobre lo que tuvieron. Sobre las señales tan contradictorias que envía el nene. Porque a veces pienso que sí, que le gusto, a pesar de que somos opuestos. Pero otras veces pienso que somos demasiado opuestos como para que yo le guste. Yo soy caos. Él es orden. Creo que eso lo resume todo. ¿Pueden el caos y el orden…? Ni siquiera sé cómo continuar la pregunta. Quizá porque esa es la pregunta. ¿Pueden el caos y el orden?

Vamos a comprobarlo.

Él se levanta. Y se mantiene en pie, por supuesto que lo hace. Yo lo miro antes de levantarme detrás. Tengo que ser rápido porque, no sé él, pero yo no voy a aguantar más de medio segundo. Evalúo mis posibilidades. Venga, Dylan, joder, hazlo de una vez. Voy.

Me pongo de pie. No estamos demasiado cerca. Tendré que acortar la distancia. Y todo dura un segundo. Un segundo que puede ser tan fugaz como el aleteo de una mariposa o tan eterno como beber del cáliz de la vida. Un segundo en que me acerco, o, mejor, me lanzo. Me aproximo tanto que le veo las pecas de las mejillas otra vez. Las gotas de agua adheridas a su rostro. Sus ojos confundidos. Su boca abierta. Inhalo, abro la mía y, sin tocar ni una sola otra parte de su cuerpo, uno nuestros labios y lo beso. No cierro los ojos, necesito descubrir lo que hacen los suyos.

Y los suyos… los suyos en un primer momento se abren por completo con asombro. Después se cierran. En el mismo momento en que comenzamos a caer los dos al agua. En el mismo momento en que sus brazos me agarran por la cintura. Entonces, el cáliz de la vida desaparece y el aleteo de la mariposa toma el control. Lo siguiente que siento es que nos hundimos. La fuerza con que me he precipitado hacia él lo ha provocado sin remedio. Y nuestros labios se separan. Al instante. Demasiado rápido. Y, de pronto, estamos fuera del agua. Un agua que nos cubre hasta la cintura. O hasta el cuello, cuando viene la ola. Respiramos con dificultad. Nuestros pechos al unísono, desbocados. Nos miramos a los ojos. Y todo sucede tan rápido que no sé cuál de los dos se ha acercado primero al otro, pero ya estamos besándonos como locos. Y me lo voy a comer entero. Porque sabe de puta madre. Sabe mejor que en el cuello. Le meto la lengua hasta el fondo, le sujeto el rostro con las manos. Gimo de puto placer. Él me rodea el cuello con los brazos y se lanza a mi boca con tanta fuerza que tropezamos y nos sumergimos. No dejamos de besarnos. Tic, tic. Ese es su reloj, que se oye bajo el agua. Es una hora en punto. Y lo he escuchado más nítido que nunca porque su muñeca está más cerca de mi oído que nunca.

Emergemos y quiero quitarle el puto traje. Me importa una mierda lo bien que le quede. Lo quiero fuera. Lo toco por todas partes, lo intento, pero está demasiado adherido a su piel. Y necesito explorarlo. Sin barreras.

—Joder —mascullo sobre sus labios—, ¿cómo se desabrocha esta mierda?

No me contesta, solo gime de nuevo mientras recorre mi cuerpo con las manos. Y a mí me sobra todo. Porque me quema todo. Baja la cremallera de mi traje, como si pudiera escuchar mis pensamientos. Quizá los he gritado en alto. Sí, joder. Así. Comienza a bajarme las mangas; si pudiera alejarme de sus labios y de su lengua le diría que me flipa el dominio que tiene para quitar estas mierdas. Ya se lo diré. Me lo baja por el pecho y me deja desnudo de cintura para arriba; me toca por todas partes. Me explora. Y yo quiero que explore más y que toque más fuerte.

Un trueno cruza el cielo y comienza a llover a lo grande, aunque creo que en realidad lleva un rato lloviendo.

—Tenemos que salir del agua —me dice, apartándose de mi boca.

—Ni loco. —No he hecho más que empezar a paladearlo. Él sonríe. Y yo siento su sonrisa en mi boca. Y es una puta pasada. Lo beso de nuevo y me jode la vida borrar su sonrisa, pero ya me dará otras. Ahora necesito su lengua contra la mía. Otro trueno reverbera sobre nuestras cabezas. Y llueve con más fuerza. Tiene mala pinta. Mierda—. Mierda.

Nos damos besos cortos. Creo que para disminuir la intensidad. Porque tenemos que salir del agua. Pero no encontramos la manera. Hasta que lo hacemos. Nos quedamos con los rostros pegados, sin besarnos, pero sin querer movernos. Le doy un último beso en la boca. Me aparto de

él muy renuente, y muy empalmado, y me dirijo a la orilla. Seguiremos en casa.

Recogemos mi tablón, que las olas han ido arrastrando hacia fuera. Los perros nos esperan en la arena saltando como locos y girando sobre sí mismos, casi me uno a ellos. Vamos todos corriendo al coche, que está aparcado cerca. Enganchamos los tablones y montamos. Conduce él. Y cómo conduce. Está *sexy* a rabiar todo mojado, con esa pinta de *surfero* y el traje aún puesto. Yo lo llevo por la cintura; no me ha dado tiempo a colocármelo de nuevo y tengo un calor de la hostia. Al nene le gusta dejar la mano suspendida en la palanca de cambios. Pongo la mía encima y él me mira. Y estoy a punto de decirle que pare el coche y que vayamos a la parte de atrás, pero su teléfono suena. Descuelga a través de uno de los botones que hay en el volante.

—¿Mamá?

—Hugo, cariño. Ya sé que hace un tiempo horrible, pero ¿os venís a comer a casa?

—Eh… —Hugo me mira.

—Han venido tu hermana y Alex. He hecho flan. Seguro que a Dylan le encanta.

—No sé si Alex va a dejar algo como para que Dylan lo pruebe.

Duda. No sabe qué hacer. Le hago un gesto con la cabeza para que acepte. Sé lo importante que es su familia para él, y siempre que puede se reúne con ellos. Nosotros tenemos todo el tiempo del mundo para enrollarnos. Aunque me maten las ganas.

—Bien, vamos de camino.



HUGO

Dylan baja por las escaleras de casa de mis padres vestido con ropa seca y a mí se me van los ojos al instante. No es que lleve más de diez minutos interminables mirando de soslayo, esperando a que aparezca o preguntándome por qué tarda tanto en ducharse. O quizá sí he echado un par de vistazos. Hemos aparecido en casa totalmente empapados, tal como estábamos (Dylan, con el neopreno por la cintura, después de que yo se lo dejara de esa manera), y mi madre nos ha mandado a los dos directos al baño.

Abandono la conversación que mantenía con mi familia y con Jaime y sus voces dejan de sonar en mi cabeza. Mi mirada se detiene en primer lugar en las piernas de Dylan. Largas, delgadas y enfundadas en unos vaqueros, intuyo que de River. Subo a su pecho, a la camiseta blanca de manga corta, con el dibujo de un dinosaurio rugiendo, que lleva puesta. Sonrío sin poder evitarlo. Esa camiseta es mía. Tiene muchísimos años. Tuve una fase obsesiva con los dinosaurios. Aún quedan vestigios. No sé si la habrá cogido él solo en el armario de mi antigua habitación o si se la habrá dado mi madre. No sé cuál de las dos opciones me gusta más.

Por último, llego a su rostro. Sus ojos también me miran, pero Adrián se acerca a decirle algo y rompe nuestro contacto visual. Ríen. Se tocan. O Adrián lo toca. Lo toca para señalar algo de la camiseta y Dylan le da un golpe amistoso en el brazo, seguido de un insulto. Y me doy cuenta de que no le he besado el *piercing* de la ceja y que me muero por hacerlo. Y me doy cuenta de que parece tener una conexión especial con Adrián y que, lejos de molestarme, hace que una corriente agradable me recorra las venas.

Mi madre nos quita los vermús de las manos y nos obliga a sentarnos a la mesa. Son ya como las cuatro de la tarde. Nada fuera de lo común tratándose de una comida de domingo con mi familia. Mi madre ha asignado los sitios de cada uno. A Dylan y a mí nos ha puesto juntos. Yo a la derecha y él, a mi izquierda. Mi padre comienza a servirnos la comida. Montones de comida. Observo divertido cómo Dylan lo prueba todo a la vez. Come y bebe. Y aun así no deja de parlotear ni de gesticular. Ni de mover la pierna. Estoy a punto de ponerle la mano encima de la rodilla para que se tranquilice, pero no son nervios. Cuando está nervioso, se mueve de otra manera. Esto no es más que el montón de energía que guarda dentro volando hacia fuera. Lo dejo estar. Así es Dylan. Les está contando a todos nuestra mañana de surf. Bueno, no entera. O eso espero. Espero que pare antes del desenlace. El desenlace. Empiezo a sentir calor. Y me muero por tocar a Dylan.

—¡Hugo!

El grito de mi madre me sobresalta. ¿Qué he hecho?

—¿¿Qué??

—¿Qué te ha pasado en el cuello?

—¿En el cuello? —Me llevo la mano instintivamente al lugar donde mira mi madre, y ahora el resto de la mesa también, y caigo al instante en que es donde me mordió ayer Dylan. ¿Tan mal lo tengo?

—Ayer lo mordieron en el *Last Zombie Day* —explica River—. Yo ya dije que le iba a quedar una marca de las buenas. Se intuía. Y se la he visto desde que ha cruzado la puerta.

—Hijo, no me había fijado, pero ¿qué clase de juego es ese que os dan mordiscos de verdad? —pregunta mi madre con preocupación. Pobre mujer. Si ella supiera…

—Mamá —le dice Adrián—, es un chupetón. Como los que traía Marcos de los quince a los

veinticinco. ¿Te acuerdas?

Pues ya lo sabe.

—¿Uno? —añade el aludido—. Yo veo cuatro o cinco, por lo menos. Qué salvajes son los jóvenes de hoy en día.

—Creo que son cinco —corrobora Alex, contándolos con el dedo.

Miro de reojo a Dylan. Se ha metido un trozo de pan en la boca y lo mastica mientras contempla mi cuello, a la vez que asiente con la cabeza y sonríe. Dios, parece que se vanagloria de su propio trabajo. Necesito un espejo con urgencia.

Lanzo una mirada significativa a Adrián para que reconduzca la conversación; él lo hace, y creo que hasta mi madre lo agradece. Comenzamos a hablar del embarazo de mi hermana, de la última ecografía que le han hecho y de que ya han elegido el nombre: Álvaro. Me gusta. Servimos los postres y, entre Alex y Dylan, se ventilan más de medio flan. Y eso que es gigante. Parece que el huracán de la marca en mi cuello ha amainado, pero yo continúo con la sensación de que unos ojos me observan. Me hablan. Me gritan. Me censuran. Levanto la mirada cuando ya no lo soporto más y me cruzo con los ojos de Jaime, sentado frente a mí. En ellos se embotellan millones de preguntas. Y dudas. Y confusión.

—¿Hugo?

Retiro la mirada. Atiendo a mi padre.

—¿Sí?

—¿Aún no has encontrado familias para los cachorros?

—No —contesto. Echo una mirada al sofá de mis padres, donde los tres pequeños descansan tranquilos; han debido de cebarlos bien entre todos mientras Dylan y yo nos duchábamos para que estén tan apacibles—. Sigo buscando. Y me temo que no voy a encontrar a nadie que quiera a los tres. Vamos a tener que separarlos.

Y se me va a partir el corazón. Se me va a partir como nunca. Ya han cumplido casi un mes y cada día les tengo más cariño. Y cada día se quieren más entre ellos. No quiero separarlos, va a ser una auténtica putada, pero no puedo hacer nada para evitarlo.

—¿Perdona? —me pregunta entonces Dylan. Me sorprende el tono de su voz. Es serio. Demasiado serio para él. Demasiado serio para nosotros. Giro la cabeza.

—¿Qué?

—¿Me puedes explicar qué significa eso de las «familias para los cachorros»? Porque no lo pillo.

—Las familias que estoy buscando para que adopten a los cachorros —le digo, señalando con mi tono la obviedad del asunto. Pero para él no parece tan evidente. ¿No lo hemos hablado? ¿Era necesario que lo habláramos? Yo creo que no. Los motivos caen por su propio peso.

—¿Me estás vacilando? Porque no tiene ni puta gracia.

Vale. Me parece que ya sé por dónde van los tiros. Dylan se ha encariñado de los cachorros. Se ha encariñado demasiado. Se lo ha llevado a lo personal. Y puedo entenderlo, pero no puedo remediarlo. Si lo hiciera, mi minúscula casa se convertiría en un zoológico. Y no daría abasto con tanto animal.

—Dylan…

—Ni se te ocurra hablarme como si fuera un crío de primaria —me advierte, con censura en la mirada.

—No te comportes como uno, entonces. Los perros necesitan una familia.

—¿Los perros? ¿Te refieres a Freddie, Frank y Dylan?

Suspiro.

—No podemos quedárnoslos, Dylan.

—¿Por qué no? Lo estamos haciendo bien.

—Sí, pero no se trata de eso. Se trata de que si tuviera que quedarme con todos los animales que llegan a mi clínica necesitados de una familia, no cabríamos en mi casa. Yo los atiendo, los salvo, los curo y les busco un hogar.

—No te estoy diciendo que te quedes con todos los animales que llegan a tu clínica, te estoy diciendo que te quedes con nuestros perros.

—No son nuestros perros.

—¡Claro que son nuestros perros! ¿De qué vas? —Dylan se levanta, cabreado, de la silla y pone las manos en la cintura—. ¿Cuándo nacieron los perros? ¿Qué día?

—El tres de abril —respondo sin necesidad de pensar.

—Sí. A las seis y trece minutos el primero. ¿Y de verdad crees que no son nuestros?

—Yo soy bueno con las fechas y tú eres un genio.

—De puta madre. Felicidades por lo que te toca.

—Solo les estoy buscando un hogar, Dy.

—Ya tienen un hogar.

—No. No lo tienen.

—¿Y qué somos nosotros?

—Nosotros los estamos acogiendo hasta que encontremos una familia real para ellos.

—¿Una familia real? ¡Nosotros somos su familia real! —Dylan ha comenzado a gritar. Y los perros han venido en tropel a la mesa del comedor, alertados por los gritos. Ahora ellos también gritan. De puta madre—. Porque, por si no te has dado cuenta, viven en nuestra casa y duermen en nuestra cama. Eso suena a familia.

—Dylan —lo llamo de nuevo en un intento de hacerle comprender la situación. De tranquilizarlo. No funciona.

—¿Dónde coño tienes la cabeza?

—No seas irracional. ¡Estás siendo irracional! —Me levanto y pierdo un poco los nervios. Quedamos frente a frente. Los cachorros a nuestro alrededor. No quería hacerlo, no quería gritar y empeorar la situación, pero ¡joder!, está siendo totalmente irracional. No puedo quedarme con todos los animales que necesitan un hogar. ¡Ojalá pudiera! Pero las cosas no funcionan así.

—¡El irracional eres tú! Nosotros somos su familia. Tú y yo. ¡Y ahora quieres separarnos! Separarlos de nosotros y separarlos entre ellos. ¡Es una crueldad!

—Es mi trabajo, Dylan.

—¡Pues tu trabajo es una puta mierda! —me grita, levantando los brazos. No para quieto. No hace otra cosa que moverse. Y ahora sí es a causa de los nervios.

—¿Puedes serenarte?

—¡No me da la gana!

—Dylan…

—¡No puedes darles la espalda de esta manera, Hugo!

Me congelo. Se me olvida la discusión y se me olvida todo. Acaba de llamarme Hugo. Por primera vez. El sonido de mi nombre saliendo de su boca. Y vale que estamos en medio de una discusión, pero no lo ha dicho por maldad. No lo ha dicho porque en estos momentos me odie tanto como odia ese nombre. Le ha salido de dentro. Supongo que ya sabemos cómo va a llamarme a partir de ahora cuando nos enfademos. Se me ablanda el corazón. Joder, Dylan.

—Dy —le digo con suavidad.

—¡¿Qué?! —me responde en otro grito.

—Me has llamado Hugo.

Dylan se sorprende en un primer momento. Lo piensa. Lo veo hurgar en su cabeza en busca del momento exacto. Lo encuentra. Se sorprende de nuevo. Se ablanda. Se cabrea al instante.

—¡No me cambies de tema! —me grita entonces—. ¡Y no intentes camelarme, porque no va a funcionar!

—¿Camelarte? No te confundas; esa es tu especialidad, no la mía.

Y ahora, viendo la cara que pone, creo que he tocado la tecla incorrecta. No era mi intención enfadarlo más, todo lo contrario. Quería que se pusiera en mi lugar y se dejara camelar, igual que hago yo con él.

—¡Es que ni siquiera estás alterado, joder! ¡Explota de una puta vez! ¡A la mierda! ¡Ya lo hago yo por ti!

Dylan abandona el comedor y se dirige a la puerta. Me sobresalto por el portazo. No, no me sobresalto: me duele. Y se ha alejado tan rápido de mí que ni los perros han tenido margen de reacción. Nos hemos quedado los cuatro pasmados. Pongo los brazos en jarras, esperando a que abra la puerta y nos sentemos a hablar del tema como las personas civilizadas que somos. Lo espero durante unos minutos. No sé por qué. Porque no va a aparecer. No tan pronto. Sus estallidos no son tan breves. Ya lo conozco bien.

Entonces escucho el ruido de una silla, junto con un carraspeo, y regreso al mundo que me rodea. Y me doy cuenta de que no me encuentro en el salón de mi casa. Y de que no estoy solo. De que Dylan y yo no lo estábamos mientras discutíamos. Lanzo una mirada a mi familia. Todos me miran. Ni uno solo abre la boca. Hasta que Adrián rompe el silencio.

—Él tiene razón. No entiendo por qué no podéis quedaros con los perros.

Fulmino a mi hermano con la mirada.

—Adrián, no me toques los cojones. No es el mejor momento.

—No quiero tocarte los cojones, es lo que pienso y…

Jaime se levanta de su silla con un estruendo e interrumpe lo que fuera a añadir mi hermano. Viene hacia mí con decisión y pasa por mi lado como un tornado enfurecido.

—¿Podemos hablar? —me pregunta mientras choca con mi hombro.

¿Ahora? Cierro los ojos y resoplo. Me doy media vuelta y entro en la cocina detrás de él. Arrimo la puerta, porque se avecina tormenta. Desconozco el motivo, pero no voy a tardar demasiado en averiguarlo.

—¿Qué pasa? —pregunto con cansancio. No me apetece una mierda tener otra discusión. La de Dylan me ha dejado tocado.

—Eres lo puto peor —me dice cabreado, apuntándome con el dedo. No creo que esté hablando de los perros—. Ayer me la metiste bien doblada. Me cuentas que me has perdonado. Que no me guardas rencor, pero que quieres romper el trato de acostarnos cuando nos apeteciera porque tú y yo no somos nada. Porque el sexo por el sexo no va contigo. Y resulta que era todo mentira. Que lo único que sucede es que te estás follando a otro. Te habría agradecido la sinceridad. Siempre es mejor que la mentira, aunque duela.

Joder. Me froto los ojos.

—No me estoy follando a otro.

—Vamos, Hugo. No me jodas. Lo peor de todo es que no lo he visto venir. Hubo un momento en que llegué a pensar que Dylan y tú podíais estar liados, pero fue un pensamiento fugaz. Lo descarté enseguida porque no es tu tipo para nada y no os comportabais como una pareja. Ni de lejos. Hasta ahora. Me teníais totalmente engañado.

—No somos una pareja y a ti no te ha engañado nadie.

—¿No habéis follado?

—¡No!

—¿No os habéis tocado? Y no me refiero a tocar como tocas a tu familia o amigos, me refiero a cómo me tocabas a mí fuera del plano sexual. —Permanezco en silencio. Porque no puedo decirle que no. Porque Dylan y yo nos hemos tocado de esa manera. Muchísimas veces—. ¿No os habéis besado? —Silencio de nuevo—. ¿No te ha hecho él esa marca jodidamente pretenciosa que llevas en el cuello? No me contestes. La respuesta es obvia.

—Jaime, yo no te he engañado.

—No, claro que no, no me has engañado porque tú y yo no éramos nada.

—No me refiero a eso. Me refiero a lo que pasó ayer. Te dije la verdad. Deja a Dylan fuera de eso. Ni siquiera yo sé lo que ocurre con él. ¡Ni siquiera lo hablo conmigo mismo como para hablarlo contigo!

—¿Cómo quieres que lo deje de lado? ¿Tú te has oído cuando hablas de él, Hugo? ¿Te das cuenta de cómo suena lo que acabas de decir? ¿Tú sabes cómo lo miras? Porque yo hoy sí lo he visto. Mírate en un puto espejo. ¡Te estás enamorando de él como un gilipollas!

—Jaime, lo estás magnificando todo.

—¿Cuándo cojones te hizo eso del cuello? ¿Justo después de irme? —Mi silencio, una vez más, no da lugar a dudas—. Oh, Dios. Qué gilipollas soy. No sé cómo no me he dado cuenta antes. Ahora lo veo tan obvio ¡que me doy pena a mí mismo! ¡Os podéis ir los dos a la mierda!

Jaime vuelve a acercarse a mí, a golpearme en el hombro al pasar, y escucho un nuevo portazo. Y me invade otro sobresalto. Este también duele. Aunque es otro tipo de dolor. Me siento en una de las sillas que rodean la mesa de la cocina y reposo la frente en la madera. Aprieto los párpados. Creo que hoy he llenado el cupo de que me manden a la mierda. Dejo la mente en blanco. Necesito dejar la mente en blanco. Menos mal que soy un experto en hacerlo. Tengo un muro de contención en mi cabeza más robusto que la muralla china. Aprendí a construirlo en mi trabajo como veterinario. Tuve que hacerlo para no irme a casa llorando cada noche. Y lo he utilizado para Dylan. Se llama Pandora. Sí, como la mujer de la caja en la mitología griega; no me he roto mucho la cabeza para ponerle nombre. Y lo tengo a punto de reventar desde aquel día, el de mi cumpleaños, en el *pub*, pero aún se mantiene en pie. Es más seguro.

Me quedo así hasta que escucho la puerta, que se abre de nuevo. Me quedo así incluso cuando escucho la puerta, que se abre de nuevo. No sé ni el tiempo que ha pasado.

—Hijo. —Es mi madre. La noto sentarse en una silla a mi lado.

—Ahora no, mamá.

—Ahora sí, Hugo.

Alzo la cabeza y la miro. Con mi madre siempre es así. Ella traga, ella aguanta, ella calla, ella se mantiene al margen. Hasta que deja de hacerlo. Entonces manda ella.

—¿Tú también me vas a decir que tengo que quedarme con los perros?

—No, Hugo. Eso ya lo sabes tú mejor que nadie, no es necesario que te lo diga. Yo vengo a echarte de mi cocina y de mi casa.

—¿Qué? —le pregunto con asombro, incorporándome.

—Vete a casa, Hugo. Coge a tus perros y vete a casa. Mi hija pequeña se equivocó y estuvo a punto de perder al amor de su vida por no hablar las cosas a tiempo. No soportaría que a ti te pasara lo mismo. Vete a casa y habla con él. Ahora. Te está esperando.

—Dylan no es el amor de mi vida, mamá.

Mi madre me mira sin hablar. Mi madre me habla sin abrir la boca.

Vale. A casa.



Aún no son las nueve de la noche cuando abro con cuidado la puerta de casa. Dylan está tumbado en el sofá con las rodillas dobladas y abrazado a un cojín. Me da la espalda. No puedo ver si está despierto o dormido. La casa se encuentra en penumbra. La televisión, apagada. No hay ni un solo ruido. Hasta que los perros ladran e intentan subirse al sofá, los tres a la vez, pero no lo consiguen. Yo me acerco y me siento en él, a la altura de su espalda. Le toco la cintura con el brazo y lo zarandeo con suavidad. El calor en mi mano es instantáneo.

—Dy. Dy, vamos a hablar.

No hay respuesta. Suspiro.

—Dy, por favor. Mírame.

Nada. Ni una señal. Ni un mísero movimiento. Casi prefiero que me mande a la mierda otra vez a que no me hable. Aunque quizá esté dormido. Raro en él para esta hora, aún le queda energía que quemar, pero puede ser. Aproximo mi cabeza a la suya y lo escucho respirar. Sí, está dormido. Cierro los ojos y le doy un beso suave en la nuca. Y, entonces, simplemente, ya no puedo separarme de él. Me tumbo como puedo en el hueco que queda en el sofá, me aprieto contra Dylan, coloco mis rodillas junto a las suyas y le abrazo la cintura. Mi brazo sube y baja a causa de sus respiraciones. Escondo la cabeza en su cuello y los párpados se me van cerrando… hasta que me duermo.



Me despierto y me acuerdo de la discusión de ayer un segundo después. Me giro en el sofá. Estoy solo.

Capítulo 26

Joder, con los trescientos metros

DYLAN

Siento vértigo. Mucho vértigo. Siento más vértigo que nunca en mi vida. Y estoy tumbado en un puto sofá, a menos de veinte centímetros del suelo. Pero creo que puedo perder el equilibrio en cualquier momento. Y caer. Y, entonces, me pregunto: ¿esto es perder el equilibrio? ¿En serio? ¿Esto es lo que se siente al estar a punto de caer? También podría saltar y ganarle yo la partida a la gravedad. Jaque mate. Yo gano. Tú te jodes.

Cierro los ojos. No. No los cierres. Ni se te ocurra cerrarlos. Ábrelos bien grandes. Porque, si los cierras, no puedes mirarlo a él.

Aún es de noche, pero mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad. Qué remedio, ¿no? Si no, no podría mirarlo.

Está como un tronco. Lleva horas así. Las he contado. He estado a punto de despertarlo para mandarlo a la cama, se va a levantar hecho mierda (sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que se pasa en horizontal), pero me he quedado un instante embobado mirándolo y de pronto he sentido el vértigo. Y las ganas de saltar. Y ya no me he podido mover. Tampoco quiero retirar su brazo de mi cintura. Me gusta sentir su peso sobre mi cuerpo. Recuerdo el peso de mis dedos sobre las teclas del piano. No. Borra eso. El peso de él me produce un cosquilleo interesante a la altura del pecho. Y bastante me ha costado darme la vuelta sin que me soltara como para echarlo a perder ahora. Continúa siendo de noche.

Así que lo he mirado. Mucho. Y cuando creo que me sé su rostro de memoria, descubro algo nuevo. Como esa marca blanca que, acabo de advertir, que tiene en la sien izquierda, escondida entre los mechones rubios. Jamás pensé que me pirraría así por un rubio. Arrugo la frente. Acerco la mano y las yemas de mis dedos rozan la marca con suavidad. Es una brecha antigua. Muy antigua, diría yo. Me parece a mí que, en el camino de convertirse en el rey del patinete, el nene se pegó unas buenas hostias. También tiene otra cicatriz en el brazo, a la altura del codo. Esa no dejo de acariciarla cada poco. Arriba y abajo. Es suave. Nunca pensé que un brazo pudiera ser tan suave. Nunca había acariciado ninguno. Será porque tiene poco vello. O porque es rubio. Yo qué sé. Es mi primer rubio, pero es muy suave al tacto. Comienza a amanecer.

Ayer la bronca que tuvimos se nos fue de las manos. O a mí se me fue de las manos. Había quedado en secreto con su madre para ver, después de comer, fotos suyas con el pelo corto. No pudo ser, y eso que era un planazo. Pensaba ver las del pelo corto y las del pelo largo. Las que hubiera. Estaba tan enfadado con él. Enfadado como nunca. Y por un momento me acojoné. Me acojoné mucho. Porque la respuesta que yo quería para aquella pregunta que me había hecho horas antes, aquella que decía eso de: ¿pueden el caos y el orden?, me resultó más inalcanzable

que nunca. No me entraba en la cabeza que quisiera deshacerse de nuestros cachorros. Que fuera tan cuadriculado como para rozar lo inhumano. Lo entendí poco después de llegar a casa. Y me di cabezazos contra la pared. ¡Y yo jactándome de conocerlo bien! Ahí patinaste, Dylan. No quiere deshacerse de ellos, y no va a deshacerse de ellos, pero tienes que darle tiempo para que se dé cuenta. Para que acepte el nuevo *statu quo*. Recuerda que tú eres un dinosaurio y das pasos de dinosaurio, pero él es una hormiga y da pasitos de hormiga. Tienes que pararte y esperarlo. Él ya llegará.

Se hace de día. Los perros se están despertando. Les hago un gesto para que guarden silencio. Me obedecen y vuelven a cerrar los ojos. Son unos santos. Lo miro a él de nuevo. Ayer nos besamos. Sonrío. Joder, vaya si nos besamos. Y yo ahora estoy pensando en ello como un puto adolescente.

Ayer.

Ayer me tumbé en el sofá para esperarlo y nos imaginé juntos. Me quedé dormido soñando con nosotros. Y cuando me he despertado, él estaba tumbado junto a mí, abrazándome y respirando en mi oído. Calentándomelo todo con su aliento. Me hubiera gustado más que estuviéramos follando, porque era lo que tocaba, pero… No. Borra eso. Así estamos perfectos. Cambio cuatro polvos con él por dormir así de juntos. Bueno, cuatro no. Tres. Que le tengo muchas ganas. Y ya es de día. Y él continúa durmiendo. Cómo le gusta dormir. Me quedaría aquí con él para darle los buenos días con un buen beso que lo hiciera perder el equilibrio, pero, hablando de equilibrio, tengo algo importante que hacer. Porque todo este vértigo que siento me ha dado mucho que pensar. Y allá voy.

Con cuidado y reticencia, levanto su brazo y lo dejo sobre su costado. Estoy a punto de retroceder y devolverlo a su lugar, en mi cintura, pero tengo algo importante que hacer. Lo del equilibrio. No olvides lo del equilibrio. Abandono el sofá por el respaldo y, en el más absoluto silencio, me calzo las deportivas que dejé tiradas por el suelo. Los perros vuelven a despertarse. Los cojo y los subo al sofá. Les digo que cuiden de él. Y juro que me entienden. Me doy una vuelta por el baño para adecentarme un poco y me piro.

Bien. Mi primer objetivo es encontrar a los Marcalex. Quiero que alguien me ayude con esto y creo que ellos son los adecuados. O, al menos, uno de ellos. Marcos es el más deportista de los Cabana, sin contar al mío. Quiero hacerlo bien. No tengo el número de teléfono de ninguno de los dos, pero tampoco lo necesito. Estoy seguro al noventa y nueve por ciento de que han ido a desayunar al *pub*. Vamos, es que me apuesto la nota del Do y no la pierdo. Alexander St. Claire y Marcos Cabana siempre están en el *pub*. Vaya a la hora que yo vaya. De hecho, creo que lo abren y lo cierran ellos. Lo de que el tal Pedro es el dueño es puro teatro. Y diré aún más: creo que los trabajos de los que tanto hablan Alex y Marcos son ficticios. En realidad, no existen.

Llego en una carrera (joder, condenada cuesta) y al abrir la puerta… ¡Bingo! Ahí están los dos, bien juntitos, sentados a una mesa del fondo poniéndose finos a café y tostadas con aceite y sal. Me acerco sonriendo.

—Sabía que estabais aquí. ¿Vosotros no curráis nunca? —Oye, tenía que preguntárselo.

—Yo tengo turnos raros —se defiende el Cabana sin dejar de masticar. Qué morro tiene el tío. Entonces miro al nadador.

—¿Y tú?

—Yo me conozco sus turnos.

Y se queda tan ancho. Con un par de huevos. Me siento en una de las sillas libres y cojo una de las tostadas. Tengo hambre.

—¿Y mi hermano? —me pregunta Marcos.

—Durmiendo en el sofá.

Marcos frunce el ceño. Es preocupación.

—Llevas la misma ropa que ayer —me dice a continuación.

—Muy observador.

—Es mi trabajo. —¿Tu trabajo ficticio? No. No lo digas en voz alta—. ¿Estáis bien?

—Casi.

—¿Sabes que las gafas de sol y la gorra logran que llames más la atención? Te lo digo yo, que sé de lo que hablo.

—Hazle caso —me aconseja Alex—, sabe de lo que habla.

Creo que ha intentado vacilarle a Marcos, pero no puedo asegurarlo. Quizá pretendía vacilarme a mí. Me cuesta pillar al nadador.

—Me alegra que me saquéis el tema, porque venía a hablar contigo precisamente de eso —le digo a Marcos.

—¿Qué tema?

—El de tu trabajo —No digas «ficticio». No digas «ficticio»—. Venía a contratarte como guardaespaldas.

—Yo no soy guardaespaldas.

—Mejor, porque no iba a pagarte un puto duro. Pero necesito que me cubras las espaldas en un asunto.

—¿En qué lío andas metido?

¿Lío? ¿Yo?

—En ninguno —afirmo un tanto ofendido—. ¿Tengo pinta de estar metido en líos?

—Sí. Líos, en plural.

—A porrones —añade Alex.

Me cago en ellos en su cara. Y entonces se lo cuento todo mientras me como su desayuno. Y no dejo de moverme, porque estoy un poco nervioso. Muevo la pierna. Muevo las manos. Me reclino y me incorporo. Porque jamás me he desnudado así frente a nadie, solo con Hugo Cabana, y salió un poco mal el asunto. Al menos durante tres horas y treinta y nueve minutos. Les hablo de mi pasado. Empiezo por ahí. Siguiendo el puto orden cronológico. Porque necesito que lo entiendan bien. Les hablo de mi presente. De mis miedos. De mis anhelos. De la bronca con el nene. De que no será la última. De mi caos. De su no-caos. De su orden. De mi no-orden. Ahí comienzo a enredar un poco las cosas. Siempre que él entra en la ecuación, enredo un poco las cosas. También le pido disculpas a Alex por colarnos en su piscina y bañarnos en pelotas. No es que me arrepienta, pero es lo justo. No le prometo no volver a hacerlo. Tampoco se lo menciono. No soy gilipollas. Alex tiene un carácter interesante. Y les hablo, por fin, de mis vértigos. De los de verdad. De los que he sentido esta mañana. En un sofá. En un puto sofá. Y de cómo todo ha cobrado sentido.

Ellos me escuchan. Y lo hacen sin interrupciones. Deben de querer mucho al nene para aguantar mis mierdas con tanto aplomo. Y aceptan. Y nos levantamos al instante porque yo necesito hacerlo ya. Salimos del *pub* y nos chocamos con Adrián en la entrada.

—Ey, ¿a dónde vais tan rápido? —nos pregunta sorprendido—. Venía a desayunar algo.

—Hombre, mi Cabana favorito. —Le doy un apretón en el hombro. Porque estoy contento, joder. Y muy animado.

—¿Adrián? —me pregunta Marcos.

—¿Este? —Alex—. Pero si es un borde. Has elegido al hermano equivocado.

Adrián ignora a los Marcalex y me pregunta por el nene.

—¿Y mi hermano?

—Durmiendo en el sofá. ¿Te vienes con nosotros?

—¿A dónde?

—Al Peñón.

Sip. Al Peñón. Va a ser mi primera altura en casi diez años.

—¿Vais a subir al Peñón? ¿Ahora?

—Sí. ¿Por qué pones esa cara?

—Porque hoy es lunes y son las ocho de la mañana. Ya sé que ellos no trabajan nunca, pero ¿tú, Dylan? No me digas que vas a unirte a su club.

Sonrío. Y le guiño un ojo.

—Vamos a por mi coche. —Marcos señala un lugar delante de nosotros e ignora la pulla de su hermano—. Lo he aparcado ahí.

—¿No vamos andando? —pregunto yo.

—No —me contesta—. Desde aquí hasta la base hay un paseo largo y no quiero que llegues desfallecido. La escalada es dura, al menos para un inexperto. Tú tienes pinta de inexperto. Tú tienes pinta de no haber practicado mucha escalada. O deporte en general.

Otro que se queda tan ancho. Frunzo el ceño. Desde luego, no puede negarse que sea hermano del nene. Otra ahogadilla que le va a este en cuanto se me ponga a tiro. Por capullo.

—Y no puedes subir así —me dice su novio, el nadador.

—Así, ¿cómo?

Entonces, me mira de arriba abajo y señala lo evidente. Yo me miro de arriba abajo. ¿Qué? Voy como un pincel con la camiseta del dinosaurio del nene. Se lo digo. A Adrián le hace gracia lo del pincel. Otro que va a muerte con su curro. Me descojono. Y los Marcalex me dicen que no, que tengo que llevar ropa adecuada, ropa de deporte. Les explico que llevo días, semanas, intentando comprarme ropa, pero que no hay manera de encontrar una tienda abierta con mis horarios. De todas formas, me hago el apunte mental de lo de la ropa de deporte para cuando acuda. ¡Y, hostias, el coche de Marcos! Lo mola todo. Me gusta el rojo. Me encanta el rojo.

—¿De dónde has sacado esta preciosura, Marco Polo? ¿La has robado?

—Sí, a tu padre.

Rompo en una carcajada que me quita años de tensión acumulada. Yo le cuento mis mierdas con mi padre y él me suelta esto. Qué grande.

—Tiene nombre —me chiva Adrián, señalando el deportivo.

—¡No! ¿En serio?

—Totalmente en serio.

—¿Cuál es?

—Vamos a hacer un trato —me dice Marcos—. Tú subes al Peñón, hasta arriba, y yo te digo su nombre.

—Hecho.

Vamos todos a casa de Alex, que, oye, yo sé dónde está. Y tiene una piscina de puta madre. Climatizada y todo. Adrián refunfuña todo el camino. Yo me parto el culo. Adrián refunfuña mucho en presencia de Alex, pero se le enciende la mirada y la sonrisa al ver a Priscila. Y entonces comienzan a hablar, y los dos juntos suenan realmente bien. Una séptima y una quinta. Un Si y un Sol. Mierda, aquí tengo algo. Les pido que hablen más entre ellos, que no dejen de comunicarse durante unos instantes, y lo más increíble: ellos me obedecen. Continúan hablando, riendo y sonando. Joder, creo que empiezo a querer a esta familia. Y supongo que yo no les caigo mal del todo, y eso que ayer organicé una buena en su casa. Me disculpo por ello, todos me

miran. Y Adrián me dice que yo tenía razón. «Pero no le digas al nene que te lo he dicho. Ayer me mandó a la mierda por ello». Y lo ha llamado «nene». Y yo ayer lo llamé Hugo. Hugo. Y no sonó mal del todo, aunque me gusta más «nene». «A mí también», me dice Priscila con una sonrisa preciosa. Y yo se la devuelvo. Y creo que me ruborizo. Joder, me ruborizo. ¿Qué me haces, *babe*? Y ni siquiera estás aquí conmigo. Estarás todavía desmayado en el sofá, teniendo en cuenta lo que te gusta dormir ocho horas seguidas y tal. Pero, repito, todos tenemos nuestras cosillas. Y a mí me gustan todas las tuyas. Duerme todo lo que quieras.

Me pongo la ropa de Alex y pienso que, a este paso, voy a vestirme con la ropa de medio pueblo antes que con la mía. Dejamos nuestras pertenencias en el coche. Bueno, puede que se me haya ido la mano con lo de las pertenencias, teniendo en cuenta que nada de lo que llevo encima es mío. Menos el móvil. Lo dejo ahí tirado.

Me explican cómo es la subida. ¿Trescientos metros? Pues tampoco es para tanto, ¿no? No sé, como que impone más desde abajo. ¿Qué son trescientos metros? ¿Doscientos pasos? Un paseíto, vamos. La primera parte debe de ser la sencilla. Luego hay una cueva y, al cruzarla, ya comienza la segunda parte, la difícil. Venga, estoy preparado. Estoy más preparado que nunca para hacer esto y sé que voy a hacerlo bien. Y que no voy a saltar al vacío. Porque lo que yo pensaba que era querer saltar no lo era. Porque las únicas ganas de verdad que he sentido de lanzarme hacia algo son hacia Hugo Cabana.

—¿Vamos o qué, hermanos del nene?

𝄞

«Joder, con los trescientos metros. Me cago en mi puta vida».

Capítulo 27

Tres años antes

En el transcurso de tres años, Dylan y sus compañeros ya eran un grupo de referencia para el *rock* alternativo español. Habían subido como la espuma. Y Dylan sentía esa espuma en sus propias carnes en aquel reservado, donde se encontraba con su grupo y más gente del ambiente. Le habían ofrecido una raya de cocaína, mil copas de champán y ochocientas mierdas más, y las había aceptado todas. ¿Por qué no? Él no se engancharía a nada, eso lo sabía bien. Jamás se enganchaba a nada, ni siquiera al tabaco, y eso que llevaba años fumando un par de pitillos a diario. O dos paquetes, si estaba de fiesta. Le gustaban las drogas, pero su cabeza no funcionaba como la del resto del mundo, para bien y para mal. Utilizaría las drogas para sentirse mejor de vez en cuando. Quizá así se olvidaría de la mierda de vida que llevaba. De que su vida era música. De que había vuelto a lo de tocar y ensayar ocho horas al día, y eso que juró que no volvería a hacerlo. Pero no sabía hacer otra cosa. Por eso lo odiaba. Pero lo necesitaba al mismo tiempo para no sentirse vacío.

Le gustaba las burbujas de las drogas. Le gustaba que lo dominaran de vez en cuando.

Hugo sintió en todo su cuerpo las burbujas del agua después de que su cuñado Alex lo tirara, cabreado, a la piscina. Salió a la superficie y se quedó mirándolo un instante. El asunto de la boda de Priscila no había salido bien. Su hermana se había marchado a Boston cuando tan solo llevaban unos meses de casados. Nadie conocía el motivo de la pelea de la pareja. Priscila estaba destrozada, pero él no podía hacer nada por ella desde tan lejos. Respetaba el silencio de su hermana, pero a veces también le entraban ganas de coger el teléfono y exigirle respuestas. No lo había hecho por respeto a ella y a su decisión.

Hugo veía que Alex se había quedado destrozado también con la partida de su mujer. Hugo jamás se posicionaría en contra de su hermana, pero tampoco podía dejar a su cuñado morir en vida después del terrible accidente que había sufrido, que había acabado con su carrera como nadador olímpico. Sería inhumano. Ellos tres tenían que ayudarlo. River, Marcos y él. No podían contar con Adrián; estaba más cerrado que nunca con respecto a Alex.

Marc tiró a su cuñado al agua y lo retuvieron entre los tres: tenía que reconciliarse con ella.

Capítulo 28

Mi caja de Pandora

Lo primero que hago es comprobar sus cosas de un vistazo rápido. Dylan es imprevisible y, de la misma manera que vino, puede marcharse sin mirar atrás. Sin despeinarse. Me reprimendo a mí mismo por pensar así, sobre todo, después de lo que pasó en la playa entre nosotros, pero es la verdad. ¿Qué podría impedírselo? No me creo tan importante como para cambiar su manera de hacer las cosas. Dylan tiene muy arraigada en su alma la costumbre de dejarse llevar, como un cuerpo flotando en medio del mar. A donde lo lleve la corriente. Ni la fuerza de un tsunami podría apartarlo de su trayectoria, mucho menos yo. Ni lo deseo. Bastantes años estuvo contenido, y no por voluntad propia.

Me relajo en cuanto veo su guitarra apoyada en el respaldo del sofá y sus papeles pintarrajeados desperdigados por la mesa. Y los perros, que me mordisquean los pies; a esos no los dejaría atrás, y menos aun sabiendo que yo no planeo quedármelos. O no planeaba quedármelos.

Son casi las nueve de la mañana. Pretendo durante un instante que voy a prepararme para ir a trabajar, pero lo descarto porque sé que será en vano. Iría a la clínica y aplicaría el tratamiento antipulgas al dueño del animal en lugar de al animal. Por poner un ejemplo. Casi es mejor que no vaya. Primero necesito encontrarlo a él. Cojo el móvil y lo llamo. Espero impaciente hasta que salta el contestador. Lo llamo cinco veces más, pero el resultado siempre es el mismo. Veo en la pantalla una conversación en el grupo de mis hermanos, y voy a pasar olímpicamente de todos ellos hasta que leo su nombre. Justo al lado de otra palabra que hace que se me acelere el corazón de cero a cien en menos de un segundo. «Peñón».

Riv:

Podíais haberme avisado de que ibais a desayunar fuera. Papá y mamá me están dando un sermón de los buenos por el «tipo de vida que llevo esta última temporada». Han aprovechado que me han pillado solo en la cocina. Y tengo treinta y cinco años. Yo no estoy para esto.

Riv:

Pero ¿dónde estáis?

Eooooooooo.

Riv:

¿Chicos?

Riv:

Joder.

¿Hugo? ¿Tú estás? Eres el que más me preocupa. ¿Todo bien ayer en casa?

Pris:

¡Yo estoy! Tranquilo, Hugo está bien. Está durmiendo en el sofá.

Riv:

¿¿¿¿¿¿??????

¿Estás con él?

Pris:

No. Me lo ha dicho Dylan.

Riv:

¿¿¿¿¿¿??????

¿Estás con Dylan?

Pris:

Estaba. Ya no. Dylan está en el Peñón. ¡Su primera subida! Hugo seguirá en el sofá. Quizá tendríamos que despertarlo. Hoy es lunes.

Dejo de leer. Llamo a mi hermana al instante. Marco el número de memoria a la primera, a pesar de que me tiemblan las manos, pero es más rápido que buscarlo en el registro de las últimas llamadas. Tengo el corazón desbocado. Priscila descuelga al segundo tono y no dejo que hable.

—¿Cómo sabes que Dylan está en el Peñón?

Priscila titubea un segundo. Nota la urgencia en mi voz. Creo que nota hasta el miedo.

—Porque ha estado aquí hace un rato. Alex le ha dejado ropa de deporte y…

Cuelgo. Y menos mal que estoy vestido, deportivas incluidas, porque salgo a toda hostia en dirección al Peñón sin pensar en nada más. O pensando más que nunca en mi vida. En él. En lo acojonado que estoy. En que ayer discutimos a lo grande y hoy él… Corro como nunca. Voy a toda velocidad hasta la base del Peñón. A medio camino me doy cuenta de que podía haber cogido el coche, pero ya no podía retroceder porque habría perdido demasiado tiempo. Comienzo la subida. Los pantalones vaqueros me molestan y las deportivas hacen que me resbale, porque no son las más adecuadas; aun con todo, es mi ascenso más rápido al Peñón, y el único que lo hago sin disfrutarlo. Sé dónde poner el pie, sé cuál es el camino más corto, sé que puedo ascender en menos de media hora. Y es lo que hago. Aunque mi sensación es que no llego nunca. La cima parece alejarse en lugar de acercarse. Y a cada paso espero encontrármelo a él, pero no hay ni rastro. Y la ansiedad aumenta. Siento ganas de gritar su nombre, pero tengo algo en el pecho que me lo impide. Y el vacío. Ese puto vacío al que Dylan salta sin mirar atrás.

Y llego. Joder, he llegado a la cima. Entonces escucho unas risas. Unas risas, no. Su risa. Y lo veo. Está tumbado entre dos rocas, con la cabeza apoyada en el pie de mi hermano Adrián, y

se descojona de la risa por algún motivo. Marcos está con ellos. Y Alex. Alex me ve.

—¿Hugo?

Todos se giran. Y todos me llaman. Incluso él.

—¿*Babe*? ¿Qué haces aquí?

Se levanta. Sigue sonriendo; es el destello de las carcajadas que estaba dejando salir segundos antes, que no pueden cortarse de raíz. Yo estoy a punto de morir de un puto infarto. Me he quedado sin respiración. Y necesito descansar. Tumbarme en el suelo y…

«Tengo que salir de aquí».

Me voy media vuelta y me dispongo a bajar de nuevo. Adrián me llama.

—¿Hugo? ¡Hugo, espera!

—¡Hugo!

—¿Qué coño te pasa?

—¡Hugo!

Vienen todos detrás de mí. Los siento. Marcos me grita, me echa la bronca por bajar tan rápido. Por hacer que ellos tengan que ir detrás de mí tan rápido. Por hacer que Dylan tenga que ir detrás de mí tan rápido. Pero yo solo quiero bajar. Y que ellos bajen conmigo.

—¡Pues dale la mano para que no se caiga! —le grito a mi hermano sin mirar. Estoy seguro de que lo ha hecho ya.

Bajamos la parte difícil en doce minutos. De reloj. Sé lo que se tarda en bajar el Peñón de mi pueblo a gran velocidad. Lo he hecho miles de veces con mis hermanos. Nos hemos retado toda nuestra vida. Esta no es mi mejor marca. Ni de lejos. No puedo olvidar que Dylan viene detrás de mí. Pasamos la cueva, me doy la vuelta y voy a por él, sorteando a mis hermanos.

—¿Tú de qué vas? —le grito, fuera de mí—. ¿¿De qué coño vas??

—¿Qué? —me pregunta confundido.

—¡¿Cómo se te ocurre subir aquí?! ¡Y con mis hermanos! ¡Los has metido en tus putas locuras! ¿Y si se te cruza el cable? ¡Joder! ¿Cómo les haces eso a ellos?

Dylan me mira con sorpresa. Después, cuando entiende el significado de mis palabras, con dolor. Por último, con resentimiento. Y yo no sé lo que he dicho. ¿Qué coño he dicho? Estoy muy asustado. Tiemblo. Y quiero dejar de temblar, pero no puedo. Y quiero acercarme a Dylan y abrazarlo para comprobar que todo está bien. Pero no puedo. Y, ¡joder!, ¿cómo ha podido ser tan inconsciente?

—Que te jodan.

Esa es su única respuesta. Da media vuelta y comienza a bajar por la cuesta empedrada. Voy a ir detrás, pero, entonces, alguien me agarra del brazo y me insta a girarme. Adrián. Está cabreado. Y me censura con la mirada.

—Hugo, tío —dice Alex.

—Te has pasado —añade Adrián.

—Eres gilipollas. —Marcos.

—No os metáis en esto —advierto a los tres.

—Sí nos metemos.

—No tenéis ni puta idea de…

—Sí la tenemos —me interrumpe Marcos—. Dylan nos lo ha contado. Deberías preguntarle a él qué es lo que nos ha dicho y por qué ha decidido subir aquí, aunque no sé si ahora va a querer responderte. Te has portado como un capullo integral. No lo culpo si decide mandarte a la mierda para siempre.

—Yo te mandaría a la mierda sin pensarlo —apostilla Adrián—. Él solo…

—¡Joder! —lo interrumpo. A Adrián y a todos—. Dejad de machacarme, ¿vale? No os imagináis el estado de nervios en que me encuentro ahora mismo. No os imagináis todo en lo que he pensado mientras subía a buscarlo. ¡Casi me da un puto infarto! Y ahí estaba él, descojonándose de la risa. Porque para él no ha sido otra cosa más que un juego, otro puto juego. ¡Como todo!

—¿Como todo? —repite Adrián—. ¿Tú te estás oyendo? ¿Tú eres consciente de lo que acabas de decirle a ese chico? Hugo, está loco por ti, y lo que ha hecho hoy lo ha hecho gracias a ti. ¿Es que no lo ves? ¡No puedes estar tan ciego!

—No está loco por mí.

—Sí lo está —corrobora Marcos.

—No lo está. Ni siquiera sé si le gusto de verdad o si solo se está dejando llevar. Él se deja llevar. Y le da igual uno que otro. O una que otra.

—Tú eres muy, muy gilipollas —repite Marcos.

—¿Puedes dejar de insultarme, joder? —le exijo a mi hermano de mala hostia. Un grupo de excursionistas que pasa por nuestro lado de camino a la cueva se nos queda mirando. Me la suda.

—No. No puede —responde Adrián, totalmente de su parte—. Porque eres muy, muy gilipollas. A Dylan no le da igual uno que otro. O una que otra. Le gustas tú, Hugo. Y, la verdad, empiezo a cuestionarme sus gustos.

—No te creas que lo conoces, porque no lo conoces una mierda —le digo, acusándolo con el dedo. Lo último que necesito ahora mismo es que vaya de sobrado—. No sabes nada de él, ni de su vida, ni de su presente, ni de su pasado.

—¿No lo sé yo o no lo sabes tú? ¿Es eso, Hugo? ¿Todo esto es puta inseguridad?

—¿Y puedes culparme?

—¡Sí! Claro que te culpo, gilipollas. No puedes pretender tener una relación con él si estás inseguro. Pregúntale lo que necesites saber. Él te lo va a decir.

Y no entiendo cómo hemos pasado de hablar de que me he pasado con él a desnudar delante de ellos mis miedos respecto a Dylan, pero ahora no puedo parar. Ahora necesito soltarlo todo.

—«Pregúntale». Es muy fácil decirlo. ¿Qué hago, Adrián? ¿Le pregunto una mañana en el desayuno: «Oye, ¿yo a ti te gusto? Gustar de verdad. No gustar de ‘te tengo a tiro y vamos a enrollarnos un rato’. ¿Y cuándo piensas marcharte de mi casa? ¿Mañana? ¿El mes que viene? ¿Y vas a volver? ¿Te gusto tanto como para querer volver a mí? ¿O vas a romperme el corazón? ¿Sabes amar de verdad, Dylan? ¿O no dejas que nadie entre? Y, por cierto, ¿quién es ese Hugo de tu pasado? ¿Por qué te afecta tanto su nombre? ¿Nos va a dejar…?»?

—Espera, espera, espera —me corta mi hermano—. ¡Frena!

—¡¿Qué?!

—Sigues sin saber nada de él.

—Claro que sé quién es. Mejor que tú.

—No. No tienes ni idea. Te lo avisé cuando llegó. Cuando me dijiste que no te llamaba Hugo, te pregunté si sabías algo de ese chico. Pensé que eras más listo. Que te habrías informado. No por curiosidad, sino por él. Por saber quién es y por saber quién es su padre, que, ya que estamos, es uno de los compositores más famosos del puto mundo.

—¡Perdóneme usted si no me gusta la música de piano y no conozco a su padre!

—No se trata de eso. Se trata de él. ¡De que es el puto padre de tu novio! Coge el móvil.

—¿Qué?

—Coge el puto móvil. ¡Cógelo, joder! —me ordena Adrián cuando ve que no hago amago de obedecer. Es que no entiendo nada. Marcos y Alex, sí. Ellos parecen comprenderlo todo. ¿Qué

coño pasa? Saco el móvil de mi bolsillo—. Ahora abre Google y escribe: «Dylan Carbonell padre». Son tres putas palabras. Ponlas ya.

Lo hago con reticencia, pero lo hago. Levanto la vista del teléfono para mirar a mi hermano.

—Ahora dale a buscar. ¡Dale!

Lo hago. Y lo veo. Lo veo en las miles de páginas que se abren a continuación. Un nombre y un apellido: Hugo de la Vega. Su padre. Paula Carbonell. Su madre. Y no necesito leer un solo titular. Porque todo cobra sentido de repente. Porque Dylan me lo ha estado gritando cada día. Porque sé lo que siente con respecto a su padre. Lo que él le hizo. Y yo no he caído en ello. Joder.

—No me dijo nada de esto —susurro. Estoy conmocionado. Ni siquiera sabía que Carbonell era el apellido de su madre.

—Claro, y tenía que habértelo dicho, ¿no? «Hola, me llamo Dylan Carbonell y odio el nombre de Hugo. Por cierto, es el nombre de mi padre. También me he cambiado el apellido. Y los dos somos músicos. Une los puntos».

—Joder.

—Si corres, podrás alcanzarlo —me apremia Marcos—. No creo que haya llegado demasiado lejos. No has elegido al más deportista que digamos.

Eso hago. Correr. Sin despedirme de ellos. Sin comprobar si vienen detrás. Sin importarme las razones por las que Dylan ha decidido subir al Peñón. Sin importarme si son buenas o malas. Eso no importa ahora. Ya lo hablaremos. Ahora solo quiero sostenerlo entre mis brazos.

Llego hasta la base del Peñón, pero no lo encuentro. Ha debido de ir más lejos. Puede que no sea un deportista nato, pero camina con rapidez. Con más rapidez que Marcos. Ya se lo diré. Voy camino de mi casa, deseando que él haya tomado la misma decisión. De pronto, identifico su figura a lo lejos.

—¡Dylan! —grito—. ¡¡Dylan!!

Se detiene. No se da la vuelta. Yo continúo avanzando. Acortando la distancia que nos separa. Lo llamo de nuevo. Entonces se gira y me mira. Me acerco del todo a él.

—¿Qué? —me pregunta con rabia. Creo que ahora mismo me odia. Que no puede verme. Y no le faltan motivos.

No sé qué decirle. Porque yo no venía a decirle nada. Venía a abrazarlo. Pero ya no es una opción, porque no me lo va a permitir. Y no sé cómo explicarle que… Creo que es el miedo que tengo en el cuerpo el que provoca que desee, por primera vez, dejarlo salir todo. Sin filtro. Que él lo sepa y que haga lo que quiera con la información.

Yo ya no puedo más.

—Te recuerdo del primer día; recuerdo al Dylan del primer día, al *rockero* estereotipado que se metía una raya en el *backstage* después del concierto; yo te vi, iba hacia el baño y te vi al pasar, y reconozco que no me gustó una mierda. No eras mi tipo. ¿No eras mi tipo? No estoy hablando en un plano físico: no eras mi tipo debido al estilo de vida que creí que llevabas, pero, si tengo que hablar en un plano solo físico, ese sí me gustó. Tu físico me gustó. Me flipó desde el primer instante. Porque me recordaste a James Dean. Porque eres guapísimo. Porque tienes unos ojazos. Y una sonrisa única. Y unas expresiones en el rostro que me roban el aliento. Y a mí los tíos me entran por los ojos, como la comida. Que no es la mejor comparación del mundo —Joder, Hugo, ahí te has lucido—, pero no puede ser más clara. Tú me entraste por los ojos desde el primer encuentro, pero eso no significa que quisiera liarme contigo. Veo tíos guapos casi a diario. No como tú. Como tú, ninguno. Ninguno que alguna vez me impactara de esa manera. No me preocupé. Eras James Dean. Y yo, con tu versión de James Dean, me encontraba a salvo,

porque jamás intimaría con alguien como él. Eras un cantante famoso y nos habíamos encontrado de casualidad; no pensé que volveríamos a vernos. Es más, ni siquiera me planteé si volveríamos a vernos. Y, entonces, apareciste en el apartamento con Marta, y tu pinta de *rockero* estereotipado cobró más fuerza que nunca. Pero te quedaste dormido en mi cama y me descolocaste. Me dejaste muy flipado. Y no para bien. Pero antes de dormirme tuve un pensamiento, que escondí en la caja de Pandora. Yo tengo una caja de Pandora, ¿sabes? Y la estoy abriendo en este momento para ti. Aquel pensamiento de antes de dormirme fue el primero de mis pensamientos respecto a ti que escondí, el primero de muchos que vinieron detrás. Esa noche, al verte con pinta de chico normal, pensé: «Yo a este sí querría conocerlo mejor, porque, joder, qué guapo es». Aunque también es cierto que pocas cosas me han puesto más cerdo en la vida que tú con aquellos pantalones de cuero que llevabas en el concierto. Por eso me di la vuelta en la cama para darte la espalda; era más seguro. Y al día siguiente yo no esperaba encontrarme contigo, no esperaba que continuaras en mi cama, pero lo que de verdad me desconcertó fue la versión de ti que me encontré en esa cama. Gracioso. Ocurrente. Sincero. Inteligente. Cuerdo. Sano. Y me di cuenta de que no eras un estereotipo, eras todo lo contrario. También continuabas siendo guapísimo con el pelo alborotado y la mirada perezosa. No podía dejar de mirar a esos ojazos que tienes, que te penetran el alma. Y el puto *piercing* de la ceja, que me volvía loco, que ME VUELVE loco. Seguro que no te pasó desapercibido. —Dylan no se mueve, ni esboza ninguna de esas expresiones suyas que le acabo de mencionar. No tengo ni idea de lo que piensa ahora mismo, ni si aquello le pasó desapercibido o no, pero yo sigo. Ya no puedo parar—. Las cosquillas que me provocaste cuando escribiste tu música en mi piel tenían que haberme dado la primera pista. Mi cuerpo no te rechazaba. Un tío desconocido estaba garabateando en mi cuerpo y yo sentía emociones agradables. Las cosquillas son una emoción agradable. Incluso íntima, me atrevo a decir. ¿No opinas lo mismo? —Dylan hace un gesto de asentimiento con la cabeza apenas perceptible. Algo es algo—. En aquel momento creo que fuimos dos chicos conectando a una velocidad de más de diez mil kilómetros por hora, la misma velocidad a la que los aviones surcan el cielo. De pronto, te fuiste. Me preguntaste la hora y te fuiste. Pero una parte de mí me decía que lo nuestro no se acababa ahí. Saqué una foto de tus notas musicales y me quedé varios minutos admirándolas. Tú eras diferente a cualquier otra persona que hubiera conocido antes. Me lo demostraste en cada paso que diste para conmigo en los siguientes días, en cada palabra que salía por tu boca o que tecleabas en tu teléfono móvil y me llegaba a través de un mensaje. Pero no podía dejarme llevar. ¿Para qué? Tú seguías siendo un cantante famoso y yo, un veterinario de pueblo. Y cómo me jodió lo de «pueblerino impresionado». Porque habías comenzado a gustarme, pero, entonces, me recordaste que tú eras James Dean. ¿Y qué puede sentir uno hacia James Dean si no es un amor platónico? Yo ya tuve un amor platónico con el mejor amigo de mi hermana. No salió bien. Y de pronto apareció en el puto tren. Y yo me lo llevé a la cama porque me dije a mí mismo: «¿Ves, Hugo? Hasta a los amores platónicos te los puedes follar. No es para tanto». Después me sentí fatal porque me había dejado embargar por mis emociones. No hice más que liar las cosas con Jaime. Y pensé que podría engancharme de nuevo a él, como el verano pasado, pero el puto James Dean aparecía en mi cabeza cada poco, como una mosca cojonera. Porque ya me había dejado arrastrar por ti en cierta medida. Como cuando nadas en el mar y ves algo en el fondo, coges aire y buceas hasta ello, pero, al cabo de unos instantes, si no tienes nada donde agarrarte, el agua te empuja de nuevo hacia la superficie. Tú eras la superficie. Y mi cuerpo tiraba hacia allí constantemente. Apareciste en la puerta de mi casa y flipé. Sí, me gustabas, joder, no me eras indiferente, pero flipé. Todo era muy surrealista. Comenzaste a darme unas explicaciones de mierda y utilizaste uno de tus soliloquios, o dos, creo que fueron

dos, y yo me di cuenta de que, desde que te había conocido, tenía la sensación de que el resto del mundo hablaba muy poco. Que se quedaban con las frases a medias. Y, antes de ser consciente, tú comías en una mesa compartida con mi familia. Y no me pareció extraño. Tú lograbas que no pareciera extraño. Y los encandilaste a todos con tu verborrea y tus gesticulaciones exageradas. Porque tú encandilas. Y yo no quería que me encandilaras. Algo me decía que no podía permitirlo. Y Jaime se me arrimaba más que nunca. Y yo me dejaba. Porque tenía que demostrarme a mí mismo que tú no podías poner mi vida patas arriba. Pero entonces cruzaste la red del campo de vóley-playa y te tumbaste encima de mí. Y no sé si te diste cuenta, pero era la primera vez que estábamos uno encima del otro, tocándonos con cada parte del cuerpo. La primera vez que nuestras cabezas estaban tan cerca. La primera vez, y lo hacíamos a lo grande. ¿Te diste cuenta, Dy? ¿O fue irrelevante para ti? —Me detengo para que pueda contestarme, pero es inútil. Ni una sola palabra sale de su boca—. Y sentí tantas emociones a la vez y tuve tantos pensamientos que es imposible explicarlo en un libro entero. Se fueron todos directos a la caja de Pandora. Las emociones y los pensamientos. Pero me apetecía jugar contigo. Porque contigo me apetece ser descarado. Me sale solo. O quizá solo quería tocarte una vez más. Te tiré al suelo y te toqué la polla sin querer. Juro que fue sin querer. Pero la mía reaccionó. Y me acojoné de verdad. Porque tú me confundías. Porque de la misma manera en que caíste en mi casa podías haber caído en la de cualquiera. Porque de la misma manera en que te tiraste encima de mí en el partido de vóley te podías haber tirado encima de cualquiera. Porque la imagen de mi amiga Marta tocándote por encima de los vaqueros desabrochados, con el inicio de tu vello púbico a la vista, me atacaba sin descanso. —Y sigues sin reaccionar. Y yo estoy atacado—. Y comenzamos a vivir juntos. Y tú eres lo primero que veo cuando me levanto y lo último antes de acostarme. Tú y tu guitarra. Tú y tus canciones. Me alucina verte crear música. Es la vista más bonita con la que uno puede levantarse, a pesar del volumen con que pones a Billy Joel de fondo. Y cuando cantas, me palpita el corazón. Y no se me olvida cómo sueno yo para ti. Se me ha quedado grabado, a pesar de que no recuerdo cómo lo llamaste, escala no sé qué. ¿Puedes al menos responderme a esto? —No estoy nada convencido de que vaya a contestarme, pero, entonces, abre la boca por primera vez y lo hace:

—Diatónica. Escala diatónica.

Sonrío, a pesar de su seriedad.

—Te escucho tocar esa escala diatónica de vez en cuando, tocar mi sonido, y me gusta pensar que lo haces pensando en mí. Y cuando entro en el baño y te estás duchando, me palpita todo y tengo que hacer el esfuerzo de mi vida por no entrar contigo y empaparme de ti. Y una noche descubro que duermes en mi cama y ahora, cada noche, tengo miedo de abalanzarme en sueños sobre ti, y al mismo tiempo, deseo hacerlo. Y eres lo primero que veo cuando llego a casa de trabajar y lo último antes de irme a trabajar al día siguiente. Eso cuando no vienes a buscarme a la clínica. Nos hicimos amigos en pocas semanas. Pero, entonces, quisiste enseñarme a tocar la guitarra. Y yo no pude dejar de decirte que eras un puto genio, y me callé la admiración que comenzaba a sentir por ti. Eso te lo digo ahora. Te admiro más que a nadie. Tú me contaste aquello al oído. Yo te acaricié los dedos con los míos. Saltaron chispas. ¿Lo notaste? —No hay respuesta. No importa, Hugo. Tú sigue.—. Y podía haberte abrazado. Y prometerte que jamás volverían a anularte así, que yo no lo consentiría. Pero entonces mi amistad por ti se habría desdibujado. Y me entraron ganas de ir a por los que te habían hecho daño, plantarme delante de ellos y decirles algo así como: «Si volvéis a acercaros a él, os las tendréis que ver conmigo». En plan salvador. Como en esas películas que tanto te gusta ver. Y eso es mucha protección, ¿verdad? —Asiente con la cabeza. Sí, joder. Asiente con la cabeza—. Eso me pareció. ¿Has visto

todo lo que escondía en la caja de Pandora? ¿Te acuerdas de aquel día en el *pub*? ¿Del día del *Dancing in the Moonlight*?

—Sí —susurra.

—Fue poco después de que durmiéramos juntos en el suelo, cuidando a los cachorros. Ese día le di a Pandora más trabajo que nunca. Porque me empalmé a lo grande mientras bailabas al ritmo de *Despacito* y me convencí a mí mismo de que era Jaime el que me despertaba aquello. Pero no fue Jaime. Yo ni me acordaba de Jaime. Ni sabía quién era Jaime. Fuiste tú. Porque solo te veía a ti. Esa noche soñé que me corría mientras tú me masturbabas, cuando en realidad lo hacía yo con mi mano por debajo de las sábanas. Supongo que eso lo dice todo. Supongo que los sueños se colaron en Pandora. Mi mundo, en Pandora. Pero yo tenía razón en lo que me dije en aquel momento. Habías arrasado en mi vida, habías entrado en ella como un huracán descontrolado. No podía dejarte penetrar más allá. No podía dejar que arramblaras con todo. Estaba acojonado. Tú me acojonas mucho. Porque no eres estable. Porque no estaba seguro de qué era lo que querías de mí. Quizá solo amistad. ¿Y qué derecho tenía yo de joderlo? Claro, amistad. Ahora me río. Soy el rey del autoengaño. Porque a veces creo que tú y yo somos almas gemelas. Y que tenemos la suerte de habernos encontrado. La primera vez que lo pensé fue cuando me ayudaste a traer al mundo a los cachorros. Tenías que haberte visto con mis ojos. Ese aplomo tuyo y la manera en que me ayudaste. Porque podía haber sido un desastre, pero no lo fue. Tú podías haberte desmayado, o retirarte a un rincón, incapaz de presenciarlo. Pero ya sabes lo que pasó. Tú y yo somos como la noche y el día, pero aquella tarde nos alineamos para ser uno. Creo que es por lo de ser almas gemelas. Después tuvimos nuestra primera discusión y yo me llevé el susto de mi vida. Y no pude quitarte ojo en la exposición de mi hermano mientras mi cabeza intentaba entenderte. Y sentí que no había estado a la altura, porque tú me das lo que necesito en cada momento y a mí me cuesta horas dártelo a ti. O, quizá, ni siquiera te lo doy. Quise acercarme mucho antes, pero no tenía nada que ofrecerte. Te rocé al pasar por tu lado, pero tú me ignorabas. Solo mirabas los cuadros, igual de concentrado que con tu música. Y creo que no eres consciente de la cantidad de veces que yo te miro. Te llevé a la piscina de Alex porque quería regalarte un recuerdo inolvidable, quería sorprenderte, y el sorprendido fui yo. Porque aquella manera de venir a por mí cuando nos desnudamos y la expresión de tus ojos y de tu boca me confirmaron lo que yo ya sospechaba. Y no era que quisieras hacerme una ahogadilla. No soy gilipollas. Nunca se me ha dado bien pillarlo a la primera cuándo atraigo a alguien en el plano sexual, pero no soy gilipollas. Si Alex y Pris no hubieran aparecido en ese momento, yo no sé qué habría pasado en esa piscina. Bueno, sí lo sé. Lo que sucedió en la playa. Nos habríamos comido el uno al otro. ¿Y cuánto tiempo llevaba yo deseando comerte? Demasiado. Aunque primero me comiste tú a mí. Fue después de que dejara a Jaime para siempre. Tú lo escuchaste todo. Tenía que hacerlo. Él me tocó y no sentí nada. O sí sentí. Sentí que te traicionaba. Es una locura. Porque no teníamos ninguna relación. Pero más locura es estar convencido de que si realmente hubiera habido un apocalipsis zombi, yo me habría dejado morder por ti una y mil veces siempre que lo hicieras de aquella manera. Casi me corro en los pantalones. Hasta Pandora se me fue de las manos. Apenas pude guardar mis pensamientos. Los dejé salir. Y me faltaron huevos para levantar la cabeza que no podía dejar de tocar y besarte en la boca como llevaba tiempo queriendo hacer; quitarme de encima las ganas que comenzaban a consumirme. Si hubiéramos buscado «tensión sexual» en el diccionario, la RAE habría acabado de hacer su última actualización: saldríamos tú y yo. Y por fin acabamos con ella. Tú acabaste con ella besándome encima del tablón de surf. Conseguiste que perdiera el equilibrio. Y no fue a causa del beso. Comencé a caer antes de que tocaras mi boca. Comencé a caer en cuanto vi que te

acercabas a mí. El beso fue… una puta locura. Y ahora la RAE tendrá que poner la foto de alguna otra pareja, porque nosotros hemos pasado a otra fase. —Me paro a respirar un instante —. Pero sucedió lo de los cachorros. Tú te pusiste como loco. Y tenías razón. Aquel fue tu límite para conmigo. Pero no me has dado tiempo para intentar solucionarlo. Porque esta mañana me he despertado y me he enterado de que habías subido al Peñón. Y he recordado aquella maldita conversación. La primera discusión. Estábamos tumbados en la arena. Tú dijiste que olía bien, que olía a playa. Yo pensé que olía a ti. Y el pensamiento fue directo a Pandora. Luego todo se ha descontrolado. Yo me he descontrolado. Porque solo te veía saltar al vacío y me quedaba sin respiración. Y cuando yo me descontrolo, tenemos un problema, Dy. Tú no lo sabes, o quizá sí, pero yo nunca me descontrolo, así que cuando lo hago, me pierdo a mí mismo. Y aflora demasiada mierda por mi boca porque me bloqueo. Como hace un momento, cuando te he dicho lo que te he dicho. Perdóname. Tengo que aprender a controlarlo. Y lo voy a hacer. También soy pésimo en las discusiones y… —Y no tiene ningún sentido que sigas hablando, Hugo—. Supongo que todo esto se resume en que me gustas mucho, Dylan. Estoy loco por ti.

Dejo de soltar toda mi mierda y lo observo. No ha movido un solo músculo. No sé cuánto tiempo llevo hablando, intuyo que demasiado; me pica la garganta y tengo ganas de vomitar. Y él no ha movido un solo músculo.

Joder, ¿qué he hecho?

Capítulo 29

Me voy. Para

—¿Has acabado ya? —me pregunta al cabo de unos instantes con los brazos en jarras.

—Sí.

—Bien.

No sé qué significa ese «bien». Tampoco me da tiempo a pensarlo demasiado. Dylan me da la espalda y echa a andar, alejándose de mí a pasos apresurados. Me quedo parado en medio de la calle con las náuseas más fuertes que nunca. Después, lo sigo por inercia. O porque va de camino a mi casa y yo necesito ir al cuarto de baño a vaciar el estómago.

Caminamos a cierta distancia el uno del otro. Yo estoy a punto de caerme redondo al suelo por culpa del mareo que tengo encima. Ni siquiera entiendo cómo las piernas me sostienen, cómo no he perdido ya el equilibrio. Supongo que porque ellas también se mueven por la inercia.

Vale, yo ya sabía que la mecha de Dylan era corta, y lo he cabreado mucho. Entre la discusión de ayer y la de hoy, me he lucido. No me mira ni una sola vez. No gira la cabeza para comprobar si camino detrás de él. No le importa. Joder. Voy a vomitar. Menos mal que ya hemos llegado a casa. Estábamos cerca. Dylan se queda parado en la puerta y espera a que yo llegue. ¿Por qué no utiliza sus llaves para abrir?

—No tengo llaves —me dice. Debo de ser transparente en estos momentos. Suelen decirme que soy muy expresivo—. No llevo nada encima. Lo he dejado todo en el coche de tu hermano.

No digo nada. Parece impaciente. Nervioso. Arrugo la frente. Paso por delante de él y abro. Entro. Los perros vienen como locos a recibirnos. Yo voy a ir directo al baño a vaciar el estómago, pero Dylan me sujeta por el hombro y me empuja contra la puerta a la vez que la cierra. Se aprieta contra mí, pecho con pecho, y me deja aprisionado entre sus brazos.

—¿A dónde vas tan rápido?

No me da tiempo a contestar, solo a abrir la boca. Porque, un segundo después, las manos de Dylan se enredan en mi pelo, lo agarran con fuerza; sus labios están sobre los míos y su lengua se enrosca en la mía, comiéndomela con ansia. Rodeo su cuello con los brazos y le devuelvo el beso como un puto desesperado. Un lamento sale de mi garganta.

—Lo siento —dice sobre mi boca—, no quería que nos detuvieran por escándalo público. Desde que te enganchara ya no te iba a soltar, y no era plan hacértelo contra una fachada de la calle.

—Casi me matas de un puto infarto.

Él se ríe en mis labios y yo estoy a punto de echarme a llorar, joder. Mi corazón respira de nuevo, bombeando con fuerza, y todo en mí comienza a acelerarse.

—Vaya monólogo, *babe*. Vaya puto monólogo. Si no lo veo, no lo creo.

Dylan deja de besarme en los labios para pasar su boca y su lengua impaciente por mis

mejillas y mi cuello. Cierro los ojos, apoyo la cabeza en la puerta con un golpe seco y levanto la barbilla para darle mejor acceso. Ya no puedo hablar. Solo besarlo y tocarlo. Es lo único en lo que puedo pensar. Bajo mis manos por su espalda y las cuelo por dentro de la camiseta. Se la saco por la cabeza. Sobraba. No me puedo creer que lo esté besando y tocando por fin sin ningún reparo. Necesito abarcarlo todo. Dylan gime en respuesta y se deshace de mi camiseta. También sobraba. Regresa a mi boca con desesperación.

—Tú también me entraste por los ojos —me dice, con la voz enronquecida, sin dejar de besarme ni manosearme el pelo—, y no me importa que uses la analogía de la comida. Sí me importa que veas tíos guapos a diario, ¿tantos, *babe*? —No me deja contestar. Tampoco podría; solo quiero comerme su cara. La enmarco entre mis manos y eso hago. Él habla y yo lo devoro. Me como su *piercing*. Su puto *piercing*—. Se acabó la mierda esa de la caja de Pandora. Y tú eres lo primero que veo cuando abro los ojos. Siempre estás dormido, duermes un montón, y esa sí que es la vista más bonita. No te imaginas lo que me cuesta a veces levantarme de la cama y dejarte ahí. Y me tengo que ir directo a la ducha casi todos los días para bajar la tienda de campaña en mi ropa interior. Si llego a saber que querías empaparte conmigo, no habría cerrado la mampara. Me mandabas mensajes contradictorios, *babe* —cada uno de sus «*babe*» se va directo a mi entrepierna. Cada palabra suya, en realidad—, me estabas volviendo loco. Y es difícil volverme loco a mí. ¿Que te mola mi *piercing*? ¿Que seguro que no me pasó desapercibido, dices? Ya lo creo que se me pasó. De haberlo sabido, te aseguro que me habría presentado ante ti solo con el *piercing*. Y los pantalones de cuero. Mañana me compro unos. Y cuando te tumbé en el partido de vóley, lo recuerdo. Recuerdo cada toque que tú y yo hemos nos hemos dado. Desde el principio. El día de *Despacito* casi te la clavo en el culo, literal. Ahí, en el *pub*, delante de tu familia y de cualquiera que quisiera mirar. No eres consciente de lo bueno que estás. Yo sí. ¿Amigos? ¿Que si yo quería que fuéramos solo amigos? Sí, claro. Y en Neptuno llueven diamantes. Lo de la RAE me ha hecho mucha gracia y yo también estoy loco por ti.

Dejo de besarlo y me quedo mirándolo. Dios, ¿cómo puedo desearlo tanto, a pesar de esa verborrea? Sus ojos, enfebrecidos, impactan con los míos y a mí se me escapa el aire de los pulmones.

—¿Qué me miras?

—Creo que me pone un montón que no pares de hablar.

Dylan sonríe, pero es muy fugaz. Su rostro adopta una expresión seria a la vez que una de sus manos desciende desde mi pelo por todo mi cuerpo, acariciándolo y estremeciéndome con cada roce. Por la cara. Por el brazo. Por la cadera. Hasta que llega a mi polla. Pone la mano encima y comprueba lo mucho que me excita. Su toque me quema. Porque esto no es solo estar cachondo. Es un nivel superior. Yo gimo. Él la acaricia arriba y abajo por encima de los pantalones hasta que la reemplaza por su entrepierna, que está igual de dura que la mía. Jadeamos los dos a la vez y su jadeo me corta el aliento. Comenzamos a frotarnos mientras nos besamos de nuevo. Absorbo su respiración embravecida y su saliva, que es la puta gloria. Me estoy volviendo loco. Mi corazón se ha vuelto loco. Choca con mi pecho más desesperado que nunca.

Empiezo a tener dificultades para inhalar y exhalar. Joder. Llevo la mano a su pantalón de chándal y, en el trayecto a agarrar el elástico y bajárselo, mi polla se queja por la pérdida de contacto con la suya. Dylan hace lo mismo con mis pantalones, intenta desabrocharlos, pero es tanta la necesidad que tenemos que no llegamos ni a bajárnoslos del todo. Las cabezas de nuestras erecciones asoman por encima de los bóxeres y volvemos a juntarlas y a frotarlas. Dylan me embiste contra la pared una y otra vez y yo casi pierdo el sentido. Y aumentamos la velocidad. Y él me embiste más. Siento el cosquilleo previo al orgasmo que me sube por la

espina dorsal y nos detengo. Le digo que me voy a correr y él me dice que así no. Que ahora no. Me coge de la mano y me arrastra hasta la habitación mientras no deja de besarme en la boca. Veo de soslayo a los cachorros, que se han retirado a la cocina para darnos intimidad. Aun así, cerramos la puerta al entrar en el dormitorio. Empujo a Dylan, lo aparto de mi boca y lo tiro sobre la cama. Cae boca arriba y mis ojos desfilan de su rostro excitado a la punta roja de su polla, que asoma por encima de la ropa. Es perfecta. Trago saliva. Se me hace la boca agua. Me lo voy a comer entero. Y él se estremece. No sé qué coño le han dicho mis ojos, pero se estremece.

Me subo a horcajadas encima de sus caderas y le beso la boca, húmeda porque yo se la he comido, antes de bajar a su cuello. Dylan tiene un lunar en el centro del cuello, al lado de su nuez, que me moría por chupar. Lo beso a la vez que mis manos exploran su pecho desnudo. Los pezones, los abdominales, la cadera. Todo en él es para perder el puto sentido. Podría tocarlo durante el resto de mi vida. Podría morirme tocándolo. Mi lengua recorre las mismas zonas que antes han acariciado mis manos y llego a los pantalones. Levanto la mirada; Dylan me mira con la boca abierta y los ojos brillantes. No es capaz de emitir una sola palabra, y mi interior sonríe.

Deslizo los pantalones y la ropa interior por sus piernas, llevándome las deportivas y los calcetines. Bajo la cabeza a su polla y me la meto en la boca hasta el fondo. No sé cuál de los dos gime con más fuerza. Dylan levanta las rodillas y coge postura. Mueve las caderas. Lleva sus manos a mi pelo y me guía en el movimiento. Me enseña cómo le gusta que se lo haga. Cuando lo tengo controlado, retira las manos de mi cabeza y se sujeta con fuerza al edredón. Lo he hecho perder el control. Y poco después escucho su lamento:

—Me voy. Para.

Noto la desesperación en su voz. El querer y el no querer. Aparto la boca de su polla y le doy un último lametón antes de dirigirme a sus labios, que me reciben con ansia y chupan mi lengua, absorbiendo todo su jodido sabor.

Apoyo los codos a cada lado de su cabeza. Me muerde. Me abraza. Me toca el trasero y cuela uno de sus dedos. Me empuja hacia su entrepierna de nuevo. Y estamos a punto de explotar. Me tira sobre la cama, mi espalda sobre el colchón. Se coloca encima de mí, excitado hasta el borde del abismo, y me desnuda por completo. Comienza a masturbarme y a besarme entero. A impregnarme de su saliva, que quiero por todas partes. Y me prepara. Se pone un preservativo. Se ubica entre mis piernas; yo abro los muslos y empuja. El contacto es electrizante. Caliente. Increíble. El sentirlo dentro de mí puede con el poco autocontrol que me quedaba. Y, de pronto, solo somos piel, sudor, calor, corazones desbocados, jadeos, besos y movimiento. Y ojos. Porque no dejamos de mirarnos a los ojos en ningún momento. Y yo me encuentro atrapado en esa extraña mezcla entre el verde y el azul. Y entrelazamos nuestras manos. Y mi espalda se desplaza por la cama arriba y abajo. Y sus caderas empujan con fuerza contra mí. Y me vuelve a tocar. Y si alguien me preguntara si se puede hacer el amor y follar a la vez, yo le diría que sí. Que no sabía que se podía. Pero que sí se puede.

Me corro con fuerza en mi estómago. En una explosión. Y sigo haciéndolo. No dejo de correrme. Parece no acabar nunca. Dylan lo hace poco después y cae sobre mí. Lo estrecho con fuerza entre mis brazos y le rodeo la cintura con mis piernas. Nuestros pechos resbalan por el sudor y mi orgasmo. Huele a Dylan y a sexo. Huele de puta madre. Y tengo ganas de empezar de nuevo. Él me besa en la boca con cariño, con intimidad.

—*Babe* —me susurra—. No vamos a salir nunca de esta cama. Quiero hacértelo hasta desfallecer.

Lo miro. Sonrío. Meto las manos entre sus cabellos. Está húmedo por el sudor. Le acaricio la

cabeza. Se la revuelvo. La masajeo. Él cierra los ojos. Y cae de nuevo sobre mí. Nuestros corazones palpitando al mismo ritmo. Desacelerando al mismo ritmo.

𝄞

Dylan está tumbado boca abajo en la cama. Sus brazos, sobre la almohada. Yo, totalmente encima de él, con la longitud de mi cuerpo sobre el suyo, relajado. Laxo. Ambos desnudos. Mis manos acarician su cuerpo por debajo de las sábanas. Su costado. La curva de su trasero. El tatuaje. Mi cabeza apoyada en su espalda. Él ronroneando. Yo, henchido de felicidad. Y entonces Dylan comienza a desternillarse.

—¿De qué te ríes?

—Acabo de acordarme de que el coche de tu hermano se llama Tomatito. ¡Tomatito! Me lo ha contado cuando estábamos arriba, en el Peñón.

Oh, Dios. Niego con la cabeza.

—Quiere más a ese coche que a nada en el mundo.

—Me he dado cuenta, pero… ¿Tomatito? ¿En serio tienes un deportivo rojo descapotable de la hostia y lo llamas Tomatito? ¿Y en serio dejas que tu hermano te tome el pelo a ti cada dos por tres? Vamos, *babe*, tienes munición para un par de décadas por lo menos.

Sonrío encima de su piel. Pues tiene razón. Cierro los ojos y nos quedamos ambos en una especie de duermevela muy agradable. Estoy a punto de ronronear y todo.

—Tengo que contarte algo —me dice. Yo no he dejado de acariciarlo. Es adictivo. Le beso la nuca.

—¿Qué?

—Es a propósito de tu amiga, la de Madrid.

—¿Marta?

—Como se llame. Cuando la llevé a tu apartamento…, te buscaba a ti. Y me doy cuenta de lo mal que suena y de que soy un hijo de puta por hacerlo de esa manera, pero quería verte. Sin ningún propósito. Solo… Yo era una polilla y tú, una bombilla reluciente. No podía hacer otra cosa más que seguir la luz.

Guau. Eso no me lo esperaba. ¿Vino por mí? ¿No quería follarse a Marta? Me quita un gran peso de encima, y ni siquiera era consciente de que lo llevaba. O quizás sí.

—No te imaginas las veces que he pensado en eso —confieso.

—Eso me ha parecido. Eres transparente, *babe*. Demasiado para tu propio bien. Por eso quería que lo supieras. Para que te lo quites de la cabeza. Ah, y no pienses que estoy pirado por perseguirte. —Sonrío y reparto varios besos por su espalda, por los ojos de tigre, que son los suyos nadando en un pentagrama—. Recuerda que estaba colocado; tampoco es que me enamorara de ti a primera vista. Me caíste un poco mal, la verdad. Sonabas de puta madre, como nadie antes, pero me caíste un poco mal.

Sonrío otra vez y le clavo los dedos en la cadera para hacerle cosquillas. Se queja. Eso por lo de que le caía mal.

—¿Quieres más? —me pregunta entre risas.

—¿Hay más?

—Siempre hay más. Cuando te besé en el abdomen aquella primera mañana al despertarme, sabía que eras tú. Era un experimento. Quería descubrir si sabías igual de bien de lo que sonabas, y mi boca descansaba sobre tu cuerpo. Estabas a huevo. Tuve que hacerlo.

—¿Y? ¿Sabía bien?

—De puta madre. Luego me dijiste eso de: «Creo que te estás equivocando», con tu tonito de impertinente perfecto y sabelotodo, y me jodiste el clímax. Qué borde puedes llegar a ser.

Dejo escapar una carcajada y rememoro aquel momento. Joder, ¿cuánto ha pasado desde entonces? ¿Éramos nosotros esos dos? Sujeto la cadena plateada que le cuelga del cuello y la acaricio. No se la quita nunca. Es parte de él.

—Era de mi madre —me susurra de pronto.

—¿El qué?

—La cadena que estás tocando.

—No lleva colgante.

—No.

Y entonces lo entiendo. Entiendo que llevar esa cadena no es una manera de adornar su cuello. Es un recuerdo.

—Yo también tengo que decirte algo.

—¿Qué? —Dylan levanta un poco la cabeza para mirarme. Le doy un beso en la mejilla y lo empujo de nuevo hacia la cama con mi boca. Le acaricio el cabello. Necesito que lo sepa. Quiero que lo sepa. Que sepa que estoy al tanto de todo.

—Adrián me ha obligado a hacer una cosa antes de salir corriendo a por ti.

—¿Qué cosa?

—Meter tres palabras en Google. Dylan. Carbonell. Padre.

Se tensa al instante. Y abre la boca.

—¿Y? —me pregunta.

—Y lo siento —le susurro al oído—. Siento no haberme dado cuenta antes.

Se coloca boca arriba; yo me quedo sentado sobre sus caderas. Estamos muy lejos. Me agacho y coloco los codos a ambos lados de su cabeza de nuevo. Rozo su nariz con la mía. Dylan suspira y me abraza con más fuerza.

—Mi padre lleva la música en las venas. Es su medio de vida. No sabe hacer otra cosa. Quería que también fuera el mío. Al principio me gustaba, era un juego y se me daba bien, acojonantemente bien, pero entré en el conservatorio de música y el asunto se descontroló. Descubrí en muy poco tiempo que no hay nada más peligroso, tóxico y dañino que el mundo de las artes. Demasiado ego. Demasiadas envidias y rivalidades. Más ego. Soberbia. Y yo me encontraba en el punto de mira. Porque brillaba entre todos ellos. Y eso es imperdonable. Me maltrataron. Abusaron de mí. Y tenía menos de diez años.

Ahora soy yo el que se tensa sobre su cuerpo.

—¿Abusos físicos?

—Sí. Y mentales. A mis profesores, o a la mayoría de ellos, les gustaba ensañarse conmigo cuando fallaba una nota. Había uno que tenía un anillo enorme en el dedo índice y me lo clavaba en la cabeza con un golpe seco. Siempre en el mismo sitio. Él era el peor. Un músico frustrado que había acabado de profesor porque no era lo suficientemente bueno como para estar encima de un escenario. Había varios de esos en mi conservatorio. Supongo que sucede en muchos. La carrera de músico es una puta mierda. O eres el mejor o no eres nadie. O te gusta la enseñanza o estás jodido. No hay muchas más alternativas. Y si estás jodido, tus alumnos también lo están. Y entonces acabas con tus frustraciones de mierda cerrando la tapa del piano encima de los dedos de uno de ellos. De mis dedos. Porque yo no era lo bastante rápido y tenía que serlo. Yo no era lo bastante bueno. Esa era su excusa. Me estaban enseñando. Me decían que no veían en mí eso tan especial de lo que todo el mundo hablaba. Me obligaban a ensayar hasta que no fallara. Y yo fallaba porque no podía dejar de llorar por dentro. Porque quería irme a mi casa, acurrucarme en

mi cama y no volver a salir de allí. Esa imagen mía me desconcentraba. Y todo volvía a empezar. Y así fue cada día durante muchos años. Vivía en tensión absoluta. Y solo tocaba el piano. No hacía otra cosa. Fue un puto infierno.

—¿Y tu padre? ¿Tu padre lo consentía? —consigo preguntarle. No sé ni cómo. Mis manos se han quedado quietas sobre su cabello. Tengo las lágrimas agolpadas en mis párpados. No hago otra cosa más que imaginarme a Dylan de niño, sufriendo esos abusos, y se me rompe el corazón en mil pedazos. También despierta un sentimiento violento en mi alma. De protección hacia Dylan y de asco hacia ellos. Sus dedos, pequeños, inmaduros aún, golpeados por la fuerza de un adulto hijo de puta. Muevo la mano y busco una de las suyas, prodigiosa, única, sobre la almohada. La cojo y la escondo en la mía. Sus dedos jamás volverán a sufrir un abuso así.

—A mi padre nunca le dije nada. Pero supongo que lo sabe. Él también fue al conservatorio, y es consciente de lo que se mueve allí mejor que nadie. Él tuvo la suerte de ser el mejor. Por eso está encima de un escenario. A mí me dejó en manos de sus compañeros fracasados. Intenté decirle que quería abandonar la música millones de veces, pero nunca me escuchó. Hasta que fui lo bastante mayor como para tomar mis propias decisiones. Hasta que exploté. Hasta que le eché huevos al asunto por primera vez en mi vida. Fue dos años después de querer saltar de aquel balcón.

Uno todas las piezas y cierro los ojos. ¿Qué te hicieron, *babe*? ¿Qué coño te hicieron?

—Soy un gilipollas —le digo—. Perdóname, por favor.

—No —me responde, moviendo sus manos y enmarcando mi rostro con ellas—. Estabas asustado. Y lo entiendo. Porque yo también llegué a pensar que tenía tendencias suicidas. Que algo muy malo vivía dentro de mí. Y, si me pongo en tu lugar con lo que ahora siento por ti, creo que me volvería loco de saber que tú puedes sentir ese tipo de impulsos. No te dejaría subir más de cinco escalones. Esta mañana he sentido vértigo, *babe*.

—¿Qué tipo de vértigo? —le pregunto, acojonado. Con el corazón comenzando a sentirse inquieto en mi pecho.

—Vértigo del de verdad. No del que yo sentía. Y ha sido mientras te veía dormir a mi lado en el sofá. Quería saltar. Saltar a lo loco hacia ti. Hacia una vida a tu lado. Y me he dado cuenta de que, en realidad, nunca he querido saltar hacia nada más. Ni siquiera aquella noche desde la azotea de los cojones. He ido al *pub* a buscar a tu familia y se lo he explicado. Se lo he contado todo. También les he dicho que necesitaba comprobarlo. Subir a las alturas y demostrarme que soy una persona cuerda, normal. Quería que me acompañaran para no matarme en el camino. No he escalado en mi puta vida.

—Dy… —pronuncio con dolor.

—Y ha sido la hostia. Aquello es una pasada. Estoy sano. Cuerdo. Y ahora quiero subir contigo cada mañana. Compartirlo contigo.

Me siento como una mierda porque le he jodido esa experiencia.

—Soy un gilipollas —repito—. Te lo he jodido todo.

—Me has jodido a base de bien, sí. O yo a ti. —Levanta las caderas hacia las mías.

—Hablo en serio.

—Y yo. —Sonríe y me mira con pasión. Con su verde y azul diluidos—. No podía imaginarme un desenlace mejor que este. Has explotado, *babe*, y lo has hecho de puta madre. Has explotado en un soliloquio que ya lo querría yo para mí. Estoy orgulloso. He matado dos pájaros de un tiro. He superado mis miedos y me he quedado con el guaperas del pueblo. Y ahora, pensando en lo bueno que estás y en que eres para mí, me estás poniendo a cien; así, todo lo largo que eres, encima de mí.

—Lo noto —le digo, sintiendo su erección fulminante en mi cadera.

—Y más que lo vas a notar. Hazme volar otra vez, *babe*. Lo necesito.

Lo beso en la boca con dulzura y comienzo a frotarme contra él. A despertarme. A demostrárselo todo con mi cuerpo y con las palabras que escapan de mi boca en susurros. Y cada movimiento es una intención. Cada palabra es una promesa. Y jamás me había sentido así con nadie. Siento que él es lo más bonito que tengo ahora en mi vida. Y allá vamos otra vez.

—Espera —me dice, deteniendo el avance de mi mano.

—¿Qué?

—Oye, ¿en serio crees que me parezco a James Dean?

Capítulo 30

Dos años antes

Dylan lo puso de rodillas, mirando a la pared, y lo penetró sin descanso. Era uno de sus profesores del conservatorio de música. Un chico joven que siempre lo había mirado con cierta admiración. Era de los pocos. Se había acercado a él en aquel reservado y le había preguntado si se acordaba de su época de estudiante. Por supuesto que sí. Dylan jamás olvidaba una cara. Y mucho menos, una voz. El profesor le había dicho que seguía su carrera de cerca y que era lo mejor que había salido de aquel conservatorio en años. Luego le había puesto ojitos. Dylan, a los veinticinco, ya era lo suficientemente experimentado como para darse cuenta de cuándo alguien quería que se metiera entre sus piernas. Su rostro y su cuerpo siempre habían sido del agrado del sexo opuesto. Y del no opuesto. Y ahora que era famoso por subirse encima de un escenario a tocar y cantar *rock* alternativo, aquel atractivo se había elevado a la máxima potencia.

Continuó embistiendo contra la pared del reservado.

Hugo taladraba un agujero en la pared de su nueva clínica veterinaria. Después de años trabajando en aquel pueblo a cuarenta kilómetros del suyo, con aquel señor que tanto le había enseñado, y de tantísimos viajes en coche y en tren, se había animado a emprender por su cuenta. Había encontrado un local lo bastante grande como para acondicionarlo a su gusto, y sus padres, junto con sus tres hermanos, lo ayudaban a colocar el mobiliario y decorar las paredes. A Hugo le podía la emoción. También sentía muchísimo vértigo, pero, ante todo, se sentía feliz. Y su familia entera lo apoyaba. Comenzaba una nueva vida para él.

Capítulo 31

La inundación del baño. Sí, las tuberías

Dylan está extendido en mi cama, desnudo, bocabajo, y yo me encaramo más a él, con un hormigueo cálido recorriendo mi piel; no sé ni qué hora es, pero aún es de noche. En algún momento se ha adueñado de la almohada, así que uso su cuerpo como sustituto a la vez que le rodeo la cintura con mi brazo. Me quedo dormido un segundo después.

𝄞

Far away.
The ship is taking me far away.

Abro los ojos. ¿Qué mierda es ese ruido? ¿Hemos cambiado de canción? Joder, está a todo volumen. Me giro para echarle la bronca a Dylan (cualquier día va a matarme de un infarto y verás qué gracia), pero no está aquí. Me quedo en la cama boca arriba, haciendo una composición de lugar; ahora mismo no sé ni qué hora es, y menos aún en qué día estamos. Sonrío por ello como un imbécil. Lo medito un instante. Creo que es martes por la mañana. Ayer nos quedamos todo el día y parte de la noche en la cama, malcomiendo, haciendo el amor y follando. Lo hicimos hasta que caímos desmayados, secos y desfallecidos. No pondría inconveniente alguno a pasar el día de hoy de la misma manera. O la semana entera.

Miro la hora en el reloj: las siete pasadas. Tengo que ir a trabajar. Mierda. No abrir ayer la clínica, y sin avisar, fue una irresponsabilidad absoluta. No puedo repetirlo. Me levanto para bajar el volumen de la música y, al pasar por el cuarto de baño, veo a Dylan dentro de la ducha. Él no me ve. Llego al altavoz y bajo el volumen mientras los cachorros me rodean las piernas, moviendo la cola y con la lengua fuera; entonces, escucho el sonido del timbre. Estoy en pelotas. Así no puedo abrir. ¿Y quién llama a estas horas? Regreso corriendo al dormitorio (los perros corren conmigo, en masa) y me pongo lo primero que pillo del suelo: una camiseta y un pantalón de chándal, el que llevaba ayer Dylan. Abro la puerta de la calle y me encuentro un repartidor de correos con cara de mala leche.

—¿Sí? —pregunto, con el brazo apoyado en la jamba. Los perros salen disparados hacia el jardín en busca de los gatos. Como siempre.

—¿Hugo Cabana?

—Sí.

—Traigo el pedido urgente. —Tonito en el «urgente»—. Tenía instrucciones muy precisas de

entregarlo a las siete de la mañana. Llevo un rato tocando el timbre. ¿No está un poco alta la música ahí dentro?

Arqueo una ceja por el comentario. Tiene suerte de pillarme de muy buen humor. Observo la caja, de considerable tamaño, que reposa en el suelo, junto a los pies del hombre este tan simpático.

—¿Qué pedido?

—¿Puedes firmar aquí?

—Yo no he pedido nada.

—¿No eres Hugo Cabana? —insiste.

—Sí.

—¿Y este no es el número 6 de la calle Marisol?

—Sí.

—Pues firma aquí. Pon el DNI también.

Cojo la maquinita que me ofrece y hago unos garabatos sin apartar mi mirada de él. Meto el trasto en casa a la vez que llamo a los cachorros; cualquier día los gatos se van a cabrear de verdad y van a comenzar a repartir zarpazos. Cierro la puerta de una patada. Será algo que ha pedido Dylan. Lo abro por encima para ver qué es. Parece un amplificador. Sí, es de Dy. Voy al baño a preguntarle por ello. La canción que resuena en toda la casa finaliza y vuelve a comenzar desde el principio. La ha debido de poner en bucle, como todas. Aprovecho para mear.

—Dy —lo llamo. No me escucha. Está cantando. Cantando una canción diferente a la que suena por los altavoces. Tiro de la cisterna y lo llamo con más fuerza mientras abro el grifo del lavabo para lavarme la cara—. ¡Dy!

Se abre la mampara. Me ha oído. Me seco la cara, me apoyo en el lavabo y me lo como con los ojos de arriba abajo y de abajo arriba. Mi cuerpo reacciona al instante. Dylan desnudo está muy bueno, pero Dylan desnudo y empapado, con el pelo pegado a la frente y las gotas cayendo por su rostro y por todo su cuerpo… «Se te va la olla… y la polla».

—A los buenos días —me saluda él con una sonrisa espléndida—. ¿Tú no llevas demasiada ropa encima?

—¿Has pedido un amplificador para las siete de la mañana?

En lugar de contestarme, dirige la alcachofa de la ducha hacia mí y me apunta con ella, calándome todo el pecho. No me ha dado tiempo ni a poner la mano para protegerme.

—Pero ¿qué haces?

—Mojarte.

Vuelve a enchufarme con ella y esta vez no ceja en su empeño. La pasea por mi cuerpo, empapándome por completo. Me ha entrado agua hasta por la boca, joder, hasta por la nariz, y se me pega la camiseta a la piel; los pantalones llevan el mismo camino, y tengo los pies más que mojados. Adelanto las manos para protegerme a la vez que me acerco a la ducha para quitársela. El suelo está lleno de agua, apenas doy dos pasos y resbalo; no me caigo de culo de milagro, o gracias a mi extraordinario equilibrio. Él no deja de descojonarse. Y sigue apuntándome con la ducha. ¿Cómo puede ser tan crío a veces?

—¡Para ya! ¡Dy! ¡Estás mojándolo todo!

Consigo llegar hasta él y me meto dentro de la ducha para quitársela de las manos. Me percato de que el agua está más caliente de lo que parecía, ahora que la tengo tan cerca de mí; Dylan tira la alcachofa al suelo al instante y el agua sale disparada hacia arriba, hacia todas partes.

—Aquí te quería yo —me dice, empotrándome contra los azulejos y besándome en la boca,

metiéndome la lengua hasta el fondo, sin más preámbulos. Dios, qué bien sabe—. Esto —tira de mi empapada camiseta hacia arriba y me la saca por la cabeza, dejándola caer en el suelo de la ducha con un golpe seco— fuera. Y esto, también. —Tira de los pantalones de chándal hacia abajo y mi polla, bien erecta, sale disparada, chocando con mi vientre.

—Joder —mascullo. Ya estoy cachondo perdido. Dylan va bajando por mi cuerpo, besándomelo, hasta que llega a la erección. Se la mete en la boca mientras me agarra el culo con fuerza—. Joder.

Cierro los ojos. El agua me salpica. El baño se está inundando. Va a llegar el agua hasta la puerta de la calle y va a salir por la rendija. Los vecinos, alertados, van a llamar a la puerta y no nos vamos a enterar. Porque Dylan me la está chupando. Entonces van a llamar a los bomberos. Me la suda.

Me la suda todo.

Dylan suelta mi polla y comienza a subir despacio por mi cuerpo. Llega a mi boca otra vez y nos comemos como posesos el uno al otro. Me da la vuelta con fuerza y quedo de cara a la pared, la mejilla y las manos apoyadas en los azulejos. Trastea con los botes que tengo en una balda dentro de la ducha y vuelve a mí. Me toca por todas partes. Me masturba. Y me folla por detrás. Fuerte. Rápido. Mis jadeos mueren en las paredes de la ducha. Los suyos mueren en mi oído. Sus respiraciones profundas me vuelven aún más loco. Estoy a punto de correrme. Dylan acelera el movimiento de su mano sobre mi erección. Me voy a correr.

De pronto, el volumen de la música disminuye hasta desaparecer: la canción ha terminado y, en los segundos que tarda en volver a empezar, suena el timbre de la calle. Suena mucho y de forma muy insistente. Tiene pinta de que lleva un rato así.

—Joder —mascullo de pura frustración. Estoy a punto.

—No puedo parar ahora —me dice Dylan desde atrás—. Córrete. Ya.

Me olvido de la puta puerta y observo a Dylan masturbarme. Si ya decía yo que tenía manos prodigiosas. No he visto cosa más rápida en la vida. Entre eso y que no deja de embestirme sin descanso y de jadear en mi oído… Lo tengo. Casi lo tengo. Entonces Dylan se corre y siento su orgasmo dentro de mi cuerpo. Joder, qué puta pasada. Grito y mi chorro sale disparado hacia la mano de Dylan y hacia la pared. Dylan se deja caer contra mi espalda, agotado. Escucho su respiración entrecortada en el oído al mismo ritmo que su aliento. Dios, yo también necesito descansar un segundo.

—Joder. Cómo mola correrse bajo presión, ¿no?

Nos reímos ambos y nos ponemos en marcha con rapidez. El timbre continúa sonando. Cierro el agua y salimos. ¡Mierda! Está todo inundado. Hay una capa de agua considerable en el suelo del baño. Las paredes también están empapadas. El cristal del lavabo. Todo. Salimos a toda prisa (hay agua hasta fuera del baño; el timbre, desesperado) y Dylan me lanza unos pantalones desde la habitación para que me vista. Él se pone otros y va corriendo a abrir la puerta mientras yo cojo la fregona y la paso por el suelo. Tenemos agua para llenar una piscina.

Poco después, me llega la voz de Adrián.

—Pero ¿qué hacíais? Llevo un rato llamando al timbre. ¿Y qué coño ha pasado aquí?

Giro la cabeza y veo a mi hermano acercándose al baño de puntillas. Dylan baja el volumen de la música y viene tras él. Y los perros, detrás, resbalando los unos con los otros. Estoy a punto de darle la fregona a Dylan para que limpie el desastre que él solito ha organizado. Aunque también es verdad que desde la mamada hasta el orgasmo que me ha brindado se me podría haber ocurrido cerrar el grifo. Lo tenía cerca, pero mis manos estaban más entretenidas agarrándose como podían a la pared.

—¿Qué haces tú aquí a estas horas? —le pregunto yo.

—He venido a comprobar que estabais bien. Os hemos llamado millones de veces. Desde ayer. ¿No has visto el móvil?

¿Móvil? No sé ni dónde está. Supongo que en los pantalones que llevaba puestos ayer, y que ahora descansan en el suelo de mi dormitorio, tal como cayeron. Y me doy cuenta de que lo último que supieron mis hermanos de nosotros es que yo le monté un pollo de la hostia a Dylan, él me soltó un «que te jodan» y yo salí corriendo detrás.

—Hemos estado ocupados —se disculpa Dylan por mí.

—¿Todo bien? —le pregunta Adrián.

—De puta madre —responde el otro con una sonrisa.

Supongo que no es necesario decir más. Echo un vistazo rápido al aspecto que presentamos Dylan y yo. Los dos con el pelo empapado. No mojado porque acabemos de ducharnos. No. Empapado de que todavía nos chorrea agua de él. De cintura para arriba, más de lo mismo: las gotas resbalan por nuestro pecho y brazos. No sé ni qué decirle a mi hermano. Bajo la mirada. Sigo fregando. Es lo mejor. Si no le damos conversación, seguro que se larga enseguida.

—Bien. Me alegro. ¿Qué ha pasado en el baño? ¿Ha reventado una tubería?

Oye, mira. Es una buena excusa.

—En realidad, dos —responde Dylan—. Han reventado a lo bestia. Los chorros han salido disparados por todas partes. Una pasada.

Me atraganto con la saliva. Joder, qué bruto es. Sobre todo, porque acabo de darme cuenta de que mi «chorro» posiblemente continúe en los azulejos de la ducha. Solo espero que mi hermano no haya pillado la segunda intención. Y que no entre en el baño, por Dios. Alzo la mirada y veo que es ahora cuando Adrián se percata de la pinta que lucimos nosotros y de la pinta que tiene el baño. Genial. Gracias, Dy. Se lo transmito con los ojos. Me guiña uno de los suyos en respuesta.

—Te he traído tus cosas —le dice mi hermano a Dylan con una clara sospecha en la mirada. Se acerca más a mí y, por ende, al baño.

Dylan coge lo que mi hermano le tiende: móvil, cartera y llaves, y se lo agradece con un golpecito en la espalda y otra sonrisa radiante. Cruzan un par de frases más mientras yo termino de limpiar el desastre. Adrián se asoma al baño, lo inspecciona durante unos instantes, de arriba abajo (joder), y me sonríe. Mierda.

—Pues me voy a currar —nos dice. Me da un beso en la frente. Vale, lo sabe. Después, emprende el camino hacia la puerta mucho más contento de lo que ha entrado—. ¿Vas a trabajar hoy, Hugo?

—Eh, sí, claro.

—Ayer no abriste la clínica en todo el día.

—Estábamos ocupados.

—Ajá. Eso ya lo ha dicho Dylan. —Abre la puerta de la calle y los perros vuelven a salir escopeteados hacia el jardín y los gatos. Los dejamos ahí, les toca paseo.

—Yo también voy a trabajar —responde Dylan de camino al sofá—. Tengo mucho curro acumulado.

—Eh, Dy —lo llama mi hermano antes de irse.

—¿Qué?

—¿Crees que puedes arreglarte tú solo con esas tuberías?

Jooodeeer.

—Sí, las tengo controladas.

—Muy bien. —Le guiña un ojo y cierra la puerta.

—Joder —exclamo, dejando la fregona apoyada en la pared—. Cómo te pasas.

Dylan viene hacia mí sonriendo y me da un sonoro beso en los labios.

—Te acompaño a sacar a los cachorros. Oye, ¿antes has dicho algo de un amplificador? ¿Ya me ha llegado? Les dije bien clarito que lo trajeran temprano.

≈≈≈

Por la tarde, después del trabajo, abro la puerta de la calle y la casa es la misma, la situación es la misma: ellos cuatro esperándome, los cachorros en la puerta y Dylan intentando acabar con mi cocina de una vez por todas, pero nada es lo mismo. Ahora es infinitamente mejor.

—¡Hola! —saludo.

—¡Cocina! —grita Dy.

—¡Prefiero no verlo!

—¡Chico listo!

Voy directo al dormitorio y me quito la ropa en un santiamén; comienza a apretar el calor en el pueblo y estoy sudado y pegajoso. Me doy una ducha rápida y me pongo ropa más cómoda, unos pantalones cortos de deporte y una camiseta vieja, y regreso al salón, descalzo. Dylan viene casi detrás de mí.

—*Babe*, hay que pedir comida a domicilio. O ir a casa de tu madre a cenar.

Sonrío. Lo sabía. Me dejo caer en el sofá y le indico con la mano que venga conmigo. Acepta encantado. Se tumba encima de mí y acerca su rostro al mío. Y a esto me refiero con que nada es lo mismo. Porque ahora lo tengo sobre mi cuerpo y me flipa su peso sobre el mío. Y su calor. Y resulta todo tan natural que es como si lleváramos meses haciéndolo. Lo beso y nos saludamos como debe ser, con nuestras lenguas enredadas. Dylan sabe muy bien, siempre sabe bien, pero ahora, más de lo habitual.

—¿Por qué hueles y sabes tan bien si has estado a punto de quemar la cocina por enésima vez?

—Me he puesto ciego a moras mientras cocinaba —responde sobre mi boca—. Están cojonudas.

—¿Mientras cocinabas? Qué morro tienes.

—¿Yo? ¿Morro?

Dylan se aparta de mí indignado, todo fingido, y me mira poniendo morritos. Yo lo sujeto por el pelo para acercarlo de nuevo a mis labios y me lo como entero.

—¿Qué tal la tarde?

—Hasta que he entrado en la cocina, productiva.

—Me alegro. ¿Quieres ver una peli mientras llega la comida?

—Mmm… —Dylan hace un mohín, cruza los brazos sobre mi pecho y apoya la cabeza encima. Comienzo a acariciarle el cabello—. Ahora que estoy tan cómodo aquí no me apetece moverme hasta el teléfono. Tenemos que enseñar a los cachorros a hacer ese tipo de cosas.

—¿A pedir comida a domicilio?

—Claro, tú eres veterinario, ¿no? Hasta ahora hemos intentado aprovecharnos del privilegio de tenerte con nosotros en casa, pero no estás respondiendo adecuadamente, que lo sepas. Lo

hemos hablado. A tus espaldas. Te tenemos en fase de prueba.

Dylan me levanta la camiseta y me besa el abdomen con suavidad, con besos cortos, subiendo por mi piel. Me hace cosquillas. Yo sonrío encantado, hasta que saca la lengua y comienza a chuparme uno de los pezones; entonces mi cuerpo responde, tiro de sus mechones de pelo y dejo escapar un jadeo delicioso.

—Yo no tengo quejas, ¿eh? —me dice, haciéndose el inocente y encantado con mi reacción —. Que conste. A mí me respondes muy adecuadamente. Son los cachorros los que más pegas ponen. Están muy intensos. Joder, y tú qué bueno estás. Quiero que me folles.

Dejo de mesarle el cabello al instante y lo miro. Él me devuelve la mirada, serio. También frágil. Aquí hay una fisura. Y yo necesito saber de qué se trata para ver si puedo ayudarlo a cerrarla. Reanudo mis caricias en su cabello.

—¿Ahora? —le pregunto con ternura. Tanteando el terreno.

—No. Ahora no. Necesito tiempo. Nunca he dejado que me toquen demasiado. Nadie. Nunca he permitido que me follen, y eso que lo han intentado millones de veces. Todo el mundo. Tías y tíos. No quería darles tanto poder. Me juré a mí mismo que nadie volvería a tener poder sobre mí. Jamás. Era yo quien los ponía de rodillas y les daba por detrás. A ellos. A ellas. Eso lo hace menos íntimo, y como yo no quería que fuera íntimo… amarillo y en botella. Contigo sí quiero, lo quiero todo, pero es un último paso que me falta por dar y estoy muy verde y…

—No tienes que explicarme nada —lo interrumpo—. Iremos poco a poco. Lo haremos cuando te sientas preparado, si te sientes preparado.

—Lo estaré. Contigo lo estaré.

Nos besamos en la boca, largo y despacio, y le demuestro con mis besos que no hay prisa y que iremos a nuestro ritmo. Comenzamos a calentarnos, a frotarnos el uno contra el otro. Adopto mejor postura y dejo salir otro jadeo. Joder, estoy de puta madre.

—¿Nos da tiempo a uno rapidito antes de que llegue la comida? —me pregunta al oído poco después.

—Aún no hemos llamado.

—Mierda. Es verdad. Me has distraído. Eso nos lleva a la conversación de los perros de nuevo, a que hemos hablado de ti y que estamos descontentos con tu faceta de veterinario. Tenemos que negociar, *babe*.

—Soy todo oídos, estoy dispuesto a negociar lo que haga falta, pero ¿te digo primero una cosa?

—¿Qué?

—Se dice «blanco y en botella», no «amarillo y en botella».

Dylan retira la boca de mi oreja y me mira con sorpresa.

—¿En serio?

—Sí y, ya que estamos, sobre Neptuno llueven diamantes.

—¡Venga ya!

Capítulo 32

El verano llegó... y pasó

Es increíble la velocidad a la que discurre el tiempo. Ni siquiera importa que cada segundo transcurra lentamente o a toda velocidad; al final, el efecto, al cabo de las semanas o los meses, es vertiginoso. Un día estoy en el sofá de casa con Dy encima de mí, haciéndome el amor, y para cuando quiero darme cuenta han pasado cuatro meses y nos hemos comido todo un verano.

Mi familia supo a ciencia cierta, certísima, desde un par de días después de nuestra «rotura de tuberías» en el baño, que Dylan y yo estábamos juntos, como pareja. Y no porque Adrián se lo dijera, que también; lo habrían sabido de todas maneras. Yo me encontraba en la clínica, trabajando, y Dylan me llamó para avisarme de que estaba desayunando con los Marcalex, por si me quería acercar. No pude negarme. Tenía hambre. Además, el *pub* me pilla muy cerca de la clínica. Y no es una excusa.

Llegué y ahí estaban todos: River, Marcos, Adrián, Priscila, Alex, Jaime y Dylan. No había vuelto a hablar con Jaime desde nuestra bronca en la cocina de mis padres, cuando supo que entre Dylan y yo había algo. Crucé una mirada rápida con él; él la cruzó con Priscila; yo la crucé también con mi hermana. Ella me sonrió. Jaime y yo la cruzamos de nuevo. Él también sonrió. Me lo tomé como una buena señal. Como que aquello en la cocina fue un calentón mal dado. Ahora estábamos bien. Priscila, también. Dylan me agarró con naturalidad de la cintura y me sentó en la silla al lado suyo. Se lo veía distendido con mis hermanos. Se lo veía casi más distendido que a Alex, que ya es decir.

—Nosotros nos vamos —dijo Priscila, tirando de un Jaime reacio a levantarse; parecía nervioso—. Tenemos una reunión con los padres de Alex en diez minutos, solo nos hemos pasado a saludar.

—¿Y eso? —pregunté yo.

—Vamos a intentar trasladar a Pristy del *Global* —me explicó Jaime—. A su creadora y a su dibujante. O eso espero. Joder, estoy acojonado.

—Tranquilo —le dije con una sonrisa—. Irá bien. Suerte.

—¡Gracias! —respondió Priscila por los dos, dándole un beso en la boca a Alex antes de irse —. Pondremos nuestra mejor cara de buenos y de profesionales.

—¿Deberían estar preocupados? —le pregunté a Alex en voz baja mientras se alejaban.

—¡Qué va! Pero puede que haya acojonado un poco a Jaime con respecto a la parte del dibujante. Solo un poco.

Sonreí y negué con la cabeza. Mis hermanos rieron conmigo. Y tuve la seguridad de que ambos conseguirían el trabajo en el periódico de la familia de Alex. Priscila, por razones obvias: la idea de Pristy era suya, y Jaime, porque es un dibujante de los buenos. Y no lo digo porque

haya tenido un lío con él. Dibuja realmente bien.

—Hugo —me llamó Adrián una vez que se fueron Jaime y Priscila—, estamos debatiendo sobre si Dylan trabaja o no.

—¿Cómo?

—Ya es la tercera vez que desayuna entre semana con Marcos y Alex. Tiene toda la pinta de que va a repetirse, y nadie que trabaje puede seguir el ritmo a estos dos.

Yo me reí y Marcos le tiró a Adrián un trozo de pan, acertándole de lleno en la mejilla.

—Capullo. Tenemos nuestros turnos —se defendió mi hermano—. ¿A que sí?

—Totalmente —aseveró Alex.

—Yo dependo de las musas —añadió Dylan—. Les gusta visitarme de seis a nueve de la mañana. ¿A que sí? —me preguntó a mí.

—Totalmente. Al menos las musas han cambiado de canción. Ahora les gusta Muse.

—Y a ti también —me respondió él con una sonrisa socarrona—, reconócelo, *babe*.

—No es mi grupo favorito.

Aunque es cierto que la canción *Starlight* es muy pegadiza.

—Claro que no —aceptó Dylan con obviedad—. Ese soy yo.

—Mi hermano, superfan de Dylan Carbonell. ¿Quién nos lo habría dicho? —comentó River a la mesa en general.

—Lo llevaba dentro —le respondió Dylan—. Le flipan mi voz y mi música.

—No creo que sea por eso. —Marcos rio entre dientes—. Quiero mucho a mi hermano, pero no tiene ni puta idea de música. Y mucho menos de voces, en el sentido estricto de la palabra.

—Dylan se mueve en un rango vocal de Mi bemol 2 a Do 6. Por si no lo sabéis, eso son tres octavas, cinco notas y un semitono. La nota más alta que ha conseguido en estudio es Fa sostenido 5, en falsete, y La sostenido 4 sin falsete. Las notas más largas en vivo, un Do 6, Si 5 y Sol 5, y la más larga duró diecisiete segundos, alcanzando un Do sostenido 5 y un Fa 5. Las notas más bajas en estudio, un Fa 2 y un Mi 2, uno de sus graves más destacados, y la más baja en vivo, un Si bemol 2. Y no sé si lo sabéis, pero se encuentra en el noveno puesto de las mejores voces del país. De los primeros en falsete.

Tuve que intervenir. Tuve que hacerlo y darle un zas en toda la boca. Me salió solo. Y lo hice antes de que Dylan tuviera la oportunidad de defenderme. Lo hice porque no quería que pensaran que no tenía ni idea de a qué se dedicaba Dylan en el ámbito profesional. Porque no era cierto.

—Joooder —exclamaron Marcos y River a la vez, alucinados, en cuanto acabé y me recliné en la silla.

—Eso que acabas de decir es lo más romántico que he escuchado en mi vida —afirmó Adrián.

Dylan no dijo nada. No podía. Lo había dejado sin palabras.

—Hablando de romanticismo —nos dijo Marcos—, creo que he perdido encanto con los años. O las tías de hoy en día son demasiado complicadas. Les suelto una galantería y me miran mal.

—Si te refieres a Alicia, es normal que…

—No me refiero a Alicia, capullo. Dylan, dime alguna frase de esas de película. A Riv también le vendrá bien. Lleva meses de sequía.

Entonces fue Marcos el que se ganó un trozo de pan en la mejilla de parte de River.

—¿Yo? —preguntó Dylan, sin dejar de mirarme, igual de confundido que si le hubiera pedido que bailara una jota encima de la mesa. Seguía sin palabras. Y seguía observándome a mí con la boca abierta.

—Sí. Tú. ¿No eres poeta?

—Soy cantante.

—Pues eso. Tendrás un montón de frases estrella. Dile algo a mi hermano. Es más complicado que cualquiera. Por ejemplo, a mí tu sonrisa… y lo primero que se te venga a la cabeza. Yo apunto.

—A mí tu sonrisa me la pone dura —me soltó entonces Dylan. Escupí el café que estaba tomando.

—No puedo decirle eso a las pavas —afirmó Marcos, no demasiado seguro—. ¿No? ¿O sí?

—Tío, estás muy oxidado —le dijo Adrián.

—Yo eso no lo he oído en tus canciones —le indicó River a Dylan.

—¿En serio te has ligado a Hugo con esas frases? —insistió Marcos.

Mis hermanos comenzaron a discutir sobre el asunto de las frases estrella y yo me acerqué al oído de Dylan. Seguía abstraído. Le susurré:

—Despierta.

—¿Cómo sabes todo eso de mi voz? No has fallado ni una.

Sonreí.

—Porque yo también te escucho a ti.

Sonrió.

—¿Quieres saber algo más? —proseguí—. ¿Te acuerdas de cuando me cantaste *Dancing in the Moonlight*?

—Sí —me respondió con ojos curiosos.

—¿La parte de «*supernatural delight*»?

—Sí.

—¿Ese «*natural*»? ¿La forma en que lo pronuncias y lo cantas?

—Sí.

—Me pone a cien.

—¿En serio? ¿*Natural*? —pronunció en inglés. Se fue directo a mi entrepierna. Joder, me encanta—. Vaya. Vaya. Hoy no dejas de sorprenderme, *babe*.

—¡Eh! ¡Vosotros dos! —nos gritó Marcos—. Iros a un motel.

Quedó claro que estábamos juntos, si es que alguien albergaba aún alguna duda. También quedó claro que mi sonrisa se la ponía dura.

𝄞

Más de un mes después, una noche de finales de junio, nos fuimos todos de discoteca al pueblo de al lado. Todos menos Alex y Pris. Mi hermana ya estaba embarazada de casi seis meses y comenzaba a sentirse pesada. Por cierto, ambos, Jaime y ella, consiguieron el trabajo en el periódico de los St. Claire. Las negociaciones con los jefes de Boston estaban resultando duras, pero ya tenían un pie fuera.

En la discoteca, Dylan pidió *Despacito* al chaval de turno que hacía las veces de DJ, y me estuvo rondando los casi cuatro minutos que dura la canción. Todos bailábamos en la pista, pero él me rondaba. Con miradas lascivas incluidas. Tuvimos que ir al baño a magrearnos en cuanto finalizó la canción. Y me costó la hostia no follármelo allí mismo. Le metí hasta dos dedos. Me detuve ahí porque sentí que aquel no era el momento, contra la puerta de un baño de discoteca. Salimos a la calle para que nos diera el aire y ahí estaban Adrián y River, comentando la jugada de que Marcos acababa de irse con dos chicas vete a saber a dónde. Dylan se encendió un cigarro

y yo le pedí uno.

—Pero ¿tú fumas? —me preguntó con sorpresa.

—Fumador social muy de vez en cuando —le explicó River.

—¿En serio? Estás lleno de sorpresas. Eso me pone mucho.

Me pasó un cigarro y me lo encendí.

—A ti te pone todo lo que hace mi hermano —le dijo Adrián.

Dylan se acercó a mí y soltó el humo de su calada cerca de mi rostro. Después me besó y me tocó el culo con ambas manos.

—¡Iros a un motel!

𝄞

Un sábado me quedé traspuesto en el sofá viendo una película después de comer. Dylan me despertó comiéndome la oreja, literalmente, y susurrándome al oído:

—Ey, ey, *babe*, ¿también de día a tope en posición horizontal sin moverte? Lo tuyo no es normal.

Medio sonreí, sin acabar de despertarme, y lo abracé, estrechándolo contra mi cuerpo. Se quedó dormido sobre mí poco después, en postura cucharita total y con una de sus piernas por encima de mi cadera, y aquello se convirtió en una costumbre de los sábados.

𝄞

En el mes de junio Dylan todavía intentaba superarme con la bici en la cuesta que sube a casa de mis padres.

—Observa y aprende —me dijo, parafraseándome, antes de bajar a toda hostia. A toda «su hostia». Que no a la mía. Lo alcancé enseguida y me puse a su lado. No iba a dejarlo ganar solo porque fuera mi novio.

Sin dejar de pedalear a toda leche, nos colocamos en un lado de la carretera cuando vimos que un coche subía por la cuesta. Enseguida reconocí el vehículo. Mi hermano River bajó la ventana del lado del conductor y nos pegó un bocinazo al pasar por nuestro lado. Los dos lo saludamos con la mano y continuamos bajando. Gané yo.

Pero para finales de ese mismo mes, Dylan ya era capaz de ganar a alguno de mis amigos.

𝄞

Dylan entró en casa con un libro en las manos mientras negaba con la cabeza y mascullaba algo como: «Serán capullos».

—¿Qué pasa?

—Tus hermanos, que son la hostia de graciosos. Han dejado esto en el buzón. Pero esta juro que se la devuelvo.

—¿Qué es eso?

—Un puto libro de refranes y frases hechas.

Se me escapó una carcajada. Dylan me miró con mala cara. Yo miré el libro; Dios, tenía que echarle un vistazo. No venía envuelto ni con una tarjeta ni nada.

—¿Cómo sabes que es de ellos? —pregunté, manteniendo la compostura e intentando

mostrarme serio.

—Porque los veo venir.

𝄞

En julio, un día llegué a casa antes de tiempo; quería darle una sorpresa a Dylan saliendo antes del trabajo, y me lo encontré en ropa interior, cantando y bailando al ritmo de *Stop! In The Name Of Love* con los perros. Dylan cantaba con un micrófono de verdad en la mano y realizaba varios pasos de baile mientras los perros saltaban a su alrededor, formando una especie de corro. Me quedé apoyado en la puerta un rato largo y ni me sintieron. Los grabé en vídeo. La parte en que se suben los cuatro al sofá y lo dan todo es brutal. Les mandé el vídeo a mi madre y a mis hermanos. Ahora mis hermanos suelen cantar *Stop! In The Name Of Love*, micrófono en mano, cuando ven aparecer a Dylan. Yo me descojono. Y he visto el vídeo unas mil veces.

—Así que esto es lo que hacéis cuando no estoy en casa —les dije cuando finalizaron la actuación.

Dylan, como respuesta, vino cantando y bailando hacia mí.

—*Stop! In the name of love, before you break mi heart.*

Comencé a partirme de la risa.

—Ven, que te canto al oído —me dijo cuando llegó a mí.

Yo iba a vacilarle por un buen rato, pero no pude, porque cuando Dylan me canta al oído, a mí se me olvida hasta que existe el mundo.

—Cada día me gusta más tu voz sin falsete. Me flipa.

—Tú sí que me flipas.

𝄞

En pleno mes de agosto, una mañana, me desperté antes que Dylan. Era su cumpleaños. Aún no había amanecido y Dylan estaba a punto de despertarse. Se lo notaba. A lo largo de estos meses, he aprendido a reconocer ese tipo de señales. Se encontraba tumbado boca arriba con un brazo sobre los ojos y el pelo revuelto a causa de la noche desenfrenada que habíamos tenido (Dylan se compró unos pantalones de cuero). Lo abracé por la cintura y me acurruqué junto a su cuerpo, colocando una pierna encima de la suya. Se estaba tan a gusto.

—Quédate un poco más, *babe*.

El estómago de Dylan comenzó a contraerse. Se estaba riendo.

—¿De qué te ríes?

—Me has llamado *babe*.

Imposible.

—No es verdad.

—Sí lo es. Has dicho: «Quédate un poco más, *babe*». Y me gusta cómo suena en tu boca.

—Feliz cumpleaños —dije para cambiar de tema, aunque antes sonreí.

—Y tan feliz.

Se quedó. Nos quedamos.

𝄞

Y, hoy, treinta y uno de agosto, mientras estamos tumbados en el sofá viendo una película de Tarantino, yo recostado sobre uno de los extremos y Dylan encima de mi pecho, acariciándome las piernas de manera distraída, no dejo de pensar en lo mucho que su mánager lo llama últimamente. A diario. En ocasiones, más de una vez al día. Y no dejo de preguntarme qué va a pasar con nosotros cuando Dylan tenga que regresar a Madrid. Que no va a ser dentro de demasiado tiempo: ya han pasado más de cinco meses desde que tocó el timbre de mi puerta por primera vez, con su guitarra colgada a la espalda y su mochila. Recuerdo mis viajes en carretera cuando estudiaba en la universidad. Venía prácticamente todos los fines de semana a estar con mi familia. Haría lo mismo por Dylan sin pensármelo dos veces; no me importaría viajar a Madrid cada viernes y volver el domingo.

De todas formas, ¿cuánto dura una gira? Y ¿cuánto tiempo puedo dejar la clínica cerrada para acompañarlo en sus viajes? ¿Y cuándo empieza la siguiente gira? ¿Cómo lo hacen el resto de las parejas de cantantes del mundo? Joder, ¿cómo vamos a hacerlo nosotros?

A Dylan no parece preocuparle, o quizás aún ni lo ha pensado. Dylan no piensa las cosas hasta que no le vienen de frente y están a punto de estamparse contra él, y no creo que falte demasiado para que esta explote. Sé que el disco en que ha estado trabajando desde aquí lo tiene casi terminado. Sé que… Vale, no sé nada más. Joder. No sé una puta mierda.

Tengo que hablar con él.

Capítulo 33

Un año antes

Ni siquiera Dylan entendía cómo no habían llegado antes al punto en que se encontraban. Habían transcurrido siete años desde que tiró aquel piano por las escaleras y se marchó de casa para no volver, y ni su padre ni él habían encontrado el momento adecuado para decirse a la cara todo lo que cada uno guardaba en su interior. Pero ahí estaban. Por fin.

El asunto fue que una vez allí, una vez enfrente de su padre, Dylan no sentía ganas de decirle nada. Con todo lo que le hubiera gustado gritarle a lo largo de su vida. Todo lo que se había guardado. Las miles de conversaciones imaginarias que revolotearon en su cabeza durante años. Y ahora todo estaba en blanco. No era igual para su padre. Se había presentado en su casa y había entrado como un vendaval. Había comenzado a vociferar todo tipo de barbaridades, cosas como que él no sería quien era sin su ayuda. Dylan no tuvo nada que decir porque eso era cierto. Él no sería lo que era sin su padre. Todo se lo debía a él. Y todo era malo. Tan malo como la mancha negra que rodeaba a Hugo de la Vega y amenazaba con cubrirlo a él. No lo permitiría. Dylan solo se molestó en pronunciar cinco palabras: «Tú y yo hemos acabado». Y se sintió jodidamente bien.

Hugo salió escopeteado del *pub* en cuanto hubo escuchado aquellas palabras de Jaime que confirmaban que se había acostado con su hermana. ¡Con su hermana! Esa clase de información era la que Hugo consideraba que había que compartir antes de embarcarse en una… en lo que fuera. Jaime salió detrás de él y tuvieron la bronca del siglo. Jaime había llegado desde Boston con su hermana para la boda de Marcos y lo había hecho muy feliz, pero primero se pasaba el día entero detrás de Adrián y ahora, esto. Había llegado al límite, por mucho que le encantara aquel chico. Y así se lo hizo saber. Zanjó el asunto con cinco palabras: «Tú y yo hemos acabado».

Capítulo 34

Un regreso inesperado... pero esperado

La excusa para desayunar hoy en el *pub* es que es día uno de septiembre, y viernes. Adrián me ha mostrado su preocupación por el trío «desayuno Dylan-Marcalex»; se les está yendo de las manos. No podría estar más de acuerdo. Al menos hemos venido temprano, así que yo habré acabado antes de tener que abrir la clínica. Por supuesto, mis hermanos han saludado a Dylan como debe ser y como en los últimos tiempos: «*Stop! In the name of love, before you break mi heart*». Los cachorros, automáticamente, se activan. Creo que el numerito del baile ese lo practican más a menudo de lo que pensé en un primer momento. Dylan les ha dado la respuesta de siempre: los ha llamado «capullos» y ha sacado el dedo corazón. Después se ha sentado entre ellos. Hemos juntado dos mesas para entrar los ocho de manera cómoda (cada vez somos más) y Pedro nos ha servido el desayuno. Está todo lleno de platos, tazas de café y vasos de zumo de naranja.

Jaime y Priscila conversan entretenidos sobre algo relacionado con el trabajo. Le están dando una nueva imagen a la ardilla de mi hermana y se los ve felices. Me alegro un montón por ellos. Recuerdo que hubo un momento en que pensé que mi hermana no volvería jamás de Boston, pero aquí están los dos. Priscila tiene ya una barriga considerable (creo que se ha puesto ciega a gofres con chocolate) y sale de cuentas en dos semanas. Tanto Alex como ella parecen nerviosos, pero son nervios bonitos. Yo estoy deseando verle la cara a mi sobrino.

Los demás engullimos la comida y hablamos sobre el próximo cumpleaños de uno de los amigos de Marcos. Marcos siempre la lía a lo grande en los cumpleaños de sus amigos. Desde los catorce. Tuvo una adolescencia complicada. Le vacilamos sobre ello, Dylan nos pregunta más y más, y nosotros, encantados de contar todas sus batallitas. Mi hermano tuerce el morro e intenta cambiar de tema.

—Es increíble —le comenta entonces Marcos a Dylan, observando a nuestros perros por debajo de la mesa—. ¿Cómo demonios has conseguido camelarte a Pedro para que te deje meter a los jodidos perros dentro del bar?

Adrián le tira al instante una servilleta hecha una bola a la vez que Dylan lo señala con el tenedor:

—Como vuelvas a llamar «jodidos» a mis perros, te la cargas.

—Es una jodida forma de hablar —se queja, apartando la pelota de papel de su camiseta.

Dylan, a mi lado, se agacha y les habla a los perros por debajo de la mesa.

—A por él, chicos. ¡A por él!

Al instante, revolotean entre nuestros pies.

—¡Au! —se queja Marcos segundos después, saltando en su silla—. Me están chupando los tobillos. Parad. ¡Parad! Hugo. —Otro saltito—. ¡Hugo, diles que paren!

—No pidas sopitas a tu hermano. Te tengo en mi punto de mira, Marco Polo —le dice Dylan. Marcos le saca el dedo corazón como respuesta y da un par de saltitos más en la silla.

Estoy a punto de dejar de reírme e intervenir, pero el exabrupto de Adrián me frena. De reírme y de intervenir. Y no es a causa del exabrupto en sí. Es el tono. Conozco cada uno de los tonos de mis cuatro hermanos. Y este me detiene. Detiene hasta a los perros.

—Joder.

Antes de seguir la dirección de sus ojos para ver qué es lo que lo ha sobresaltado, me encuentro con el rostro de River, que ni pestañea. Se ha quedado pálido de pronto y con la tostada suspendida en el aire. Ahora sí miro hacia la puerta. Joder. Es Catalina, la mujer de River. Ha vuelto. Después de un año desaparecida al otro lado del océano, ha vuelto.

—¿Qué pasa? —pregunta Dylan con despreocupación—. Os habéis quedado todos tiesos de repente. Siempre vais al unísono. Sois la hostia.

—Deberíamos ponerte al día, pero, para resumírtelo y salir del paso, te diré que aquella chica rubia de allí es Catalina —le explica Adrián, señalando a nuestra cuñada en la puerta del *pub*. O a nuestra excuñada.

—La mujer de River —le aclaro yo—. O exmujer. —No sé bien cómo llamarla. Hasta donde sé, Riv y ella siguen casados, pero no podría asegurarlo. Mi hermano habla muy poco del tema.

—Ya sé que Catalina es la mujer de Riv —manifiesta Dylan—. Y he de decir que las fotos que me ha enseñado tu madre no le hacen justicia. Aunque ya me lo advertía en cada una de ellas, que era mucho más impresionante en persona.

¿Impresionante? Supongo que sí, que lo es, si te gustan las rubias de ojos verdes. Y si te gustan las tías, claro.

—Quizás deberíamos ponerte en antecedentes para que entiendas bien la situación —le dice Jaime con cierto retintín.

Entiendo que no es el mejor momento para decir que Cata está buena, teniendo en cuenta que es la exmujer de mi hermano y tal, pero tampoco era necesario el tonito de Jaime; además, a él, Cata le cae bien. Me parece a mí que lo que pretende es llevarle la contraria a Dylan. Y Dylan lo mira con la ceja arqueada. Jaime y Dylan nunca se han llevado mal, pero tampoco bien. Al principio, cuando Dylan y yo no estábamos juntos y Jaime se me arrimaba, a Dylan no le hacía gracia, pero se aguantaba y se mostraba amistoso con él porque no le quedaba más remedio, al menos de puertas para afuera. Jaime, por su parte, estaba encantado con Dylan; vivía totalmente ajeno a nuestra realidad. Tampoco puedo culparlo, hasta yo vivía totalmente ajeno a nuestra realidad. Una vez que Dylan y yo nos liamos y todo estalló, hubo varios momentos de tensión entre ellos dos, aunque Dylan siempre ha sido muy educado con él. Dylan es muy educado con todo el mundo cuando tiene que serlo, muy de sonreír a pesar de estar cagándose en todo por dentro; ha aprendido a hacerlo en su trabajo. Ahora su relación es cordial. No hay tensión, pero tampoco son amigos del alma. No hay el mismo buen rollo que mantiene con mis hermanos, ni muchísimo menos.

—Entiendo perfectamente la situación —le contesta Dylan en el mismo tono.

—Créeme, no tienes ni idea.

Dylan carraspea y se reacomoda en la silla. Vale, la va a armar. Me lo conozco.

— River estudió la carrera de informática y, mientras tanto, se apuntó a una academia para preparar los exámenes de policía. Lo tiraron una y otra vez en las pruebas físicas durante años y River la abandonó de pronto, el mismo año que Marcos aprobó, porque no era lo suyo. Aparentemente. La realidad era que el departamento de Inteligencia se había puesto en contacto con él a causa de su increíble dominio de los ordenadores y le habían preguntado si quería

realizar las pruebas de acceso al CNI. No voy a aburrirte con datos innecesarios, Jaime, pero te diré que River entró con las mejores notas. Su trabajo, en principio, sería solo como informático, de oficina, no actuaría como agente de campo, pero años después Catalina Berenguer, la hija del alcalde del pueblo, se cruzó en su camino. Alcalde que, por otra parte, estaba siendo investigado por el CNI. Una casualidad más que conveniente para todos. River, en su primer encuentro con ella, no sabía que era la hija del alcalde; la chica había permanecido muchos años estudiando en un internado de Europa y apenas habían coincidido en el pueblo. Las cosas se complicaron; una vez más, no quiero aburrirte con datos innecesarios, Jaime de mi corazón, pero River anunció en las famosas navidades del 2011, pocos meses después de aquel encuentro, que se casaba con ella. Su relación ha sido una montaña rusa hasta el verano pasado, en que descarriló por completo. Un verano de lo más entretenido, si me permitís que os lo diga. La situación de River y Catalina reventó. Marcos estuvo raro todo el verano y solo Alex era capaz de verlo, pero el «poli barra GEO» no soltaba prenda; algo intuyeron el nene y Adrián ya hacia el final, aunque demasiado tarde. Dejó a su novia, Alicia, plantada en el altar. Priscila le dio la fuerza para ello. Bien hecho, Pris. Por cierto, mi mayor apoyo para ti también, Marcos: esa boda estaba destinada al fracaso. Hasta yo puedo ver que no estabas enamorado de esa chica. Y, para comprometerse a ese nivel con otra persona, hay que estar enamorado hasta las trancas. Como Alex y Priscila. Tú, Jaime, te liaste con Hugo y la jodiste de la manera más grande; si te sirve de consuelo, tampoco estabais destinados a enamoraros hasta las trancas, lo hubierais acabado de una manera u otra. Adrián se lio con quien no tenía que liarse y, en cuanto a vosotros dos —indica, señalando a Alex y Pris—, sé lo que pasó aquel último verano. Oh, vamos —nos dice, al cabo de unos segundos, al ver nuestra respuesta, o nuestra no respuesta: nos hemos quedado todos con la boca abierta. Todos —. Llevo meses con vosotros y no os habéis cortado un pelo a la hora de hablar de vuestras movidas personales. ¿Es que acaso no os dabais cuenta de que siempre, siempre, estaba yo delante?

Pues no la ha armado como yo pensaba. Pero, joder…, ahora mismo estoy sin palabras. Siempre me quedo con la última frase de los monólogos de Dy, para continuar la conversación desde ahí, pero en esta ocasión analizo cada frase. Algunas más que otras. Las que incluyen eso de «enamorarse hasta las trancas» hacen que me dé un vuelco el corazón.

—Joder —exclama Marcos—. Al parecer, no nos dábamos cuenta, no.

River se está cagando en todo, se lo noto, pero no lo dice en alto por no armarla.

—¿Has sacado toda esa información de nosotros? —pregunta Alex, creo que sintiéndose culpable por no haberse percatado de lo que hablaban en su presencia. Marcos y él son los que más tiempo han pasado con Dylan. Y Adrián. Joder, y River. Todos han pasado mucho tiempo con él. Todos somos culpables.

—Jamás olvido una frase. Las vuestras llevo meses ordenándolas en mi cabeza. Supongo que lo he hecho bien.

—Eres el puto amo —le dice Adrián con una sonrisa desenfadada justo antes de posar el codo en su hombro. No me ha pasado desapercibido lo poco que se ha cebado Dylan con Adrián en su monólogo a propósito de lo que pasó el verano pasado. Ha ido de puntillas por su parte de la historia, a pesar de que estoy seguro de que sabe mucho más. Adrián es su ojito derecho. Y viceversa.

—Chicos —Priscila interrumpe el debate que estaba a punto de abrirse entre nosotros—, Cata viene hacia aquí.

—Joder.

—¿Y si nos hacemos los despistados? —propone Adrián—. Quizá no nos vea.

—Bueno, bueno. —La vocecita envenenada de niña buena de Catalina me llega por la izquierda. No quiero mirar, pero está muy cerca—. Mirad a quiénes tenemos por allí.

—Creo que nos ha visto —le susurra Jaime a Adrián. Adrián lleva los ojos al cielo.

—Es por culpa de Priscila —susurra en voz aún más baja Marcos—, no hay quien disimule con esa tripa.

—¡Eh! —se queja mi hermana. Y con razón.

—Vaya, vaya. El clan Cabana al completo. Qué juntitos estáis todos. Y qué suerte la mía. —Catalina ha llegado a nuestra mesa. Se queda de pie a nuestro lado, con los brazos cruzados, mirándonos desde su posición altiva. Como siempre. Me revienta.

—Vaya, vaya —le digo yo, al ver que River no dice nada; River lleva varios minutos sin reaccionar, los mismos que han pasado desde que ella ha aparecido—, la hija del exalcalde del pueblo en persona. ¡Qué suerte la nuestra!

No me llevo bien con Catalina, y no es ningún secreto. El primer día que River la trajo a casa, no encajamos. Y lo más curioso de mi historia con ella es que, el día que su padre me buscó para que fuera a socorrer a la gata de su hija, me gustó. Cata, no la gata. Bueno, la gata también. Parecía asustada, simpática y graciosa, todo a la vez. Se me quedó una buena sensación en el cuerpo. Pero la flamante prometida de mi hermano que fue a comer a casa de mis padres no era más que una niña pija muy soberbia. Supongo que con el hecho de que yo fuera veterinario de su gata estaba conforme, no era más que un empleado para ella, pero con que fuera su cuñado, no. Con que todos fuéramos a convertirnos en su familia, no. No estábamos en su mismo estatus social. Aun así, meses después, hubo un momento en que creí que comenzábamos a encajar: ella me traía a su gata para que le cortara las uñas día sí y día también, y lo hacía por joder, pero… no nos llevábamos mal, al revés, ella volvió a gustarme. Empecé a… quererla, creo. Entonces, de pronto, todo cambió, y su rechazo hacia nosotros regresó con más fuerza que nunca. De nuevo, no pertenecíamos a su misma clase. Y nunca lo estaremos, viendo cómo nos observa en estos instantes. Por mucho que su padre ya no sea el alcalde y esté siendo investigado por un delito, Catalina es de las que piensan que las clases siempre serán las clases. Y ella siempre pertenecerá a una de las familias más aristocráticas de la zona y alrededores. Su linaje y el nuestro no son compatibles. Y no me gusta un pelo que haya regresado; va a desestabilizar a River. Como siempre ha hecho.

—Hugo, Hugo —me dice con su tonito impertinente de siempre—. ¿Sabes? Tú siempre has sido mi favorito.

Hasta los perros, tumbados a nuestros pies, captan la ironía. La chica me odia, no es ningún secreto. Dylan tiene la frente arrugada, pero sonríe. Solo él sabe por qué. River continúa mirando a su mujer sin emitir ni una sola palabra, ni un parpadeo. Joder, estos dos ya se han visto. Lo sé al instante. El resto parece a punto de entrar al ataque.

—Tu favorito después de River, supongo —indica Adrián.

Ella sonríe condescendiente.

—Y tú eres el segundo, Adri. A veces incluso has llegado a superar a tu hermanito del alma.

—¡Menudo honor!

—¿Qué quieres, Catalina? —le pregunta Marcos con seriedad. Y es difícil que Marcos esconda su sonrisa y su mirada socarrona, pero Catalina casi siempre lo consigue.

—Saludar —admite con una inocencia que no se cree ni ella—. He entrado a pedir un café para llevar y os he visto en la mesa del fondo. Y me he dicho: «Mira quién está ahí, Cata, tu familia política al completo. Sé educada y ve a saludar».

—Exfamilia —le aclaro.

Dylan me da una patada mal disimulada en el tobillo. Lo miro. Él me mira con la frente aún más fruncida que antes. «¿Y esa animosidad, *babe*?». Retiro la mirada. Después hablaremos él y yo con calma. Catalina saca lo peor de mí. Va en contra de mi familia, y eso es algo que me supera.

—¿Ves por qué te quiero tanto, Hugo? Y, para tu información, te diré que aún somos familia. River y yo no estamos divorciados. Puedes echarte a llorar en el hombro de cualquiera de tus hermanos, tranquilo, no voy a pensar que eres más vulnerable por ello. Siéntete libre, mi Cabana favorito.

Joder, esta chica es puro veneno. Lo fue desde el primer día y, después de seis años de nuestra vida compartidos con ella, continúa siéndolo.

—¿Puedes dejar a mi hermano tranquilo? —le pide Priscila—. No te ha hecho nada.

—Hugo sabe defenderse solo, Priscil… —Entonces, y solo entonces, al dirigirse a mi hermana, Catalina se percata de su barriga—. Vaya, ¡enhorabuena a los dos! Porque es tuyo, ¿no? —le pregunta a Alex.

—Ahí te has pasado. Ellos no te han hecho nada —la reprende River con gravedad, interrumpiendo lo que fuera que Alex estuviera a punto de decir.

—Eso lo dirás tú. Por cierto, hola, maridito. —River no contesta. Solo la mira—. Estás más callado de lo habitual. Más callado que ayer. ¿Te ha comido la lengua el gato?

¿Ayer? Lo sabía.

—Algo así —contesta Riv.

—En fin, me quedaría a desayunar con vosotros, pero tengo cosas que hacer. Tendrás noticias mías, River. Más pronto que tarde. Y, por cierto, tú eres nuevo —le dice a Dylan antes de irse. Posa su mirada en el brazo de Adrián, que continúa encima del hombro de Dy—. ¿Con cuál de todos ellos vienes? ¿Con Adrián?

Dylan niega con la cabeza y me señala con el dedo.

—Con tu favorito.

—Ah —exclama Catalina con sorpresa, mirándonos a los dos alternativamente—. En fin, me sentaría con vosotros, pero el deber me llama. ¡Chao!

Por fin, se da media vuelta y se marcha. Respiro de nuevo. Creo que todos lo hacemos, aunque no por mucho tiempo. Catalina vuelve antes de que nos dé tiempo a reaccionar.

—¿Eres Dylan Carbonell? —le pregunta a Dy—. ¿Ese Dylan Carbonell? ¿El cantante de *rock*?

—Sí —admite él con naturalidad.

—Vaya, vaya, Hugo. Y parecías tonto. Bien hecho, cuñadito. Nunca pensé que fueras precisamente tú el que diera el mayor braguetazo de la familia Cabana. Te veía más con un activista defensor de los animales. Pero aquí estás, con un cantante de *rock* de primera fila. Con EL CANTANTE de *rock* de primera fila.

—Y yo que pensaba que era por mi cara bonita —apunta Dylan simpático.

—No es eso, te lo aseguro. A mí de eso me sobra.

—No tanto, ¿eh? —señala Adrián.

—A ti te sobra de todo —masculla Alex.

—Encantada, por cierto —continúa Catalina, ignorando a Alex y Adrián—. Y bienvenido a la familia, supongo. Suerte con ellos, aunque parece que has entrado con buen pie. Venir de la mano de Hugo es lo que tiene.

Vuelve a dar media vuelta y a marcharse. Estoy flipando. La toxicidad de esta chica es como el buen vivo. Mejora con el paso del tiempo.

—Pues a mí me ha caído bien —nos dice Dylan a todos.

—Dylan —respondo con seriedad—, no te tomes esto a broma.

—Oye, la chica tiene razón. Has pegado un braguetazo, *babe*. Soy un buen partido. ¿Vas a negarlo?

—¿Acaba de atacar a lo grande a tu novio y eso es todo lo que tienes que decir? —lo increpa Jaime.

—Mi *novio* —responde él, recalcando las dos palabras— se ha defendido a la perfección. Y, si no, ya tenía a seis de vosotros para hacerlo. Tú, el primero. Tú siempre el primero.

—Creo que no has visto lo mismo que nosotros, Dy —le dice Adrián.

—Mi *novio* la ha atacado en primer lugar haciendo alusión a la precaria posición social y laboral de su padre. Ella solo venía a saludar.

—No es verdad —le rebate Jaime.

—Catalina nunca vendría solo a saludar —lo apoya Marcos.

—Sí lo es. Y yo solo he visto y oído a una chica muy dolida con la familia de su todavía marido. ¿Qué has visto tú? —le pregunta a Adrián.

—¿Catalina, dolida? —responde mi hermano—. No estabas mirando bien.

—Mmm…, es posible. La verdad es que me falta su versión.

Marcos va a decir algo, pero ella vuelve. ¡Joder! ¡Catalina vuelve!

—¿Sabes? —le dice a River—. Iba a largarme, a continuar con mi traslado al pueblo, pero tengo una cosa aquí, en la boca del estómago —se lo señala—, que si no la dejo salir ya, me la trago del todo y me enveneno. Y no me apetece envenenarme. Ahórrate el comentario al respecto, Hugo. —Joder, yo ya tenía la boca abierta—. Y tú, la coletilla, Adrián. No tienes ni idea de hasta qué punto has metido la pata, River Cabana.

—¿Qué? —pregunta mi hermano confuso.

Vale, esto es nuevo. ¿River ha metido la pata? Marcos y él intercambian una mirada, no se me escapa.

—Y hablando de versiones —nos dice a todos Dylan—, ahí tenéis la suya. Que me parece a mí que no es la misma que la vuestra.

—Oye —objeta Adrián—, ¿tú de qué parte estás?

—De la vuestra, rubio —dice, mirando a Jaime—, siempre de la vuestra. Pero me parece que con este asunto habéis patinado más de la cuenta.

Capítulo 35

París

Estoy en París. Hace unas horas me encontraba en mi pueblo, comiendo en casa de mis padres con Dylan y mis hermanos, y ahora estoy en París, en un taxi, Dylan y yo recién llegados del aeropuerto y de camino a no sé dónde. Es mi primera vez en París. Aún no me lo creo.

Dylan se levantó en mitad del café a hablar por teléfono; yo pensé que lo llamaba su mánager de nuevo, y cuando regresó:

—*Babe*, nos vamos a París —me dijo.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Ahora mismo. Me ha llamado un colega que necesita un favor. Es muy colega. Muy buena gente. Y tiene que ser ya. Y tiene que ser en París. Y no me apetece irme sin ti, así que he pensado que podemos irnos de fin de semana romántico.

—Pero hoy es martes —informó Marcos.

—Mira que eres puntilloso. Entonces —me preguntó, mirándome a mí—, ¿te apetece un… martes romántico en París con tu novio, el tío más guapo y molón del mundo?

Cancelé todas mis citas de la tarde y aquí estamos. Con lo puesto. Con la misma ropa que llevábamos en el pueblo. Vaqueros y camiseta de manga corta, y, joder, en París no hace la misma temperatura que en casa. No la hace ni de coña. Yo parezco un turista flipado, o un pueblerino impresionado, como me describió Dylan aquella vez, pero no me importa. No puedo apartar la vista de la ventanilla; solo me falta apoyar las manos en ella y abrir la boca para que caiga la baba. Me niego a dejar de observarlo todo. Es una maravilla, y eso que ya es de noche. Las once de la noche pasadas, para ser más exactos. Dylan me ha dicho que tenemos margen hasta las doce y que quería llevarme antes a ver algo. No tengo ni idea de a dónde vamos a ir luego, solo me ha contado que es una sorpresa para alguien en el restaurante de otro alguien, y que él es parte de la sorpresa. Y que es todo muy romántico. A Dylan le pirra lo romántico. A mí me pirra todo lo que tenga que ver con él.

Avanzamos por los Campos Elíseos y flipo cuando lo veo: el Arco del Triunfo. Joder. Es increíble. Yo no entiendo una mierda de arquitectura, pero la de este es impresionante. Llevo toda la vida contemplándolo en libros y películas, y ahora lo tengo frente a mis ojos. Guau. El taxi se detiene al final de la calle, justo antes de llegar, y nos bajamos. Joder, qué rasca. Me froto los brazos y estoy por meterme de nuevo en el coche y pedirle la chaqueta al taxista, pero Dylan me coge de la mano y me arrastra hasta el paso subterráneo donde se encuentra la taquilla, cerrada a cal y canto.

—¿A dónde vamos?

—Arriba —responde, señalando el monumento—. No nos da tiempo a ver mucho más por

ahora, y he pensado que una vista panorámica estaría bien.

Me fijo en el cartel de la taquilla: el horario, durante los meses de abril a septiembre, finaliza a las once de la noche, hace quince minutos, y el último acceso es cuarenta y cinco minutos antes del cierre. Vamos, que solo hemos llegado una hora tarde.

—Está cerrado.

—No para nosotros.

—¿Qué?

De pronto, aparece un chico desde dentro, abre la puerta, cruza unas veinte frases con Dylan (¿creo que incluso tararean algo?) y nos deja pasar. Yo estoy atónito. Por estar donde estoy y porque Dylan ha hablado en francés y a mí se me ha removido todo por dentro. Todo. ¿Qué puto acento es ese? ¿Y qué tiene Dylan en esa boca suya que todo lo que sale de ella me vuelve loco?

—¿Esto es en serio? —le pregunto mientras nos internamos en el monumento—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Ese era mi colega. —Me guiña un ojo.

—¿Tu colega el que te ha pedido el favor?

—Sí. Es un músico de la hostia y estaba bloqueado en un compás; necesitaba consejo.

—¿Y no podías haberlo ayudado por teléfono?

—Sí, claro, pero venir aquí mola mucho más.

Niego con la cabeza, pero sonrío. Todo esto es tan Dylan.

—Oye, ¿y ese francés? No me habías dicho que lo dominabas.

—Ya sabes que la chupo de puta madre.

Joder, pero qué bruto es.

—No me refiero a ese francés, idiota.

—Anda, vamos —me dice con una carcajada.

Vuelve a cogerme de la mano mientras se descojona de la risa y me guía hasta las escaleras. Bueno, escaleras… Escalones estrechos en forma de caracol, mejor dicho. Y son trescientos, pero los subimos casi corriendo. A mí me puede la expectación por llegar a lo alto, y Dylan me acompaña como un niño con un juguete nuevo. Y, joder, cuando llegamos arriba… Eso. Joder.

—Guau —dejo salir por mi boca. Me suelto de la mano de Dylan y me acerco a los barrotes de metal que conforman la especie de barandilla, y que llegan más o menos hasta mi cabeza. Me agarro a dos de ellos, encajo los ojos entre ambos y observo la ciudad a mis pies. La vista es impresionante y, al ser de noche, creo que lo es todavía más, con las luces de los edificios y las farolas que los iluminan, y los destellos rojos y blancos de los coches que circulan por la calzada.

—Son las doce avenidas que parten desde el arco —me susurra Dylan al oído, agarrándome con fuerza por la cintura desde atrás y apoyando la barbilla en mi hombro—. Aquella es la zona financiera de la ciudad —dirige mi cabeza hacia el lugar con una de sus manos—, el Arco de *La Défense*, *alter ego* del Arco del Triunfo; la Torre Eiffel; la Basílica del Sagrado Corazón.

—Joder.

—¿Te gusta?

—Me flipa. —Y sentirlo a él detrás de mí, abrazándome y calentándome la piel, muchísimo más.

—*So why don't we go. Somewhere only we know. Somewhere only we know. Somewhere only we know?*

La voz ronca y perfecta de Dylan cantando en mi oído me estremece, me pone la piel de gallina. Él sonríe; noto el aliento que sale de su boca en mi mejilla. Y esa canción. Esa letra: «Así que ¿por qué no vamos a un lugar que solo nosotros conozcamos?». Esa letra que siempre

me canta cuando estamos solos en algún lugar. En el que sea. Porque me doy cuenta de que lo especial no es el lugar, somos él y yo. Él y yo juntos somos nuestro lugar especial. Un lugar que solo nosotros conocemos.

Dylan comienza a sembrar besos lentos por todo mi cuello, impregnándome de su saliva, y cuela sus manos por debajo de mi camiseta, acariciándome de abajo arriba. Afianzo el agarre de mis manos a los barrotes, cierro los ojos y lo dejo hacer mientras me empapo de todas las sensaciones que me provocan tanto su lengua y sus labios como las yemas de sus dedos: el primer cosquilleo, el tirón, el posterior calor, el fuego repentino, la excitación, la embriaguez. Mi respiración se vuelve irregular y mi boca empieza a emitir suaves jadeos mucho antes de que Dylan introduzca una de sus manos por dentro de mi pantalón, sin desabrochármelo, y llegue hasta mi más que abultada erección. Abro los ojos ante el primer golpetazo del corazón: tengo la ciudad de París iluminada enfrente de mí y a Dylan masturbándome, acariciándome y besándome desde atrás.

Y los barrotes me queman, y las ganas de él, todavía más.

Por eso me doy la vuelta con rapidez, sorprendiéndolo. Pongo mis manos en sus mejillas y lo beso con fuerza en la boca mientras le doy la vuelta y lo empotro contra los barrotes. Él suelta un jadeo que devoro y que reverbera en todo mi cuerpo. Le meto la lengua, que colisiona al instante con la suya, la cual salía en mi busca, y lo toco, desesperado, por todas partes. Mis manos no saben en qué zona de su cuerpo quedarse. Dibujo su silueta, una silueta que me sé de memoria y que nunca me cansaré de tocar y admirar, y abandono su boca para gemirle en el oído, para frotar mi entrepierna con la suya, igual de abultada, para que sepa lo que es capaz de provocarme con unas pocas caricias. Para volar juntos hasta el séptimo cielo.

Lo giro y lo dejo en la misma posición en que me encontraba yo antes. Ahora es él quien mira hacia París y soy yo el que lo toma desde atrás. Le desabrocho el cinturón y los botones y la cremallera de los vaqueros, y cuelo mi mano por dentro. Está muy caliente; siento las gotas del líquido preseminal en mis dedos. Me vuelvo loco. Mientras no dejo de masturbarlo con una de mis manos, con la otra bajo sus pantalones más allá del culo y, después, mi cremallera a toda hostia. Saco la polla sin soltarme ni el botón del vaquero y ambos gemimos, descontrolados, en cuanto la restriego por todo su trasero. Joder. Podría correrme de esta manera, ahora mismo. Agarro con fuerza su cadera mientras me masturbo con la hendidura de su culo a una velocidad de vértigo.

—Hazlo —gime de manera entrecortada—. Hazlo ya. Fóllame.

Reduzco la velocidad, pero no me detengo del todo. Y casi me corro pensando en cómo comencé hace tiempo a prepararlo, introduciéndole uno de mis dedos primero, luego dos. Y tres. Y la punta de mi polla, el otro día. Lo dejamos ahí porque estábamos en la clínica y llamaron a la puerta. Y ahora estamos aquí. Y nunca he tenido tantas ganas de hacer algo. Pero no es así como lo deseo.

—No. Así no —le digo, dándole la vuelta de nuevo y mirándolo a esos ojazos que brillan como nunca, de pura excitación—. Te quiero de frente.

—Mete la mano en el bolsillo de mi pantalón —jadea. Lo hago y encuentro un sobre de lubricante. Dylan sonríe a duras penas entre los gemidos y la inestabilidad de su respiración—. Llámame pretencioso, pero sospechaba que podíamos llegar a enrollarnos a lo grande aquí arriba. He venido preparado.

De puta madre. No. Espera.

—Dylan, las cámaras de vigilancia.

—Apagadas.

—¿En serio?

Sonríe.

—Ajá… Pero tenemos solo media hora.

Me basta y me sobra. Lo beso de nuevo y nos mordemos la boca el uno al otro. Abro el sobre y dejo que sea él quien me impregne con su contenido. Dylan se deja caer contra los barrotes y de ahí se desliza hasta el suelo; yo lo hago con él. Se desprende del pantalón y el bóxer y se sienta, con las piernas bien abiertas y estiradas sobre el suelo, y yo me quedo sentado sobre sus caderas. Acerco mi erección a su cuerpo y entro poco a poco. Dylan grita; es una mezcla entre dolor y excitación máxima, y me insta para que continúe. Me introduzco del todo con un último empellón y nuestros rostros quedan frente a frente. Comienzo a moverme, despacio, sin apartar mis ojos de los suyos, abiertos del todo. Sin dejar de empaparme de la expresión de su rostro. La boca abierta. Los gemidos que salen de ella. Gemidos que a mí me calientan más que nunca. Mi cara sube y baja por la suya al compás de mis acometidas. Aumento el ritmo; lo embisto con más fuerza y rapidez después de que me grite: «Joder, más rápido» cuando llego a ese punto en su próstata.

Abandono su rostro unos instantes y me enfoco en mi polla, entrando y saliendo de su interior. Mis pantalones aún continúan abrochados y totalmente subidos. Regreso a su cara. Y me importa una mierda que detrás de Dylan esté París. Porque solo lo veo a él. Y no quiero perderme nada. Estoy a punto de correrme. Se lo digo. Me dice que lo haga ya, que no aguanta más. Bombeo su erección a toda caña y me dejo ir en su interior en cuanto siento su eyaculación en mi mano y su grito en mi boca.

—Joder —jadea, en un estado de absoluta placidez y abandono, una vez que salgo de él y me dejo caer contra su pecho, mi cabeza en su cuello.

Eso digo yo. Joder. Dylan me abraza y me besa en el pelo, húmedo por el sudor. Se desliza por los barrotes, a la vez que se sube un poco los pantalones, y a mí con él. Se sienta, con las piernas estiradas sobre el suelo, y yo me quedo sentado sobre sus caderas. Él traza suaves círculos en mi espalda y yo le acaricio las sienes, húmedas también. Podría quedarme así horas. Follármelo otra vez, así, como está, y permanecer de nuevo sentados, solo mirándonos con cara de idiotas, como hacemos ahora.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—De puta madre.

Sonrío. La cara de satisfecho recién follado la tiene, desde luego.

—He estado pensando en algo —dice de pronto en voz baja—. Llevo unos días dándole vueltas y necesito contártelo. Necesito compartirlo contigo porque quiero que lo sepas todo de mí.

—¿El qué?

—¿Te acuerdas de lo que nos dijo tu cuñada?

—¿Cata? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Sí.

—¿En serio vamos a hablar ahora de Cata?

No quiero hablar más de mi cuñada. Bastante tuvimos en el *pub*, primero, y después en casa el día que nos encontramos con ella. Casi discutimos Dylan y yo por culpa suya. Dylan dice que Catalina suena bien. No sé qué de un La sostenido o algo así. Y que con eso a él le basta. Yo le dije que de su boca solo salen mentiras y enredos, como lo que le dijo a River, y que no se deje engañar. Pero él solo hablaba del La sostenido por aquí y por allá. No nos pusimos de acuerdo.

—Calla, idiota. —Me besa en los labios—. Y déjame hablar. ¿Recuerdas que dijo que yo era

un cantante de primera fila?

—Sí.

—Pues me flipó, porque siempre he pensado que era todo lo contrario. Y lo he seguido pensando en cada puto concierto desde que me convertí en Dylan Carbonell y me subí por primera vez a un escenario.

—¿A qué te refieres? —Dejo de acariciarlo y me concentro en su mirada, que de pronto se ha oscurecido. Entristecido.

—Siempre he creído que no tenía ningún control sobre mi propia vida, desde muy pequeño, al menos hasta que tomé las riendas. Era como si otros la vivieran por mí, *babe*. Como si yo fuera un espectador. Y no un espectador cualquiera. Uno de la última fila. Yo era el chico de la última fila.

—Dy…

—¿Quieres saber lo que pensaba cuando salía al escenario en los conciertos?

Asiento y le doy un beso en la boca antes de que comience a hablar de nuevo. Para que sepa que estoy aquí con él. Y que todo eso ha quedado atrás.

—Pensaba en quién sería de verdad el chico de la última fila. Lo veía como un análogo. Y yo ya no lo era, yo me encontraba ahí arriba, en primerísima fila tanto física como emocionalmente, pero no podía evitar mirar hacia el fondo y pensar en quién habría entrado en último lugar y en quién sería él. O ella. Joder, es una chorrada, pero se convirtió en una rutina. O una obsesión, no sé. Incluso lo hice en mi último concierto.

Entonces recuerdo que su último concierto fue aquel al que asistí yo con mis amigos. Y que Marta y Eli se liaron más de la cuenta en prepararse. Y que nos dejamos las entradas en el apartamento por salir con tantas prisas. Y que tuvimos que volver a por ellas. Luego el metro estaba a reventar y no pudimos ni entrar. Hasta el cuarto tren. Y llegamos tarde al recinto. Muy tarde. Tanto que yo fui el último en entrar.

—Era yo.

—¿Qué? —me pregunta confundido.

—Mis amigos y yo llegamos tarde al concierto —le explico—. Fuimos los últimos en entrar. Yo iba a la cola. Yo era el chico de la última fila.

Dylan deja de acariciarme. Nuestros ojos, enganchados.

—No puede ser. Imposible.

—Lo es —confirmo con una sonrisa—. Puedo asegurártelo.

Dylan no es de los que se quedan sin palabras, pero yo consigo dejarlo así una vez a la semana, más o menos. Pero nunca como en esta ocasión. Nunca con esa expresión en su cara, de asombro desmedido y… vulnerabilidad.

—Ey —le digo, besándolo en los labios. Los tiene fríos—, ¿estás bien?

—No. ¿Qué coño significa eso? ¿Qué significa que tú fueras ese chico? Necesito que me lo digas. Porque jamás me he quedado tan en blanco.

—Puede ser una simple casualidad, *babe*. O no. Quizás significa que tú y yo… somos. Somos…

—Somos más de lo que nadie ha sido en la vida —me interrumpe.

—Sí. —Y por fin encuentro el valor y el momento para hablarle de lo que me atormenta desde hace semanas. Y sé que voy a acabar con la atmósfera tan especial que nos envuelve, pero…—. Y, a partir de ahora, ¿vas a seguir pensando en ese chico de la última fila en tu próximo concierto?

Dylan se recupera. Vuelve a París y al Arco del Triunfo. Entrecierra los ojos y me escruta

con la mirada.

—No lo sé.

Es un «no lo sé» que realmente significa: «¿A dónde quieres llegar?». Se lo veo en las pupilas.

—¿Cuándo va a ser ese concierto?

—No lo sé.

Y ahora es un «no lo sé» que realmente significa: «Vale. Ahí querías llegar». «Sí», le responden mis ojos.

—Tendrás que irte —le dice mi boca—. Tendrás que volver a Madrid. A tu vida de cantante famoso. Y pronto. Tu mánager no hace más que llamarte.

—Lo sé.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

Dylan cierra los ojos y emite un largo suspiro muy poco silencioso.

—Aún no lo sé —me dice, juntando nuestras frentes—, pero encontraremos la manera. No pienso separarme de ti.

Creo que digo algo así como: «Vale» mientras asiento con la cabeza. Nos quedamos abrazados unos minutos más hasta que Dylan me recuerda que debemos irnos.

—Las cámaras están a punto de encenderse.

Y yo estoy a punto de levantarme, pero no me he quedado a gusto con la forma en que hemos finalizado la conversación. La más importante de nuestras vidas en estos momentos. Necesito que sepa algo.

—Dy.

—¿Qué?

—Yo tampoco voy a separarme de ti. Tenlo por seguro, ¿de acuerdo?

Se acerca serio a mi boca y me besa.

—De acuerdo —susurra contra mis labios.

DYLAN

Me siento como el supervillano de una de mis películas de *Spiderman* favoritas, como Electro, no por la parte de supervillano hacedor del mal a tope, sino por la de Aelectrocutarse y caer en una pecera con anguilas eléctricas y sentir la electricidad pilotando su vida por las venas. Menudo puto chute llevo. Estoy recostado, muy cómodo, sobre el pecho del nene; una de sus manos me acaricia el abdomen con suavidad por debajo de la camiseta y la otra, el cabello. Sus respiraciones profundas son un Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si perfecto, y yo ronroneo en un intento de acorde cutre. Me da igual. Podría morir ahora mismo y moriría con la sonrisa más amplia del mundo. «Yo era el chico de la última fila». «Yo tampoco voy a separarme de ti», me ha dicho, y a mí me lo ha subido todo. Hasta me entran ganas de componer canciones de amor, joder. Eh, Dy, llevas meses componiendo canciones de amor. Bah, cállate. Como que ahora entiendo que casi la totalidad de la población mundial hable del amor romántico, ya sea a través de la música, las letras o la pintura.

He intentado hablarle de una de mis letras, pero él ha comenzado a acariciarme y yo me he perdido. Me he quedado mirando el techo del taxi como un gilipollas, he sonreído como si estuviera hasta las cejas de éxtasis y así sigo.

—¿Estás bien? —me dice.

—De puta madre.

Ahora que lo pienso, no he oído el tic, tic del reloj de Hugo. ¿Todavía no son las doce de la noche?

—¿Qué hora es? —le pregunto, por curiosidad.

Siento el movimiento que hace con su brazo para mirar la hora, lo siento porque deja de acariciarme el abdomen.

—Las doce y media.

—¿Quieres quedarte a dormir en París conmigo?

—Me encantaría.

Le doy al taxista una nueva dirección y el nene me mira con expresión de asombro y de querer follarme de nuevo. Sonrío con socarronería al darme cuenta del motivo: el francés. El idioma, quiero decir, el idioma en el que acabo de hablar con el taxista. Joder, cómo le mola. Si llego a saberlo… Me doy cuenta entonces de que tengo un hambre que podría comerme un restaurante entero.

—Anda, vamos a cenar primero.

París. París. París.

París tiene un nuevo significado para mí.

París suena como nunca.

París. París.

París.

Capítulo 36

Unos meses antes

Dylan Carbonell estaba a punto de aparecer por el escenario. Se preparaba bajo las escaleras que le daban acceso, desde donde podía escuchar la cacofonía de voces de los miles de personas que lo esperaban. Todo su grupo se encontraba ya allí. Solo faltaba él. Él siempre era el último. Con una fuerte inhalación, salvó los escalones que restaban y salió. Los sonidos de ovación se apagaron para él y oteó el fondo del recinto, los diferentes accesos, buscando al chico de la última fila: se había convertido en una costumbre imposible de olvidar. Percibió movimiento en una de las calles; allí estaban, los rezagados. Retiró la mirada y se acercó al micrófono. Empezaba el espectáculo.

En el fondo de ese recinto, se encontraba el chico de la última fila, es decir, Hugo Cabana entraba con sus amigos a toda prisa a aquel concierto al que lo habían obligado a asistir. No era de su estilo, pero, ya que estaba allí, intentaría disfrutar. El tal Dylan ya se estaba encima del escenario y su voz lo inundó todo de pronto. Ellos fueron los últimos en llegar. Él… fue el último en llegar.

Capítulo 37

El Monopoly

Hoy es domingo y hemos venido a comer a casa de mis padres, y eso supone aparecer a las doce del mediodía, para el aperitivo, y desaparecer casi a la hora de cenar.

—En fin —digo en voz alta, dando por concluida la sobremesa de más de tres horas que nos hemos metido entre pecho y espalda—, nosotros nos vamos ya.

Me apetece un poco de tranquilidad en mi casa. Con Dy. Llevamos aquí todo el día.

—A Dylan no se lo ve con ganas de marcharse —me dice River señalándolo con la cabeza. Está hablando muy entretenido con mi madre al otro lado de la mesa.

—A Dylan ya lo convenzo yo.

—Eso quiero verlo —añade Marc con parsimonia. También con jocosidad, cómo no.

—Y yo. —Adrián.

—Venga, pues yo también —se suma Jaime.

Aguántalos.

—A mí me parece que no os vais a ninguna parte, hijo —me dice entonces mi padre.

—¿Por qué?

—Viene una tormenta. Y de las fuertes.

—¿Qué?

Me levanto a todo correr de la mesa y me acerco al ventanal del salón. Miro hacia el cielo y compruebo que, en efecto, viene una tormentón de película. Contemplo la moto de Dy aparcada delante del jardín. Si nos damos prisa, puede que lleguemos a casa a tiempo.

—Ni lo pienses —me dice mi padre antes de que pueda a abrir la boca—. No voy a permitir que os vayáis en moto cuando está a punto de caer una lluvia torrencial. Os esperáis a que pase.

Joder.

—¡Mamá! —grita Marc—. ¿Me dejas sacar el Monopoly?

—¡No! —responde mi madre al instante.

Me acerco de nuevo a la mesa, al extremo donde se encuentran Dylan y ella, coloco las manos encima de los hombros de Dylan y le doy un ligero masaje. O lo toqueteo sin más. Casi lo escucho ronronear. Casi ronroneo yo en respuesta.

—Mamá, por favor —insiste mi hermano—, vamos a portarnos bien. Te lo prometemos. ¿A que sí, tíos?

Yo no me pronuncio. No me gusta mentirle a mi madre.

—Sí, por favor —añade Pris—, prometemos portarnos bien. Hace muchísimo tiempo que no jugamos y me apetece un montón. Y más si vamos a quedarnos aquí encerrados.

—¿Por qué no pueden jugar los Cabana al Monopoly? —le pregunta Dy a mi madre.

—Exceso de competitividad que atenta contra la unidad familiar. Les prohibí jugar en 1999,

en 2006 y en 2016. Y aquella vez me juré que sería la última.

Dylan va a abrir la boca de nuevo, pero Alex lo frena.

—Yo que tú no lo haría —le advierte. Y bien advertido, nos conoce demasiado, pero Dylan hace oídos sordos y pasa de él. Dylan pasa de todos cuando le conviene.

—Pero ya han madurado. La gran mayoría, al menos. Cuando quieras los analizamos uno a uno, tengo cuerda para rato. Déjalos, mujer. Yo me responsabilizo.

—No sabes lo que dices.

—Por favor. —Dylan le pone ojitos a mi madre. Y nadie puede resistirse a los ojitos de Dylan. Y mi madre menos. Está casi a mi nivel de atontamiento.

—Muy bien, pero luego no quiero lloros. De nadie —nos advierte a todos.

¿En serio nos va a dejar jugar? No me da tiempo ni a responderme a mí mismo. Al segundo, Marcos ya ha subido al desván a por el juego, Adrián y Priscila están despejando la mesa y llevando los platos sucios del postre (flan) a la cocina, River recoge los vasos y yo limpio las migas de pan para dejar el mantel despejado. Alex nos mira sin dejar de negar con la cabeza y Dylan y Jaime nos contemplan divertidos. Los perros se alborotan al ver tanto movimiento repentino y corren hacia la puerta, pensando que nos vamos ya, pero Dylan los trae de vuelta y los tranquiliza.

Cuando lo tenemos todo listo, nos sentamos por parejas. Sin pensarlo. Mi madre con mi padre. Yo con Adrián. Alex con Marcos, pero, en cuanto se sientan y ven que Cata no está, Marcos se levanta (con una mirada de aceptación de Alex) y se sienta con River. Pobre Riv. Lo único que le faltaba ya es no tener ninguna posibilidad de ganar al Monopoly.

—Vamos, Reina del Desierto. Tú conmigo.

Es entonces cuando Priscila coloca los brazos en jarras y mira a su marido con mala cara. Y yo ya sé que se va a liar.

—¿Soy tu segunda opción? He visto que te sentabas primero con Marcos.

—No me gusta perder al Monopoly contra tus hermanos, pero, vamos —da suaves golpes en la silla que está junto a la suya—, hacemos equipo y a por ellos.

Hasta yo he detectado el tonito de condescendencia. Mal, Alex, mal. Pareces nuevo. Niego con la cabeza y me aguanto la risa. Saco de la caja las tarjetas de «Suerte» y de «Cofre de la comunidad» y las coloco en dos montones encima del tablero. En serio, me contengo mucho la risa.

—¿Alguien puede explicarme eso?

¿El qué? Levanto la cabeza. Dylan, de pie, frente a nosotros, nos señala a Adri y a mí con el dedo.

—Adri y Hugo siempre van juntos —le explica Priscila.

—IBAN juntos.

—No, no —se me adelanta Adri—, VAMOS juntos.

—*Babe* —le digo para camelármelo, le encanta que lo llame de esa manera—, es solo un juego. Ponte con Jaime. Seguro que lo hacéis genial.

Vale, ahora el del tonito condescendiente he sido yo. Bueno, a lo mejor Dy no se da cuenta…

—¿¿Perdona??

Pues sí que se ha dado cuenta, sí.

—¿Sabes qué? —dice entonces mi hermana—. Dylan, tú conmigo. —Lo coge del brazo y se sientan frente a nosotros. Dylan muy indignado. Yo elevo los ojos al techo. No pienso ponerme con él y perder por muy novio mío que sea. Que esto es el Monopoly, joder. Tonterías las justas.

—Ey, ey, ey —se queja Alex—, eso me deja a mí con Jaime.

—Un placer, St. Claire.

Jaime se sienta junto a Alex tan feliz y Alex nos mira a todos con cara de: «¿En qué momento ha pasado esto?». Mis hermanos y yo encogemos los hombros. Cosas del directo. Adri y yo cruzamos una mirada: dos menos. O mejor, cuatro menos. Solo tenemos a Marc y Riv de rivales fuertes, porque mis padres tampoco cuentan. Lo saben ellos y lo sabemos nosotros. *Bah*, pan comido. Elegimos las fichas y comienza el juego. Dylan me mira con muy mala cara.

—Te dejo empezar. Venga, tira —le digo para apaciguarle.

—¿Me dejas empezar?

—Sí, por ser quién eres, pero que no sirva de precedente.

—¿Por ser tu novio?

—Justo. —Le guiño un ojo. Dylan tuerce el morro. Y qué guapo está, pero, venga, Hugo, al juego.

—Te veo un poco crecidito, *babe*. Que aquí todos sabemos que eres el rey del patinete, pero no el rey del Monopoly. Que ese quizá sea yo y te vaya a hacer morder el polvo.

Le levanto una ceja.

—No empieces una guerra que nos vas a poder terminar, Dy —le digo—. No has jugado al Monopoly en tu vida. Y yo llevo toda la mía compitiendo con estos cuatro hermanos que mis padres me han dado.

—Ya veremos, a lo mejor soy una máquina.

—Demuéstralo y en la próxima vas en mi equipo.

—Quizá entonces el que no te elija sea yo.

Me río. Me encanta cuando se enfurruña. Está para comérselo. Luego.

—Venga, tira, anda.

—Voy, pero antes decidme algo, ¿de qué va este juego?

Si es que lo sabía.

Más de cuatro horas, unas pizzas para cenar y tres discusiones después (una de ellas muy gorda; mi madre casi nos quita el juego, pero hemos librado), mis padres están en bancarrota; Alex, desesperado (también ayuda de extranjis a su mujer siempre que puede); Jaime se lo está pasando de madre, aunque vaya perdiendo; Riv y Marcos han empezado a sudar porque Adri y yo vamos a la cabeza, muy a la cabeza, y Priscila y Dylan luchan como titanes por no caer también en la bancarrota, pero… les quedan dos telediarios. O uno. Y yo tengo la jugada perfecta. Si no fuera porque Alex ha vuelto a beneficiar a su mujer…

—Alex, deja de tratar a Pris como si fuera un caballito blanco, me estoy empezando a mosquear —le advierte Adrián.

—Los eliminamos y ya. A por la guitarra —le digo yo a Adri señalando la guitarra de metal en miniatura sobre el tablero. Basta ya de concesiones, hombre.

—Ese soy yo —se queja Dylan.

—Lo sé.

Dylan se gira hacia mi madre. Muy indignado.

—¿Por qué no me has avisado de que tu hijo el mediano era el peor de todos?

—Sinceramente, no lo creí necesario. Vives con él.

Dylan masculla. Masculla mucho. Yo le lanzo un beso. Y lo animo para que tire el dado ya de una vez:

—Tira, *babe*. Pero no saques ni un tres ni un cuatro ni un cinco porque tengo la zona más construida que Benidorm y te voy a arruinar a base de impuestos.

—*Buah*, cómo me estás cabreando, Hugo.

—Uy, te ha llamado Hugo —me dice Adri—, como en la discusión de los perros.

—Me pone un montón —afirmo yo con una sonrisa.

—Me estás tocando mucho las pelotas.

—Hugo es muy tocapelotas —dice Marcos—. De siempre. A ver, no literalmente, que también.

—Pues las mías no las va a tocar más.

—¿Seguimos hablando figuradamente? —pregunta Jaime en voz alta, a todos a la vez.

—No —responde Dylan.

—Vamos, *babe* —lo animo. «Tira ya el dado» era lo siguiente. Menos mal que me lo he callado, porque se ha puesto de peor humor. Pero, a ver, tiene que tirar ya.

—Ni *babe* ni pollas.

—Eso es muy de Hugo —afirma Riv.

—¿Tocar las pelotas?

—No, lo de «ni *babe* ni pollas».

—Todo se pega —afirma Adri.

—¡A por ellos! —le dice Pris a Dy.

—¡A fuego!

—Eso también es muy nuestro.

—Venga, tira.

Dylan coge el dado de mala gana, tira y… ¡Cinco! Directo a la bancarrota.

—No lo hagas —me suplica.

—Y una mierda que no —le responde Adri. Y mira que Adrián adora a Dylan, pero es que esto es el Monopoly. Por eso lo hacemos. Los llevamos a la bancarrota sin despeinarnos. ¡Dos menos!

—¡Jolín! —grita Priscila—. Teníamos que haber practicado más —le dice a Jaime.

—No, Pris —le responde Adri—, tienes que dejar de ir siempre a por las mismas calles, nos sabemos tu juego.

—No voy siempre a por las mismas calles.

—Claro que sí —afirmamos los cuatro hermanos a la vez.

—Vale, pues yo ya he acabado por hoy. Me voy a la cama.

—Estoy superorgulloso de ti, Pris —le dice Adri—. Esa manera tan madura de asumir que has perdido es de aplauso.

River, Marcos y yo nos desternillamos de risa. Pris le saca el dedo corazón. Adri le lanza un beso.

Es casi medianoche y, dado que nos hemos liado con el Monopoly, nos quedamos a dormir todos aquí. La tormenta no sabemos ni cómo va. ¿Habrá pasado? ¿No habrá pasado? Nos hemos abstraído con el juego. Suele pasarnos.

—Yo también me voy —señala Alex.

—¡Ey! ¿Y el juego? —se queja River.

—Me rindo.

—¿¿¿Estás loco???

—Madurad ya de una vez, joder.

—¡Blasfemia!

—Nosotros también nos vamos —añade mi madre—, no os quedéis hasta muy tarde. Buenas noches.

—Yo también me voy a la cama —dice Dylan. Entonces me mira a mí—. Espero por tu bien

que el sofá de tus padres sea cómodo, porque es donde vas a dormir.

—No voy a dormir en el sofá. Voy a dormir en mi cama.

—Por encima de mi cadáver.

—Encima. Debajo. Donde tú prefieras. Te dejo elegir, *babe*.

—Te veo de muy buen humor, Huguito. Ya se te pasará, cuando te des cuenta de que hoy no vas a follar. Buenas noches, Cabanas.

—El «Cabanas» ha ido con retintín, Hug —me dice Marcos.

—Lo he oído.

—Y tú hoy no follas.

—También lo he oído.

—Es que te has pasado, Hug. Has ido a por él. No controlas.

—¡Vete a la mierda!

—Y tú al sofá.

Miro primero el tablero, un tablero que estoy a punto de ganar, y después hacia las escaleras por donde acaba de desaparecer Dylan. ¡Joder! Me levanto a todo correr y voy detrás de él. Echo un vistazo rápido a los perros y los veo dormidos en el sofá. Pues ahí se quedan. Ellos, sí.

—¿Y el juego? —me pregunta Adrián.

—¡Me rindo!

—¡No me jodas!

Escucho las carcajadas de Marcos mientras subo las escaleras. Un choque de palmas con Riv (como si los viera) y su posterior conversación.

—Le he buscado las cosquillas. Hug es muy fácil.

—Lo he visto. Bien hecho, Marc. Y ahora a por Adrián.

—¡Qué cabrones sois!

—Puedes hacer pareja con Jaime, también se ha quedado descolgado.

—Jaime no juega una mierda al Monopoly.

—Me rompes el corazón, rubio. En mil pedazos.

—¡Exijo la revancha! —grito yo.

—¡Ya veremos!

Llego al segundo piso y me cruzo con Dylan, que sale del baño. Alcanzamos al mismo tiempo la puerta de mi antigua habitación, o nuestra habitación, porque ahora es nuestra habitación. No es que la usemos mucho, pero cuando nos quedamos siempre dormimos aquí. Le dejo que entre él primero.

—¿Sabes que me has hecho perder ahí abajo por venir a buscarte cuando tenía la victoria al alcance de la mano? —le pregunto una vez estamos los dos dentro.

—¡La pena no me va a dejar dormir! —me replica de camino a la cama.

—No te voy a dejar dormir yo.

—¡Ni lo sueñes! —me dice girando la cabeza para mirarme. Después, vuelve a lo suyo.

Cierro la puerta del dormitorio, me apoyo en ella y lo observo hacer con los brazos cruzados y una sonrisa. Lo observo sentarse en la cama y desprenderse de las deportivas y de los calcetines. Lo observo quitarse la camiseta y lanzarla al suelo. También me lo como con los ojos. Y entonces…, entonces, suena el tic tac de mi reloj. Son las doce en punto. Y hoy es nuestro aniversario. Llevamos cuatro meses juntos, desde que abrí la caja de Pandora. No sé si Dylan es consciente, pero yo levanto la mano derecha en señal de: «Mira, Dy, ha sonado mi reloj», porque sé que le encanta, y él se levanta de la cama enfadado y se aproxima un par de pasos a mi posición.

—Estoy cabreado contigo y con tu competitividad —repite.

Saco el móvil del bolsillo y lo dejo en el primer mueble que tengo al alcance. Pero antes selecciono una canción. Una canción que no es más que artillería pesada para este tipo de ocasiones: *Despacito*. La pongo en bucle, para que suene una y otra vez, y apago la luz del dormitorio; soy capaz de distinguir la silueta de Dy gracias a la luz de las farolas que se filtra por la ventana.

Entonces me acerco yo también a él con un objetivo muy claro: comérmelo.

—Eso —me dice señalando la canción con el dedo— no es justo.

No, no lo es, pero me la suda. Nos encontramos a medio camino, en la oscuridad, con la voz de Luis Fonsi como un único sonido que nos envuelve y nos embruja. Como siempre que la escuchamos.

—Te gusta mi competitividad —le digo. Lo agarro por las caderas, mis manos entre su piel y el pantalón vaquero, algo que provoca que cada parte de mi cuerpo se sienta viva al instante, me hormigueen las palmas solo por tocarlo, y…

—No cuando vas contra mí y me machacas al Monopoly. Me has llevado a la bancarrota sin parpadear. Debería darte vergüenza.

… Lo empujo por la habitación hasta que cae en la cama de espaldas. Y yo encima de él. Comienzo a darle besos muy suaves alrededor de la mandíbula. Y uno nuestras caderas. Nuestras erecciones se rozan y dos gemidos escapan de nuestras bocas.

—Yo te voy a enseñar a jugar al Monopoly —le digo con voz ronca—. Clases particulares. Solo por ser tú.

—¿Y me pondrás en tu equipo? —me responde agarrándome del culo y embistiéndome con fuerza. Y elevando mi excitación a la enésima potencia. Su toque… su toque siempre me desestabiliza, sea donde sea.

—No, pero te convertiré en un digno rival.

Dylan ríe a carcajadas y yo con él. Tanto que incluso perdemos presión en las caderas.

—Eres un gilipollas.

—¿Cuánto? —Meto las manos en su cabello, se lo revuelvo, acaricio, y aproximo mi boca a la suya a menos de un suspiro de distancia. Todavía no se tocan y aun así ya encajan.

—Mucho, pero… —Dylan enmudece.

—¿Pero qué?

Puedo ver el brillo de sus ojos en medio de la oscuridad. Y puedo escuchar lo que me dicen. Lo que me gritan: «¿Pero me gustas igual?». Y ya no aguanto más. Uno nuestros labios del todo en un beso que consigue estremecernos a los dos, como si nos hubiéramos electrocutado. Porque es posible que Dylan y yo nos hayamos dado millones de besos en la boca, y que este sea el millón más uno, pero yo lo siento como el primero. La misma fuerza. La misma sensación. La misma magia.

Le meto la lengua en la boca y, cuando se encuentra con la suya, Dylan me agarra de la cintura, nos gira hasta quedar él encima, y toma el control del beso.

—Llevas demasiada ropa —susurra sobre mis labios.

—Quítamela.

—Sí, señor. A sus órdenes.

Me incorporo para que pueda sacarme la camiseta por la cabeza y vuelvo a recostarme para que me quite las deportivas, los calcetines, los pantalones y la ropa interior. Yo le ayudo levantando el trasero y aprovecho para meter las manos en su pantalón y soltarle el botón y bajarle la cremallera. No me da tiempo a más. Me tumba de nuevo en la cama y ataca sin piedad

mi boca con su lengua. Y ataca sin piedad mi entrepierna desnuda con la suya a medio camino, haciéndome el amor con unas embestidas tan potentes y certeras que podrían hacer que me corriera a lo loco en pocos segundos. El gusto que siento es indescriptible. La sangre me corre por las venas a toda velocidad. Podría estar haciendo esto durante horas. Días. Semanas. Sin parar. Hasta quedarme sin fuerzas. Hasta desfallecer.

Con él. Solo con él.

Dylan comienza a gemir al ritmo de sus movimientos, que nos masturban a ambos a la vez, y esconde la cabeza en mi cuello. Y yo necesito besarlo más, por donde sea, por todas partes. Alcanzo con las manos el cabello que le cae sobre la frente, húmedo por el esfuerzo, y con mi boca abierta pruebo lo primero que pillo, la parte baja de su mandíbula. Afianzo los labios sobre ella y comienzo a succionar. Mucho y muy fuerte. La piel de Dylan es afrodisíaca. Sabe a música, a suavidad y a fuerza. Es el mejor sabor que he probado en la vida.

—Para, para —le pido—. Voy a correrme.

Dylan levanta la cabeza y sonríe. Y en un movimiento rápido, termina de bajarse los pantalones y la ropa interior.

—Pues córrete.

Cuando su erección desnuda toca la mía y comienza a frotarse de nuevo… Y esa canción que no deja de sonar, y esos recuerdos que me vienen a la cabeza de él masturbándome con la mano en aquel sueño con mi cuerpo contra la pared, esas oleadas de placer, y ahora lo tengo así, encima de mí…, simplemente no lo aguanto más. Abro las piernas, le rodeo las caderas con ellas y me corro a lo grande. Y mientras le gimo al oído me doy cuenta de que él también se está corriendo, porque siento su humedad en la piel y su grito en el alma.

—Joder —exclamo al terminar, una vez Dylan cae derrotado encima de mí—, ha sido… ha sido…

Ha sido un frotamiento de penes de adolescentes, joder, pero ha sido la hostia.

—Ha sido el principio —me dice él. Se desprende del todo de su ropa y limpia el semen de nuestros cuerpos. Entonces se agacha de nuevo y comienza a besarme el pecho y a acariciarme por todas partes. A quemarme la piel con su toque. Me besa los pezones, los muerde y baja. Baja. Baja. Baja. Mi cuerpo despierta de nuevo. Abro las piernas, una vez más, todo lo que dan de sí y…

Sube. Sube. Sube. Sube.

… y unos golpes frenéticos en la puerta del dormitorio nos sobresaltan.

—¡Hugooo!

—¡Hugo!

—¡Hug!

Mis hermanos. Dios, me los voy a cargar a todos.

Los golpes en la puerta amenazan con tirarla abajo y sus voces cantando «y ese toro enamorado de la luna» amenazan con una nueva tormenta.

—No les hagas ni caso —le digo a Dylan. Estábamos en algo importante, joder.

—Es difícil ignorar a esos cabroncetes.

—¡Hugooooooooo!

—¡Me voy a cagar en todos vosotros, Cabanas! —les grita Dylan, apartando la boca de mi cuerpo.

—Vale ya, que les vamos a joder el polvo de verdad —escuchamos decir a Riv.

—Yo quiero joderles el polvo de verdad.

—Vamos, Marc. —Gracias, Adrián.

—Aguafiestas.

Un último golpe en la puerta…

—¡Seguid con lo vuestro, tortolitos!

… Y se van.

—Joder —se queja Dylan—, ya no sé ni por dónde íbamos. Ah, sí, yo estaba a punto de comerte la polla.

—¿Sí?

—Sí.

Y eso hace.

—¡Oh, joder! —exclamo.

—Sí, toda la noche.

Vuelvo a abrir los muslos todo lo que puedo y muevo las caderas arriba y abajo al ritmo de la boca de Dylan. Esto es la gloria. Primero me agarro a su cabello, pero es tanta la adrenalina que necesito soltar que bajo las manos al edredón y lo cojo con fuerza, estrujándolo entre los puños. Mis caderas suben y bajan a toda hostia y mis respiraciones se escuchan más que la propia música. Levanto la cabeza y veo a Dylan meterse mi erección en la boca una y otra vez, chuparla con la lengua, tragarse las gotas que ya comienzan a empapar la punta y dejar caer su saliva hasta mi vello púbico. Y estoy a punto de correrme otra vez. Él lo sabe. Conoce mis gemidos. Se aparta de mi polla y sube a mi boca. Nos besamos desesperados y nos frotamos de nuevo. Sudorosos. Y nos gemimos en la boca. Enloquecidos.

Dylan se da la vuelta y se coloca encima de mí, con su espalda en mi pecho. Con su trasero en mi polla.

—Fóllame. Ahora.

Dylan abre las piernas y yo busco a tientas el lubricante en mi mesita de noche. No sé ni cómo lo encuentro, pero lo hago y lo uso en mi polla y en su culo. Después lo penetro con cuidado, saboreando cada milímetro. Hasta que estoy dentro. Nos quedamos los dos con las piernas abiertas, jadeando, y yo comienzo a moverme, entrando y saliendo. Dylan deja caer su cabeza sobre la almohada, que queda muy por encima de la mía. Su pecho a la altura de mi boca. Y, entonces, sin dejar de penetrarlo una y otra vez, lento y profundo, con una mano lo masturbo y con la otra le rodeo la cintura y comienzo a besarle allá donde llega mi boca. Y le muerdo. Le succiono. Le marco la piel mientras me lo follo y le hago el amor.

Dylan se mueve conmigo, al principio también lento, pero llega un punto en el que nuestros cuerpos necesitan velocidad y aceleramos los movimientos. Yo sin dejar de succionarle la piel de la cadera con mi boca. Y por más que succiono y succiono, que chupo y chupo, su sabor nunca desaparece. Estoy a punto de llegar al orgasmo de nuevo. Se lo digo y él gime más alto en respuesta. Y yo me uno corriéndome. Me corro. Me corro. Me corro. Me corro dentro de él y saco la polla justo para frotarme con uno de sus muslos e impregnarlo con mi semen. No dejo de masturbarlo hasta que Dylan explota corriéndose con fuerza sobre su estómago y mi mano.

—¡Joderrr! —exclama—. Qué bien te sienta jugar al puto Monopoly.

Sonrío y le beso la cadera por última vez antes de que se coloque a mi altura y me bese los labios con dulzura. Una y otra vez. Y otra vez. Hasta que, sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos.

Horas después me despiertan sus besos y sus caricias. Y volvemos a hacer el amor entre las

sábanas. Estoy a punto de dormirme de nuevo, pero me resisto. Quiero estar con él. Abro los ojos y veo que está a punto de caer en el sueño más profundo de nuevo.

—Dy —lo zarandeo con suavidad—, no te duermas.

Abre los ojos.

—¿Qué hora es?

—Muy temprano. Levántate. Nos vamos.

Salgo de la cama y comienzo a vestirme. Menos mal que en casa de mis padres aún tengo un montón de ropa. Ropa para los dos.

—¿A dónde vamos?

Voy a contestarle, pero me quedo embobado contemplándolo de arriba abajo y deteniéndome unos segundos de más en su rostro. Dylan recién levantado, con el pelo alborotado y los ojos hinchados, es como un sueño hecho realidad.

Mi sueño hecho realidad.

También le he dejado unos buenos chupetones en las caderas. Aún no se las ha visto. Le quedan bien. Le quedan de vicio.

—Tú vístete. —Le tiro una camiseta limpia y dejo de mirarle embobado. Es eso o no salimos de aquí.

Abandonamos el dormitorio a hurtadillas y bajamos las escaleras con cuidado de no despertar a nadie; aún no ha amanecido. Aunque es inevitable despertar a los perros, que vienen como locos a saludarnos. Me los llevaría con nosotros, pero quiero hacer esto a solas con Dylan. Les engaño con un paseo rápido, con comida y con la promesa de pasar el resto del día con ellos. Antes de salir de casa de nuevo, abro el armario que tenemos en el recibidor y cojo uno de mis patinetes. El más grande.

—¿Qué pretendes hacer con eso?

—Llevarnos a un sitio.

—¿Llevarnos? ¿Los dos ahí subidos, te refieres?

—Sí.

—No lo veo, *babe*. ¿Por qué no vamos en moto? —me pregunta mientras salimos de casa.

—Porque es muy temprano y no quiero despertar al vecindario.

—Pero qué educadito y considerado eres. Si es que —se acerca a mí y me da un sonoro beso en la boca— te como.

Caminamos tranquilos hasta que salimos de la urbanización y llegamos a la cuesta que nos baja al pueblo. Coloco el patinete en posición y le hago un gesto a Dylan para que suba. Él me mira con reticencia.

—¿Confías en mí?

—Te confiaría mi vida.

—Pues deja de torcer el morro y sube.

—Está bien. ¿Dónde me quieres? —¿Que dónde le quiero? Arqueo la ceja. Él ríe—. Joder, *babe*, eres insaciable. Oye, ¿no querrás follar en el patinete? Que la última vez salió regular.

No me lo recuerdes.

—No. Anda, sube y siéntate lo más adelante que puedas.

Dylan sigue mis instrucciones y se sienta en la parte delantera del patinete, dobla las rodillas y coloca los pies en el borde. Yo me siento detrás de él, muy juntos, pegados, estiro las piernas y nos muevo con las manos en el suelo para emprender la marcha. Solo unos metros, porque en cuanto llega la cuesta… bajamos a toda hostia. Y qué bajada. Dylan grita la mayor parte del tiempo, un «jodeeerrr» que deben de oírlo en medio pueblo. Yo lo agarro con fuerza y mantengo

el equilibrio por los dos. Y lo disfruto como nunca. La velocidad. Su cuerpo excitado delante del mío. El viento que me trae su olor al rostro, un olor maravilloso, porque su olor es siempre maravilloso. El cielo que comienza a clarear por el horizonte. El sonido del amanecer. El sonido de nosotros en el amanecer.

Llegamos hasta el final de la cuesta y Dylan me pregunta: «¿Repetimos?». «Luego», le prometo. Emprendemos la marcha y vamos caminando hasta la heladería favorita de Dylan. Coloco el patinete en la acera y le digo a Dylan que vuelva a sentarse. En esta ocasión lo hace en la parte trasera y yo en la delantera.

—¿Y qué hacemos aquí sentados a las siete de la mañana? Que no es que me esté quejando, ya sabes que podría vivir en esta acera, en plan: montarnos una casa con cartones y vivir felices de por vida, yendo a la heladería a por provisiones a diario, oye, y con vistas al mar, muchos quisieran, pero sé que no es tu estilo. Y de ahí mi pregunta. Además, no me has dado ni de desayunar. Comida de verdad, me refiero. Y eso es raro en ti.

—Calla un poco y mira lo que tienes enfrente.

Señalo con el brazo la playa y el increíble amanecer que está a punto de despuntar delante de nuestros ojos.

—Ah, ¿entonces se trata de eso? ¿Me has traído aquí a las siete de la mañana para que veamos el amanecer juntos? Si es que eres un romántico.

Sonrío, pero no le hago ni caso.

—¿Qué parte de que te calles no entiendes? —le digo de broma. Me encanta escucharlo parlotear sin descanso.

—Pues es que resulta que tengo un problema. Un problemón. Tú me traes aquí, todo romántico, y yo me doy cuenta de que hoy es nuestro aniversario, o mesversario, y de que esta sería una ocasión perfecta para darte un regalo porque, joder, cuatro meses juntos no está nada mal. —Me da un vuelco el corazón, ¿sí se ha dado cuenta de que hoy hacemos cuatro meses juntos?—. Pero como me has arrastrado en tu patinete sin avisar, ahora me encuentro con las manos vacías. Y me jode, me jode mucho, porque habría sido perfecto. ¿No crees que habría sido perfecto?

No. Perfecto es esto. Él y yo. No necesito ningún regalo.

—No quiero nada.

—¿Ni siquiera mis besos? —me pregunta meloso, acercando su boca a mi cuello y comenzando a besarme con muchísima suavidad. Consiguiendo que se me estremezca todo el cuerpo. Que se me erice el vello. Ronroneo en respuesta.

—Mmm…

Siento su sonrisa en mi cuello. Y más besos. Entonces Dylan pasa sus brazos por mi pecho, me acaricia y los sube hasta mi cuello. Siento algo frío contra la piel. Sorprendido, miro hacia abajo y me doy cuenta de que me está colocando una cadena en el cuello. Un collar de oro blanco, muy muy fino.

—Menos mal que yo siempre vengo preparado para todo, *babe*.

—¿Qué es esto?

Dylan me la ata en la parte de atrás del cuello y yo la cojo con las manos. No es solo una cadena, también le cuelga algo. Una letra «B».

—¿Es una «B» de Bob?

—Idiota. Es una «B» de *babe*. ¿Te gusta?

—Gustar se queda corto. Muy corto. Gracias.

—Y esto solo acaba de empezar.

Entonces amanece del todo.

Capítulo 38

No enciendas el televisor

Menuda mañana movidita que llevo en el trabajo. No he parado ni un momento y no veo la hora de salir a comer y despejarme un rato. Parece que todos los animales del pueblo se han puesto de acuerdo hoy para enfermar o pelearse a la vez.

Termino de curar la profunda herida del pastor alemán (joder, pobrecito, le han dado una buena paliza) y se lo entrego a su dueña. Le quito el susto de encima a la señora mientras tiro los guantes llenos de sangre a la papelera y la acompaño a la salida. El teléfono fijo vuelve a sonar; echo una mirada rápida hacia el aparato mientras abro la puerta. Lleva un rato sonando sin interrupción, pero no he podido cogerlo. Tampoco podría haber atendido ni una sola urgencia más. Solo tengo dos manos. Quizás debería plantearme la posibilidad de contratar a alguien que me ayude a media jornada…

Me despido de la señora, una vecina de toda la vida que siempre me estruja las mejillas y me dice lo guapo que estoy y lo mucho que he crecido, y me dirijo al teléfono para comprobar si han dejado un mensaje con una urgencia veterinaria. Nada más descolgar, escucho la campana de la puerta, que me avisa de que alguien entra. Levanto la mirada. Es Dylan. Y no parece contento. Está muy serio. Demasiado para ser él. Ha pasado algo. Vuelvo a colgar el auricular.

—¿Por qué no cogías el teléfono? —me pregunta sin siquiera saludarme—. Te he llamado más de mil veces al móvil y al fijo.

—¿Eras tú el del fijo? He estado a tope. El móvil ni lo he mirado. ¿Qué pasa?

No me contesta en un primer momento; viene directo hacia mí y lanza de malas maneras un periódico sobre el mostrador que nos separa. Paf, resuena en toda la estancia, en contraste con el silencio.

—Lo siento —me dice, antes de dirigirse hacia una de las ventanas de la clínica y quedarse allí de pie, contemplando la calle con los brazos cruzados.

—¿Qué pasa? —repito.

—Es mejor que hoy no enciendas el televisor —responde sin girar la cabeza y sin mirarme —. Ni la radio. Ni compres ninguna revista. Es mejor que no lo hagas en un par de semanas. Estamos en todas partes. En el periódico vas a encontrar lo más suave de nosotros. No busques más, por tu salud mental.

¿Qué? Cojo el periódico a todo correr. Está doblado por la página correcta. Me llevo las manos a la cabeza al verlo. Al vernos. Porque somos nosotros dos en el pueblo. Hay un montón de imágenes, una página entera, joder, y son de alta calidad; se nos reconoce a la perfección: en la playa, paseando a los perros a primera hora de la mañana, chapoteando en la orilla, felices; de la mano por el paseo, riendo y haciendo el gilipollas; besándonos contra la pared de un callejón. Besándonos mucho y con sus manos en mi trasero, escondidos del mundo. Aunque, según se ve,

no tanto. Mierda. Y el titular: «Tremendas imágenes del archifamoso Dylan Carbonell. Por primera vez, podemos verlo con el que parece ser su pareja oficial: Hugo Cabana, el veterinario del pueblo alicantino al que el cantante de *rock* alternativo se mudó hace meses».

Tiro el periódico de nuevo en el mostrador y enfilo en dirección a Dylan. De pasada, veo que mi teléfono móvil se ilumina debajo del mostrador con una llamada entrante. Es Adrián. Descuelgo porque sé que estará preocupado.

—Adrián —respondo.

—Joder, por fin. Te he llamado cuarenta veces. No enciendas la tele.

—Lo sé.

—¿Estás con Dylan?

—Sí.

—Él tampoco me cogía el teléfono. ¿Estáis bien?

Ahora mismo el móvil de Dylan tiene que ser una puta locura.

—Sí, estamos bien. Luego hablamos.

Cuelgo y veo, en la pantalla bloqueada, además de los cientos de llamadas de Dylan, las de cada uno de mis hermanos y de mis padres. Confío en que Adrián los pondrá al tanto de que estamos bien. Luego hablaré con todos ellos. Ahora solo me importa Dylan. Leo por encima los mensajes de mis primos. De mis amigos del pueblo. De mis compañeros de Madrid. De Marta. Joder. Paso.

—Dylan.

Él cambia de postura. Descruza los brazos y los lleva a la cintura, colocándolos en jarras. Está nervioso. Continúa sin mirarme y a mí se me encoge el corazón.

—Joder —masculla, chasqueando la lengua y frotándose los ojos con la mano izquierda—, me cago en mi puta vida, saben hasta tu nombre. Tu puto nombre. No los he visto. Te prometo que no los he visto.

Se refiere a los paparazis. O a quien coño sea el que nos ha seguido y ha sacado las fotos. Claro que no los ha visto. Yo tampoco.

—Ya lo sé. —Me aproximo a él y lo abrazo con fuerza por la cintura, embebiéndome de su increíble olor, apoyando la frente en su espalda, tensa—. No es culpa tuya. Ha sucedido. Punto. No es culpa tuya —repito.

Es verdad que los dos nos hemos confiado y nos hemos relajado. Dylan lleva meses caminando por el pueblo sin ningún tipo de protección, sin gafas y sin gorra. Libre. ¡Es natural, cojones! No es culpa suya. Nos creíamos a salvo aquí. Joder, estábamos en nuestro hogar. En nuestra playa, en nuestras calles y en nuestros callejones. Y nuestra vida es solo nuestra. Un error pensar así, visto lo visto.

Dylan no me responde.

—Dy.

—Te he involucrado en mi mierda. Me he cargado tu intimidad y la de tu familia.

—No digas eso —le pido, estrechándolo con más fuerza. Demostrándole que me importan una mierda esas fotos y todo lo que digan. Que solo me importa que esté bien.

Dylan me responde sujetando con fuerza mis manos. Ya no pienso soltarlo.

Me jode por mi familia, pero sé que ellos van a llevarlo bien. Que ahora mismo solo están preocupados por nosotros. Espera. Mierda. River. Joder. Rezo para que el CNI haga bien las cosas y su verdadero trabajo no salga a la luz. Me cuesta creer que un periodista llegue a ese nivel de información confidencial, pero nunca se sabe. Si hace seis meses me cuentan que iba a verme implicado en algo así, creo que me habría vuelto loco. Que me habría dado un infarto. O

peor. Que no me habría acercado a Dylan por miedo a que pasara. Ahora me resbala. Que los den a todos.

—¿Acaso no es verdad? —dice él—. Aquí os conoce todo el puto mundo.

—Y ese mundo ya sabía que tú y yo estábamos juntos. Me importa una mierda que el resto también lo sepa. Lo hablarán durante un tiempo y se cansarán de nosotros. Eres un personaje público, Dy, es lo que hay. Tendremos más cuidado a partir de ahora.

Siento cómo se tensa entre mis brazos. Y me tenso yo también. Siento cómo sus manos dejan de acariciar las mías. Y las mías lo agarran con más fuerza.

—¿Qué pasa? —le pregunto, acojonado—. ¿Qué más pasa?

Dylan no contesta. Solo toma aire para llenarse los pulmones y lo expulsa con fuerza.

—*Babe* —le digo con suavidad, apartando la frente de su espalda y dirigiendo mi mirada a su rostro—. Háblame.

—Tengo que irme a Madrid y tengo que hacerlo ya. La semana que viene, a más tardar.

Mi corazón deja de latir y yo dejo de respirar. La semana que viene. Estamos a lunes. Seis días. Seis putos días para que acabe la semana.

No. No. No. ¡Seis días no son nada! Son un suspiro.

Llevo temiendo que llegara este momento demasiado tiempo. Y me he preparado para ello, o yo pensaba que me había preparado para ello, pero no es verdad. ¿Quién puede prepararse para algo así? Porque el golpe es igual de fuerte que si hubiera llegado de improviso, sin haberlo masticado y digerido durante semanas, o incluso más fuerte. Llega como una ola gigante, como un tsunami, uno que arrasa y destroza el edificio donde nos encontramos ahora y me entierra entre sus escombros. Solo a mí. Lejos de él.

—¿Por cuánto tiempo? —consigo preguntarle.

—No lo sé. Pero bastante. Tengo mil cosas que hacer allí. Grabar un puto disco completo, para empezar. Estoy atado por el jodido contrato con la discográfica. Me tengo que ir y dejarte con este marrón a ti solo.

Cierro los ojos.

—También tú vas a estar solo allí con el mismo marrón.

—Yo estoy acostumbrado a ser espectador de mi propia vida, ¿recuerdas? Y sé lo poco que te gusta la atención mediática. Ser parte de este puto circo. Joder.

—Ey, no pasa nada. —Lo obligo a girarse y les hablo a sus ojos, enmarcando su rostro entre mis manos—. Los mandaré a todos a la mierda. Ya se cansarán de perseguirme. Dy, esta basura de la prensa es lo último que me importa ahora. No quiero que te vayas —le susurro. «Voy a morirme sin ti», estoy a punto de decirle, «voy a morirme si no puedo tocarte y abrazarte», pero no quiero provocarle una preocupación más. No quiero dejarme llevar y echarme a llorar aquí mismo, ni arrodillarme y suplicarle que no se vaya, porque es lo que menos necesita. Y no sería justo para él.

—Yo tampoco quiero irme —me susurra—. Ya no puedo estar sin ti. Me falta el aire solo de pensarlo.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé.

—Pensaremos en algo, *babe* —le prometo.

—Sí. —Cierra los ojos y asiente con la cabeza.

𝄞

Cinco horas después, a punto de acabar mi jornada laboral, sigo sin encontrar solución, y eso que llevo horas pensando en ello. He estado a punto de tomar la decisión de cerrar la clínica para siempre y largarme con él al fin del mundo, a donde sea que vaya, pero no puedo tirar toda mi carrera por la borda. Me encanta mi trabajo, me encanta lo que hago, y no puedo tomar una decisión de ese calibre en cinco putas horas, ¿verdad? Joder, tiene que haber otra solución. Tiene que haberla. No podemos separarnos en una semana sin saber cuándo vamos a volver a vernos. Sin saber cómo van a ser nuestras vidas a partir de ahora. Me niego.

La campanilla de la puerta vuelve a sonar y levanto la mirada, otra vez, aunque en esta ocasión con cansancio y desidia. No puedo atender a nadie más. Tengo la cabeza embotada y quiero irme a casa con Dylan y con nuestros perros. Olvidarme del mundo durante unas horas.

Un hombre al que no había visto nunca entra en la clínica y se acerca al mostrador. No es del pueblo, eso seguro. Este hombre no ha pisado un pueblo en su vida. Cincuenta y tantos años, y una actitud y una forma de caminar que parece que fuera a comerse el mundo de un solo bocado. Me levanto de la silla para atenderlo, o para decirle que la clínica ya está cerrada, pero solo tengo que mirarlo un segundo a los ojos, de color verde azulado, para saber quién es. Un escalofrío me recorre.

Es el padre de Dylan.

—¿Eres Hugo Cabana?

No respondo. No porque me haya quedado sin habla. Solo estoy pensando en la manera más rápida de echarlo de aquí a patadas y asegurarme de que no vuelva. No sé a qué ha venido, pero nada podría importarme menos.

—Sí, lo eres —continúa, sosteniéndome la mirada sin pudor. Desde luego, no voy a ser yo el que se achante—. Te reconozco de las fotos de esta mañana. Tu cara está en todas partes.

Al menos ya sé cómo me ha encontrado. Las putas fotos. Se ha dado prisa.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo. Tú y yo tenemos dos cosas en común. El nombre y a mi hijo.

—Me parece que no. Y aquí se reserva el derecho de admisión. Largo. —Señalo la puerta a su espalda.

—Veo que Dylan te ha hablado de mí.

—Te lo voy a decir una última vez con educación —le explico mientras salgo de detrás del mostrador, paso por su lado y me dirijo a la puerta—: es mejor que te largues por las buenas. No quieres verme a las malas.

—Por favor —me suplica cuando abro. Y parece una súplica auténtica, pero a mí no puede engañarme; sé quién es este hijo de puta—, solo voy a robarte unos minutos de tu tiempo. Nada más.

—Los minutos de mi tiempo me importan tanto como tus motivos para robármelos, vamos, una puta mierda; lo que no quiero es que estés a menos de trescientos kilómetros a la redonda de Dylan. —Se queda callado, mirándome, y no hace el mínimo intento de marcharse. Muy bien. Pues por las malas—. Voy a llamar a la policía —digo, regresando detrás del mostrador.

—Me estoy muriendo.

Me detengo a medio camino. A su lado. Impactado.

—¿Qué?

—Es una enfermedad degenerativa. Y avanza rápido.

El primer pensamiento que me viene a la cabeza es que no es más que una estratagema para llevarme a su terreno, pero una sola mirada a sus ojos y la expresión de su rostro me confirman lo contrario: es cierto. El segundo pensamiento es Dy. Porque este hombre es su padre. Su padre.

La única familia de sangre que le queda. El resto de mis pensamientos van todos dirigidos a la repercusión que esto va a tener en la vida de Dylan. Porque el tema va a tocarlo muy de cerca, aunque ellos ya no tengan relación. Su padre va a volver a su vida sin que pueda evitarlo. Y de una manera brutal.

—¿Cómo de rápido?

—Mucho. He dejado la música. No oficialmente, pero he dejado de tocar en solitario en público. Eso debería haberle dado una pista a Dylan de que algo no iba bien, pero supongo que no puede darse cuenta si no ha estado mirando en mi dirección.

—¿Puedes culparlo?

—No. Llevamos demasiado tiempo sin hablarnos.

—Ahí estoy de acuerdo. Toda una vida. Tú llevas toda su vida sin hablar con él.

El hombre resopla. Parece cansado. Joder, parece enfermo. Está enfermo.

—¿Puedo sentarme?

Asiento. No puedo negarle una silla a un moribundo. Se sienta en una de las de la sala de espera y yo apoyo la espalda en el mostrador. No quiero tenerle lástima. No. Me niego a que me dé pena.

—No voy a andarme con rodeos; mi tiempo vale oro. Y te cuento lo que te voy a contar por ser quien eres.

Pues bien empezamos.

—Adelante —le digo, por pura educación.

—He vivido rodeado de músicos. Mi padre era músico y mi abuelo era músico. Buenos músicos. Me instruyeron en el negocio desde que tengo uso de razón. La primera vez que vi a mi hijo tocar tres teclas de mi piano con tan solo dos años supe que era especial. Que tenía el don. La magia. Más tarde lo confirmamos. Un oído prodigioso, fuera de lo común, y una habilidad innata. Mi hijo es un genio. Es mejor que yo.

—Sin duda alguna.

No me refiero a la música. Y él lo sabe. Por eso me mira y sonríe sin ganas.

—No te caigo nada bien, ¿verdad?

No le contesto. Creo que no es necesario. Pero sí le digo lo que pienso sobre el asunto.

—Que Dylan fuera un genio no era sinónimo de que los demás lo empujarais a una vida que no quería.

—Pero ha acabado siendo músico. No ha querido hacer otra cosa. Y le va bien.

—Sí. Ahora. Pero ¿qué me dices del pasado? ¿Eres consciente del maltrato que sufrió tu hijo en el puto conservatorio al que lo obligabas a asistir cada día?

—Dylan nunca me dijo nada.

Resoplo.

—Una excusa demasiado pobre para el momento en que nos encontramos ahora, me temo. Así, mal vamos. No me trates como si fuera un gilipollas. La puerta sigue ahí —le digo, señalándola.

—Era otra forma de educación, Hugo. Y si Dylan no me dijo nada fue porque podía soportarlo. Conozco a mi hijo. Habría acudido en su ayuda si hubiera visto que no podía con ello.

—¿Habrías acudido cuando lo rompieran del todo?

—Dylan es mucho más fuerte de lo que crees.

—Sé perfectamente cómo es Dylan. Y, de todas formas, ¿por qué me cuentas esto a mí?

—Porque os he visto juntos en las noticias. Porque te veo ahora y sé que no me he equivocado al venir y pedirte ayuda. Y que Dylan está bien; gracias por eso.

—No puedes utilizarme para llegar a Dylan.

—No es lo que pretendo. Solo quiero suplicarte un favor. Necesito hablar con él. Necesito que nos arreglemos antes de irme. La última vez que mi hijo y yo estuvimos juntos no fue bonito. No considero justo que sea el recuerdo que guarde de mí. No quiero que sea el recuerdo que guarde de mí. De nosotros.

—El recuerdo que Dylan guarda de ti no es ese. Es el de toda su vida. Y hablar hoy con él no va a solucionarlo.

—Lo sé. Sin embargo, necesito verlo. Por favor —suplica de nuevo—. No pretendo inmiscuirme. Solo… imagina que te dicen que tu vida va a acabar de repente. Imagina en lo que pensarías. O en quién. Yo solo pude pensar en mi hijo. En lo mal que hice las cosas con él la última vez que nos vimos. Ha hecho falta una enfermedad mortal para darme cuenta, sí. No quiero quedar como un santo. Solo quiero hablar con él. Llevo mucho tiempo intentándolo, pero es inalcanzable. Hasta hoy. Si lo quieres, que estoy seguro de que lo haces, tienes que ayudarme.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

El padre de Dylan se levanta y saca unos papeles del bolsillo interior de su chaqueta. Me los ofrece. Dudo, pero acabo cogiéndolos.

—Porque no me queda tiempo. Ahí puedes corroborarlo.

Veo los documentos. Los leo de arriba abajo. Son los informes médicos. Va muy en serio. Sí que actúa rápida la enfermedad. Madre mía, a este hombre no le queda demasiado tiempo. El corazón me da un vuelco. Por Dylan. Porque su padre no ha sido un buen padre, pero, aun así, es su padre. Su puto padre. Y está aquí, intentando redimirse. Intentando hacer las paces con su hijo antes de morir. Se me parte el puto corazón, joder. Me pongo en su lugar, en el de Dylan. No puedo permitir que la relación entre ellos acabe como lo hizo hace años. Lo perseguiría de por vida. Lo haría, porque Dylan tiene un corazón de oro. Más grande que el puto océano. Me pueden las ganas de preguntarle a este hombre por qué hizo las cosas como las hizo. De echárselo en cara. ¿Por qué no vio lo que se le venía encima a Dylan? ¡Por qué, joder!

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—¿Dylan tiró un piano por las escaleras?

Sonríe. El hombre sonríe con añoranza. Dios, ¿realmente quiere a su hijo?

—Sí. Delante de decenas de invitados. Un Steinway de más de medio millón de euros.

—¿Y ni así viste que había un problema real?

—No quise verlo.

Agradezco su sinceridad. Supongo que no debe de ser fácil para él. Si es tan famoso y poderoso como creo que es…, supongo que no debe de ser nada fácil. Con dinero y poder se puede comprar casi todo, pero está visto que lo más importante, no. No puede comprar su salud. Ni los lazos con su hijo.

—Hablaré con Dylan —resuelvo—. Pero no puedo prometerte nada.

—Gracias, Hugo. Muchas gracias.

Se acerca a mí y me palmea el hombro en señal de agradecimiento. A continuación, me tiende la mano. Se la doy justo en el momento en que la campana de la puerta vuelve a sonar. Y sé que es él antes de mirar en su dirección. Porque su presencia siempre se apropia de todo lo que me rodea.

—¿Qué coño haces tú aquí? —le pregunta a su padre, encolerizado más que sorprendido, cerrando de un portazo y acercándose a nosotros.

—Dylan.

Su padre también se aproxima a él, para tocarlo, pero Dylan lo obliga a alejarse con un movimiento de sus manos.

—Lárgate —repite, con los ojos oscuros de pura rabia—. Ahora. Y aléjate de él.

—Dylan —intercedo yo—. Déjalo hablar. Tiene que decirte algo importante.

—Ni hablar.

—Dylan, no te comportes así. Ahora no.

Y entonces me doy cuenta de que la he cagado a lo grande. El gesto de dolor en la expresión de Dylan me lo grita bien alto. Y el rechazo. Jamás había visto un rechazo así en él. Un rechazo hacia mí. Me acerco con cautela; necesito llegar a su piel y calmar con mi toque la tormenta silenciosa que, sé, ahora mismo navega a sus anchas por su interior; que sepa que estoy de su parte, que siempre estaré de su parte, como si fuéramos uno, pero me frena con las manos. Y el golpe que recibo es peor que el tsunami de esta mañana. Dylan me frena con las manos y no permite que llegue a él. Y es el mismo gesto que ha utilizado para defenderse de su padre. Solo que ahora se defiende de mí. Como si pudiera hacerle daño. No. Peor.

Para que no pueda dañarlo de nuevo.

Dylan acaba de levantar sus barreras hacia mí.

Capítulo 39

Mi pasado y mi presente, juntos. ¿Mi decisión? ¡A la mierda los dos!

DYLAN

—Dylan.

La imagen de mi padre en este precioso lugar, en el lugar del nene, es fantasmagórica, pero su sonido es aún peor. Su sonido lo distorsiona y ensucia todo. Como una mancha de pintura negra, opaca, en un recipiente con agua limpia y cristalina. Lo enturbia y revuelve de una manera imposible de recomponer. Me marea. Me descoloca. Esto no debería haber pasado nunca. Él aquí, no. Se aproxima a mí, la mancha negra se aproxima a mí, y pretende tocarme. No puedes permitirlo, Dylan. No lo permitas. No puede llegar hasta ti. Coloco mis manos a modo de barrera y ellas le gritan: «¡No puedes ensuciarme!». Se aleja y vuelvo a respirar. Los pulmones no se llenan, pero entra el aire suficiente como para continuar de pie. Él no me ha alcanzado. No me ha manchado.

—Lárgate. —Ya se lo he dicho, pero no parece entenderlo. Tengo que repetírselo—. Ahora. Y aléjate de él.

Sobre todo, eso. Aléjate de él. Mi voz sale firme, potente, pero a la mínima sospecha de que decida no hacerme caso y tocar al nene, estoy dispuesto a ponerme de rodillas y rogárselo. A dejarme tocar por él y que me contamine para una década más. Dispuesto a que me alcance a mí antes que a él.

—Dylan. Déjalo explicarse. Tiene que decirte algo importante.

—Ni hablar.

—Dylan, no te comportes así. Ahora no.

Siete palabras.

El mismo número de notas que tiene una escala diatónica. Do. Re. Mi. Fa. Sol. La. Si. Y lo que nunca pensé que podría llegar a suceder, sucede. Porque por primera vez desde que lo conozco, Hugo Cabana no suena como tal. Suena como mi padre.

El latigazo de dolor asciende por la espina dorsal y llega hasta la punta de mis dedos. Ahora sí estoy a punto de desplomarme. Él también intenta acercarse a mí, pero no se lo permito. No. Ahora no.

Estoy confundido. Bloqueado. Asustado. Acojonado. Cabreado. Comienzo a temblar.

¿Qué sonido es ese? ¿Qué puto sonido es ese? Estoy por taparme los oídos. ¡Necesito taparme los oídos! Porque el sonido de ellos dos juntos es lo más espeluznante que he escuchado en mi vida. Un sonido disonante como ninguno. Yo venía aquí a avisar al nene de que se acercaba una tormenta. Venía a llevármelo a casa. El cielo está gris.

—Dy —me dice él con… No sé con qué. No identifico su tono. No lo diferencio de cualquier

otro—, sé que lo estás pensando. Y no es así. Pero tienes que hablar con él porque es importante.

—Imposible. No estoy pensando en nada —reconozco. Aunque pienso en todo. Y os escucho. Juntos. A mi padre y a ti.

—Sí lo haces. Te oigo desde aquí. Y tienes que dejar de hacerlo. Tienes que dejar de ir por ahí. Ey, *babe*. —Intenta de nuevo acercarse a mí, pero me alejo. Ahora mismo no puedo ni tocarlo.

Él sabe quién es mi padre. Él sabe lo que me hizo. ¿Por qué lo ha dejado entrar en nuestro mundo? ¿En el lugar que solo nosotros conocemos? ¿Por qué ha permitido que cruzara las barreras y llegara hasta mí? ¿Por qué… por qué se ha colocado junto a él y ha permitido que distorsione su maravilloso sonido? ¿¿POR QUÉ??

—¿Por qué lo has hecho? —susurro. No pretendía que mi voz sonara tan débil, no delante de él, pero el dolor que se precipita por mis venas en todas direcciones ha tomado el control. Y la rabia. La noto en la yema de mis dedos y en la boca, deseando ser liberada.

—Solo he venido a decirte una cosa. Y él… —Lo señala. Se atreve a señalarlo.

—No estoy hablando contigo.

—Hijo…

No. No. No. Eso sí que no.

—No te atrevas a llamarme «hijo» —le advierto, apuntándolo con el dedo. He recuperado la voz—. Yo no soy tu hijo. Yo no soy de nadie.

—Dylan, solo quiero hablar contigo como personas civilizadas. No te comportes como si fueras un crío, porque ya no lo eres.

—Busca en otra parte, entonces. Busca a alguien civilizado y que no sea un puto crío. Búscalo en el otro lado del mundo. O bajo tierra. Y no salgas nunca.

—Dylan, estoy enfermo. He dejado la música. No lo hagas más difícil.

¿Enfermo? ¿¿Enfermo?? Enfermo. Enfermedad.

La palabra retumba en mi cerebro. ¿Qué significa? Yo una vez estuve enfermo. No es lo normal. No suelo enfermar. Me curé solo, con el transcurso de los días. Hugo estuvo enfermo el mes pasado y yo lo cuidé. Lo mimé. Ayudé a que sanara. Fue el estómago. Si a él le dolía, a mí me dolía. Y no quería que nos doliera. Ahora no siento nada. ¿Esto es real? ¿Por qué no siento nada? ¿Qué me habéis hecho? Hugo es mal enfermo. No me lo esperaba. Hugo. Hugo. Hugo. *Babe*. No. Hugo.

—¿Enfermo? —sale de mi boca.

—Sí.

—¿Por eso estás aquí? ¿Porque te arrepientes de haber sido la mierda de padre que has sido y necesitas redimirte? ¿O acaso pretendes que cuide de ti? ¿¿Qué coño haces aquí??

—Ni lo uno ni lo otro, Dylan. Fui el padre que consideré que tenía ser para ti. Te eduqué como debía hacerlo. Lo hice lo mejor que pude. Y volvería a hacerlo de la misma manera. No me arrepiento. Eres lo que eres gracias a mí. No he venido a suplicar tu perdón ni a pedirte que cuides de mí. Solo quiero hacer las paces contigo, hijo. Decirte que estoy orgulloso de ti. Decirte que, quizá, podamos entendernos de alguna manera si los dos ponemos de nuestra parte.

—No se arrepiente —le digo a Hugo. A mi Hugo. No. Borra eso. A Hugo. «¿Ves?», le gritan mis ojos. «Has dejado de sonar para mí por nada. Él lo hizo bien»—. ¿Por esto te has puesto de su lado? ¿Por esta mierda de excusa lo has dejado entrar en nuestra vida? ¿Por esto lo has hecho volar todo por los aires? ¿Todo lo que teníamos? ¿¿Por esto has destruido tu sonido??

—Dylan, no me he puesto de su lado.

Sus manos tiemblan. Su voz. Su boca. Parece dolido. Asustado. Deshecho.

¿Acaso me estoy contemplando en un espejo? No puedo mirarlo a los ojos. No puedo. La decepción me golpea una y otra vez. Hubiera puesto la mano en el fuego por él con la seguridad de no quemarme. Y ahora ardo en llamas. Y ellos dos continúan demasiado juntos, uno al lado del otro. No puedo soportarlo. Me estoy abrasando.

—Mi pasado y mi presente, juntos. ¿Mi decisión? ¡A la mierda los dos!

Me doy media vuelta, sin mirar lo que dejo atrás, y abro la puerta de la clínica con ímpetu. El cierro tras de mí con muchísima más fuerza, escuchando el golpe seco y sintiéndolo en mis entrañas, como si me hubiera golpeado. Duele. Necesito sacar la adrenalina de mi sistema o reventaré por dentro. Echo a correr. Está lloviendo. Está granizando. Se me empapan la camiseta y el rostro. Ha anochecido. No veo nada. No he oído llover desde dentro. Y yo siempre escucho la lluvia.

—¡Dylan! —grita alguien detrás de mí. Es él. Por supuesto que es él—. ¡Dylan, espera!

No me giro. Continúo corriendo calle abajo, corriendo como nunca en mi vida, sin tropezar de puro milagro, hasta que llego a la rotonda. No quiero mirar atrás. No quiero perder ni un segundo. Su voz suena demasiado cerca. Veo un taxi. Luz verde. Voy a toda hostia hacia él. Él también lo ve. Lo siento en su grito. En su grito desesperado. «¡Dylan, no!». Lo sabe. Sabe que estoy a punto de desaparecer y que no podrá seguirme, y mucho menos, encontrarme. ¿Estás seguro, Dylan? Estoy llegando al taxi. ¿ESTÁS SEGURO, DYLAN? Siempre me he dejado llevar por los actos más que por el pensamiento. Por el impulso del momento. Un impulso que ahora abre la portezuela de atrás y me mete dentro del vehículo. Echo el seguro. El agua deja de caer sobre mí. Mi respiración está desbocada. Mi corazón late con una fuerza imposible de controlar.

—Arranque. —Y tú, ríndete ya, Hugo. Ríndete.

El golpe en el cristal me sobresalta. Es él. Son sus manos las que golpean. Su voz la que me llama. Estoy a punto de salir porque su cara está desencajada. Y no me gusta. Su cara siempre me ha gustado. Y sus manos acariciándome. Y sus besos por toda mi piel. Y su risa mezclada con su aliento en mi oído. Y su cuerpo encima de mi cuerpo, rodeándome. Calentándome el alma y el corazón. Ahora siento frío. Y creo que ni ese calor podría siquiera templarme.

—Dylan, por favor. —Escucho su súplica a través del cristal—. Por favor, sal de ahí. Por favor.

—¡Arranque!

—¡Dylan!

El coche arranca. Primero despacio. Los golpes en la ventana aún persisten. Pero alcanzamos velocidad y los golpes dejan de oírse tras un último grito desgarrador. Y más velocidad. Dejamos la rotonda atrás. Y nos incorporamos a la carretera. No sé por qué decido mirar por la ventana en el último segundo; no sé por qué decido mirar hacia atrás, hacia él. Quizás para despedirme. Para verlo por última vez. El corazón me da el vuelco más fuerte de mi vida cuando lo hago. Hugo viene detrás de nosotros. Hugo corre detrás de nosotros. Pero cada vez está más lejos. Desvío la cabeza y me acomodo de nuevo en mi asiento. Comienzo a tararear con los ojos cerrados. Necesito cantar. *And if you have a minute, why don't we go. Talk about it somewhere only we know? Somewhere only we know*. Necesito cantar. Necesito cantar. Pero las palabras se me atascan en la boca. Tengo ganas de vomitar. Y su imagen se cuela por todas partes.

—¿A dónde? —me pregunta el conductor.

No dudo.

—A Madrid —respondo, con la voz estrangulada. Hugo continúa corriendo detrás de nosotros en mi cabeza. En la vida real, sé que ya no lo hace. Vamos demasiado rápido incluso

para él.

—¿Madrid?

—Sí, ¿puede llevarme?

—Sí.

Y rompo a llorar. Apoyo la cabeza en el respaldo, me llevo la mano a los ojos y me deshago entre lágrimas de sufrimiento mientras nos alejamos cada vez más y nos introducimos en una bifurcación de la carretera, con el resto de los coches y taxis. Ya no puede seguirnos. Hacía tiempo que no lloraba. No soy de llorar. Pensé que sería liberador. Pero es doloroso. Las lágrimas resbalan calientes por mi piel, pero no me templan. Sin embargo, duelen. Duelen mucho. Me llevo la mano al corazón. ¿Por qué duele tanto? No puedo respirar. Joder, no puedo respirar. No puedo respirar de verdad. Miro por la ventanilla de nuevo, sin separar la cabeza del asiento, y veo la playa. Y siento el impulso una vez más. No está lejos. Aún puedo llegar hasta ella.

—¡Pare! ¡Pare!

—¿Aquí?

—Sí. Será solo un momento. —El taxista acerca el coche al bordillo y lo detiene en una plaza de aparcamiento—. ¿Puede esperarme?

—Claro.

Bien.

Me limpio las lágrimas y salgo a la calle. Corro hacia la playa. No sé por qué he sentido el impulso de despedirme de ella. Creo que es porque lo más probable es que no vuelva a pisar una puta playa en lo que me resta de vida. Ni siquiera miraré hacia alguna de ellas. Está vacía. Es de noche y continúa lloviendo. Accedo a través de uno de los caminos de madera que llegan hasta la mitad de la arena, y sigo hasta la orilla. Me mojo las zapatillas. Me he acostumbrado al sonido del mar. Al sonido de las olas que mueren en la orilla y de la espuma que desprenden. Me he acostumbrado demasiado. ¿Cómo he podido dejarme llevar de esta manera? ¿Cómo he podido engancharme a ella? ¿Y a él?

Qué error, Dylan. Y tú te creías listo.

—¿Dylan? —Alguien me toca el brazo. Me asusto—. Dylan, ¿eres tú?

Me giro hacia la voz. Su imagen se encuentra difuminada por la oscuridad, la lluvia y mis lágrimas. Pero su sonido, no. Es un La sostenido clarísimo. Es ese La sostenido que ya he escuchado con anterioridad.

—Dylan —prosigue, sin dejar de tocarme. O de sujetarme—. Soy la cuñada de Hugo. Catalina. ¿Estás bien?

—No —susurro. Ahora mismo no podría mentirle a nadie.

—¿Qué ha pasado? —No contesto. No puedo—. ¿Te has peleado con Hugo?

Hugo. Hugo. Hugo.

¿Cómo un nombre puede doler tanto? ¿Cómo puede retorcerme el corazón hasta hacerme gritar? ¿Y cómo sabe ella que es por él?

—Reconozco las heridas de amor —me explica, sin necesidad de que yo exprese mis pensamientos en voz alta—. Vámonos de aquí; al final pillaremos los dos una pulmonía.

Entrelaza sus dedos, fuertes, seguros, con los míos, y me arrastra fuera de la playa. Me fijo en su aspecto. Ella también está empapada. Y, al parecer, también se encontraba en la playa, a la intemperie. Quizás ella no decía «adiós», quizás solo decía «hola». No le pregunto por ello. No le pregunto por nada. Solo la sigo. No sé a dónde vamos. Pero yo he llegado hasta aquí de algún modo.

—Un segundo.

—¿Qué?

—Aquel taxi me está esperando —le digo, señalándolo con el dedo.

—¿Ibas a casa?

—A Madrid.

Catalina me mira con los párpados entrecerrados y asiente con la cabeza poco después.

—Yo me encargo.

¿De qué? Ni idea. Ni me importa.

Me suelta la mano y se aleja de mí. Y yo comienzo a tener miedo. Hugo. Hugo. Miro a todas partes. ¿Y si me encuentra? No quiero que me encuentre. Busco de nuevo a Catalina; está hablando con el taxista. Le ofrece dinero a través de la ventanilla del copiloto.

Mierda. Dinero. No tengo.

¿Cómo iba a pagar al taxista? ¿Cómo iba a entrar en mi casa de Madrid? Me palpo los bolsillos. Solo llevo encima las llaves de casa, de SU casa, y mi teléfono móvil desconectado. Ha estado sonando sin control todo el día, desde que las fotos se hicieron públicas; he tenido que apagarlo. Las fotos. Hugo. Catalina vuelve. Bien. Así dejaré de pensar en él.

—Vamos.

—¿A dónde?

Catalina me contesta, me habla, pero yo no escucho apenas nada. Solo la lluvia sobre nuestras cabezas mientras corremos por el margen de los edificios para resguardarnos del temporal bajo sus tejados y tejavanas. Pisamos charcos de agua sucia y mis deportivas blancas dejan de serlo. Los pantalones me pesan y siento el pelo sobre los ojos. Ella va por delante de mí y de vez en cuando se gira para comprobar si continúo detrás. ¿Qué otra cosa puedo hacer? No tengo a dónde ir. Estoy solo. Entramos en un portal. Es todo de mármol. Nunca había estado en ningún portal en este pueblo. Miro hacia la calle después de entrar. Queda en lo alto de la cuesta. La cuesta que acabo de bajar corriendo con él detrás. No me he dado cuenta. Subimos en ascensor hasta el último piso y entramos en una vivienda. Ha dejado de llover. En la calle, no. Aquí. Pero sigo teniendo frío. Me froto los brazos desnudos mientras un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Te traeré ropa seca —me dice, internándose en un pasillo largo.

—¿Dónde estamos? —La sigo.

—En mi casa. La mía y de River.

River. Hugo. Uno me lleva al otro. Cierro los ojos. Dejo que amaine el dolor y los abro de nuevo. Me fijo en lo que me rodea mientras entramos en una habitación con una gran cama de matrimonio. Hay polvo por todas partes.

—Está sucia.

Catalina deja escapar una sonrisa.

—Lleva mucho tiempo vacía. No me lo esperaba. Por eso he venido. Si él no la quiere, yo la ocuparé. La mitad es mía.

—River vive en casa de sus padres. Lo hace desde que te fuiste el año pasado.

—Eso parece. Toma. —Me ofrece una camiseta seca y un pantalón de chándal—. Es de River.

Cojo las prendas y me desprendo al instante de mi ropa empapada. Delante de ella. Nunca me ha intimidado la desnudez. Mucho menos la mía. A Catalina parece que tampoco, porque también se cambia delante de mí. Ahora no sé qué hacer con mi ropa. Me quedo con ella en la mano porque no quiero mojar ni la cama ni el suelo.

Me la quita y sale de la habitación. La sigo. Entramos en una cocina. Mete toda la ropa en la lavadora y pulsa unos botones. Sale de la cocina. La sigo. Entramos en el salón. Es muy grande. Y los techos son muy altos. Las paredes, de color azul intenso. Me siento en el sofá y ella lo hace en la mesita de enfrente. Hundo la cabeza en mis manos, destrozado. Sin saber qué hago aquí y sin saber cómo he llegado a esta situación.

—Quédate a pasar la noche —me dice con suavidad, acariciándome el cabello—. Mañana será otro día y verás las cosas desde otro prisma. Mañana podrás hablar con Hugo.

Levanto la cabeza y miro hacia la puerta al momento. Asustado. ¿Y si lo ha llamado?

—Tranquilo —me dice cogiéndome la mano—. No va a aparecer por aquí. Estás a salvo. Se supone que esta casa está deshabitada, y yo no lo voy a llamar. Jamás llamaría a Hugo Cabana. Y menos si supiera que está sufriendo, como debe de estar haciéndolo ahora, y mi llamada pudiera calmarlo de alguna manera.

—No quiero hablar con él. Ahora mismo no es mi persona favorita del mundo.

—Mi más sincera enhorabuena. Hugo es un gilipollas. Es el mayor gilipollas al que yo he conocido en la vida. Prepotente. Engreído. Soberbio. Estúpido hasta decir basta. Cree ser mejor que nadie y no lo soporto. A la mierda con él.

Le suelto la mano al instante. Me ha quemado.

—Tampoco te pases. Hugo no es nada de eso.

Sonríe. Sonríe con intimidad. Con complicidad. Con calor. Y yo me doy cuenta del impacto que generan mis palabras. Cierro los ojos.

—Bien. Veo que hay algo que salvar. Creo que ahora podemos empezar a hablar de verdad. Aunque no me podrás negar que es un puñetero borde. ¿Qué ha pasado con él?

Bien jugado. Casi sonrío.

—Me ha traicionado.

Son solo tres palabras. Y yo tengo ganas de echarme a llorar de nuevo.

—¿Hugo? ¿A ti? Permíteme que lo dude.

La observo con curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque os he visto. Te he visto con ellos. Fueron solo unos minutos, pero suficientes. Eras uno más. Un Cabana más. Cada uno de ellos es diferente. Cinco personalidades muy dispares. Los conozco bien a todos. Hugo es el más difícil. Hermético. Distante. No deja entrar a casi nadie. Es como si tuviera un círculo de fuego a su alrededor y te incendiara cuando te acercas. Pero cuando lo apaga y te deja pasar… Cuando Hugo Cabana ama, lo hace hasta las cenizas. Entra hasta el fondo. Entra más que nadie. Y para siempre. No conozco a nadie más leal.

—Si fuera leal, no me habría traicionado. No me habría quemado. —Curiosa elección de palabras, porque eso es precisamente lo que él ha hecho: quemarme—. O quizás nunca me ha dejado entrar.

—Ya lo creo que te dejó entrar. Más que a nadie. No sé lo que te ha hecho, pero no me cabe duda de que lo ha hecho pensando en ti. Pensando para bien. Nunca para hacerte daño. No está en su naturaleza. Y lo sabes. Ahora estás cabreado con él y no piensas con claridad. Deja que pasen unas horas. Mañana volveremos a hablar.

—¿Por qué me dices todo esto?

—Mi guerra con los Cabana no tiene que ver contigo.

—Pero tienes una oportunidad de oro de hacerlo daño a Hugo.

—No quiero hacerle daño a Hugo. Solo demostrarle lo equivocado que ha estado conmigo. No sé si te has dado cuenta, pero él es el centro de esa familia. El punto que los conecta.

Imagínatelo como si fuera el Sol, con su halo de fuego; el resto de los Cabana orbitan a su alrededor. —Catalina levanta las manos y simula con una de ellas ser el sol con una órbita alrededor; mueve el dedo rodeando su puño—. Algunos más cerca que otros, pero todos siempre en torno a él, sin salirse de su órbita. Y sin quemarse. Ni el golpe de un meteorito podría apartarlos de ahí. Adrián y Priscila son los más pequeños. Son inseparables. Como un planeta y su satélite. Son los que más cerca se encuentran de él. En todos los sentidos. Siempre han andado los tres muy juntos. Adrián adora a Hugo. No podría vivir sin él, sin la luz de su sol. Y aunque pasa de todo, no pasa de sus hermanos. Y de Hugo, menos que de nadie. Su palabra es ley. Y si Adrián no vive, Priscila no vive. Luego están los mayores, River y Marcos. Ellos dos hacen equipo aparte. Están muy unidos. Mucho más de lo que la gente cree. Así ha sido desde siempre. Pero, una vez más, la palabra de Hugo es ley para ellos. Confían en él como en nadie. Y lo que Hugo hace o siente…

—A Hugo no le gustaste nunca.

—No. O casi nunca.

—Y por ende…

—No les gusté a ninguno de ellos. Bingo.

—Pero…

—Es tarde —me interrumpe. Le duele. Joder, cómo le duele hablar de ello—. Intenta dormir un poco y mañana seguimos, ¿de acuerdo? Aquí estás a salvo. Y puedes quedarte el tiempo que necesites.

—Gracias.

—Para eso está la familia. Aunque a mí me quede muy poco en ella.

Capítulo 40

Por delante y por detrás

DYLAN

Do. Re. Mi. Fa. Sol. La. Si.
Do. Re. Mi. Fa. Sol. La. Si.
Do. Re. Mi. Fa. Sol. La. Si.

Llevo toda la noche con los ojos cerrados, sin dormir, tarareándolo a él en mi cabeza. A su imagen, que no me abandona. Seis horas seguidas sin interrupción. No sé por qué, si lo he mandado todo a la mierda. Au. Mi corazón acaba de quejarse a lo grande. Qué cabrón y traicionero. Y la boca de mi estómago. Y mi garganta, que no ha dejado pasar la saliva después de las palabras «todo a la mierda». Y los ojos, que se humedecen de nuevo de lágrimas. Una puta reacción en cadena. Tal vez necesite recuperar eso de él, su sonido, para poder seguir viviendo. O, tal vez, convencerme de que esto no ha sido más que un mal sueño, o una pesadilla de las horribles, a pesar de que no he dormido.

Continúo tumbado en la cama, boca abajo, con la luz del amanecer filtrándose por los cristales de las ventanas y la palma de mi mano acariciando el espacio vacío a mi lado. A mi derecha, donde siempre está él. Siempre. Joder, siempre. ¿Qué es siempre? ¿En cualquier tiempo? Porque no SIEMPRE ha sido así. He vivido más de veintisiete años sin él, y no entiendo por qué esos ya no cuentan para nada, pero paso de darle vueltas. Porque siempre (joder, me río yo solo a causa del jodido adverbio) siempre… Siempre, ¿qué? No sé, se me ha olvidado. Supongo que Hugo siempre. Punto. Tengo que aceptarlo y vivir con ello. Tampoco creo que sea para tanto, ¿no?

La imagen no se me va de la cabeza: Hugo detrás del taxi; Hugo sonriéndome, con el pelo rubio sobre la frente; Hugo besándome; Hugo mirándome, con sus ojos del mismo color que la tormenta de ayer, y la coraza que he construido a mi alrededor, para que no me haga más daño su armonía con mi padre, lleva seis horas resquebrajándose. Y no sé qué imagen duele más. Por cada Hugo, una nueva grieta. No sé cuánto va a aguantar. Y, lo peor, no sé si quiero que aguante. Y si cae… yo caigo con ella. Caer es decirle que lo perdono y que me importa una mierda que sea amigo de mi padre. Y solo de pensarlo el dolor disminuye. Se me alivia el corazón. Qué putada, ¿no? Porque yo odio a mi padre y continúo cabreado con Hugo como nunca por ese puto motivo, y estoy dispuesto a largarme de este pueblo para siempre POR ESE PUTO MOTIVO. Au. Mierda. El corazón de nuevo. Adiós al alivio, ahora se encoge y duele. Y el adverbio otra vez. «Hugo» y «siempre» están unidos, definitivamente. Para bien o para mal. Nunca he sido yo de medias tintas. Blanco o negro. Los grises… ni siquiera sé lo que son. Y tiene gracia que un daltónico como yo hable de colores. Tiene gracia, como que me río y todo. Me llevo las manos a

los ojos. Joder, estoy fatal. La culpa es del nen… de Hugo. Todo es culpa suya. Y yo me cago en todo. ¿Por qué has tenido que joderme así? Con lo bien que me jodías hasta el día de ayer. Mierda. Borra eso.

Joder, Dylan.

Me levanto de la cama porque empiezo a desvariar; supongo que la falta de sueño y el cansancio contribuyen a la causa. Voy a la cocina. Necesito café. Mucho. Por vena. Siento los ojos hinchados y doloridos. Necesito rebajarlos. Y el puto dolor de cabeza, también. Según entro, me encuentro con Catalina apoyada en la encimera sin hacer nada, en pijama y con la mirada ausente.

—Hola —la saludo. Me quedo frente a ella sin saber qué hacer. Cruzo los brazos—. Necesito café.

—No tienes buena cara. ¿Has dormido algo?

—¿Tú?

No contesta. Sonríe sin demasiadas ganas y se gira hacia la cafetera.

—Café en marcha para los dos en cantidades industriales. —Pero se detiene de pronto. Se gira y me mira de nuevo, con las manos aún suspendidas en la pequeña cafetera italiana—. ¿O prefieres alcohol?

—¿Alcohol? —Hostias, ¿alcohol?—. ¿Alcohol de alcohol?

—Ajá.

—Joder, sí. Alcohol.

𝄞

Verdad universal: el alcohol une. Y los dramas y las desgracias, también. Compartir tus movidas con alguien y con alcohol de por medio, retroalimentándoos el uno al otro, une de por vida. Y si a eso le sumas lo intensitos que somos Cata y yo, pues más. Más que el pegamento extrafuerte. Literal.

—Baja tú a por el alcohol —le sugerí—. Yo estoy aquí de incógnito. De hecho, bebemos y me largo. Que era mi plan original.

—Tú no vas a ir a ninguna parte —me respondió muy segura—. No te habrías largado nunca de este pueblo mientras siguieras peleado con Hugo. Habrías dado media vuelta antes de llegar a Valencia. Yo solo te lo puse en bandeja.

No se lo discutí. Además, mi moto estaba aquí. No podía irme sin mi moto, aunque ya fuera más de él que mía. Aunque prácticamente cada mañana fuera a currar en ella. Aunque él la condujera mejor que yo. Sí le dije que no me lo nombrara, por mi salud mental. Catalina bajó a la calle a medio vestir y subió cinco minutos después con cuatro botellas de aguardiente. Yo pensaba que iba a ponerse a limpiar la casa y me acordé de mi pregunta de: «¿Alcohol de alcohol?»; ella me había contestado un «ajá», y, claro, el alcohol también sirve para limpiar. Quizás me estaba proponiendo una maratón de limpieza (que el piso la necesita, las cosas como son, y yo a esta chica no la conozco de nada), pero no. Era para que nos lo bebiéramos nosotros. El aguardiente. Con dos cojones. U ovarios. Y yo soy de emociones fuertes, pero, joder, creo que me dio más miedito que lo de la limpieza.

—Es lo primero que he pillado en la tienda de ultramarinos de Pepa y Aurelio. Aguardiente de orujo. No podía entretenerme demasiado con estas pintas. Yo en este pueblo tengo una reputación. O la tenía —me dijo. Y ahí tuve que darle la razón. En todo.

—Pero dame macarrones o algo por lo menos —propuse.

—¿Macarrones? ¿A las nueve de la mañana? —Oye, por el alcohol en matinales no puso objeción.

—Para hacer fondo, ¿no?

—No seas flojo.

Nos sentamos en el sofá y nos colocamos uno enfrente del otro con las piernas a lo indio y la bolsa de plástico cutre del ultramarinos entre nosotros. Curiosa situación para dos desconocidos con mucha mierda encima. Aquello iba de beber y punto, sin florituras de por medio. Abrí una de las botellas y le di el primer trago sin pensar.

—Pues entra suave, ¿no?

Cata bebió. No puso buena cara, y a mí me sacó la primera carcajada en horas.

—¿Tú crees?

—Tú dale.

Y le dio. Y yo le di. Y vomitamos después de la primera botella. Los dos. ¿Como cuando alguien bosteza y por efecto rebote el de al lado también lo hace? Pues igual. Al final no preparamos los macarrones, y creo que nos pasó factura, y mira que yo le dije lo de hacer fondo, que soy un puto experto, pero Cata es muy de a lo loco, aunque no lo parezca. Vomitar juntos y sujetarnos el pelo el uno al otro también nos unió. Comprobado empíricamente. Continuamos bebiendo, porque, entre tragar y vomitar, las imágenes de Hugo perdían fuerza y, con él, el dolor también. Era de puta madre. Casi se me había olvidado la sensación de beber hasta perder el sentido. Le di la bienvenida a lo grande. No nos duchamos después de la visita al baño. Habíamos llegado al baño, así que fue todo bastante limpio, dentro de lo que cabe. Tampoco nos duchamos después de la segunda botella. Ni de la tercera ni de la cuarta. Vamos, que dábamos mucho asco. También nos unió. Yo tenía el pelo hecho una mierda y estaba en calzoncillos sin ningún tipo de pudor. Ella llevaba un nido de cuervos en el pelo (aunque se empeñara en llamarlo «moño despeinado») e iba en bragas y una camiseta raída de River. Un cuadro. Y a eso añadámosle las pelis de Navidad que pusimos en bucle en la tele. Y más de treinta grados que había en la calle. Nos molaba el drama. La autoflagelación no es buena.

Pero también une.

Nos quedamos dormidos en el sofá en algún momento, uno contra el otro, yo con los pies cerca de su cabeza y viceversa, y volvimos a beber al despertar. Como para no hacerlo. Menuda patada que me dio Cata en todo el ojo, la tía en su infancia fue karateca o algo, y yo ya me había demostrado a mí mismo que el alcohol ahoga las penas y el dolor. Siempre. Joder, pero qué pedo más tonto nos pillamos. Así, de la nada. Luego vino el momento «conversación». Ella fue la primera en explotar; joder, lo llevaba demasiado dentro y la estaba asfixiando.

Flipé. Flipé mucho ante su historia con los Cabana.

Y me dolió, a pesar de la ingesta de alcohol; me dolió pensar que mi Hugo era el culpable de parte de su dolor. Que él era el promotor, porque River la había cagado por todo lo alto al casarse con ella por curro, pero Hugo no había ayudado no aceptándola como parte de la familia, y arrastrando al resto de sus hermanos con él. Puto Hugo. No. Borra eso.

Joder, estoy muy confundido. Y solté mucha mierda por la boca, o la balbuceé; llevábamos ya tres botellas:

—Porque lo quiero, al muy gilipollas, pero en algunos momentos es para cerrarle la puta boca con celo.

—¿Lo quieres? —me preguntó Cata al momento. Estaba al loro la tía. Yo ni me había dado cuenta de lo que había dicho.

—Solo un poco. Y se me está pasando ya.

Sí, claro. Me descojoné yo solo. A mí Hugo Cabana no se me pasaba ni con aguardiente. Me reí de mi propio chiste. Y así, en bucle.

—Cuéntame cosas bonitas de Hugo, a ver si me cae un poco mejor.

—No me jodas. Ahora no tengo nada bonito que decir de Hugo.

—No me lo creo. Venga, vamos; si no, es imposible para mí empatizar con tu novio.

—Exnovio.

—Uy, eso ha sonado mucho a Hugo. «Exfamilia» —dijo, parafraseándolo, imitando su tono de aquel día en el *pub* y añadiendo bastante retintín. Yo me partí el culo. Puto aguardiente. Luego ella también se rio.

—¿Ves como es un borde? —me preguntó entre risas y lágrimas.

—Pues tienes razón. ¡A la mierda con él!

—Vale, este no era el plan. Teníamos que hablar bien de él, no ponerlo a parir.

Pero yo me vine arriba.

—¿Sabes lo que me dijo la primera vez que nos vimos?

—¿Qué?

—Yo estaba medio desmayado después de un concierto, abrí los párpados y vi sus ojazos grises muy cerca de los míos. Fue la hostia. Le pregunté si me había muerto y estaba en el cielo. Él me dijo, literal, ¿eh?: «No estás muerto. Estás colocado».

Cata expulsó el aguardiente. Y comenzó a descojonarse. Y yo con ella, porque, a ver, tiene su gracia.

—Y aun así ligó contigo. ¡Qué máquina, el cuñado!

—Me lo dijo con ese aire que tiene él de pedante sabelotodo, ¿sabes?

—Lo veo, lo veo.

—Y luego me llamó «drogata». Y me dijo no sé qué chorradas más. Dando consejitos. Con dos cojones, el pavo. Y no se puso ni blanco.

—Tío, ¿qué coño viste en él? A pesar del polvazo obvio que tiene el muchacho.

Me descojoné de nuevo.

En realidad, habíamos llegado a un punto en que nos reíamos por todo. Que quitábamos las pelis de Navidad y poníamos unos cuantos anuncios para despejarnos y salía el de la colonia de Chanel nº5, nos reíamos. Que dábamos un trago a la botella y se nos caía el líquido por la barbilla del pedo que llevábamos, nos reíamos. Que nos hacíamos un selfi con su móvil (el mío estaba sin batería desde hacía horas) con las pintas que teníamos y nos retábamos a subirlo a las redes sociales, nos reíamos.

—Solo vi el polvazo —le dije.

—Sí, seguro. —No se lo creyó. Chica lista—. Vamos, mi duda es real: ¿qué viste en él?

—No fue lo que vi, fue lo que oí. —Y hasta ahí podía leer. Porque el dolor volvía más fuerte que nunca. Pero necesitaba averiguar algo. Quizás ella lo sabía—. Creo que somos almas gemelas. Él también lo piensa. Él me dio la idea, en realidad. ¿Tú crees que las almas gemelas pueden separarse?

No sé cómo no me rompí después de formular aquella mierda de pregunta. El aguardiente, supongo.

—Espero que no.

Nos pusimos serios, así que bebimos más alcohol, pero el efecto fue contraproducente.

—Me cuesta ver al Hugo cariñoso, en plan, cariñoso con su pareja —me dijo ella—. Nunca lo he visto.

—Me hubiera gustado enseñártelo. Es mi Hugo favorito. Y el recién levantado con la melena

de *surfero* despeinada y los ojos cerrados por el sueño. Tiene un polvazo. A veces me quedo mirándolo como un gilipollas. Luego él me besa, y yo me pierdo. Y me llama «*babe*», se lo he pegado.

—¿*Babe*? ¿Hugo Cabana? No me lo creo.

—Pues créetelo. —Y los escuché en mi cabeza. Todos sus «*babe*». En mi puta cabeza—. Dios, me quiero morir.

—Abre otra botella. María y Francisco son los mejores. —me dice Cata. Son los padres de Hugo. Son un puto lujo—. Siempre me han querido como a una hija. Me gustaría pasarme por su casa a saludar, pero no me atrevo a verlos después de marcharme y no ponerme en contacto con ellos en todo un año.

—Yo te llevaré de la mano. Son lo puto mejor.

—Mucho mejor que los hijos. Que, por cierto, tú y yo nos hemos llevado el premio gordo con el mayor y el mediano. Bueno, aunque el pequeño también tiene lo suyo. Me compadezco de a quien le toque. Pobre chica.

—¿Adri?

—Sí. Es idiota.

—Pero si es el mejor.

—*Buah*, ¿qué dices? Estás abducido. Escucha, que con Adrián tengo batallas para rato.

Nos acabamos la última botella. Bailamos en medio del salón. Cantamos. Yo canté. Creo que le canté Loquillo a tope: «El amanecer me sorprenderá, dormido y borracho en el Cadillac; junto a las palmeras luce solitario. Y dice la gente que ahora eres formal, y yo aquí borracho en el Cadillac, bajo las palmeras dulce y solitario. Y no estás tú, nene. Neneee». Ella me dijo que cantaba de puta madre, y eso que estaba borracho perdido. Cierto es que su oído no es el mejor del mundo, pero me lo creí y le dije: «Debería dedicarme a cantar». Y nos volvimos a descojonar. Caímos al suelo de la risa. Y nos quedamos dormidos. Creo. Porque no recuerdo más.

Abro el ojo y tengo que cerrarlo al instante. Hostias, qué puto dolor de cabeza y qué mal cuerpo tengo. Y putos recuerdos. Resaca, lo llaman. Hugo. Mierda. Ese no se me olvida. Y no me da tregua. Abro el ojo de nuevo y veo que, efectivamente, seguimos los dos en el suelo. Y está amaneciendo, aunque aún es de noche. ¿Se hizo ayer de noche? Sí, creo que sí. Creo que ha pasado un día entero. Joder. Me levanto como puedo, con mil gruñidos que salen por mi boca, ochocientos crujidos diferentes de mis huesos, que me duelen como nunca, y la lengua peor que una zapatilla vieja y abandonada en la calle. No me pasa ni la saliva por la garganta.

—Dy —me llama Cata. Me ha oído. Muy comprensible, dado el ruido que he hecho.

—Quiero morirme —respondo, viendo su cara de zombi y las marcas de la alfombra en su mejilla derecha. No quiero ni pensar en la mía; siento que tengo hasta un pegote de algo—. Pero que sea rápido, por favor. Te dije que nos comiéramos los macarrones.

—No hables tan alto, me mata la cabeza. ¿Qué hora es?

—Está amaneciendo.

—Te invito a desayunar. Creo que ahora mismo es lo mejor que podemos hacer.

Analizo sus palabras. Las analizo todo lo que me permiten las cuatro neuronas que me quedan a pleno rendimiento en el cerebro después del aguardiente.

—¿En la calle?

—Sí.

—Al *pub*, no.

—Claro que no —responde. Se levanta y me arrastra hasta su habitación. Vamos a nuestro

ritmo, que, oye, ni los extras de *The Walking Dead*—. Y, ya que estamos, cuando hables con los Cabana, diles que hay más bares. Aunque casi prefiero que estén siempre ahí, concentrados, y que no colonicen el resto del pueblo.

«Siempre». Recuerdo que lo utilicé mucho hace un día, con Hugo. Parece que Cata también es de utilizar ese adverbio. ¿Será cosa de los Cabana? ¿Que ellos nos incitan al «siempre»?

—Se lo diré a Marcalex.

—¿A quién?

—Marcos y Alex. Marcalex.

Mientras entramos en su habituación, Cata estalla en carcajadas (que suenan como la tos moribunda de un camionero hasta el culo de fumar). Fumar. Solo de pensarlo me dan arcadas. Ayer fumamos un rato ya hacia el final. Creo. Solo tabaco. Creo.

Entre gruñidos y quejidos, Cata comienza a sacar ropa del armario y yo pienso en el puto Hugo y en su armario lleno de bañadores de animales. Ahora que no tengo alcohol recorriendo mis venas como sangre fresca, no puedo dejar de pensar en él durante más de dos minutos seguidos.

Ha sido despertarme y Hugo, Hugo, Hugo. Es un puto suplicio.

Y cada vez que vuelve, el corazón y el estómago se quejan de nuevo. Ahora por partida doble, Hugo y el aguardiente dándose la mano y pegando patadas ahí, dentro de mi cuerpo. De lujo. Lo peor: me enternezco yo solo. Me enternezco, joder, con mi Hugo y sus bañadores. ¿Qué me ha hecho el aguardiente? Luego, me insulto. Estás enfadado, Dylan; no puedes pensar en el nene en esos términos, y no eches la culpa al alcohol ni a la resaca de mierda que llevas. Y no vale la excusa de que actúas por impulsos y que eres de mecha corta, como dice él. Esta vez, no. No te refugies en esa idea porque esto ha sido traición. Llevas más de no sé cuántas horas pensando en ello; has perdido un poco la cuenta con las botellas que te bebiste ayer, pero el asunto es el que es. Y es que te importa una mierda lo que le dijera tu padre para convencerlo. Te importa una mierda que sus valores familiares lo llevaran a creer que tenías que hablar con tu padre porque está enfermo. Porque, en primera y última instancia, no debería haber permitido que entrara en nuestro hogar. ¡En nuestro puto hogar! No debería haberle permitido explicarse. No debería haberle permitido llegar tan lejos. Yo no lo habría hecho. Cualquier cosa que lo dañara, por nimia que fuera, yo la lanzaría con fuerza al otro lado del mundo. Sin preguntar. Pero él preguntó. No debería haberlo hecho. Y mucho menos sonar como él.

Y mis perros. ¿Qué va a pasar con mis perros?

—¿Qué perros?

—¿Qué? —Regreso a mi conversación con Cata.

—¿De qué perros hablas? Has pasado de maldecir los bañadores de animales de Hugo a hablar de perros. Y a mí también me enternecería lo de los bañadores si mi cuñado me cayera bien, así que deja de fustigarte, tampoco es el gran drama. Hablando de ropa, ahí tienes la tuya, seca. La metí en la secadora. Creo. Desde luego, está limpia y seca. Es eso o que hay duendes en casa.

—¿Mi ropa?

—Sí, tu ropa de antes de ayer. Bueno, la de Hugo. La reconozco.

Me miro de arriba abajo: sigo en ropa interior. Hace calor en esta casa. Hace calor en la calle. ¿Nunca se acaba el verano en este pueblo? No sé si quiero ponerme la ropa del mediano de los Cabana. Creo que prefiero la de River. River tiene más estilo y su ropa no me duele. No tiene ropa de animales. Y no huele al nene.

—No he ido de compras.

Cata, que continuaba buscando algo en su armario, gira la cabeza y me mira raro. Arruga la frente. No la culpo; seguirme no es fácil. Y menos en nuestra situación actual. Él me seguía a la perfección. Desde el principio. Y yo debería dejar de pensar en voz alta. Cualquier día la lío a lo grande. Y en él, sobre todo, en él. Dejar de pensar en él.

—Ahora, a la ducha. Nos vestimos y vamos a despejarnos.

Me parece una idea cojonuda. Seguro que el agua y el aire fresco me quitan este dolor de cabeza y malestar general.

Al final me pongo su ropa. Soy un pringado.

𝄞

Cuando llegamos a la cafetería, está cerrada. Claro, apenas son las siete de la mañana. Esperamos los dos como tontos a que venga la dueña a abrirnos. Casi nos quedamos dormidos contra el cristal; menos mal que no pasa demasiado tiempo hasta que escuchamos el tintineo de las llaves. En cuanto nos deja pasar, me dirijo a una de las mesas vacías del fondo y me siento en la silla que más a mano me queda. En realidad, tenemos todo el bar para nosotros, obvio, pero me siento más a gusto al fondo. Me vuelvo hacia la ventana, cuatro mesas más allá, mientras Cata viene con nuestros cafés. No hemos pedido nada para comer, y no será porque no haya una barra llena de dulces, bocadillos y empanadas con un aspecto de puta madre, pero no tenemos estómago. Quizás en un rato. Me cago una vez más en el aguardiente. Deberíamos venir aquí cuando nuestras vidas no sean una puta mierda y no tengamos resaca y ponernos hasta el culo. Se lo digo. Acepta. Bien. Un tío entra y pide una copa de orujo. ¡Una puta copa de orujo a las siete de la mañana! Casi vomito. Y Cata. Oye, que nos ponemos verdes y todo. Le doy un sorbo a mi café a ver si se me pasa el mal cuerpo, pero casi lo expulso por la boca (y no porque esté caliente) cuando reconozco la figura que aparece por el ventanal. Se paraliza el bamboleo rítmico de mi corazón. Puto pueblo. «No mires. No mires», le ordeno a la figura de la calle. «Pasa de largo. ¡Pasa!». Pero mira. Él mira. Y, claro, me ve; la cafetería está vacía. Agranda los ojos. Y, al segundo, toma la decisión de entrar; lo adivino en la expresión de su rostro, a pesar de encontrarse tan lejos.

—Joder —mascullo con un resoplido—. Mierda. El que faltaba.

—¿Qué pasa?

No necesito responder a la pregunta de Cata, él llega a nosotros y el asunto queda resuelto al instante. Jaime, que, más que andar, parece que ha volado de la puerta hasta aquí, se nos planta delante con cara de mala hostia.

—¿Qué coño haces aquí con ella? Hugo está desesperado, buscándote y llamándote por teléfono sin descanso, pero no contestas. ¿Os habéis liado vosotros dos? —Nos señala con indignación, de manera alterna—. ¡Eres un gilipollas!

Si estuviera de mejor humor y con menos resaca, le diría cuatro cosas. No le explicaría que mi teléfono lleva apagado desde antes de ayer y que así está de puta madre. O que Cata me encontró en la playa a punto de pillar una pulmonía y me refugió en su casa. Que fue Hugo quien me traicionó y que ahora no debería ir de melodramático por la vida. Y que, si yo soy un gilipollas, él es un puto gilipollas integral. No. No le diría nada de eso. Le diría las cuatro cosas que tengo ahora en la punta de la lengua, bien claritas. Vale, la de que es gilipollas reconozco que es una de ellas; no le tengo ganas ni nada. Y estoy por mandarlo a la mierda y decirle que se pire ya a su casa, o a donde le dé la gana, y me deje sufrir en paz, pero, entonces, saca su teléfono del bolsillo. Y no necesito preguntarle qué se dispone a hacer, porque lo sé

perfectamente. Va a llamar a Hugo. Cómo no. A su querido Hugo.

Y a mí el corazón me late más rápido. Y quiero que venga y me vea, y verlo yo a él. Pero también quiero largarme lejos para que no me encuentre.

—Ni se te ocurra llamarlo —le advierto.

—Tú a mí no me das órdenes —contesta, pulsando el botón de llamada y colocándose el teléfono en la oreja. Capullo. Me levanto, dispuesto a liarla, pero Cata se levanta conmigo y me frena con su brazo, que sirve de barrera entre Jaime y yo.

—Vámonos a otro lado, Dylan —me sugiere con tranquilidad. Menos mal que ella la tiene, porque yo estoy de los putos nervios.

—Estáis de suerte —nos informa Jaime, guardando el teléfono en el bolsillo de nuevo—, no lo coge.

¡Ja! Jódete.

Estoy a punto de reírme en su cara solo por el hecho de que Hugo no le haya cogido el teléfono. Si Jaime fuera imprescindible para él, estaría atento a sus llamadas, ¿no? Aunque a mí tampoco me lo coge nunca a la primera. Mierda. Qué tío. Pasa del móvil.

—Tienes mala cara —le digo a Jaime con retintín mientras me siento otra vez. El corazón se me ha tranquilizado de pronto como por arte de magia. Y me río yo solo como un loco de psiquiátrico. Yo diciéndole a alguien que tiene mala cara; es para partirse—. No deberías. Deberías estar contento. ¿No querías a Hugo? Ahora es todo para ti. Te lo cedo.

Cata me reprende con la mirada: «Te has pasado». Ya sé que me he pasado, joder, pero es que este chico me saca de mis casillas. Y solo de pensar que Hugo rehaga su vida con él o con cualquier otro… Me entran escalofríos y todo. Creo que me moriría del dolor.

Jaime también me reprende con la mirada. Me la suda. Entonces, coge una silla de la mesa de al lado y se sienta entre nosotros dos. Eso no me la suda. ¿Qué coño hace? Lárgate ya.

—No estoy contento, no. Hugo lo está pasando mal, y yo quiero a Hugo.

—Eso no hace falta que lo jures —le suelto con desdén.

—No lo quiero de esa manera que estás pensando.

—Ya, claro.

—O ya casi no.

—¿Casi? —pregunto, levantando una ceja. Anda, no me toques la moral.

—¿Y esta escenita de celos, Dylan? No te pega nada. No después de mandar a la mierda a Hugo y liarte con esta.

Hace un gesto desdeñoso hacia Catalina que me molesta la hostia.

—Tengo nombre —escupe Cata.

—No nos hemos liado —aclaro yo a la vez. O, bueno, sí. Nos hemos liado que lo flipas a beber aguardiente con el estómago vacío. Como que ahora estamos los dos para sentarnos en un banco y ver la vida pasar. No digo más.

—Permitidme dudarlo. No lo de que tienes nombre. Ese lo conozco, Berenguer. Lo que dudo es lo de que no os habéis liado.

—Claro, hombre —añado yo—, duda lo que te dé la gana. Como si nos importara. De hecho, ¿sabes qué? Hemos estado toda la noche follando. Por delante y por detrás. A tope. ¿Y no se supone que a ti Cata te caía bien?

—Tú lo has dicho: «caía bien». Sus últimas acciones han desequilibrado la balanza. Y, desde luego, la pinta de no haber dormido en toda la noche, la lleváis bien. Las ojeras os llegan hasta el suelo y tenéis los ojos inyectados en sangre. ¿Os habéis metido algo?

Ya ves. Algo.

—Vete y cuéntaselo a Hugo. Y no te dejes nada.

—¿Quieres que te haga el favor de tu vida? —me pregunta, ignorando mis últimas palabras —. Y no lo voy a hacer por ti, que conste. Lo voy a hacer por él.

—No, no quiero. Quiero que te largues y me dejes tranquilo. Es por allí. —Le señalo la puerta y chasqueo la lengua. Yo hoy no estoy para esto.

—Lo haré de todas formas. La estás cagando con Hugo, Dylan. Te estás equivocando.

—¿Yo la estoy cagando? —No puedo evitar saltar—. Tócate los pies. Yo no he hecho otra cosa más que…

—¿Qué?

Eso. ¿Qué? Pues nada. A este, nada.

—Como si te lo fuera a decir a ti.

—Hugo es una de las mejores personas que conozco.

Catalina bufa a nuestro lado. Los dos la miramos.

—Tampoco te pases. Es bastante intensito el niñato —le dice a Jaime. Después, me mira a mí poniendo cara de buena. Jaime la ignora. Yo casi sonrío.

—Solo me he enterado por encima de lo que ha pasado entre vosotros. —De puta madre. Otro minipunto para Hugo Cabana. Me encanta que este tipo esté al tanto de mis intimidades con mi exnovio y con mi expadre—. Pero puedo asegurarte que él jamás haría nada para dañarte a propósito. Solo pretendía que te reconciliaras con una parte de tu vida. Que no tuvieras nada de lo que arrepentirte en el futuro. En un futuro más que cercano, por lo que tengo entendido. Hugo es muy familiar.

Me revienta que hable de Hugo, de MI Hugo, con esa confianza. Como si lo conociera mejor que yo. Como si entendiera nuestra situación mejor que yo. Me revienta mucho, joder. Y exploto.

—No me digas cómo es Hugo porque lo conozco mejor que tú —comienzo, con voz de ultratumba—. Mejor que a la palma de mi mano, y me la miro mucho. Lo conozco de una manera en que tú jamás lo harás por mucho que te esfuerces. ¿Tú sabes que Hugo es familiar? Felicidades, Jaime. ¿Quieres que te dé un atisbo de la información que nunca llegarás a catar? Yo sé cuándo está a punto de llamar a su madre o a uno de sus hermanos; te podría decir hasta a qué hermano, y tiene cuatro, antes de que coja el puto móvil. Sé cuándo va a abrir el grupo de WhatsApp para hablar con ellos y cuándo lo va a cerrar. Cuándo vamos a ir a comer a casa de sus padres y cuándo no. Cuándo va a venir a desayunar al *pub* con nosotros y cuándo no. Porque me sé sus rutinas, entradas y salidas casi mejor que las mías. Y conozco sus expresiones, cada gesto de su cara y lo que dicen todas sus miradas, aunque no mire hacia ninguna parte. He contado las pecas en torno a su nariz y sé incluso la distancia que hay entre ellas. Podría seguir con los lunares de todo su cuerpo; me los sé mejor que el puto abecedario, y eso que tiene más que letras el abecedario, pero no me apetece una mierda hablar de ellos contigo.

»También sé que es diestro de mano y pie, diestro acérrimo, pero los platos de cuchara los come con la mano izquierda. ¿A que no te habías dado cuenta? —Su mutismo responde por sí solo—. Es incapaz de dormir boca arriba y se levanta dos de cada tres noches, medio sonámbulo, para ir al baño a mear. No enciende ni la luz. Si duerme en el lado izquierdo de la cama se siente desubicado, igual que si lo sientas a la izquierda en la mesa. Siempre cambia de lugar. Le crece el pelo a la velocidad de la luz, y las uñas de los pies y las manos, más rápido aún. Le jode la vida salir de casa sin ducharse y sin tomarse un café rápido de la cafetera de su cocina, aunque nunca lo reconocerá. Y, hasta ayer por la tarde, sonaba como una puta escala diatónica completa. Así que, por última vez, a mí no me digas cómo es Hugo Cabana, porque no tienes material ni

para empezar a hablar.

¡Qué bien sienta descargarse! ¡Hostia ya! Dejo caer la espalda en el respaldo de la silla y cruzo los brazos. Jaime me mira sin emitir palabra. Y le brillan los ojos. Desconozco el motivo, pero le brillan. Si fueran los del nene, sabría el motivo, pero ¿de este? Ni puta idea. Oye, ni me importa.

—¿Y qué coño haces aquí sin cogerle el teléfono? —pregunta por fin.

Chasqueo la lengua y meneo la cabeza como única respuesta. El movimiento me irrita. Au. Y duele.

—Mira —continúa—. Yo la cagué a lo grande con él. Fui de guay. De despegado. ¿Sabes por qué? Porque él me encantaba. Me volvía loco, y yo no quería volverme loco por nadie porque no estaba en ese momento de mi vida. Vivía en Boston, y enamorarme de Hugo Cabana no era una opción. El problema fue que llevaba colado por él desde que venía a visitar a su hermana a casa. El chico es muy mono, ¿puedes culparme? ¿Eh? —Hago un gesto con la mano como respuesta. A mí me viene a decir si es mono o no lo es. Hay que joderse. En cualquier caso, aquí nadie ha puesto en entredicho el aspecto físico de Hugo Cabana—. Y, al estar tan juntos en el mismo pueblo durante un puto verano entero, un día de borrachera me lancé. Nos liamos, pero yo manejé las cosas fatal. Y me voy a arrepentir toda la vida, porque por el camino lo perdí. Luego te cruzaste tú y las cosas se fueron todavía más a la mierda. Te eché la culpa. Te odié. Pero os he observado estos últimos meses y he visto lo que tenéis, que ni de lejos era lo que teníamos él y yo. Que ni de lejos lo hubiéramos tenido, porque tú tienes razón. Y él la tenía cuando me lo dijo hace meses: él y yo, no. Así de simple. Hugo y yo, no. Pero él y tú, sí. Hugo te ama con locura, Dylan. Eres una de las personas más importantes de su vida, y creo que tú también lo quieres a él de la misma manera. Creo que esas ojeras que arrastras son por él y no porque te hayas follado a su cuñada. —Cata bufa de nuevo—. No hagas el gilipollas, tío. Yo lo hice, y no me dio una segunda oportunidad. Ni siquiera para estrellarnos. A ti te va a dar millones de oportunidades, porque eres su persona especial, pero ¿para qué vas a perder el tiempo? Disfruta de él cuanto puedas. Es un regalo. Estar enfadado no merece la pena. Aunque tengas razón. Porque, repito, él jamás te hará daño a propósito.

No le contesto.

Me quedo pensando en lo que ha dicho, o no en lo que ha dicho en sí, sino en que, por mucho que me reviente, este chico es un buen tío. Y, para ser sincero, tampoco me revienta tanto. Lo veía venir desde tiempo atrás. Lo de que me cae bien, me refiero. Suena como un elefante en una cacharrería, pero es que a mí los elefantes no me disgustan. Ni en una cacharrería ni en la selva ni en ninguna parte. Voy a decirle algo, pero su teléfono comienza a sonar. Y mi corazón enloquece de nuevo. Hugo.

—Es Priscila —nos dice, mirando la pantalla.

Joder. Vuelvo a respirar.

Cata y yo cruzamos un par de miradas mientras habla con Pris, pero los dos nos sobresaltamos a causa del grito repentino de Jaime.

—¿¿Qué?? Pero ¿estás bien? Ay, joder. Joder. Joder. Joder. Tranquila, Cabana. Va a salir todo de puta madre, ¿me oyes? Voy para allí. Joder, voy volando.

—¿Qué pasa? —preguntamos Cata y yo a la vez en cuanto cuelga.

—Pris está de parto. Está muy nerviosa. Joder, estaba llorando de puro dolor. Dice que el bebé viene ya y todavía estaban en el puto coche llegando al hospital. Esto es la hostia. La puta hostia. Pasó todo el día de ayer con contracciones, yendo al hospital cada poco, y en todas las ocasiones le decían que estaba muy verde, que aún faltaba y que se quedara en casa tranquila. ¡Y

ahora va a parir en el puto coche! Dios. Me voy pitando.

Se levanta con estrépito, provocando que la silla chirríe de manera muy desagradable para mi pobre cabeza, y nosotros lo hacemos detrás de él.

—Te llevo yo —le dice Cata—; hemos venido en coche. Lo tengo ahí fuera.

—¿Tú estás para conducir? —le pregunto. Que una cosa es venir de su casa aquí y otra, ir hasta un puto hospital por la carretera.

—Sí —me asegura.

Asiento.

—Gracias —nos dice Jaime.

—Vamos.

Arrancamos hacia la salida y colisionamos en la puerta con dos chicas. Siento la tensión de Cata y Jaime y el intercambio de miradas al instante. La altivez de ellas.

—¿Qué ha pasado ahí? —pregunto de camino al coche.

—Esas eran las pelirrojas de Alex y Pris.

—No jodas.

Sé quiénes son las pelirrojas de Alex y Pris, pero no me las había encontrado nunca. Ya no deben de andar por los mismos ambientes que los Cabana. Vamos, que ya no van al *pub*.

—Pues sí —responde Jaime—. Espero que algún día el karma les dé lo que se merecen.

𝄞

—¿Priscila Cabana? —le pregunto a la señora del mostrador de Urgencias, donde hay un jaleo de puta madre. Y no es lo que mejor le viene a mi cabeza. Jaime está histérico perdido; ahora mismo es imposible que se comunique con nadie de manera racional. Ha caído la granizada del siglo mientras veníamos, se ha formado la caravana del siglo siguiente y hemos tardado la hostia en llegar, como dos siglos más de lo normal. Priscila y Alex hace rato que no contestan al teléfono. Hasta yo estoy preocupado—. Ha ingresado hace poco a punto de…

—Sí —me interrumpe—, la chica que casi da a luz en el coche. Como para olvidar su nombre. Ha faltado poco.

—¿Está bien?

—Sí, los dos están perfectamente. Hoy saldrán en las noticias. El niño ha nacido ahí mismo. —Señala con el dedo un espacio justo detrás de mí. Miro hacia atrás. Vale, de ahí todo el jaleo que hay aquí. Jaime ha perdido el color de su cara, y eso que estaba morenito. A Cata se la ve nerviosa de verdad. La agarro de la mano con fuerza. Esta de mi lado no se mueve. Tiene todo el derecho del mundo a estar aquí.

—¿Dónde están ahora?

—Los han subido a la habitación. Es la —mira la pantalla de su ordenador— 205.

Me doy media vuelta y nos dirigimos los tres con premura al ascensor. Tranquilizo a Jaime por el camino: la madre y el bebé están bien, pero a este chico no hay quien lo temple. Adora a Priscila y está sufriendo. Coge aire antes de llegar a la habitación y pasa sin llamar.

—¡Pris!

Cata y yo entramos detrás de él. No hay demasiada luz; las persianas se encuentran a media altura y el silencio es hasta intimidante. Yo sonrío antes de atravesar el corto pasillo y verlos. Porque para mí el silencio no existe. Y el bebé, aunque no esté llorando, suena. Y lo hace de puta madre. Es un Cabana. No tengo duda de que también es un St. Claire, pero, definitivamente, es un Cabana. Suena como ellos.

—Hola —saludamos Cata y yo al encontrarnos con la estampa. Alex tiene a su hijo en brazos y mira a su mujer, que descansa medio recostada en la cama. Jaime ya está encima de ella. Es una de las imágenes más bonitas que he visto en mi vida. Es uno de los sonidos más bonitos que he escuchado en mi vida. Y a mí se me va casi toda la resaca de golpe.

—Hola —nos responde Alex, confundido, muy confundido, pero sin dejar de sonreír.

—Yo he traído a Jaime en coche. Hemos coincidido de casualidad cuando ha pasado todo —le explica Cata antes de nada. Me da pena. Creo que se siente fuera de lugar.

Alex sonríe a la vez que asiente con la cabeza. Creo que si le contáramos que hemos venido en una nave espacial que ha aparecido en el fondo del mar, al lado de su casa, actuaría de la misma manera. Está borracho de felicidad.

—Yo… —balbuceo para justificar mi entrada estelar, pero me quedo en blanco. Increíble. Lo sé.

—¿Quieres cogerlo? —me pregunta entonces Priscila. Jaime continúa abrazándola.

—¿Qué?

¿Es a mí?

—Cógelo —me insiste.

Alex viene hacia mí y me pone al bebé en brazos, con muchísimo cuidado. Joder. ¡Joder! Es más pequeño de lo que me imaginaba. Más pequeño que los que se ven en la tele. Es un recién nacido. Apenas tiene minutos de vida. Joder. Es increíble. Lo agarro con fuerza, pero no con demasiada, no vaya a aplastarlo, y me impregno de su olor, un olor hasta ahora desconocido para mí. Lo miro a la cara. Está dormido. Y es perfecto. Lo han hecho perfecto. Puta naturaleza. Me flipa. Estoy a punto de decírselo a sus padres, pero…

—Álvaro —le explica Priscila a su hijo, interrumpiéndome, como si el niño pudiera escucharla—, ese es tu tío Dylan. Dile hola.

«Tío Dylan». Me emociono. Me emociono y… Apenas me da tiempo a interiorizar el significado de sus palabras, porque la puerta de la habitación se abre de pronto. Y sé que es él antes de que llegue a mí. Sé que es él aunque me encuentre de espaldas. Porque el corazón me bombea a toda velocidad. Porque el cuerpo entero me vibra con su sola presencia. Un cuerpo que es incapaz de darse la vuelta. Porque necesito que él hable primero. Necesito escucharlo y comprobar una cosa.

—Hola.

Sol. Sol. Sol. Sol. No. Ese no es él. Es Adrián. No es la voz de Adrián la que necesito ahora. Es la de Hugo. «Habla. Di algo, por favor», le ruego, a pesar de que continúo de espaldas a él. Pero no emite palabra. Parece haberse quedado mudo de repente. Cruzo una mirada atormentada con Priscila y Jaime. Ambos me instan a que me dé la vuelta y lo mire. Como si fuera así de fácil. Suspiro por lo bajo y lo hago. Me giro. Lo hago sin escucharlo primero.

El impacto es sobrecogedor. Está ahí de pie, quieto, paralizado, mirándome con tantas emociones a la vez que no me siento capaz de describirlas. Pero se las devuelvo todas. Y lo escucho. Escucho su sonido antes de que abra la boca. Es el de siempre. Joder, es el sonido de siempre. Pues claro que es el de siempre, me reprendo. Porque, de pronto, lo entiendo todo. Entiendo que no era su sonido el que se había apagado, o desaparecido; era yo, solo yo, el que lo veía todo negro. Mi padre me obnubiló. Me anuló. Mi padre siempre me nubla, me cierra la mente, me vuelve loco y provoca que pierda la capacidad de razonar. Y yo pagué toda mi frustración y rabia con él. Con lo mejor que me ha pasado en la vida. Con lo que más quiero en la vida. Porque el quid de la cuestión no es que Hugo Cabana me haya entrado por los ojos o que me guste hasta decir basta; el quid de la cuestión es que estoy totalmente enamorado de él.

Y no era él el que no sonaba; era la puta mancha de mi padre la que lo cubría todo. Solo me ha hecho falta mirarlo una vez, lejos de la presencia de mi padre, para darme cuenta.

Le doy un repaso de arriba abajo. Me muero por tocarlo por todas partes. Por abrazarlo. Parece estar bien, si sacamos de la ecuación las ojeras que él también luce en la cara. Aunque tiene la mejilla derecha manchada de negro. Y las manos. ¿Por qué? Me fijo en Adrián. También está manchado y tiene las mismas ojeras. Pero ¿qué coño han estado hacien…?

—Hola —susurra entonces. Y es tan perfecto. Do. Re. Mi. Fa. Sol. La. Si. Do. Y el colgante que le regalé le sobresale por el cuello de la camiseta. Se me inhiben todos los pensamientos de golpe. Y hay siete personas en esta habitación, ocho, contando al bebe, pero yo sé que me lo ha dicho a mí. Solo a mí. Sus ojos no se separan de los míos; solo lo justo para contemplar al niño que aún llevo en mis brazos. A su sobrino. Se emociona. Hugo se emociona. Lo veo. Lo escucho.

La habitación comienza a llenarse de otros sonidos, de todos ellos interactuando. Adrián se acerca a mí y me sonríe con complicidad. Yo le paso al niño con cuidado. Es el hijo de la niña de sus ojos. De su satélite. Jaime y él discuten un poco por ello. Jaime también quiere cogerlo. Adrián no se lo da. Priscila sonríe. Hasta Alex sonríe; bueno, en realidad, no ha dejado de hacerlo. Hugo continúa sin moverse. Yo pronuncio un refrán, me sale de la nada; lo digo mal, como siempre, y él no sonríe. El nene no sonríe. NO SONRÍE. Él siempre sonríe cuando me equivoco. Joder. ¿Y si no quiere saber nada de mí? ¿Y si no va a darme mil oportunidades, como ha asegurado Jaime? Se me fue mucho la olla con él. ¿Y ahora qué hago?

Capítulo 41

Mediterráneo

Cuando entro en la habitación del hospital de mi hermana, lo último que espero encontrarme es lo que llevo buscando con desespero más de treinta y seis horas sin interrupción: a Dylan. Se halla de espaldas, pero un solo vistazo a su figura es suficiente para reconocerlo y que el cuerpo entero y la mente se me alteren. Y tenía pensados mil argumentos que decirle cuando por fin lo encontrara, pero ahora me he quedado en blanco. Y tenía pensadas tres mil maneras diferentes de estrecharlo entre mis brazos para no soltarlo jamás y que no se me escapara de nuevo, pero ahora me he quedado inmóvil.

Estoy asustado. Creo que eso lo resume todo.

He pasado las peores treinta y seis horas de mi vida. Y gran parte de mi familia las ha pasado conmigo. A Adrián lo llamé, un tanto enajenado, en cuanto perdí de vista el taxi en que se marchaba Dylan, y desde entonces no se ha apartado de mí ni un solo segundo. La noticia de la bronca con mi novio saltó de Adrián a Priscila, de Priscila a Alex, de Alex a Marcos y de Marcos a River. Siempre en el mismo orden. Mi madre me llamó horas después. No tengo ni idea de cómo se enteró, no sé cuál de mis hermanos le dio el chivatazo. Tampoco me importa. Ni Adrián ni yo hemos dormido, y ninguno de los dos hemos dejado de llamar por teléfono a Dylan. Pero él nunca contestó; el teléfono estaba apagado. Y la preocupación crecía. Y la certeza de que lo había perdido para siempre. Quise morirme. Y por eso estoy asustado. Porque sigo asustado por ese motivo. Y yo pensando que no había nada peor que tenerlo lejos sin saber dónde estaba; es infinitamente más duro tenerlo así de cerca, como lo tengo ahora, y no ser capaz de acercarme a él. O no atreverme a hacerlo por miedo a su rechazo absoluto. Creo que algo así acabaría conmigo.

Lo miro de arriba abajo: sus piernas, su cintura, su espalda, su cabello. La barba de dos días que luce. No se ha afeitado. Está guapo. Al menos, la preocupación por su salud se me ha quitado de golpe. Parece estar bien. Ya me lo ha asegurado River hace un momento por teléfono, que se encontraba en perfecto estado; me ha llamado para decirme justo eso, eso y que aún estaba en el pueblo; ni idea de cómo lo ha sabido, pero tenía razón. Y, a pesar del terror, el impulso de agarrarlo por detrás, abrazarlo y olerlo es tan fuerte que tengo que hacer un esfuerzo titánico para no lanzarme. Y aún lleva mi ropa puesta. No entiendo por qué esa chorrada provoca que me palpite el corazón aún más.

Sé el momento exacto en que Dylan va a girarse. Y a mí, el corazón me da un vuelco un segundo antes de que lo haga y sus ojos por fin se crucen con los míos. Retiro la vista, me concentro en su nariz y en la barba. No me atrevo a aguantarle la mirada, me acojona lo que me puedan decir sus ojos: que no me perdona, que lo nuestro se acabó. No estoy preparado. Más tarde. Sí sé una cosa al instante: Dylan tiene una resaca de las épicas, además de un cansancio

extremo. Quiero abrazarlo. Tumbarme en el sofá del fondo de la habitación y que se duerma y descanse con su pierna encima de mi cadera.

Su imagen con mi sobrino en brazos es sobrecogedora. Y no me puedo creer que esté aquí con nosotros. Porque, joder, ¡tengo un sobrino! Lo miro y me parece lo más bonito que hay en el mundo. ¿Y en brazos de Dylan? Se te va toda la olla. Es una imagen perfecta, y la retendré en mi cabeza hasta el último día de mi vida. Solo espero que esta no sea la última vez que Dylan sujeta a nuestro sobrino entre sus brazos. Necesito hablar con él, necesito que me conceda unos pocos segundos de su tiempo y que me permita decirle todo lo que quiero decirle. Venga, Hugo, échale un par de huevos y díselo.

Vale, allá voy.

—Hola. —De puta madre, campeón. ¿Eso es lo único que te sale? Y ni siquiera lo has dicho en voz alta. Te ha salido como un susurro.

Entonces las personas que nos rodean comienzan a moverse y a hablar todas a la vez. Adrián coge al bebé de los brazos de Dylan y creo que Jaime se queja. No estoy seguro. No escucho sus voces, no escucho nada, ni siquiera a Dylan, que creo que también apostilla algo, pero yo solo puedo pensar en lo que tengo que decirle. En que me estoy muriendo por dentro.

Me voy a volver a lanzar, pero se escucha movimiento al otro lado de la puerta. Se abre de pronto y aparecen los dos hermanos que faltaban, Marcos y River. Hemos salido de casa casi a la vez cuando nos ha llamado Alex para avisarnos de que venían de camino al hospital (bueno, Adrián y yo no estábamos en casa), pero nos ha pillado un atasco descomunal a causa de la tormenta y hemos llegado tardísimo. Mis dos hermanos mayores vienen con sendas sonrisas, hasta que ven el panorama y se les corta de raíz.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta River con acritud.

Sigo el rumbo de sus ojos hasta el otro lado de la habitación, cerca de la ventana. Me sobresalto. Joder. Catalina. Ni la había visto. ¿Qué hace aquí? No tiene buena cara. De hecho, creo que jamás la había visto sin peinar y desmaquillada. Tampoco va muy bien vestida, y es raro en ella; siempre va como un puto pincel. Y preveo que se va a armar. Cuando Cata y River se encuentran en la misma habitación, lo más probable es que se arme; suelen discutir o largarse a follar. En ocasiones, las dos cosas simultáneamente. O así era, al menos, hasta que Cata le pidió el divorcio. Me temo que hoy va a ser más lo de discutir: la cara de River lo dice todo.

—Necesito hablar contigo —le expongo a Dylan antes de que esto explote. El silencio que se hace en la sala es sobrenatural. Como si todos estuvieran atentos a nosotros dos. No. «Como», no. Todos están atentos a nosotros dos.

—Vale —acepta él, no demasiado seguro—, ¿me das una hora? Necesito… necesito una hora. O dos. Mejor dos.

Por un momento pienso que va a salir huyendo y no me va a dar la oportunidad de hablar con él. Y me duele la hostia que seamos él y yo y, a la vez, no seamos él y yo. Nunca pensé que dejaríamos de ser juntos, pero aquí estamos, mirándonos como dos putos desconocidos. No nos reconozco. Hace cuarenta y ocho horas estábamos remoloneando en la cama, con su cuerpo encima del mío y su lengua dentro de mi boca, y ahora… Arrugo la frente. ¿En serio necesita tiempo para hablar conmigo? No te desmayes, Hugo; aunque esto pinte así de mal, no te desmayes. Bueno, por lo menos estoy en un hospital.

—Vale, dos horas —acepto. Qué remedio—. Quedamos enfrente de la heladería de yogures.

Donde me regalaste el colgante.

—¿Enfrente? —me pregunta confuso. Asiento—. Pero enfrente no hay nada. Solo… —se lo piensa durante un rato. Su cabeza resacosa, a pleno rendimiento. Por dentro se está cagando en

su resaca también. Lo veo— la acera. Solo hay una acera vacía enfrente.

—Eso es. Quedamos en la acera. En dos horas.

—Eh… vale. Me voy. Tengo cosas que hacer.

¡No!, estoy a punto de gritarle. No te vayas. Acabo de encontrarte y ni de coña me he saciado de tu presencia.

—Voy contigo —añade mi cuñada. ¿Qué? Regreso a ella. Pero ¿esta qué hace aquí?

—¿Os lo habéis pasado bien esta noche, chicos?

No entiendo la pregunta de River. Por un momento creo que nos lo dice a Adrián y a mí, por lo que hemos hecho, pero no nos mira a nosotros. Los mira a ellos dos. A Dylan y Catalina. ¿Se refiere a ellos? ¿Y por qué coño Dylan y Cata van juntos en una misma frase? No entiendo nada. Los dos miran a Jaime con censura, como echándole la bronca, no sé por qué. Él les devuelve la mirada y niega con la cabeza. «Yo no he sido», susurra.

—He visto tus *stories* de Instagram —le dice entonces River a su mujer—. Las fotos y los vídeos. Salís los dos muy guapos. Muy favorecidos, dadas las circunstancias. Os esperaba menos enteros a esas horas de la mañana, la verdad.

¿*Stories*? ¿Instagram? ¿Ellos dos? ¿Es una puta broma? Dirijo mi mirada a ambos, que se miran entre sí. También se les ha ido el poco color que les quedaba en la cara. No se lo esperaban. Joder. No es una puta broma. ¿Qué has hecho, Dylan? ¿Cómo se te ocurre liarla en redes sociales siendo un personaje jodidamente público? Estoy por decirle algo, pero una risita me desvía de mis propósitos. Me giro hacia el sonido, que procede de mi izquierda. Ha sido Marcos, y está conteniéndose para no reír más. River lo condena con los ojos.

—¿Qué has hecho? —le pregunto a Dylan sin poder evitarlo.

—No tengo ni puta idea, pero, por si acaso, es mejor que tú no las veas, por lo que te haya podido tocar —me dice Dylan en confidencia, acercándose a mí en cuatro pasos de los suyos. Acercándose demasiado a mí, porque hasta siento su aliento en mi oído. Y mi intención era preguntarle más, y asegurarle que claro que voy a verlas, pero su cercanía me desarma—. Hazme caso.

Asiento como un gilipollas.

—Pues nosotros nos vamos —añade.

—Ey, no tienes que irte. —Adrián lo sujeta del brazo con cariño, sin soltar al bebé.

—Tengo que hacer algo. Pero antes… —Dylan se acerca a la cama y al oído de mi hermana. Comienza a cantar, a cantar en susurros que todos escuchamos, porque el silencio se ha apropiado del ambiente—. «Perfumes y un gran coche, regalos en tu honor. Préstale tu encanto, regálale tu amor. Muévete, muévete y te irá bien. Pero pronto acabará, y entre oro sonreirás. Hasta que descubras que el futuro no vendrá a la barra de este hotel. Porque esta vez se fue con él».

Creo que incluso se me empañan los ojos a causa de la emoción y el momentazo que Dylan nos acaba de regalar; se me empañan a mí y al resto de personas que hay en esta habitación. Es una de las canciones de Duncan Dhu favoritas de mi hermana, de toda la vida. Dylan le da un beso en la mejilla a Priscila y viene de nuevo hacia mí. O no hacia mí, sino hacia la salida.

Se marcha.

—Cuidado, Dylan —le dice River antes de que se vaya del todo.

—Cuidado, ¿con qué?

—¿Sabes que lo más probable es que ella —señala a su mujer, que está al lado de Dylan— haya sido la que ha avisado a la prensa de que estabas aquí con mi hermano? Es mucha casualidad, ¿no? Aparece en el pueblo, te reconoce, y Hugo y tú salís en los periódicos poco

después.

Jo-der. Me quedo sin palabras. Y sin pensamientos. Jo-der.

—Vete a la mierda —escupe Catalina para, a continuación, abandonar la habitación con un portazo.

Dylan niega con la cabeza y se aproxima a mi hermano.

—Cómo te pasas, Riv —le dice—. Cata no ha sido.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Y me va a encantar verte de rodillas a sus pies.

—No cuentes con ello.

Dylan se aproxima más a River, lo agarra con suavidad por el cabello y le da un beso en la frente.

—¡Suerte, machote! La vas a necesitar.

Lo veo salir y pienso que anda que no vive gente en el pueblo, que él tiene que hacerse íntimo de la exmujer de mi hermano.

—¿Qué han hecho estos dos, aparte de pillarse un pedo de campeonato? —pregunta Adrián.

—Eso —confirma Marcos sin dejar de reír—. Pillarse un pedo de campeonato.

—No tiene gracia —lo reprende River.

—Yo creo que sí. Y es la primera vez que tu mujer me hace reír a carcajadas.

—Yo quiero ver esas *stories* —añade Adrián.

—Pero ¿cuánto me he perdido en las horas que he estado de parto? —nos pregunta Priscila a todos.

—La hostia de cosas —le decimos al unísono.

Me encamino al pequeño sofá, cerca de Alex, y me siento en él. Era eso o caerme redondo al suelo. Y no es plan. Apoyo la cabeza entre las manos y suspiro. Vale. Tengo dos horas para elaborar mi estrategia, aunque, en realidad, no tengo mucho que pensar. El plan ya estaba en marcha antes de que Alex nos llamara. La única diferencia es que, en lugar de enseñárselo al mundo entero, se lo voy a enseñar solo a él. Desde luego, es mucho mejor que el plan original. Pero, entonces, ¿por qué no dejo de temblar? Alex se acerca a mí y me revuelve el cabello. Mis padres entran en la habitación y… comienza el caos.

𝄞

Llego al punto de encuentro mucho antes de lo esperado. Creo que he salido con demasiado tiempo del hospital; los nervios me podían. Doy vueltas en círculos sobre la acera, sobre la pintada que hemos hecho esta noche Adrián y yo, y que ya se ha secado, contando los minutos para que den las dos horas y mordiéndome las uñas en el proceso. Voy por la séptima uña cuando lo veo aparecer al fondo de la calle. La respiración se me atasca y otra vez estoy a punto de caerme al suelo. Se acerca a mí ligero, pero eso no significa nada porque Dylan siempre camina rápido por culpa de la guindilla que tiene en el trasero.

Me doy cuenta del momento exacto en que se fija en las palabras gigantes, escritas con pintura negra, debajo de mis pies. Se detiene, sorprendido, y yo me retiro para que pueda leerlas bien. Para que no le quede ninguna duda. Me tiemblan las piernas, me tiembla todo el cuerpo, joder.

—¿Qué es eso? —me pregunta, impactado—. ¿Has… has sido tú?

—Sí —contesto con orgullo, sin que me tiemble la voz. Un milagro—. Adrián me ha ayudado.

—¿Cuándo? —susurra.

—¿Cuándo lo he escrito o desde cuándo podría haberlo escrito? —Dylan no me contesta, continúa impactado, y yo no sé si eso es bueno o malo. Me decanto por responder a ambas cuestiones—: Lo he escrito esta madrugada. Hemos ido al taller de Adrián y hemos cogido pintura negra permanente; no quería que se borrara con la lluvia. No sabía nada de ti, no sabía dónde estabas, y, conociéndote, podía ser a mil kilómetros de distancia o en la jodida calle de al lado. Siempre dices que no actúo por impulsos y que no cometo locuras. Y yo necesitaba comunicarme contigo allá donde estuvieras, así que pensé que con esto mataría dos pájaros de un tiro. Llamaría a la prensa para que lo grabaran, lo emitieran en la televisión y en los periódicos y que llegara de alguna manera a tus ojos u oídos, y a la vez me la jugaba a que me metieran en el calabozo por destrozo de la vía pública. Creo que todavía pueden arrestarme; me la juego por estar aquí, en la escena del crimen, pero no tiemblo por eso. Tiemblo por ti, por la intensidad de lo que está aquí pintado, y que podía haber escrito hace meses.

TE QUIERO, DYLAN

Eso es lo que pone. Y bien grande, como mis sentimientos hacia él. Me desinflo una vez que lo he soltado todo. Me desinflo y me siento mareado; mi cuerpo es gelatina y, en verdad, estoy a punto de caer desplomado. Dylan, anonadado, alterna la mirada entre la pintura del suelo y mi rostro. Una y otra vez. No reacciona. Y yo necesito que reaccione de una puta vez, para bien o para mal, pero que reaccione.

—Pensaba que ibas a dejarme —me dice por fin, de nuevo en susurros.

—¿Qué?

¿Dejarlo yo a él? ¿Dejarlo YO a ÉL? Pero ¿estamos locos?

—Por eso todo este plan.

—¿Qué plan?

—Mi plan para reconquistarte, el que me ha costado dos horas llevar a cabo. Pensaba que te habías cansado de los truenos en mi cabeza y de mí. He comprado una casa. Por eso necesitaba las dos horas. He ido a una de las mil inmobiliarias que hay en este pueblo, a la primera que he encontrado, y he comprado una casa. He entrado y había un chico detrás de una mesa; le he dicho que quería una casa y me ha enseñado un montón de casas en un montón de catálogos. Ha sido muy simpático. He visto millones de casas, pero ninguna me decía nada. En ninguna nos veía a ti, a mí y a nuestros cachorros, que ya no son tan cachorros, por cierto. ¿Y cómo están ellos? El otro día se me fue la mano. Mi padre es mi puto talón de Aquiles, y al verlo contigo casi me da algo. Lo siento. No me lo esperaba y no estaba preparado para el choque. Después, tú te pusiste de su lado y yo me volví loco, porque mi padre me vuelve loco, y no en el buen sentido. En el malo. En el pésimo. Me descontrolo y no razono. Y lo pagué contigo. Pero prometo controlarme desde ahora. No voy a volver a dudar nunca de ti, porque vuelves a sonar como la escala diatónica más perfecta de la Historia de la música y…

—¿Has comprado una casa de un catálogo? —lo interrumpo. Por primera vez no me he quedado con su última frase. Me he quedado atascado en la parte de la casa.

—Ah, sí, que me he ido, ¡joder! Al final la he encontrado. Es perfecta, pero no nos la dan hasta dentro de unos meses. Luego he ido a nuestra casa, a la nueva no, a la antigua, a por mis papeles. A enseñarte en lo que he estado trabajando en los últimos seis meses. He compuesto un

disco. He desafiado las reglas de la armonía, tal y como te dije que quería hacer, ¿lo recuerdas? —dentro de todo el caos que nos rodea, asiento con la cabeza. ¿Cómo no voy a acordarme de aquel momento? Fue cuando me di cuenta de que Dylan era un genio de la música—, y lo he logrado, y ha quedado de puta madre. No es *rock* alternativo, es una especie de pop raro. Creo que soy yo. Yo soy pop raro. Y no pienso disfrazarme más para subir a un escenario. Estas son las canciones que lo componen. —Alza los papeles que lleva en la mano. Yo ni siquiera me había dado cuenta de que los llevaba. Ahora los reconozco. Son los que, hasta esta madrugada, cuando me he ido de casa, andaban dispersados por el salón—. Eres tú. Cada una de ellas eres tú. Tú y lo que iba descubriendo de ti mientras las componía en el sofá de casa. Dieciséis rasgos de ti y de tu personalidad. *Esos ojos grises*. —Dylan me tiende uno de los papeles. Son los garabatos musicales de siempre, pero ahora, debajo de los garabatos, aparece la letra de una canción que lleva por título *Esos ojos grises*. Comienza a pasarme todas las hojas, a la vez que pronuncia en voz alta los títulos, y yo no doy crédito a lo que veo y oigo—. *De Alicante. Rubio. ¡Nene! Escala diatónica. El mediano de todos ellos. El rey del patinete. Héroe*. *Despacito. Mediterráneo*. Este será el título del disco también. Eres tú en estado puro —me dice. Y yo estoy a punto de deshacerme en pedazos—. *Todo es por ti. Zombi*. *Surf ya nunca será solo una palabra. Pandora*. *París.* Y, para el final, *El chico de la última fila*. Y tú me quieres. Eso no es ningún título. Es lo que pone bajo tus pies.

Tengo todos los papeles en la mano, los sujeto con fuerza; puede que yo me caiga redondo, pero estos no los dejo caer ni de coña.

—Sí —susurro. Ahora es a mí al que le cuesta reaccionar.

—Yo te adoro —continúa, sin darme tiempo a nada—. Te quiero como no he querido en mi vida y te querré más allá de mi vida. Porque yo no esperaba nada de esa vida… Yo… yo no buscaba nada, *babe*, pero lo he encontrado todo.

Si pudiera sentir mi corazón, me daría cuenta de los incesantes vuelcos, o de la velocidad a la que late ahora mismo, pero no puedo concentrarme en las sensaciones de mi cuerpo: solo puedo mirar a Dylan y pensar que está demasiado lejos de mí. Por eso me lanzo a por él como un puto desesperado. Y él se lanza a por mí en el mismo estado e instante, y nos encontramos a medio camino, o nuestras bocas, ávidas de nosotros, se encuentran a medio camino. Es tan fuerte el arrebato que caemos al suelo. Nada podría importarme menos; además, lo hemos hecho abrazados. Yo he caído encima de él y le meto la lengua hasta el fondo, pero siento que no llego lo suficientemente dentro. Necesito más. Mucho más. Necesito tomarlo entero.

—Vámonos a casa —digo sobre su boca.

—¿A casa? —responde casi en falsete. Dios, me lo como entero—. Ni loco. De aquí no nos movemos. De hecho, nos vamos a quedar a vivir en esta acera, sobre tus palabras.

Sonrío y coloco mis manos a ambos lados de su cabeza. Enredo los dedos en su pelo. Por fin están en casa. Lo miro a los ojos.

—Te las pintaré en las paredes, si quieres. En todas las paredes.

—Hecho. Así no se verán las pisadas de los perros. Oye, ha tenido que ser un subidón de adrenalina para ti hacer esto en plena calle. Si no lo veo, no lo creo, *babe*. El pluscuamperfecto de mi novio pintando en la vía pública. Espero que Adrián lo haya grabado en vídeo.

—Calla, no me lo recuerdes, que yo lo más arriesgado que había hecho era colarme en la piscina de mi cuñado, y mejor vámonos antes de que nos vea la policía y me arresten.

De momento, varias personas pasan por la calle; estamos muy cerca de la playa y ya es mediodía. Nos esquivan y cuchichean a nuestro lado. Normal: hay dos tíos tumbados uno encima del otro en el suelo. Es cuestión de tiempo que aparezca la poli, y yo tengo cara de culpable, me

la veo.

—Iremos juntos a la cárcel. De la mano. No pienso separarme nunca de ti. O sí, pero va a ser temporal, te juro que va a ser temporal y que encontraremos la manera de arreglarlo. Por eso, en parte, he comprado la casa. A partir de ahora mi residencia habitual es en este pueblo, contigo, y hoy mismo me empadrono. Tengo un contrato firmado con la discográfica, no puedo cancelarlo porque me piden una puta millonada; te aseguro que, de poder hacerlo, los mandaría a la mierda, pero no puedo. Me tengo que ir a Madrid a presentar el disco y comenzar toda la mierda de la grabación, no puedo hacerlo desde aquí. Pero vendré todos los fines de semana a verte.

—Y yo iré a verte a ti a donde sea. Cojo el coche y me planto en Madrid en pocas horas. Y cuando te vayas de gira, iré en avión, en tren o en patinete. ¿Cuánto dura una gira?

—Pasará rápido, te lo prometo. Y funcionará. Claro que funcionará. Nosotros haremos que funcione.

—Por supuesto que lo haremos. Y, Dy.

—¿Qué?

—Tienes que hablar con tu padre.

Me pongo serio.

El asunto es serio. No sé dónde está ahora el padre de Dylan, pero no creo que ande lejos. El día de la bronca fue Marcos quien acudió a la clínica a cerrarla. Él aún continuaba allí, en la puerta. Esperándonos, supongo. O yo qué sé. Dylan suspira antes de hablar.

—Ya lo sé. Y lo haré. Te prometo que lo haré.

—Yo voy a estar ahí, contigo, para todo lo que necesites. —le sonrío—. Y, ahora, vámonos a casa.

—Espera, primero necesito preguntarte algo. Y me da igual la respuesta que me des: será algo con lo que tendremos que lidiar tú y yo, y discutiremos por ello. Estoy seguro, porque esta vez tú no tienes razón, pero no voy a dejar ni de quererte un ápice ni de admirarte como persona. Solo necesito saberlo.

—¿Qué pasa?

—Es algo que no me ha quedado claro en todas vuestras conversaciones Cabana. Un cabo suelto.

—¿De qué hablas?

—¿Tú desde cuándo sabías que River se había casado con Cata para investigar a su padre?

Joder. No me lo puedo creer.

—Joder, Dylan. ¿Cómo me sacas esto en plena calle? ¿Te das cuenta de la magnitud del asunto? Esto no es un juego: mi hermano se arriesga mucho y nosotros no deberíamos saberlo.

—¿Desde cuándo? —insiste.

Se lo confieso porque confío en él más que en nadie.

—Desde el día de la no-boda de Marcos.

—¿Qué? —me pregunta con sorpresa—. Pero eso fue hace solo un año. Yo pensaba… Cata…

¿¿Cata??

—Ni se te ocurra hablar de esto con Catalina Berenguer —le advierto muy serio—. ¿Dylan? Prométemelo. Me importa una mierda que ahora sea tu mejor amiga del alma. Esto se escapa de nuestro control. ¿Dylan?

—No le diré nada. Te lo prometo —me asegura, besándome en la boca.

—No hables con ella de este asunto.

Dylan tuerce el morro, y sé exactamente lo que significa. Que ya lo ha hablado con ella.

Joooder.

—Un poco tarde para eso —admite.

—¡Joder, Dylan! —exclamo con fastidio.

—Oye, ¿tengo que recordarte lo que has escrito debajo de mi culo y que esto es una reconciliación?

—No quiero hablar de Catalina.

—Concedido. Pero en el futuro, en nuestra casa, saldrá el tema de tu comportamiento con ella. Tengo que decirte cuatro cosas al respecto, tío borde.

—Te estoy esperando, guapito de cara.

—Tú quieres guerra.

—Yo contigo lo quiero todo.

Nos besamos, y Dylan gira nuestros cuerpos de tal manera que yo quedo boca arriba y él, encima de mí. Estoy a punto de cerrar los ojos y perderme en el beso, pero por el rabillo del ojo veo a un tipo que se acerca a nosotros vestido de uniforme. De puta madre. Si es que lo sabía.

—¿Señores? —nos dice.

Dylan se despega de mi boca y, desde su posición sobre mí, mira al policía.

—No hemos sido nosotros los de la pintura —le explica—, pero no hemos podido evitar aprovechar la coyuntura.

El poli cruza los brazos y arquea una ceja hacia Dylan. Yo me cago en todo y arqueo una ceja hacia Dylan. Dylan pone su mejor cara de niño bueno.

Joder, mi vida con él va a ser toda una aventura.

La más increíble de las aventuras.

Estoy deseando empezar.

Epílogo

Un año después

Separo los párpados, abriendo los ojos por completo, e intento estirarme, o revolverme de alguna manera, pero soy incapaz: un cuerpo pesado sobre el mío me lo impide. Me siento desubicado en esos primeros instantes tras despertar; todo es nuevo, todo lo que me rodea me resulta desconocido, hasta que reconozco el rostro del chico que duerme de manera plácida y despreocupada en la cama. O sobre mi abdomen desnudo. Sonrío de pura felicidad y acaricio con suavidad varios mechones de su pelo; no quiero despertarlo.

Ayer por la noche, muy tarde, fui a recogerlo al aeropuerto y lo traje en coche a nuestra nueva casa. Se quedó dormido en el asiento del copiloto, mirándome con sus ojazos verde azulados, cerrándolos al mismo tiempo que yo bajaba el volumen de la radio del coche, y hasta ahora. De eso han pasado ya nueve horas, nueve horas seguidas durmiendo en esta cama nueva para nosotros; está realmente agotado.

Cama nueva. Casa nueva.

Miro alrededor y veo la cantidad de cajas que nos rodean; apenas me ha dado tiempo en los últimos días a sacar y colocarlo imprescindible. Lo único que reconozco de la casa anterior es la foto en la mesita al lado de Dylan. Es una foto mía deslizándome por una pared con el patinete. Recuerdo que la tomó River cuando yo tenía quince años; adquirí una velocidad de escándalo y logré patinar por la pared durante unos segundos. La tenía mi madre guardada en casa, y en cuanto Dylan la vio, se la adjudicó y la colocó en su mesilla de noche. Sé que le encanta, y por eso fue de lo primero que saqué de las cajas: para que se sintiera en casa.

La casa es nuestra desde hace tiempo, pero no hemos podido mudarnos antes; no encontrábamos el momento. El padre de Dy falleció hace unos meses, fue un golpe duro para él, mucho más de lo que se esperaba. Habló con él en varias ocasiones antes de que sucediera, no llegaron a convertirse en padre e hijo, pero la relación comenzaba a ser cordial. Comenzaba… El caso es que hace unas semanas por fin nos hemos decidido con la mudanza. Yo he venido de avanzadilla mientras él pasaba un par de días en Madrid haciendo gestiones. He traído todas mis cosas con la ayuda de mis hermanos y he recibido a los camiones de la mudanza que Dylan ha contratado en Madrid.

Tenemos dos días antes de que vuelva a marcharse. Cada vez se me hace más cuesta arriba estar lejos de él y que no podamos vivir como una pareja normal. Cada vez llevo peor que tengamos que separarnos cada dos por tres. Ha sido un año muy duro; nos hemos visto más de lo que preveíamos, pero no es suficiente. Nunca es suficiente. Yo me he pasado el año entero cogiendo el coche para ir a toda hostia a Madrid cuando ya no aguantaba más, y los últimos siete

meses, desde que comenzó la gira, subiéndome a aviones de un lado para otro por toda la jodida península y parte de Europa. Y Dylan, más de lo mismo. He asistido, desde detrás del escenario, a casi todos los conciertos que ha dado hasta ahora, y hemos hecho el amor en veintitrés ciudades diferentes: Madrid. Salamanca. Murcia. Valencia. Barcelona. Sevilla. Málaga. Bilbao. Londres. Roma. París. Berlín. Valladolid. Málaga. Gijón. Santander. Palma de Mallorca. Chiclana de la Frontera. Alicante. Tarragona. Santa Cruz de Tenerife. Las Palmas de Gran Canaria. Puerto del Rosario. Y las que quedan todavía: Guadalajara (México). Ciudad de México. Granada. Zaragoza. A Coruña. Madrid.

El orden es exacto. Sí, me lo sé de memoria. Dos meses aún de puta madre que nos esperan por delante. Nótese la ironía. Y, después, vuelta a empezar.

Suspiro. Tres veces.

Me muevo con cuidado de no despertar a Dy, lo alejo de mi cuerpo y abandono la cama. Bajo las escaleras y voy a la cocina a prepararme un café; ayer rescaté la cafetera de una de las cajas y la puse en marcha. Los perros bajan conmigo; les sirvo el desayuno y les dejo abierta la puerta del jardín. Están como locos, inspeccionando cada rincón de la casa nueva. Una vez que tengo el café preparado, cojo el móvil para ver si he recibido algún mensaje importante desde ayer y me dirijo a las cristaleras que van del suelo al techo del salón y que dan acceso a la terraza. Una terraza de casi cien metros cuadrados. Dylan no tiene ningún tipo de control. Sobre nada.

Mis compañeros de Madrid me han escrito. Los leo mientras me empapo del sonido del mar bajo los cimientos de mi casa.

Edu:

Chicos, toca quedada, ¿no? Hace año y medio que no nos vemos. ¿A dónde vamos este año?

Cierto. En parte ha sido culpa mía.

He estado demasiado ocupado como para quedar, y ellos no han insistido antes porque no han querido hacerlo sin mí. Conocen mi situación de sobra. La mía y la de Dylan. Les mandé un audio de dos minutos unos días después de que saliéramos en las noticias como pareja y de nuestra reconciliación en el suelo del pueblo, explicándoles lo mío con él. Dos minutos. Eso para mí fue la hostia, creo que nunca había mandado un audio tan largo por el móvil, pero se lo debía. Eso sí, a partir de ese audio… como que le pillé el gusto para hacerlo con Dylan. Quizás fue la necesidad que nos impuso la distancia física. No sé. Pero de los audios al cibersexo…, un paso. Ahora somos adictos. A los audios. Bueno, al cibersexo también. Skype nos ha abierto un montón de posibilidades.

Eli:

¿Hugo? ¿Cómo lo ves? Me apetece veros.

Hugo:

Tíos, estoy a tope. No tengo ni un fin de semana libre.

Lo siento.

Edu:

Podríamos vernos en un concierto en Madrid. Un tal Dylan Carbonell toca dentro de poco. ;)

Marta:

¡Chicos!

Marta, Martita. Con ella hablé por teléfono poco después del audio de los dos minutos. Sentía que se lo debía más que a los otros. Se alegró muchísimo por nosotros. También me propuso un trío. No sé si iba de coña o no, pero le colgué el teléfono.

Marta:

Por mí, a todo que sí, pero las entradas se agotaron un minuto después de salir a la venta.

Así fue. En cuanto el primer sencillo de Dylan, *Mediterráneo*, comenzó a sonar por la radio, la gente se volvió loca. El cambio fue un acierto. La nueva música de Dy sorprendió a más no poder más, pero gustó. Lleva meses en el número uno y no hay quien lo desbanque. Las entradas para todos sus conciertos se agotaron minutos después de que salieran a la venta.

Eli:

Bueno, pero tenemos enchufe, ¿no?

Uno trifásico, además.

Sonrío.

Hugo:

Veré lo que puedo hacer.

La música procedente del salón me sobresalta. Me giro y advierto que Dylan ya se ha despertado. Lo primero que hace cuando se despierta es poner música a todo volumen. Siempre. A no ser que me tenga a mí a tiro y me folle antes. Entonces pone la música después. O entre medias.

Entro en casa y veo que está agachado en el suelo, enredando en las cajas, buscando algo. La canción que suena en la radio la identifico enseguida. Frank Sinatra. *Can´t Take My Eyes off You*.

—¿Qué buscas?

—¡Esto!

Dylan saca un micrófono de una de las cajas. Tiene como veinte. No se cansa nunca de cantar. De pronto, la voz de Sinatra calla y la melodía de la parte más pegadiza lo envuelve todo; Dylan comienza a bailar al ritmo de esta, con sus pasos sensuales y absolutamente perfectos. Se sube al sofá de un salto y los perros lo hacen con él; han venido corriendo en cuanto han escuchado la música. Dylan se lleva el micrófono a la boca hasta rozarlo con sus labios (está apagado, pero le encanta hacer el paripé) y baila mientras canta, así como está, en calzoncillos y

con el pelo alborotado. Y qué bueno está. A mí se me va toda la olla… y la polla.

—*I love you baby, and if it's quite all right. I need you baby, to warm my lonely night. I love you, baby, trust in me when I say. Oh, pretty baby, don't bring me down I pray, oh, pretty baby now that I found you stay, and let me love you baby, let me love you*.

Me descojono de la risa. Dylan baja del sofá, manda el micrófono a Cuenca y me coge de la mano y la cintura. Me da tiempo de milagro a dejar el café y el móvil sobre la mesa al lado del sofá; comenzamos a bailar, moviéndonos por el salón, dando vueltas, mientras él continúa cantándome al oído:

—*I love you baby, and if it's quite all right. I need you baby*.

No llegamos muy lejos. Caemos en el sofá con él encima de mí. Y no de casualidad: este lo buscaba. Y yo que me he dejado, claro.

—Buenos días —me dice, besándome en la boca—. Quería darte la bienvenida a nuestro nuevo hogar como Dios manda.

—Tú siempre a lo grande. Y yo preparando café.

—Me encanta tu café. Tiene tu toque.

Me río y jugueteo con su pelo. Mi toque, dice. ¡Qué zalamero es! Acerco su rostro al mío y nos besamos en la boca mientras la canción termina. Saco la lengua y comienzo a saborearlo. Le muerdo el labio inferior. Lo aprisiono entre los míos. Lo absorbo.

Mi móvil empieza a sonar. Dylan gruñe de frustración, igual que si le hubiera quitado un trozo de tarta que estaba a punto de meterse en la boca.

—Voy a apagar ese trasto —dice a la vez que se incorpora y lo coge. Lee y comienza a escribir a toda velocidad. Hasta que suelta una carcajada—. Joder, siempre me pillan.

¿Qué habrá hecho ahora?

—Trae aquí.

Le quito el teléfono de las manos y leo los últimos mensajes en el grupo de mis hermanos.

Riv:

Quedada en mi casa en un par de horas. ¿Venís a comer? Tengo novedades.

Marco Polo:

Voy.

Adri:

Voy.

Pris:

Vamos.

Hugo (Dylan):

Nosotros, ni de coña. Dylan acaba de llegar y no pienso desaprovechar el tiempo en tu casa. Pero mañana quedamos para desayunar en el pub. ;)

Riv:

Hola, Dy.

Marco Polo:

Hola, Dy.

Adri:

Hola, Dy. ¿Qué tal el viaje de vuelta?

Pris:

Hola, Dy.

Hugo (Dylan):

Mierda. ¿Qué me ha delatado?

Adri:

Una vez más, cada palabra que sale de tu boca, o, en este caso, cada letra que sale de tus manos. El guiño tampoco ha ayudado. Tíos, ¿DEFCON 3 de una vez por todas?

¿Otra vez quieren echarme?

—Apágalo. Ya —me dice Dylan, arrebatándome el teléfono.

Eso hago. Lo apago y lo tiro al suelo, tal cual.

Hoy no pienso moverme de este sofá. Ni voy a dejar que Dy se mueva de encima de mi cuerpo; quiero (necesito) sentir su peso durante horas.

El locutor del programa matutino nos da los buenos días de fondo y nos presenta la canción que van a pinchar a continuación. Sorpresa. Dylan Carbonell. Dejamos de besarnos y ambos miramos hacia la radio.

—Tuvimos el placer de hablar con Dylan Carbonell unos instantes antes del concierto. Nos encantó su nuevo estilo casual, totalmente alejado del *rock* que solía vestir y en armonía con su nueva música, de vaqueros y camiseta blanca con el dibujo de un dinosaurio. Lo vimos muy auténtico. Nos encanta este chico. Esto fue lo que nos dijo. —Cambia el sonido de fondo y se nota que introducen una nueva grabación—. *Mediterráneo* es tu mejor sencillo hasta el momento, Dylan. Lleva meses en el número uno. ¿Cuál crees que es el secreto? ¿Te inspiraste en algún lugar del mar Mediterráneo? Cuéntanos.

—No. —La voz de Dylan resuena por la estancia—. No es un lugar. Es una persona.

Y su música lo inunda todo de repente. Esa canción que he escuchado millones de veces y que no me cansaré nunca de escuchar: *Mediterráneo*. Es una suerte que lo tenga justo encima de mí, porque me lo voy a comer entero. El problema cuando me pasan estas cosas es que la mayoría de las veces él no está encima de mí. Ni siquiera está en la misma ciudad que yo. Mi mirada se ensombrece sin que pueda hacer nada para evitarlo.

—Ey, *babe* —me dice. Lo ha notado—. ¿Qué ha pasado?

Ha pasado que hasta aquí hemos llegado. Que no es que se me haga cuesta arriba, es que he llegado al fondo de la cuesta. Ya no puedo subir más. Llevo tiempo dándole vueltas a una idea y acabo de decidirme. Esto no es vida, joder. Esta no es la vida que quiero vivir. Ya me da igual todo. Mi trabajo y todo. Lo recuperaré en un futuro. Hay tiempo para ello, y ahora solo quiero estar con él y ser partícipe de cada paso que da en su carrera. Está atravesando un momento increíble y no quiero perdérmelo.

—No puedo más —sentencio, con la decisión cada vez más firme—. Se acabó. Lo he pensado y no me separo más de ti. Voy a contratar a Luis a jornada completa y que se ocupe él de la clínica. —Luis es un chaval recién licenciado, muy bueno en lo suyo, al que contraté hace poco para que me cubriera en mis viajes. Entre mi nueva secretaria y él…—. —. Yo supervisaré lo que pueda. Ya volveré.

—Guau. Espera, fiera. —Me da un beso breve en los labios—. Tengo que comentarte algo. Te lo iba a decir más tarde, pero te has adelantado.

—¿Qué pasa?

—Lo dejo. Lo dejo yo.

—¿El qué?

—La música.

—¿Qué? —No. No. No. Ni de coña, vamos. Me incorporo en el sofá y lo miro con seriedad —. ¿Estás loco? No puedes dejarlo. La música es tu vida.

Dylan vuelve a tumbarme y se sienta sobre mis caderas; enreda sus manos en mi pelo. Sonríe y me mira como nadie me ha mirado antes. Con un puto amor infinito.

—Sí, la música es mi vida. Y acabo de tener música contigo hace dos minutos mientras bailábamos por el salón. Yo no necesito grabar discos y subirme a un escenario ante miles de personas. Necesito tener música contigo mientras bailamos por el salón. O en la ducha. O en la cama. O en la calle. Donde sea. A diario.

—Pero…

—He hablado con la discográfica —me interrumpe—. Por eso tuve que irme con urgencia a Madrid el otro día. Me queda un año de contrato, pero les he dicho que o aceptan mis nuevas condiciones o acabo con ellos el año que viene. Mi nuevo disco lo está petando y no son tontos, *babe*. Han aceptado. ¿Sabes la habitación que hay en la segunda planta, al fondo? —Asiento—. La voy a insonorizar. Y será mi estudio de grabación. Lo voy a hacer todo desde aquí. Desde nuestro hogar. Sacaré sencillos a mi ritmo, cuando me venga algo. Sin obligarme. Y daré los conciertos que me dé la gana, sin giras preestablecidas. ¿Que me apetece organizar un concierto en el pueblo de la noche a la mañana? Pues lo hago. ¿Que tú y yo nos vamos de viaje y veo un escenario y me apetece subirme y cantar para la gente que pase por allí? Pues me subo. Llamemos «escenario» a cualquier superficie plana donde pueda subirme. Mientras tanto, cuidaré de ti y de nuestros pequeños. He firmado por cinco años más. Ayer mismo. Pero después de esos cinco años, se acabó para siempre. Iré por libre del todo.

Me quedo sin palabras. Sin reacción. Simplemente, no acabo de creérmelo.

—¿En serio está pasando esto?

—Sí. —Dylan vuelve a besarme. Y no deja de acariciarme el cabello—. Solo tenemos que aguantar dos meses más. En cuanto acabe la gira…, soy todo tuyo. Eso sí, vas a tener que mantenerme, *babe*. —Río. Sí, seguro…—. Oye, ¿te he dicho lo guapo que estás con el pelo corto?

—No. Ayer estabas tan cansado que no te diste cuenta de que me lo había cortado.

—Claro que me di cuenta. Yo me doy cuenta hasta de cuando te quitas un pelo de la ceja. Solo te estaba admirando en silencio. Estás guapo. Guapísimo. Eres el tío más guapo que he visto en mi vida.

Sonrío y parafraseo aquello que me dijo la primera vez que nos vimos.

—¿He muerto y estoy en el cielo?

—No estás muerto. Estás colocado.

Cierto.

Colocado de puto amor.
Y de por puta vida.

Epílogo 2

Diez años después

El padre de Alexander St. Claire acaba de jubilarse. Sí, es un hecho. Abandona el diario vespertino a sus setenta y dos años. Casi nada. Para celebrarlo, la familia al completo se ha apelotonado en la vivienda de los St. Claire para comer y brindar por la buena nueva. Y la palabra «familia» hace muchos años que se ha extendido hasta los escandalosos vecinos de la casa de enfrente: los Cabana al completo.

Acuden los padres Cabana, Francisco y María, con sus cinco hijos, River, Marcos, Hugo, Adrián y Priscila, de mayor a menor.

Comen todos juntos en el jardín de los padres de Alex (a pesar de estar en noviembre, el tiempo acompaña, dada la ola de calor que azota la zona) en dos mesas grandes de madera con manteles amarillos de hilo fino, copas de cristal, tacitas de plástico rosas y azules y servilletas de papel caracterizadas con los dibujos animados favoritos de los más pequeños. Brindan, se carcajean, juegan a las cartas, corren por el jardín, disfrutan del día y pasan las horas los unos en compañía de los otros.

En realidad, es como si fuera un domingo cualquiera. Un domingo en familia. Solo hay una diferencia, y es que, como buenos y orgullosos habitantes del pueblo alicantino que son, deciden rematar la celebración subiendo todos, o casi todos, al Peñón. Es una idea de Marcos que todos secundan.

Los padres de Alex, los más longevos, se quedan cuidando de los más pequeños, de los que no pueden subir al Peñón debido a su temprana edad. El resto se arma de ropa cómoda en la casa de enfrente, de zapatillas deportivas, de mochilas, de más comida y bebida, y se pone en marcha. Hacen el recorrido entre risas y recuerdos y, una vez arriba, disfrutan de las vistas y de la sensación de libertad absoluta.

—Oye, enano —le pregunta Marcos a su sobrino Álvaro—, ¿cuándo me vas a dejar ir a verte nadar al club? Me muero por veros juntos a tu padre y a ti.

—Nunca, tío Marcos.

—¿Por qué?

—Porque vas a avergonzarme.

—¿Quién? ¿Yo? ¡No será verdad!

—Pero qué listo es mi niño mayor —lo anima su tío Adrián, palmeándole la espalda—. Dale duro a Marco Polo, ¡di que sí!

—Sí, tú, que nos conocemos, tío Marcos —le dice el niño—. No se me olvida lo que pasó la noche de San Juan.

—¿Qué te puedo decir? Te vi ahí, tan igualito a tu padre, metiéndole fichas a esa niña, como él hizo con tu madre, y…

—¡No le estaba metiendo fichas! —se queja el niño.

—Vamos, Alvarito…

—¿Cómo va a meter fichas a nadie con once años? —pregunta su madre.

—Ay, Priscila, pero qué inocente eres. ¡Alex! ¿A que el niño metía fichas?

—Yo no digo nada… —le contesta el cuñado, reprimiendo una sonrisa.

—Mamón…

—¡María! —escuchan todos de repente.

Se giran hacia la voz y se encuentran con su tía y toda su prole. Porque si María y Francisco tuvieron cuatro hijos y una hija, el hermano pequeño de Francisco y cuñado de María tuvo cuatro hijas y un hijo: Paula, Eva, Carlota, Ariadna y Tomás, de mayor a menor.

Los nuevos se acercan al grupo y comienzan a repartirse besos a diestro y siniestro entre las familias. Suelen verse a menudo, aunque no todos juntos, pero los besos nunca faltan.

Se mezclan entre sí y comentan la casualidad de encontrarse todos allí arriba. María le explica a la mujer de su cuñado que vienen de celebrar la jubilación del padre de Alex. La mujer del cuñado, a su vez, le señala que han aprovechado que Ariadna está de visita en el pueblo por su cumpleaños (vive en Edimburgo por cuestiones de trabajo) para hacer actividades en familia.

Y allí han coincidido todos.

Pero hay algo nuevo en ese grupo, en el de los primos, o, más bien, alguien nuevo. Alguien que, a simple vista, llama la atención.

—¿Quién es el moreno con pinta de *rockero* perdonavidas que está con Ariadna? —pregunta Adrián a sus hermanos. Nunca le pasa nada desapercibido.

—Un «algo» de tu prima —responde su madre, a quien le ha dado tiempo hasta de cotillear un poco con la madre de su sobrina.

—¿Un «algo»? —pregunta Hugo.

—Sí, un «algo» escocés —añade.

—¿Un amiguito? —expresa River con guasa.

—¿Amiguito? —farfulla Priscila—. Ariadna tiene veintiocho años, creo que podemos llamarlo ligue.

—¿Ariadna se ha liado con un *rockero*?

—Creo que es abogado.

—¿Abogado? ¿Ese? ¡Ni de coña!

—Es lo que me ha dicho vuestra tía.

—Hasta con la ropa de deporte que lleva puesta tiene pinta de *rockero*.

—Ya te digo. Tiene más pinta de *rockero* que tú en tu época de *rockero* —le dice Marcos a su cuñado Dylan.

Tanto Dylan como Hugo le sacan el dedo corazón como respuesta. Marcos, juguetón, les guiña un ojo a los dos tórtolos. Para esos dos no pasan los años.

—Pues vamos a que nos lo presente —continúa Marcos.

—Sí, vamos —acepta River.

Dylan y Hugo observan el cruce de saludos sin perder detalle y se ríen a la vez cuando advierten que el chico con pinta de *rockero* gana la partida a Marc y Riv. Después, su prima y él se van a una roca en busca de un poco de intimidad y Hugo no puede evitar recordar algo, porque esa roca… ¡esa roca!… Si ellos supieran lo que pasó allí…

Hugo y Dylan subieron al Peñón un fin de semana que Dylan estuaba de visita en el pueblo justo antes de que comenzara la grabación de su nuevo disco: Mediterráneo. *A Dylan le encantaba subir al Peñón y Hugo no solía decirle que no a casi nada, a pesar de que hacía un tiempo horrible ese día. Había niebla y estaba a punto de ponerse a llover. Cuando llegaron a la cima, estaban solos. Admiraron las vistas y… Dylan se puso tontorrón, porque sus mejores vistas eran las de Hugo Cabana. Lo miró de arriba abajo y se detuvo más de lo políticamente correcto en su trasero.*

Hugo sacaba una foto con su móvil a las nubes, que tan cerca tenían, y Dylan le metió, con disimulo, la mano por debajo de la camiseta y la sudadera. No. Mentira. Sin disimulo. Y de ahí, bajó a los pantalones.

—Dy. ¡Estate quieto!

—¿Por qué?

—Porque me calientas y estamos aquí arriba.

—¿Y?

—Y no pienso follar aquí arriba.

En ese momento, Dylan ya supo que tenía la partida ganada. Y la entrepierna de Hugo, también.

—¿Follar? Joder, ¡qué buena idea!

—¿Estás loco? ¡Ni lo pienses! ¡Puede aparecer cualquiera!

Hugo no pudo decir más. Dylan le arrebató el teléfono de las manos y se lo guardó en el bolsillo. A continuación, se lanzó a su boca y comenzó a devorarlo. Le puso las manos en el trasero y acercó sus caderas hasta que ambas erecciones se tocaron. Dylan se volvió loco y Hugo se olvidó de dónde estaban. Dylan se lo llevó a su terreno y lo obligó a agacharse y sentarse entre unas rocas, apoyando su espalda en la piedra; se sentó encima de sus caderas y siguieron besándose. Dylan abrió los ojos y contempló la expresión de pura lujuria de Hugo.

—Joder, me vuelves loco —dijo en un sonido ahogado.

De ahí a que se bajaran los pantalones y Dylan se dejara caer sobre la erección de Hugo, no pasó demasiado tiempo. Y mientras Hugo ardía en llamas y gemía descontrolado contra los labios de Dylan, que vibraban, empujaba hacia arriba. Y mientras Dylan ardía en llamas y gemía descontrolado contra los labios de Hugo, que vibraban, se movía hacia abajo. Un segundo antes de culminar, ambos escucharon voces a sus espaldas: un grupo de visitantes acababa de llegar. No impidió que se corrieran de manera espectacular: nada ni nadie podría haberlos detenido. Después, Dylan se echó hacia atrás y se tumbó en el suelo, arrastrando a Hugo y colocándolo encima de él.

—¡Tápame la cara! —lo urgió.

—¡¿La cara?! —Hugo se estaba cagando en todo—. Tápame el culo y la polla, joder.

Se subieron a toda prisa los pantalones y, cuando los visitantes pasaron por su lado, solo vieron a dos chicos, uno debajo de otro, al cual no se le veía la cara, más o menos vestidos, temblando. El de abajo temblaba. Se estaba desternillando de la risa. El de arriba, después de soltar dos mil maldiciones por la boca, también acabó riendo.

Hugo vuelve al presente. Y siente cómo el cuerpo de Dylan, detrás de él, reacciona de pronto. Sonríe. Se está acordando de lo mismo. De una manera u otra, siempre les pasa cuando suben al Peñón.

Francisco y María comienzan a sacar las bebidas y los bocadillos de las mochilas y miran a sus hijos con orgullo.

A River, que está en pie, con los brazos cruzados y un pie encima de una roca, todavía riéndose de su hermano Marcos a causa del pulso perdido con el *rockero*.

A Marcos, sentado en el suelo, en el centro del corro, que se tapa los oídos con las manos en un intento de ignorar las pullas de sus hermanos.

A Hugo, sentado en la roca con el pie de River al lado y su marido, Dylan, abrazándolo por detrás; se descojona de la risa y secunda todo lo que dicen sus hermanos en contra de Marcos.

A Adrián, sentado cerca de Marcos, tratando de dar un sorbo a la botella de agua que tiene en las manos, cosa que no consigue porque no deja de reír y de hablar.

A Priscila, tumbada en la roca con los ojos cerrados, con su hijo mayor apoyado en ella. No habla, pero disfruta solo con escuchar las voces de su familia.

Y a Alexander St. Claire, el vecino de la casa de enfrente, que cierra el corro y toca con sus pies los de su mujer mientras observa a los Cabana con una sonrisa perenne en el rostro. Después, Francisco y María se miran entre sí, comunicándose en silencio.

«Lo hemos hecho bien».

«Sí. Lo hemos hecho muy bien».

Contenido extra: Priscila y Jaime entrevistan a Dylan

PRISCILA

Saco la grabadora del bolsillo y…

Grabando…

—Hola a todos, mi nombre es Priscila Cabana y estoy a punto de entrevistar a Dylan Carbonell, el cantante de *rock* del momento. No es el tipo de contenido que realizo para el periódico, pero le he comentado a mi jefe que se me ha presentado la oportunidad de entrevistarlo y no ha podido decirme que no. A ver, ¡que es Dylan Carbonell! Lleva años llenando estadios gracias a su música y a sus letras. A su manera de moverse y a su presencia. Es uno de los hombres más guapos y deseados del mundo según las revistas del panorama nacional e internacional y yo me muero de las ganas y la emoción; es uno de mis cantantes favoritos.

Apago la grabadora.

—Sé profesional, Jaime —le digo a mi mejor amigo.

Me está acompañando porque va a hacer un boceto del rostro de Dylan para que podamos incluirlo en la tira cómica en la que ambos trabajamos—, hemos venido en calidad de periodistas serios.

—¿Qué me estás queriendo decir, Cabana? —me responde con la ceja arqueada.

—Que no le digas lo bueno que está.

—Es que está muy bueno.

—Ya, pero no se lo digas. Nosotros, profesionales hasta el final, ¿OK?

—OK. Yo soy todo profesionalidad.

—Bien. Ay, mira, ¡ahí viene!

Dejo de aplaudir con las manos de la emoción en cuanto Dylan hace acto de presencia. Y menudo acto de presencia. Es verdad eso que dicen de que las personas atractivas lo son aun más en persona. Madre mía, este chico es guapísimo. Atrayente hasta decir basta. Incluso su manera de andar y de moverse atrae. Es magnetismo puro. Carisma al infinito. Y menudo par de ojos. Si me dicen que es un brujo que encandila con esa mirada, que es una mezcla entre un azul y un verde clarísimos, me lo creo.

Jaime y yo nos acercamos a darle dos besos a modo de saludo y él sonríe.

—Estás mucho más bueno en persona que en la tele —le digo.

No he podido callármelo. Jaime me da una patada en la espinilla nada disimulada, pero yo lo ignoro. Aquí la que lleva la batuta de la entrevista soy yo.

—Gracias, Priscila Cabana, es un honor viniendo de ti —me contesta él con otra sonrisa enorme. Menudo camelador está hecho. Y la forma en la que ha pronunciado mi apellido… ahí

ha habido algo. Os lo digo yo, que tengo un sexto sentido—. ¿En tu familia tenéis todos los mismos gustos?

—Mmm… la verdad es que no. Cada hermano parecemos de un padre y una madre diferentes.

—Eso me parecía.

No entiendo muy bien su comentario, pero tampoco me importa. A ver, que diga lo que le dé la gana. ¡Es Dylan Carbonell!

Nos sentamos —Jaime y yo en un lado del sofá, bien juntitos, como siempre, y Dylan en la silla de enfrente—, enciendo la grabadora de nuevo y comienza la entrevista.

—¿Te importa si hago un dibujo de tu cara? —le pregunta Jaime con educación. Pues sí que se ha puesto en modo profesional—. Es para incluirlo en la tira cómica del periódico.

—Para nada.

—¿Cuál es tu perfil bueno?

—Ambos.

Yo sonrío por la rotundidad de la respuesta y él me guiña un ojo. Qué ideal es.

—Primera pregunta. ¿Hacía quién van dirigidas tus canciones? La letra es intensa y muy personalizada.

—Me temo que no puedo contestarte a eso, pequeña Cabana: es mi secreto mejor guardado.

—¿No lo sabe nadie?

—No. Nadie.

—¿Las compones todas tú?

—Sí.

—Perteneces al mundo de la música prácticamente desde tu nacimiento, dicen que tu oído es prodigioso. Único. Dicen que eres el Mozart del siglo en que vivimos.

Dylan tuerce el morro y se le enturbia la mirada, ha durado solo un segundo y enseguida ha recuperado su sonrisa de revista, pero he podido verlo.

—Eso dicen —me contesta escueto. Demasiado escueto para lo que es él.

Cruzo una mirada con Jaime, que ha levantado la vista del papel, y decido cambiar el rumbo de la entrevista.

—Has conocido a mi hermano Hugo.

Dylan me mira con intensidad y tarda en contestar.

—Sí —afirma por fin con otra sonrisa, una diferente a la de antes, una que no es de revista, una ¿verdadera?—, he conocido a tu hermano Hugo.

—Acudió al *backstage* después de tu último concierto gracias a una de sus amigas.

—Desconozco la historia de cómo llegó hasta mí. Pero llegó.

—Cuéntanos algo más.

—¿Sobre tu hermano?

—Ajá. Sobre vuestro encuentro. No te creerías lo que solía decir Hugo cuando sonaba una canción tuya en la radio. Aluciné cuando me dijo que tenía entradas para un concierto tuyo.

—De tu hermano me lo creo todo. Es un puto borde. ¿Qué decía?

—No, no, no. Si te lo digo, me mata.

Dylan apoya los codos en sus rodillas y vuelve a mirarme con intensidad.

—Vamos, Pris —me dice meloso—, cuéntamelo al oído.

No puedo resistirme. ¿Quién podría? Me levanto del sofá y me acerco a él. Le susurro la respuesta al oído. Dylan rompe a reír a carcajadas en cuanto las palabras salen de mi boca.

—Qué cabrón. Gracias por la información, Priscila, me será muy útil. No os creeríais

vosotros cuáles fueron sus primeras palabras hacia mí.

—¿Cuáles fueron?

—Pregúntaselo a él.

—¿Qué? ¡No! No nos puedes dejar así. ¡Cuéntanoslo!

Dylan me guiña el ojo de nuevo y se levanta de la silla.

—Ha sido un placer, pequeña Cabana. Saluda a tu hermano de mi parte!

Agradecimientos

En esta ocasión no me voy a extender, ni un poquito, además.

Hugo y Dylan llegaron de repente, sin avisar; de hecho, yo me encontraba inmersa en otra historia que no tiene nada que ver con el mundo Cabana y que tuve que dejar a medias porque la manera en la que estos dos chicos llamaron a mi puerta no fue normal.

Incluso puedo decir que Hugo ni siquiera era para Dylan, porque Dylan no existía. Hugo era para Jaime, pero… Creo que una de las cosas que más me alucinan de escribir es la forma en la que ellos mismos dirigen su propia vida y, con ello, mis palabras sobre el folio en blanco. Podría escribir un libro entero sobre este asunto, pero no os quiero aburrir, y he dicho que iba a ser breve.

He oído alguna vez que toda escritora tiene un libro, que, por una razón u otra, es especial, especial de verdad, especial por encima de los demás. No sé lo que va a ser de mí en el futuro, pero hoy, ahora, puedo asegurar, y escribir sin que me tiemble la mano, que *El chico de la última fila* es mi novela más especial, la que más quiero y la que aún me palpita. Ellos aún me palpitan, y dudo mucho que dejen de hacerlo en algún momento. Incluso me ha dolido escribir la palabra «novela», dos frases atrás, porque no es lo que ellos son para mí.

Ellos son Hugo Cabana y Dylan Carbonell, y es una locura, pero son reales. Son parte de mí.

También es la historia que más rápido he escrito en mi vida, un tiempo inimaginable para mí. La escribí un mes de agosto, sentándome enfrente del ordenador cada mañana, cada tarde y cada noche, porque me era imposible separar las manos del teclado. Y soñaba con ellos en la playa, en la piscina, en las comidas, en las cenas y en los paseos, porque era imposible separarme de ellos.

Gracias Alberto, Daniel, Ariane, Raquel y Vanessa porque complementáis mi vida a diario y le dais sentido a todo. Sin vosotros no sería la escritora que soy y os diré aún más: no sería la persona que soy. No me canso de decirlo. Gracias por estar en mi vida. Os quiero un montón.

Gracias, Borja, por esas clases de surf y por todos tus «eso es imposible en el surf»; tuve que cambiar la escena entera, y seguro que te pitaron los oídos en algún momento (insertar emoticonos varios aquí de risa y guiño), pero tengo que reconocer que al final quedó redonda y que sin tu ayuda la licencia literaria habría sido excesiva, jeje. Los astros se alinearon de alguna manera para que en la historia de Hugo y Dylan encajara todo.

Gracias a todos los que estáis detrás de este proyecto y que habéis hecho posible que hoy estemos aquí y si estás leyendo esto, lector, muchísimas gracias a ti por darnos la oportunidad.

Acerca del Autor

Susanna Herrero nació en Bilbao en 1980. Es licenciada en Derecho Económico y su trabajo la obligaba a pasar muchas horas en el coche. Tantos viajes en solitario confabularon con su gran imaginación para crear a los personajes que, más tarde, se convertirían en los protagonistas de su primera saga: *Los saltos de Sara*. Ahora ha cambiado de manera indefinida los viajes en coche por las letras, desde que su pasión por el mar Mediterráneo y un folio en blanco la hicieron volar sin remedio a la serie Cabana y al CAR. En el año 2020 su novela *Y el mundo no dejaba de girar* ganó el Premio Jaén de Narrativa Juvenil, lo que supuso un gran reconocimiento a sus letras y un punto de inflexión en su carrera. Apasionada de la lectura fantástica desde que a los diez años leyó por primera vez *La historia interminable*, nunca pensó en escribir su propia historia de dioses y dragones hasta que llegó *Donde el silencio se rompe, se esconde el poder*, bilogía publicada por el Grupo Planeta en febrero de 2023 y enero de 2024.



Otras Obras de Susanna Herrero

Serie Cabana

Aquel último verano (la historia de Priscila y Alex)

La última vez que vi llover

El último lugar en la Tierra

Somos el último verano

That Last Summer (Aquel último verano en inglés)

Tetralogía Sara Summers

Los saltos de Sara

Las caídas de Sara

Las decisiones de Sara

Simplemente Sara

No es amor, es diciembre (spin-off Sara Summers, la historia de Ariadna Cabana con Adam Wallace)

En cada canción

Y el mundo no dejaba de girar

Bilogía CAR

Quiero vivir en voz alta

Y quererte en estéreo

Bilogía fantasía

Donde el silencio se rompe

Se esconde el poder

Y próximamente…

Trilogía CAR Hockey (spin-off bilogía CAR)